

NIEVES HIDALGO

Días de ira,
noches de pasión



Selecta

Días de ira, noches de pasión

Un romance en Londres 3

Nieves Hidalgo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A cada persona que abra las páginas de esta historia,
porque me ayuda a seguir*

Prólogo

Londres, enero de 1813

Había cometido un error.

«Posiblemente, el más grande de tu vida, Sabrina», se recriminó mientras veía alejarse, con los ojos brillantes por las lágrimas y un dolor opresivo en el pecho, el carruaje en el que iba el hombre al que nunca podría aspirar. Porque ella era una mujer sin futuro y él, un caballero. Había sido solo un sueño. Maravilloso, sí, pero solo eso: un sueño que duró hasta el amanecer, cuando escapó del cuarto a hurtadillas para no despertarlo.

Se le encogió el alma al imaginar los peligros a los que iba a estar expuesto.

«¡Maldita guerra y maldito Napoleón!»

Las confrontaciones duraban ya demasiado y eran muchos los jóvenes ingleses que habían perdido la vida en los distintos campos de batalla. Imaginárselo a él en medio del fuego enemigo le provocó un vahído. Nunca entendió por qué los hombres eran tan absurdos y veían la guerra como un juego. Se iban para alcanzar honor y gloria, decían. Pero unos regresaban lisiados y otros... Otros no volvían nunca y yacían enterrados en cualquier zanja. Elevó una oración por él y acudió a la insistente llamada de la mujer que, en su infinita bondad, le había dado un hogar. De eso hacía ya siete años, cuando quedó huérfana tras el incendio que se llevó la vida de su madre.

Estaba enamorada de ese aristócrata desde el primer día en que lo vio entrar en la posada, donde trabajaba para pagarse comida y cama, acompañado por algunos jóvenes y bullangueros amigos. No le eran ajenos ese tipo de petimetres que iban a degustar el buen vino y los excelentes platos del local. Y no le agradaban. Pero aquel día, el corazón le había dado un vuelco y seguía dándose cada vez que él aparecía por allí, a veces solo, a veces acompañado.

—¿Quién es el del cabello de color cobre al que llaman el Barón, señora Neeson?

—Alguien a quien no debes acercarte, muchacha. Todos ellos son iguales —dijo, torciendo el gesto—: señoritingos que solo se preocupan de sus juergas y de encandilar a cuanta mujer se les pone a tiro. Hazme caso y no te dejes ver por ellos, eres demasiado bonita para la boca de esos asnos.

Jamás les sirvió, ni siquiera se acercó. Aunque cayó en la tentación de espiarles desde el piso superior cuando estaban en la posada, se mantuvo alejada porque no era su cometido atender a los clientes y porque, además, creía en el buen criterio de Cadence Neeson. Gracias a su ángel de la

guarda y patrona, ella se limitaba a arreglar las habitaciones, procurar que no faltara nada en la despensa y planchar la ropa blanca. Si por su esposo hubiera sido, no solo habría hecho las veces de camarera, sino que estaría dispensando otro tipo de «servicios» a los clientes que solicitaban algo más que vino y comida, como hacían Freda y Josleen, las otras muchachas que dormían con ella en el mismo cuarto. Jack Neeson renegó de ella desde el principio y el aborrecimiento era mutuo, pero a él no le quedaba más remedio que plegarse a los deseos de su esposa porque, por mucho que intentara hacerse el gallito, ella tenía más redaños que él y siempre acababa por salirse con la suya.

Sí, estaba protegida por aquella buena mujer, pero ¿seguiría prestándole su cariño y apoyo si supiera lo acontecido la noche anterior? Aún no se explicaba qué demonio la poseyó para hacer algo tan indecoroso; enrojecía de vergüenza al recordarlo. No se arrepentía, pero tampoco se sentía orgullosa de su falta de decencia. Sin embargo, tras escuchar a medias la conversación en la que se hablaba sobre la marcha de algunos del grupo a tierras alemanas —y él era uno— a fin de ponerse a las órdenes de un militar prusiano para luchar contra Bonaparte, tomó la audaz decisión de no dejarlo desaparecer de su vida sin conocer sus besos. Nunca la habían besado y quería que su primera experiencia fuera con él. En un momento de enajenación había cruzado los límites y, aprovechándose de que él había bebido algo más de la cuenta, se coló en el cuarto donde iba a pasar la noche, amparada por la penumbra.

Lo que empezó como la curiosidad por saber cómo sería un beso suyo, acabó en una entrega total y sin remordimientos. Él la confundió con una de las otras muchachas y ella se dejó seducir por esa voz templada, esos labios que le hicieron conocer la gloria y unas manos que despertaron en ella sensaciones desconocidas.

En ese momento, sin embargo, sí que le corroía el alma. Pero no por haber estado en su cama y disfrutado de sus caricias, sino porque el alcohol, la oscuridad y, sobre todo, la distancia, harían que él se olvidara de una mujer de una sola noche.

Londres, 1818

Julius trató de colocarse el pañuelo de la forma que le gustaba sin conseguirlo. Su ayuda de cámara sufría uno de sus achaques, los años empezaban a pasarle factura, como a él mismo. Dejó escapar una palabrota entre dientes y escuchó una risa femenina a su espalda. Se volvió y se le evaporó el fastidio como por ensalmo; cualquier inconveniente se volatilizaba cuando ella aparecía.

—Echa una mano a este pobre anciano en lugar de divertirme a mi costa.

La joven se acercó, deshizo la lazada y volvió a anudarla, esa vez del modo que quería, y él asintió complacido al mirarse en el espejo.

—No sé qué haría sin ti, Sabrina.

—Pues conquistar a otra dama que ocupara mi lugar —bromeó ella.

Como sabía muy bien lo alejada que estaba su respuesta de la realidad, se limitó a tomarla del codo y juntos bajaron al piso inferior. Julius solo hacía gala de esa cercanía cuando estaban a solas, la joven insistía en ello para no dar que hablar, aunque todos los habitantes de la casa sabían de su debilidad por ella. Sus años mozos quedaron atrás hacía mucho y, aunque no negaba que se pudo tachar su conducta como la de un libertino, el tiempo acababa por poner a todos en su lugar. Solo sentía cariño y admiración por Sabrina y, desde luego, le hubiera gustado que perteneciera a su familia.

El mayordomo les abrió la puerta y accedieron al comedor, donde ya les aguardaba Charleen, una auténtica princesa de cabello oscuro que les dedicó una sonrisa deslumbrante al verlos entrar. Sabrina había puesto una y mil pegas a que ellas le acompañasen, pero Lancashire zanjó la cuestión haciéndole comprender que detestaba comer a solas. Tuvo que claudicar, no sin dejar claro que no se encontraba cómoda porque, bajo ningún concepto, quería dar la impresión de ocupar un lugar que no le correspondía.

El conde se acercó a la niña, besó su coronilla y apartó luego la silla de Sabrina para, a continuación, ocupar él la suya a la cabecera de la mesa. Sabrina, en principio, no se sentó, sino que se acercó al mueble donde los criados habían depositado varias bandejas y procedió a servirles el desayuno, como hacía cada mañana.

Mientras escuchaba en sordina las preguntas de Charleen a su madre, Julius pensó que era un

hombre muy afortunado. Al final de su vida, la llegada de ambas supuso un haz de luz en medio de la oscuridad. Volvía a sentirse útil y disfrutaba de cada minuto a su lado. El cariño que le demostraban lo rejuvenecía, como si las manillas del maldito reloj hubieran girado hacia atrás. De no haber sido por la discusión con Colin, su sobrino, que le hizo abandonar la fiesta en la que se encontraban...

A su memoria regresó esa noche lejana, en la que su existencia dio un vuelco completo.

Cinco años antes

Cabizbajo, prescindiendo de tomar el carruaje que le esperaba y sin fijarse hacia dónde le encaminaban sus pasos, sabiendo que el cochero le seguiría a poca distancia para cuando quisiera subir, se decía que la vida era injusta con él. El accidente que acabó con la vida de su hermanastra y su esposo le obligó a hacerse cargo de un joven débil de carácter, jugador empedernido y perdedor endémico, a cuyas deudas hacía frente para que no acabara en prisión. Helen y él nunca habían tenido una relación demasiado cercana debido a la diferencia de edad, casi veinte años, pero Colin era su sobrino y no podía desentenderse de él. Sin embargo, lejos de agradecer sus desvelos, de tener un futuro ejerciendo su carrera como abogado, o de intentar corregirse, el joven iba de mal en peor.

Otro problema, que lo consumía, era su nieto. Kenneth se alistó en el ejército y nada sabía de él, salvo que había tomado parte en la batalla de Leipzig. Solo el nombre de aquel lugar le daba escalofríos: según los diarios, el enfrentamiento había sido, de lejos, el más cruento desde el inicio de la guerra contra Napoleón, si es que en un conflicto bélico podía haber alguno que no lo fuera. Dado que las tropas recibían órdenes de marcha y cambiaban su ubicación con frecuencia, era muy complicado intercambiar cartas, pero casi era mejor así, no saber nada, porque se evitaba la posibilidad de recibir malas noticias. Pero no podía eludir la zozobra. De manera que entre su sobrino y su nieto le estaban quitando años de vida.

Cuando quiso darse cuenta, se encontraba junto al Puente de Londres. Siempre le gustó pasear por allí de noche, cuando el ajetreo diario desaparecía y solo se escuchaba el murmullo del agua y el sonido monótono de los remos de alguna que otra embarcación. Pronto habría cambios en la zona; se desarrollaban proyectos para la construcción de uno nuevo, adaptado a las urgentes necesidades, algunos metros río abajo. El progreso no podía frenarse y la ciudad exigía que se ampliara para dar cobertura a las demandas presentes, evitando la saturación y dotando de mayor seguridad al tráfico fluvial y al de superficie.

Dio una patada a una botella vacía que comenzó a rodar hasta caer del puente. Se asomó y observó que debajo, en la orilla del río, había una muchacha cuya figura iluminaba un claro de luna que se escapó del cielo nublado. Advirtió que vestía poco más que harapos y se cubría con una desgastada toquilla, ondeaba tras ella su cabello largo y suelto, negro, como la misma noche, y permanecía inmóvil frente al agua.

Creyó que la malsana intención de la joven era lanzarse a las turbulentas y hediondas aguas del Támesis.

Su corazón comenzó a retumbarle en el pecho al imaginar la posibilidad de que ella decidiera tirarse, ante todo porque su escasa habilidad para nadar, a la que se unían sus muchos años, no le permitirían salvarla de una muerte segura. Se acercó con premura hacia ella, pero cuidando de no alarmarla.

—Señorita, por favor, es una temeridad estar aquí a estas horas. —Al escuchar la voz, ella se volvió en redondo, asustada, y retrocedió un paso que la acercó un poco más a la orilla e hizo que al conde se le pusiera un nudo en la garganta—. Haga un favor a este pobre viejo y no me obligue a lanzarme al agua, porque de ser así, es probable que yo no pudiera rescatarla y, si no me ahogo, pillaría una pulmonía que me mandaría junto al Creador más pronto de lo que querría.

Obtuvo como respuesta una media sonrisa descreída, tan triste que le llegó al alma. Pero sirvió para que la muchacha se aproximara un poco a él, que fue consciente entonces de su avanzado estado de gestación.

—Yo soy buena nadadora y si se cayera al río, caballero, no tendría problemas en acudir a socorrerlo.

Más tranquilo porque sus sospechas carecieran de fundamento y porque, a pesar de la melancolía reflejada en su rostro mantuviera la entereza, le devolvió la sonrisa y le tendió una mano, que ella aceptó de buen grado.

—Julius Baker, a su servicio.

—Sabrina Klever. —Estrechó su mano con vigor, lo que le agradó.

Caminaron codo con codo por la orilla del río. Julius ardía en deseos de saber más de aquella joven desconocida que le intrigaba y ella no tenía problemas en hablar; muy al contrario, parecía necesitar sincerarse con alguien, por más que ese alguien pudiera despedirse de ella poco después y no volver a verlo nunca.

—¿Así que la han echado de allí por su embarazo? Entiendo, entonces, que no hay un señor Klever.

—No, no lo hay.

—¿Murió?

—Nunca me casé. Me enamoré, así de simple, y no pensé en las posibles consecuencias. Pero no quiero hablar de eso, señor, es agua pasada. Tampoco me gustaría que pensara que soy una mujer sin principios que...

—Criatura —interrumpió él—, ya soy viejo y he rodado demasiado como para arriesgarme a opinar sin tener conocimiento de las circunstancias personales.

—No fue eso lo que pensó mi patrón.

—El típico proceder de un pequeño dictador de mente estrecha.

—Su esposa era una buena mujer, pero él ha tardado menos de una semana en echarme a la calle; ni siquiera esperó a que el cadáver de su mujer se enfriara.

Continuaron caminando durante unos minutos, alternando la charla y los silencios. El cielo plomizo amenazaba tormenta y poco después, cercanos ya a la catedral, les sorprendió la lluvia. De inmediato, Julius le pidió que le permitiera conducirla hasta su carruaje, abrió la puerta y la invitó a subir. La muchacha se paró un momento, recelando del ofrecimiento.

—Una cena reparadora, una cama con sábanas limpias y un trabajo con un jornal decente. Eso es lo que te puedo ofrecer. En cuanto a mí, no te preocupes, ya no estoy para pensar en faldas; la única mujer que me interesó en la vida fue mi esposa, y murió al nacer mi hijo.

Nada más y nada menos: la promesa de una nueva vida. Y ella, que ni sabía dónde iba a pasar aquella noche, con el frío en los huesos y el estómago tan vacío que le dolía, pensó en su bebé y tomó la mano que le tendía aquel hombre para subir al coche.

—No tendrá queja de mi trabajo a pesar del embarazo, señor —aseguró con lágrimas de agradecimiento en los ojos, unos ojos que bajo la luz del candil del interior le parecieron a Julius de color violeta.

—No es necesario que empieces a trabajar hasta que...

—No, no, comenzaré de inmediato. Estoy bien y no seré una carga para nadie. Sin esta condición, le agradeceré su atención durante estos minutos y seguiré mi camino.

Él se la quedó mirando, valorando su expresividad y la decisión con que afrontaba su futuro, y estuvo seguro de que no se trataba de una mujer vulgar por el modo en que se expresaba. Podría haber trabajado en una posada, tal como le había comentado, pero no era eso a lo que aspiraba. Había en ella una cierta cualidad, de carácter y quizá de clase, de esa que se adquiere al nacer y no desaparece a pesar de los avatares de la vida. Otra, en su lugar, hubiera estado más que encantada de aprovecharse de un carcamal como él. Pero Sabrina Klever, no, ella mostraba agallas. Tantas, como para apearse y echarse de nuevo al camino si no había reciprocidad en su trato.

—¡Demonios!

La inesperada expresión de la niña, a la que se le acababa de caer una gota de chocolate en el mantel impoluto, hizo que regresara al presente.

—¡Charleen! —amonestó Sabrina—. ¿De quién has aprendido ese lenguaje?

—De milord —contestó ella con toda candidez.

A Julius se le escapó una carcajada que disimuló de inmediato con un ataque de tos. Se cubrió la boca con la servilleta y se encogió de hombros cuando la joven lo reprendió con la mirada.

—Milord puede decir ciertas cosas, tú no.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo decir «demonios»? La señora Falcon asegura que son feísimos, que están en el infierno, y que por eso debo portarme bien, para no conocerlos.

—Por mucho que te hayan hablado de ellos, no es vocabulario para una señorita, princesa —

intervino el conde.

—¿Por qué?

—Las niñas deben ser educadas —respondió su madre a la segunda de las mil preguntas que haría ese día porque su curiosidad, como la de cualquier pequeña, era inagotable.

—Lina dice que yo soy una mezcla de niña y saltamontes. ¿Los saltamontes deben ser también educados?

Sabrina tuvo que disimular la risa. Lina, una de las criadas de la mansión, adoraba a Charleen y no tenía valor para negarle nada; eso le había llevado en más de una ocasión a tener que pedir ayuda al encargado de las caballerizas, con quien le gustaba tontear, poniendo a la niña de reclamo.

—No sé si tienes una parte de insecto, pero desde luego eres como una plaga. Anda, acaba de desayunar, que se hace tarde y la señora Taylor debe de estar ya esperando.

—¡Jopé!

—¡Charleen!

—¿Tampoco se puede decir «jopé»? —preguntó la niña con sus hermosos ojos de color avellana abiertos como platos—. ¡Pues vaya! Y ¿por qué tengo que aprender tantas cosas? Es muy aburrido. ¿No podemos ir a pescar, milord?

—Primero, a estudiar; esta tarde, ya veremos. Todo depende de cómo te portes.

La niña se acabó el chocolate, se limpió con la servilleta y pidió permiso a su madre con la mirada para levantarse de la mesa. Una vez obtenido, saltó de la silla y le echó los brazos al cuello a Julius, dándole acto seguido un sonoro beso en la mejilla.

—¡Gracias!

Salió a la carrera, como el remolino que era, dejando a ambos con el gesto bobalicón que provocaba su ingenuidad.

—No llegará a ser nunca una señorita como es debido si sigue escuchándole decir palabrotas.

—Una buena imprecación a tiempo hace milagros, Sabrina —bromeó el anciano—. Deberías copiar a tu hija y olvidar ese aire tan estirado que luces siempre.

—No tiene usted remedio, milord. —Sonrió—. Se empeña en contratarme un profesor que me convierta en una dama, muy a mi pesar, y luego me recrimina que siga sus indicaciones.

—Dama ya lo eras desde la cuna, el señor Leone solo trata de que no olvides lo aprendido.

—Reconozco que mi italiano no era demasiado fluido —aceptó—. ¿Contaremos con su presencia a la hora de la comida, milord?

—Intentaré volver a tiempo, pero no te prometo nada, Peter Lawson es muy quisquilloso con los documentos legales.

—Podría haberle hecho venir aquí, en lugar de tener que desplazarse a la ciudad.

—Tengo algo que comprar y quiero hacerlo por mí mismo.

—Espero que no sea un nuevo juguete para Char, no es conveniente que le dé tantos caprichos.

—No es conveniente, no es conveniente... Siempre con remilgos. Relájate, Sabrina. A la niña

no le va a hacer daño tener un poco más de mobiliario para su casa de muñecas. Ya tendrá tiempo de comportarse, ahora es una criatura y tiene que disfrutar. ¿Es que tú no lo hiciste cuando eras pequeña?

Ella se limpió los labios con la servilleta y, sin contestar, abandonó su asiento. Se acercó a él y, como hiciera la pequeña, besó la arrugada mejilla del conde de Lancashire.

—A veces los recuerdos más hermosos son los que provocan mayor tristeza, milord.

Tras acordar con la cocinera los platos que se servirían para la cena, con un chal sobre los hombros y buen ánimo, se alejó de la mansión sin tener como objetivo un destino concreto, solo por el placer de caminar, de disfrutar del aroma de las flores y escuchar el trino de los pájaros. El día se preveía espléndido, la temperatura era suave aún y lucía el sol. Tal vez podría acercarse a hacer una visita a la finca vecina que lindaba con Traveron House; hacía semanas que no iba a ver a su dueña. Era una dama un tanto extraña, con mil y un achaques fruto casi todos de su imaginación, y en absoluto dada a reuniones sociales. Sin embargo, con ella siempre se mostraba cercana y cariñosa.

Recordó la pregunta de Julius y notó un tironcito en el corazón. ¿Que si no había disfrutado ella siendo una niña? Por supuesto que lo hizo. Cuando vivía con su madre en la pequeña casa que convirtió en escuela para señoritas, asistiendo a las mismas clases que las pupilas a las que enseñaba historia, matemáticas e italiano. Su madre había nacido en una familia sin título, pero acomodada, y disfrutó de una educación provechosa que le sirvió para ganarse la vida con la docencia tras quedar viuda. Su muerte, al intentar salvar a sus alumnas en el incendio que devastó la casa hasta los cimientos, la dejó a ella sola en el mundo y sin poder completar su educación. De no haber sido por Cadence Neeson, que adoraba a su madre por haberle enseñado a leer y escribir en sus ratos libres, hubiera acabado en cualquier orfanato. Y siempre supo que el paso siguiente hubiera sido venderse por unas monedas en Whitechapel, una zona en la que la belleza era una maldición en lugar de una dicha.

La noche en que Julius la conoció y le ofreció alojamiento y trabajo, ni de lejos se imaginó que su vida pudiera cambiar tanto.

Recogió unas cuantas flores silvestres mientras caminaba, sabedora de cómo le gustaban a su vecina.

El conde no solo la salvó del abandono y tal vez de la miseria regalándole un futuro, sino que la trataba con cariño y no reparaba en gastos para su hija. Empezó trabajando duro, como una criada más, pero pronto se puso de manifiesto su habilidad para organizar y su mano izquierda para tratar con el resto de los sirvientes. De modo que la cocinera, que ejercía también de ama de llaves tras una repentina baja de la antigua gobernanta, fue dejando en sus manos el control de la casa sin que ella se diera apenas cuenta. Cuando quiso ser consciente de ello, ya no había remedio: todos

aceptaron de una manera tácita que sería ella quien se haría cargo de esas funciones. Se esforzó al máximo y tuvo comprensión y suerte, porque nunca había tenido personas a su cargo y Traveron House era una propiedad enorme. Aun así, la fascinaba. Desde que por primera vez pisara la confortable y recia construcción circundada por un vasto terreno, se enamoró de la finca. Con su franqueza, entusiasmo y humildad, pidiendo consejo a la señora Falcon cuando lo necesitaba, se ganó a pulso el puesto que ocupaba.

Abandonó sus quehaceres solo cuando llegó la hora del parto, y un par de semanas después retomó el trabajo, a pesar de los reparos de la cocinera y del propio conde.

El problema llegó luego. Charleen, además de ser un regalo para el servicio, tenía encandilado a lord Lancashire hasta tal punto que, en un alarde de generosidad, decidió contratarle una institutriz y concederles a ambas todos los privilegios que su título y su apellido podía darles. Eso conllevaba, por descontado, dejar de prestar sus servicios como ama de llaves. Esas disposiciones la colocaron en una situación comprometida, era un salto al vacío que las encumbraba a ellas a nivel familiar.

Fue la única ocasión en que discutieron, y aún recordaba aquella tarde con desasosiego.

Dos años antes

—No te pido que tu hija y tú renunciéis a vuestro apellido, Sabrina, puesto que para todos existió un señor Klever y así debe seguir siendo —argumentó el conde con voz pausada—, pero no puedes privarle a la niña del porvenir que os ofrezco.

—Le agradezco en el alma todo lo que ha hecho por nosotras, milord. No tiene precio y dudo que alguna vez podamos pagárselo, pero esto excede cualquier aspiración. No puedo aceptar de ninguna de las maneras. Y desde luego, nunca prescindiendo de prestarle mis servicios como ama de llaves. Yo puedo continuar llevando la gobernanza de Traveron House y considero un dispendio contratar a otra persona. Además, ¿qué diría el resto del personal? Ese asunto no es discutible.

—Desde la señora Falcon hasta el último lacayo saben que estoy enamorado de ti.

—No bromea con eso, milord.

—Está bien, pongámonos serios: dame un buen motivo para que no haga una de las cosas que más me placen en la vida.

—Un motivo no, milord, dos. Y son inapelables ambos: su nieto y su sobrino.

—¡A Colin puede partirle un rayo! Me está chupando la sangre con sus deudas.

—No quisiera que creyera que intentamos arrebatarle parte de su herencia, la última vez que vino de visita lo noté resentido.

—Lo que le pasa es que no has caído rendida a sus pies, como otras muchas tontas. Nada tiene que ver la herencia. Él sabe muy bien lo que obtendrá a mi muerte y no voy a dejarlo en la indigencia porque, a fin de cuentas, es hijo de mi difunta hermana. También es consciente de que

no añadiré ni un penique más a la cantidad establecida para él en mi testamento. Y si se atreve a ir contra vosotras, se arriesga a quedarse sin nada.

—¿Y su nieto? ¿Qué creará cuando regrese y se entere de que Charleen y yo somos algo así como sus protegidas?

—*Sois mis protegidas* —enfaticó él—. Ken posee fortuna propia, nunca le ha importado mi dinero. Hasta llegó a donar a la beneficencia el que heredó de mi hijo, así que... —Aquel tema hacía que se le llevaran los demonios, de modo que omitió hablar más de ello—. Por descontado, además de los dos títulos que ya tiene, heredará el mío y lo que ello conlleva, pero podría dejar toda mi fortuna al primero que pasase por la calle y él ni se inmutaría. Eso, si es que regresa de una maldita vez —murmuró con pesadumbre.

—Aparecerá por aquí cualquier día de estos, milord, ya lo verá.

Quiso tranquilizarle porque sabía que la ausencia de su nieto lo atormentaba. Desde que ella estaba allí no había tenido apenas noticias suyas y, a pesar de que la guerra contra Napoleón ya había acabado, no sabían si seguía vivo o estaba muerto. Los informes que llegaron a Londres durante la contienda no fueron alentadores, con un número de muertos y desaparecidos espeluznante. Sí pudieron confirmar, en cambio, a través de la misiva de un amigo que regresó herido a Inglaterra, que se había quedado en Alemania combatiendo a las órdenes de Leberecht von Blücher, comandante prusiano.

—Pues cuando lo haga tendrá que someterse a mi arbitraje. Se marchó sin siquiera consultarme y en contra de mi voluntad, así que tampoco tengo yo que esperar que esté de acuerdo con mis decisiones.

—Sea como fuere, póngase en mi lugar. Es comprensible que me tilde de aprovechada. Y a usted, milord, de loco.

—¡Eso ya lo veremos! —Julius golpeó la mesa con el puño—. Puede que tenga un pie en la tumba, Sabrina, pero mi cabeza funciona a la perfección. Ese descastado se formará la opinión que quiera, pero se guardará muy mucho de cualquier comentario ofensivo.

Al final, Julius impuso su criterio y, tanto su nombre como el de su hija, figuraban en el correspondiente apartado del nuevo documento testamentario. La situación no dejaba de resultar extraña para ella, puesto que continuaba ejerciendo de ama de llaves, aunque el resto del personal lo asumía como algo normal. Para no herir los sentimientos del conde, y porque siempre le gustó estudiar, no rechazó las enseñanzas de Benedetto Leone. Disfrutaba con las clases de italiano, pero se aburría mortalmente atendiendo a las innumerables normas que marcaban el comportamiento en sociedad. Total, ¿para qué le hacía falta aprenderlas? No pensaba relacionarse en modo alguno con la aristocracia.

Tan abstraída caminaba en sus recuerdos, que no oyó el galope de un caballo aproximándose

hasta que casi llegó a su altura. Como el enorme cuerpo del animal se le venía encima, se hizo a un lado del sendero tan rápido como pudo, gritando sorprendida, con la cara blanca como el papel.

—Lo siento. —La voz profunda y con tintes de mal humor se disculpaba unos pasos por delante—. ¿Se encuentra usted bien?

Ella miró disgustada el ramillete pisoteado por los cascos del caballo. Hizo visera con la mano para poder enfocar al sujeto que controlaba al inquieto animal, porque la luz del sol la deslumbraba. Un hombre cubierto de polvo de pies a cabeza, con el cabello revuelto, demasiado largo, que el viento echaba sobre un rostro moreno de barba descuidada. Podía ser un aventurero o un maleante, no era fácil catalogarlo.

En lugar de contestar a su pregunta se dirigió a él con otra:

—Y usted, ¿avasalla siempre allá por donde pasa? ¿Qué hace en las tierras de lord Lancashire?

El extraño, un tanto confuso por la interpelación, tiró de las riendas e hizo girar al caballo para acercarse a la muchacha. La miró de arriba abajo con desfachatez, con un matiz burlón en los labios. Sabrina enrojeció. Y el descaro del individuo hizo que se despertara su genio.

—Perdone, señorita, ¿quién demonios es usted?

Ella retiró su mano de la frente, quiso decirle algo más, pero optó por un silencio prudente. No salía de su asombro. Desde luego, no mostraba signos de ser un caballero y, además, ¿la cuestionaba?

Bien erguido en su silla de montar, él entrecerró los párpados y se fijó con más detenimiento en el rostro de la joven. Por unos segundos, hasta se sintió desconcertado, porque el color violeta de los iris que observaba fue una vuelta atrás en el tiempo, a una época mucho más feliz, cuando era un despreocupado joven que se creía el dueño del mundo y capaz de acabar él solo, pobre imbécil, con Napoleón y sus huestes. Había soñado con unos ojos como aquellos muchas noches, en especial aquellas en que el retumbar de los cañones enemigos lo mantenía en vela. Y bien sabía Dios que fueron muchas vigiliass.

—No tengo que dar explicaciones a un desconocido. Si ha venido a tratar algún asunto con milord, ha hecho el viaje en balde porque no se encuentra aquí, se ha ido a la ciudad —aclaró ella, sin intención alguna de facilitarle su nombre, dándole acto seguido la espalda para seguir con su paseo—. Vuelva en otro momento.

A él, más que sorprenderle, le agradó el tono decidido y poco contemplativo de la muchacha y así, viéndola caminar, se permitió admirar el contoneo de sus caderas mientras se alejaba. Era delgada, no demasiado alta, muy bonita. Y toda una fierecilla. ¿Qué hacía en la propiedad? Que él recordara, no pertenecía al servicio, aunque era cierto que había pasado mucho tiempo y su abuelo podía haber contratado nuevo personal. ¿Cuál podía ser su cometido? Vestía con sencillez, tal vez con demasiada discreción para ser tan joven, pero no utilizaba uniforme y sus modales, un tanto altaneros, no se ajustaban a los de una criada. Taconeó los flancos del animal para ponerse a su altura.

—Así que el viejo no está —comentó, alegrándose íntimamente porque eso significaba que se encontraba recuperado de sus dolencias.

Escuchándolo, y puesto que pretendía cabalgar a su altura, se paró, apoyó los puños en la cintura y elevó el mentón, encarándolo.

—¿Con la expresión «viejo» se está refiriendo usted a lord Lancashire, *caballero*? —preguntó airada, arrastrando la última palabra para que quedara claro el punto de mofa utilizado—. Si es que alguien con educación se dirige así a una tercera persona.

—Bueno, digamos que supe que estaba enfermo.

—Milord se encuentra ya en perfectas condiciones, si es lo que ha venido a preguntar, y se le agradece el interés. Ahora, si eso es todo, lárquese o llamaré a alguien para que lo eche.

—¿A quién dices que vas a llamar? —se burló él, tuteándola, al tiempo que descabalgaba de un salto para acercarse a ella con aire avasallador—. Yo no veo a nadie en las cercanías.

Sabrina se dio cuenta demasiado tarde de que así era. Estaba muy alejada de la casa, de hecho, ya ni la veía. Se encontraba sola con un individuo que osaba referirse a Julius de forma tan chabacana. No había calibrado bien al increparle de la manera en que lo hizo. Si se le ocurría atacarla, nadie escucharía sus gritos de socorro. Sin embargo, no se amedrentó: dio unos pasos rápidos para alejarse, se agachó y tomó la primera piedra que encontró a mano.

—Si se acerca a mí, le abro la cabeza —amenazó.

Ken se limitó a forzar una carcajada.

Una pequeña bandada de gorriones alzó el vuelo, ella miró hacia allí y, al momento siguiente, sin saber cómo llegó hasta ella, Sabrina se encontró atrapada por la muñeca y se vio obligada a soltar su improvisada arma.

—Podría comportarme como un rufián y besarte ahora mismo —respondió él, acercándole su cara.

Sabrina notó su aliento junto a su cuello y un relámpago de miedo la atravesó, pero no se permitió flaquear.

—No se atreverá.

—¿Qué sabes tú a lo que yo me atrevo, muchacha!

—Si me pone una mano encima...

—¿Otra amenaza? Ya resultan reiterativas, encanto. ¿Qué vas a hacer? ¿Ponerte a gritar? —incitó, sonriendo con suficiencia, medio ocultos sus ojos tras los párpados entrecerrados—. ¿Morderme? Te veo muy capaz, sí. Pero no te preocupes, no estoy tan necesitado de mujeres y hay otras muchas que aceptan de buen grado mis galanterías.

—Entonces, vaya a buscarlas.

Respiró profundamente, la soltó y se fue hacia el caballo lamentando, eso sí, perder el contacto con ese cuerpo de curvas suaves.

Sabrina se masajeó la muñeca dolorida y, por si acaso, volvió a recoger la piedra. Gesto inútil porque, a lomos ya de su montura, el tipo le dedicó una cansada sonrisa y se alejó.

Ella se quedó allí, en mitad del sendero, preguntándose de dónde demonios había salido aquel individuo, qué había ido a buscar en realidad y cómo era posible que Julius se relacionara con alguien tan... tan... No encontró la palabra adecuada para definirlo, aunque por su cabeza desfilaron un montón de adjetivos, ninguno lisonjero. A pesar de un encuentro tan desagradable, tuvo la extraña sensación de que algo en su persona le resultaba vagamente familiar.

Sacudió la cabeza para alejar de sí tan enojosa escena y decidió regresar a la casa.

Sin embargo, a medio camino, la alcanzó una carreta que levantaba nubes de polvo y venía de la finca contigua, Romins Manor. Reconoció al conductor de inmediato, era uno de los criados.

—¿Qué sucede, Michael?

—Es milady. Le ha dado otro de sus ataques, señora Klever. Iba en su búsqueda.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó mientras se recogía las faldas y ascendía ya al pescante, sin esperar la ayuda del muchacho.

—Le duele la espalda y apenas se puede mover.

—¿Habéis avisado al doctor?

—Ya la conoce.

—Sí. —El joven hizo restallar el latiguillo en el aire y la carreta volvió a ponerse en marcha —. Para ella todos los médicos son unos matasanos y unos necios. Seguro que es otra de sus dolencias imaginarias.

Sabrina se equivocó en esa ocasión. Se encontró a lady Romins postrada en la cama y con fuertes dolores lumbares. No parecía nada preocupante, aunque pidió a Michael que se acercase a la ciudad en busca del doctor, a pesar de las protestas de la dama. Acto seguido, escribió una nota para el señor Falcon, el mayordomo de Traveron House, de modo que le fuera entregada al conde a su regreso, haciendo que otro criado de lady Romins se la llevara.

Aquella noche se quedaría atendiendo a la quejumbrosa vecina.

A medida que se aproximaba se acrecentaban las dimensiones de la vieja mansión, le ponía más cerca de sus orígenes y hacía que la sangre fluyera a más velocidad por sus venas. Había echado de menos Traveron House, aunque no quisiera reconocerlo. Lamentaba que su abuelo no se encontrara en casa, aunque su ausencia le daba un respiro para prepararse antes de presentarse ante él. Seguro que, cuando supiera que llevaba algún tiempo en Londres y no había ido a verlo, montaría en cólera. Porque lo cierto era que, aunque había adquirido un apartamento en la ciudad, apenas había parado en él, yendo y viniendo a expensas de los encargos de Wellington.

Fuera de un modo u otro, ya no tenía excusa para dilatar más su presencia en la capital, por mucho que quisiera achacar el retraso a las tareas encomendadas por el duque, acciones que, por otro lado, tampoco podía dar a conocer. Pero su compromiso con Wellington había finalizado y ya era hora de enfrentarse a los hechos.

Acababa de llegar a Londres de su última misión cuando se enteró de que su abuelo había sufrido un ataque. Ni siquiera se tomó tiempo en adecentar su aspecto, desaliñado y sucio, incluso de mala catadura, y enfiló hacia Traveron House.

Ante la casa, rememoró los muchos y buenos momentos vividos en la propiedad, y de nuevo se culpó por su larga ausencia; sobre todo, por no haber hecho llegar noticias suyas. Se marchó disgustado con su abuelo, que no admitió y le recriminó que malvendiera la casa en que nació, que renegara de su título y que regalara la fortuna de su padre, por más que la donara a obras benéficas. No llegó a decirle que él, su nieto, creyó que deshaciéndose de todo cuanto le recordaba al despreciable sujeto que le dio la vida, le iba a ayudar a olvidarlo. Ilusa necesidad porque, lo quisiera o no, llevaba la sangre y el apellido de Ethan Baker. Y el recuerdo, tan adherido a su ser que aún le dolían su tiranía, sus continuas amenazas, sus desprecios y los azotes de su fusta.

Y, por encima de todo, nunca pudo borrar de su cerebro la imagen del cuerpo inerte de su madre cuando la sacaron del río. Él sabía bien el motivo de su aislamiento e incomunicación, de la locura que acabó en suicidio, y así se lo había gritado y reprobado a su padre. Los dolores de los últimos golpes que le propinase aquel ser miserable todavía le dolían, porque los revivía unidos al profundo desprecio que le dispensaba el vizconde de Maveric, aclamado en los salones de juego y en las camas de mil putas, y esposo y padre odiado en su propia casa. Por aquel entonces

él era un muchacho con más genio que músculos, y la tunda que recibió fue de tal calibre que debió guardar cama varias semanas.

Por todo ello, le repugnaba la herencia que recibió a la muerte de Ethan y se deshizo de ella; tampoco utilizó nunca el título de vizconde que le correspondía por derecho. Solo aceptó el de barón de Sheringham, legado de un tío abuelo al que nunca llegó a conocer.

De manera que, en realidad, Traveron House había sido su verdadero hogar y no renunciaba a que lo siguiera siendo por mucho tiempo que hubiese estado alejado de él. Tiempos difíciles. Años en los que, aparte de estar a punto de perder a uno de sus mejores amigos, vio a la muerte de cerca en múltiples ocasiones.

Una alianza de países opuestos a Napoleón se había unido en la llamada Sexta Coalición y marchado contra las tropas francesas en la batalla de Leipzig. Casi medio millón de soldados frente al ejército de Bonaparte, menos numeroso pero muy disciplinado y combativo en extremo. La Coalición atacó desde los flancos sur y norte, pero los comandantes franceses no solo resistieron, sino que incluso la obligaron a retroceder. Las posiciones se mantuvieron un tiempo, con escaramuzas continuas, en una lucha durísima, tenaz y despiadada, en la que millares de hombres hallaron su final en un barro que se empapaba con la sangre de cuantos iban cayendo. Ambas formaciones recibieron refuerzos, pero los aliados lanzaron un gran asalto final que fue empujando y aislando al ejército francés hacia el río Elster, donde se encontró sin salida. Fue la batalla más importante que perdió Bonaparte de todas las Guerras Napoleónicas.

Allí aprendió él a convivir con el horror a diario. Allí se le quedó grabada en un recodo de su memoria una imagen que de vez en cuando revivía, sin que consiguiera que se le fuera de la cabeza: la mirada angustiada de aquel chico con el que luchó codo con codo, un valiente al que una explosión le cercenó ambas piernas. No llegó a conocer su apellido, pero nunca olvidaría su nombre: Peter.

Se apretó las sienes al visualizar la escalofriante escena: Peter se desangraba, la vida se le escapaba a borbotones. En el fragor del fuego cruzado, los camilleros no daban abasto a recoger y transportar los cuerpos de los caídos y los médicos hacían lo que podían, priorizando su atención en quienes tenían posibilidades de sobrevivir, dejando de lado, muy a su pesar, a quienes estaban sentenciados. Peter le rogó, le pidió, incluso le exigió que pusiera fin a su dolor, que lo rematase. Sabía que no tenía salvación y quería acabar cuanto antes, como un soldado, no como una piltrafa. Con el corazón en un puño, él recargó su pistola y le apuntó a la cabeza. Pero no pudo disparar. No fue capaz de hacerlo mientras el chico le imploraba, entre sollozos, que acabara de una vez y le diera una muerte digna.

Fue un capitán que seguía la escena quien disparó, cortando de raíz su tormento.

—Un acto de misericordia, teniente —dijo por encima del hombro, alejándose con el arma humeante en la mano.

Y él, que ya ni llevaba la cuenta de las muertes que tenía a su espalda, que había visto tantos cuerpos despedazados, tantas vidas segadas, cayó de rodillas y vomitó. No los restos de la escasa

y maloliente ración que había ingerido aquella mañana antes de entrar en combate. No. Vomitó bilis, vomitó la hiel que le removía las entrañas y le mostraba su propia insignificancia.

—¿Milord?

La voz conocida que preguntaba con tono de duda hizo que se desvanecieran tan funestos recuerdos.

En la escalinata de entrada estaba Andrew Falcon. Tan alto y flaco como siempre, con más arrugas en el rostro y unas cuantas canas más en las sienes, pero luciendo esa eterna sonrisa que nunca abandonaba sus labios. Descabalgó, subió de dos zancadas los escalones y se quedó mirándole hasta ver que le reconocía. Entonces, ante el azoramiento del mayordomo, lo abrazó. Eso sí, sin permitir que se le vieran sus ojos enceguecidos por las lágrimas, a las que ahuyentó parpadeando insistentemente y mirando a todas partes, como si quisiera reconocer el lugar.

—Bienvenido al hogar, milord.

—Sí. Ya estoy en casa, mi buen amigo. Ya estoy en casa.

A la mayoría de los criados los conocía, otros habían entrado a formar parte del servicio tras su marcha y debieron serle presentados. Saludar a cada uno de ellos y escuchar sus palabras de bienvenida hizo que se sintiera arropado.

El reencuentro con Mirna Falcon fue especial, no en vano aquella mujer, rolliza y bajita en contraposición con su marido, alto y espigado, fue una segunda madre para él. Cuando estaba en la propiedad, siempre encontraba refugio en su cocina. Allí, si acababa de hornear galletas, él era el primero en probarlas; si necesitaba un hombro sobre el que llorar, Mirna le cedía el suyo acompañado de las palabras de consuelo que casi nunca halló donde debiera.

—No te imaginas lo que te he echado de menos —confesó al quedarse a solas con la cocinera que, con discreción, despachó a sus dos ayudantes enviándolos fuera a otros quehaceres.

—A mí, no lo sé. ¿No será a mis guisos, milord? —bromeó ella con desparpajo, sin disimular que estaba encantada de volver a tenerlo allí.

Ken le pasó un brazo sobre los hombros con gesto de camaradería y se inclinó un poco hacia ella para empaparse del olor a azúcar quemado que desprendía. ¡Cuánto añoró ese aroma dulzón!

—Por supuesto que sí. Sobre todo, a tus galletas de mantequilla —dijo, al tiempo que daba buena cuenta de una, que pareciera estar esperándole en la bandeja sobre la mesa donde ella maniobraba.

La señora Falcon se echó a reír. En aquella ocasión no le palmeó la mano, algo que solía hacer siempre siendo un muchacho, sino que se fijó en que la engullía cerrando los ojos, como si paladeara ambrosía.

—¡Mirna, Mirna! ¡Fíjate lo que he encontrado!

Un remolino de tirabuzones oscuros, que no alzaba tres palmos del suelo, irrumpió en la cocina. Tenía el vestido, las manos y la cara manchados de solo Dios sabía qué y olía a rayos.

—¡Por todos los...! ¿Se puede saber qué has estado haciendo?

Tras la niña apareció una mujer de corta estatura y algo gruesa, que llegaba resoplando, con la cara enrojecida y perlada su frente de sudor. Se apoyó en sus propias rodillas para recuperar el resuello y miró a la cocinera con cara de circunstancias.

—Lo siento, señora Falcon —se disculpó. Al ver que tenía compañía, se irguió primero y luego inclinó la cabeza en dirección a Ken.

—¡Mira lo que tengo! —insistía la pequeña, que daba saltitos delante de la mujer y tiraba del delantal—. ¡Míralo! ¡Es un trébol de cuatro hojas! ¡Un trébol de cuatro hojas! Trae suerte, ¿verdad?

—¿Dónde se supone que lo has encontrado, jovencita?

—Al lado de las cochiqueras —contestó ella muy sonriente, delatando de esa forma de dónde procedía la suciedad con la que llegaba.

—Nunca lo hubiera imaginado.

—¿Voy a tener suerte o no?

—No hoy, desde luego. No se puede entrar en mi cocina con esas trazas y oliendo a puerco; mucho menos, hacer que tu institutriz tenga que perseguirte por toda la propiedad.

—Yo no le he pedido que me persiguiera.

Mirna puso los ojos en blanco.

—Llévesela con Lina, señora Taylor, y que la meta en el baño antes de que toda la casa huela a pocilga. Hoy comerás y cenarás en tu cuarto.

—¡Jopé!

—Señorita Charleen, no voy a consentir que utilice esas expresiones —advirtió su maestra, muy seria.

—En tu cuarto y sin postre —repitió la amonestación Mirna, señalándola con un dedo.

La preciosa muñeca guardó el trébol en uno de los bolsillos de su vestido, más interesada ya en las galletas que acababa de descubrir que en la regañina.

—¿Puedo llevarme una?

—No sé yo si...

—Por favor, por favor, por favor... —rogó, juntando las manitas a modo de rezo, con expresión de no haber roto un plato en su vida.

Ken se mordió el carrillo para no reírse. Aquella criatura era una preciosa embaucadora, más lista que el hambre.

—Solo una —cedió la cocinera—, pero no con esas manos.

Aceptó con desgana que se las lavara; luego tomó la galleta y se dio la vuelta para irse. Entonces sí reparó en que había un desconocido en la cocina, se lo quedó mirando con mucha atención y arrugó la naricilla.

—¡Qué barba más fea tienes!

Ken contuvo la sonrisa y alzó la mano cuando la institutriz intentó disculparse en nombre de aquel renacuajo parlante.

—Así que no te gusta.

—Nada de nada, te pareces al señor Malafé.

—Y ese señor, ¿quién es?

—Un hombre terrible —contestó ella con los ojos muy abiertos y la manita libre convertida en una supuesta garra—. Mamá me cuenta sus aventuras antes de dormirme. Tiene un barco pirata

llamado *Jumping Frog*.

—¿La rana saltarina? —Ella asintió muy sonriente—. Y yo que pensaba que a las niñas como tú les encantaban los cuentos de princesas y hadas...

—Las princesas son muy aburridas.

—¿Tú crees?

—Seguro que estarías más guapo sin tanto pelo en la cara.

—Bueno, pues... me lo pensaré.

—Vale. —Se encogió graciosamente de hombros y caminó hacia la puerta, pero, de repente, volvió sobre sus pasos, cogió otra galleta y se la entregó a Ken—. Toma, están para chuparse los dedos.

Luego desapareció como una exhalación con la pobre señora Taylor a la zaga.

—¿De dónde ha salido ese terremoto? —preguntó Sheringham, que entonces sí rio con libertad.

—Es una larga historia, milord. Ahora, si se me permite decirlo, creo que lo más urgente es que suba a su antiguo cuarto, que doy por sentado recordará dónde está —ironizó—, y se meta también en la tina. Mandaré que le suban agua ahora mismo. ¿Necesita alguna ayuda?

—Me he acostumbrado a valerme por mí mismo. Hablando de ayudas, ¿el señor Kelly sigue aún aquí?

—Se encuentra en cama con uno de sus achaques. La edad, milord, no nos perdona a ninguno y ese terco irlandés se niega a dejar de servir a su abuelo.

—No le vendría mal plantearse el retiro después de tantos años de dedicación a la familia; estoy seguro de que el viejo sabrá cubrir sus necesidades.

—Con todo respeto, a quien no le vendría mal seguir mi consejo es a usted. Tiene razón la niña: rasúrese esa barba, tiene pinta de bucanero con ella. Y duerma un poco antes de la comida, yo juraría que le cuesta mantenerse en pie.

—Vale —imitó el tonillo y la respuesta de la pequeña, haciéndole un guiño—. Pero antes, me llevaría otra galleta.

Mirna le señaló el plato, se acercó a él y le apretó el brazo.

—No se imagina lo contentos que estamos de que haya regresado, milord.

Despertó de repente, con el corazón acelerado, sudando, y tardó unos segundos en que se apagaran en su cabeza el retumbar de la artillería enemiga y los quejidos de muerte. Se preguntó si alguna vez podría dormir sin las pesadillas de la guerra.

Durante unos instantes no supo dónde se encontraba. Luego reparó en los recios muebles, en la ilustración del castillo de Dover con la firma de Amelia Long que colgaba sobre la chimenea, en la selección de libros dispuestos sobre la mesita situada junto al ventanal... Y en la urna: aquella en la que él inició su especial y escasa colección de piedras que creyó maravillosas siendo un chiquillo. Ni se acordaba. Pero el detalle de que continuara allí, que no se hubieran deshecho de ella, le aportó un plus de sensibilidad al recordar otros tiempos. Las piedras, por supuesto, eran comunes, no valían nada.

Apoyó la espalda en el cabecero de la cama y se fue concediendo el placer de despejarse poco a poco; tenía la sensación de haber dormido muchas horas y no le extrañaba. Porque en cuanto entró allí, agotado tras el viaje desde Gales, solo reparó en la cama que lo llamaba como un canto de sirena. Se desvistió, se dio un baño rápido y, sin acabar de secarse del todo, se bebió de un trago el ponche que le dejó alguien del servicio, se metió entre las sábanas y quedó dormido al instante.

Llamaron a su puerta y, con su beneplácito, entró el ayuda de cámara de su abuelo con varias prendas sobre el brazo, que extendió sobre el respaldo de uno de los sillones.

—¡Señor Kelly! —Salió del lecho para aceptar la bata que le tendía—. Creí que no se encontraba bien del todo.

—Eso fue ayer, milord. ¿Me permite que le dé la bienvenida? Le hemos echado de menos.

—También yo a ustedes, señor Kelly. ¿Ayer ha dicho? ¿Cómo que ayer?

—Ha dormido todo el día y toda la noche.

—¡Qué barbaridad! —Vertió un poco de agua en el aguamanil y procedió a despejarse—. ¿Qué hora es?

—Hora de unirse a lord Lancashire en el comedor para desayunar. Una de las muchachas ha limpiado su ropa, espera que todo esté a su gusto. En cualquier caso, todavía conserva unas cuantas prendas en el armario, si las prefiere.

—Está bien con estas. Dele las gracias de mi parte a esa joven, por favor.

—¿Necesita algo más de mí, milord?

—Nada, señor Kelly, me apañó solo. Dígale a mi abuelo que bajo en unos minutos. Y, claro está, me alegro de su recuperación.

El irlandés agradeció sus palabras con una inclinación de cabeza y lo dejó a solas, no sin antes reiterarle el placer que representaba tenerlo de nuevo en la casa.

Ken se apuró en vestirse; poco después se encontraba a las puertas del comedor. La mano se le quedó en el aire antes de accionar el picaporte. ¿Cómo le iba a recibir el viejo? Por un lado, ansiaba abrazarlo de nuevo; por el otro, tendría que purgar la acidez de sus reproches porque estaba cargado de razones para censurar su proceder. ¡Tantos errores cometidos le pesaban de verdad! No le valdría al abuelo, ni le valía a él tampoco, la excusa de haber estado sirviendo a su país. Su alejamiento no se podía disculpar, había que hacer frente a lo que tocaba.

Con cuidado, sin hacer ruido, fue abriendo la puerta. Contempló a su abuelo sentado a la mesa y percibió enseguida un calor familiar, tan placentero como extraño por lo dilatado del tiempo transcurrido. ¡Cuántas veces le había visto así en el pasado! Apenas estaba cambiado, tal vez tenía más entradas en la frente, pero eso era todo. Julius ocupaba la cabecera y, enfrascado como estaba en la lectura del periódico a la vez que se tomaba el café, no reparó en su presencia.

—¿Qué noticias trae hoy la prensa, cascarrabias?

El conde se sobresaltó al escuchar la voz, levantó los ojos hacia él y apartó el diario. Antes de hablar, apuró el contenido de su taza porque se le había secado la garganta. Pudo mucho más la inmensa alegría de ver allí a su nieto que el enfado acumulado por el tiempo que había estado sin tener noticias suyas.

—Así que te has dignado visitar a este pobre viejo —dijo al fin. Controló sus emociones, se levantó y fue a su encuentro.

Ken no le dio oportunidad para que siguiera amonestándolo; de dos zancadas llegó hasta él y lo abrazó con fuerza. A cambio, recibió la misma muestra de afecto por parte del anciano, que le palmeó la espalda repetidas veces. Permanecieron así un momento, callados y abrazados, sin decir nada; con aquel gesto se sellaba un vínculo que era más fuerte que la distancia.

Julius, con cierto esfuerzo, fue poniendo fin al abrazo. Carraspeó para deshacer el nudo que atenazaba su garganta, disimuló sus lágrimas de dicha y volvió a tomar asiento.

—¿Puedes servirme otro café, muchacho?

Ken enseguida se aprestó a hacerlo pensando que, aunque su abuelo llegara a cumplir cien años y él ya peinara canas, seguiría llamándolo así. Después, se sirvió para él mismo huevos y beicon antes de sentarse a su lado.

—Estoy famélico. El señor Kelly me ha dicho que he dormido casi veinticuatro horas seguidas. Quizá es que Mirna añadió algún extra en el ponche que me preparó.

—Es probable, pero si así hizo fue lo correcto; a su parecer estabas extenuado.

—No se equivocaba. Acababa de llegar de Cardiff, parando tan solo para cambiar de montura, pero me enteré de que estabas enfermo y vine directamente.

—Todo un detalle. Sin embargo, no te has dignado hacerme llegar noticias tuyas desde que regresaste a Londres.

—¿Sabías que estaba aquí?

—La gente habla, muchacho; aunque se te ha visto poco, la presencia del vizconde de Maveric no es algo que pase desapercibido para algunos.

Ken hizo oídos sordos al título que utilizaba su abuelo y que él despreciaba.

—Lamento no haberte visitado en cuanto volví a Inglaterra. Lo lamento de veras, pero he estado yendo y viniendo y, aunque cueste creerlo, las cosas se me complicaban.

—Ya imagino, Wellington puede ser muy acaparador.

Ken no suponía que su abuelo estuviera tan informado. Era evidente que tenía muy buenos contactos. Pero ¿cómo demonios sabía que trabajaba para...? Mejor no preguntar, se dijo.

—Estaba avergonzado por mi comportamiento hacia ti al marcharme. Aún lo estoy, quiero que me perdones. Muchas veces empecé a escribirte, pero acababa por romper las cartas, no sabía cómo disculparme. Desde que pisé Londres me planteé venir una y otra vez...

—Pero no lo hiciste —cortó su abuelo, seco.

—Tampoco estaba seguro de cómo me recibirías.

—Lo suyo hubiera sido hacerlo con una pistola cargada.

—Al menos, no has perdido tu ácido sentido del humor. —Sonrió al escucharle renegar, actitud muy frecuente en él—. ¿Te has recuperado por completo de tu enfermedad?

—Mi corazón sigue funcionando y yo sigo vivo, que no es poco, para poder dar gracias al Altísimo por volver a verte antes de morirme.

—¡Abuelo!

—De acuerdo, nada de sermones ni de nombrar a la Parca. Estás de vuelta, es lo que importa. —Clavó sus cansados ojos en él. Ya no veía al muchacho que se alistó en el ejército en contra de su voluntad, sino a un hombre más formado, musculoso y maduro que el que se marchó, pero con un velo de dureza en la mirada que antes no tenía—. Has cambiado.

—Los años nos cambian a todos.

—No me refiero a eso.

—La guerra, abuelo, marca de por vida —repuso el joven con aspereza.

—Sí. Pero dejemos eso. Y ahora que has vuelto, ¿qué tienes pensado hacer?

—Ya veremos.

—¿Qué tal sentar la cabeza, ejercer las obligaciones que conlleva el título que te corresponde y, además, empezar a buscar una buena mujer que te dé el heredero que todo hombre quiere?

El día anterior, al enterarse de que su nieto estaba en Traveron House, Julius se hizo el firme propósito de actuar con cautela, de no atosigarlo y hablarle con serenidad. Siempre le reprochó, aunque no tuvo nunca oportunidad de decírselo, que, acabada la contienda y tras encarcelar a Napoleón, hubiera seguido trabajando para el Gobierno en lugar de tomar el puesto que le pertenecía. En algún momento deberían hablar y aclarar las cosas. Por eso agradeció la decisión

de Sabrina de pasar la noche en la finca de lady Romins, y pidió a Lina que mantuviera a Charleen entretenida mientras desayunaban. Tenerlo junto a él sin pedirle explicaciones desbordaba su planteamiento inicial, pero llevaban demasiado tiempo posponiendo aquella conversación.

Ken dejó su plato a un lado, se limpió los labios con la servilleta y suspiró.

—Así que volvemos a las andadas. Me agobiaste en el pasado con el puñetero título y sigues erre que erre.

—No quiero inmiscuirme en tu vida, pero tengo la obligación moral de hacerte recapacitar, como tú tienes la tuya, que es asumir tu papel en la sociedad. Eres el vizconde de Maveric, te guste o no.

A Ken se le subió una cáustica respuesta a los labios, pero optó por ahogarla. No quería discutir. No cuando acababa de llegar, si pretendía hacer las paces con el viejo.

—Lo estudiaré más adelante —contestó—. Ahora, si no te importa, acabemos de desayunar.

Sabrina aceptó la mano que le tendían para bajar del carruaje.

—Si vuelve a necesitarme, ya sabes dónde estoy, Michael.

—Gracias en nombre de lady Romins, señora Klever.

Se quedó un momento en la escalinata de entrada viéndolo partir. Había sido una jornada pesada, acompañada de una agotadora noche a la cabecera de la cama de la enferma, pero no le importaba. Virginia Fox era una mujer encantadora. Julius y ella se conocían desde sus años mozos y nunca cuestionó que el conde la acogiera en Traveron House, tratándola casi como a una igual, no como a una simple ama de llaves. No solo eso, la invitaba a las veladas de música y poesía que preparaba de vez en cuando en su casa, aunque fueran reuniones soporíferas que le hubiera gustado rechazar; hacía regalos a Charleen, siempre tenía una sonrisa o caramelos para su pequeña... Su madre le enseñó que una persona debía retribuir las muestras de cariño con idéntico afecto, y ella procuraba seguir sus sabios consejos.

Lina casi chocó con ella al entrar en la casa: llevaba a Charleen de la mano, pero la niña se resistía con uñas y dientes.

—Gracias a Dios que está usted aquí, señora.

—¡Mami, no me dejan ver a milord! —Sabrina elevó las cejas, lo que equivalía a una pregunta a la criada.

—Milord está ocupado, reunido con su nieto. Todo el personal anda revuelto con su inesperada llegada.

A Sabrina le dio un vuelco el estómago. El momento que siempre temió había llegado y su ánimo flaqueó. Julius les había incluido a Charleen y a ella en su testamento, pero este hecho implicaba saber con qué grado de aceptación iba a recibirlo el nieto del conde. Sería lógico que su legítimo heredero se opusiera con ferocidad a compartir lo que le correspondía, por mucho que

su abuelo afirmara lo contrario. Podría ocurrir que, en adelante, su vida diese un giro para mal, que se convirtiese en un calvario. En realidad, ya lo era cada vez que pasaba por allí Colin Sayer. Dos frentes abiertos eran demasiado. Haría lo imposible para convencer a quien quisiera escucharla de que ella nunca quiso nada del conde.

—¿Y la señora Taylor? —preguntó para desviar la conversación.

—Pidió el día libre para acercarse a la ciudad.

—Mirna me castigó ayer a comer y cenar en mi cuarto. —Se quejó la pequeña a su madre, a la que tironeaba de la falda tratando de soltarse de la criada.

—Algo harías, ¿no?

—Me manché en la cochiguera.

—Así que la señora Falcon te castigó. ¿Crees que lo merecías?

—Es que vi un trébol de cuatro hojas junto a la verja, mami.

—¿Lo merecías? —insistió Sabrina, a la que le costaba mantenerse seria. Charleen permaneció callada unos segundos, con sus grandes ojos de color avellana clavados en los de ella; luego, agachó la cabeza—. Bueno, al menos admites tu culpa, jovencita. Anda, ve con Lina y no molestes a milord, ya has oído que está ocupado.

—Es que quería regalarle el trébol —respondió haciendo un puchero, y se lo mostró. Estaba marchito, pero la emocionó porque el simple gesto demostraba una enorme dosis de cariño hacia lord Lancashire.

—Luego se lo darás, mi vida. —Se puso en cuclillas y le acarició la punta de la nariz—. ¿De acuerdo? Le hará mucha ilusión tener uno de estos. Ahora, ¿me vas a dar los buenos días como corresponde?

—Claro. —Se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla, y luego se fue con Lina sin rechistar.

Sabrina las siguió con la vista corredor adelante. Se presionó el puente de la nariz para aligerar el dolor de cabeza que se le estaba despertando. Necesitaba un baño, cambiarse de ropa, tomarse una de las tisanas que preparaba Mirna para las jaquecas. Todo, antes de afrontar su encuentro con el nuevo huésped de Traveron House. Y prepararse para hacer frente a otro enemigo, si llegaba el caso.

Sin embargo, el destino no quiso concederle el aplazamiento. Con una mano ya en la barandilla de la escalera, oyó que se abría la puerta del comedor y se volvió. Julius salía acompañado de un hombre joven y venían en su dirección.

Se sobresaltó.

Sus pulsaciones comenzaron a dispararse porque le costaba creer lo que veía.

¡No podía ser cierto!

La Providencia no era nada justa poniéndole delante al hombre con el que había soñado durante años.

Porque era *él*.

Su cabello, un poco más largo que como lo recordaba, pero reluciente y bien peinado, seguía

siendo del color del cobre bruñido. La única diferencia entre los ojos de su hija y aquellos otros, eran unas ligeras arrugas junto a los párpados que, por otra parte, le hacían más interesante. Estaba cambiado. Mucho. Pero, sin duda, había ganado atractivo con los años.

—¡Vaya, vaya! —Llegó hasta ella su voz, desinhibida, sin ninguno de los alardes jactanciosos del día anterior—. Por lo que veo, estamos destinados a encontrarnos.

—¿Os conocéis? —Oyó la pregunta de Julius, pero apagada, porque toda su atención se estaba diluyendo.

A Sabrina le aumentaba la presión en el pecho, no conseguía controlar la angustia que le impedía respirar.

Se aferró como pudo al pasamanos, víctima de un mareo; le fallaron las piernas, comenzó a perder la noción de lo que le rodeaba y fue engullida por un pozo de oscuridad.

Ken seguía con gran atención cómo Mirna intentaba reanimar a la joven poniéndole un frasco de sales debajo de la nariz, tan concentrado como el abuelo, pero este con gesto preocupado.

Se había asustado de veras viendo que la muchacha se desmayaba, pero, por fortuna, tuvo los reflejos necesarios para llegar hasta ella y sujetarla antes de que cayera y se golpeará contra el suelo.

Lo que le sorprendió más, sin embargo, mientras cargaba con ella, fue la disposición tan decidida de su abuelo adelantándose a él y subiendo las escaleras con una agilidad desconcertante, mostrándole la dirección de su cuarto. No era el momento adecuado para hacer preguntas, pero le intrigó el empeño con que se afaná en su cuidado. Ya se enteraría del lugar que ocupaba esa mujer en Traveron House. Supo que la antigua ama de llaves, la señora Rubens, había dejado su puesto, pero dudaba mucho de que hubiera sido sustituida por esa belleza de cabello negro y ojos violeta. El hecho de que no ocupara habitación en el último piso, donde se encontraban las de servicio, sino una en la segunda planta, se lo confirmó.

Allí estaba pasando algo que no comprendía.

Podía entender su mirada de desconcierto cuando lo vio, teniendo en cuenta el encontronazo previo de ambos, pero no se explicaba un desfallecimiento tan repentino.

«Sí, de acuerdo, no coincidimos ayer de la mejor manera y estoy casi seguro de que debió de confundirme con un mal bicho. Pero hay que ser muy retorcida para pensar que por ese cruce de palabras yo le estaba yendo con el cuento a mi abuelo, si es que se trata de una sirvienta.»

Poco después, la muchacha abrió los ojos y apartó el frasco de sales con un gemido. La señora Falcon recolocó el almohadón sobre el que reposaba su cabeza y se volvió hacia el conde.

—Solo ha sido un desmayo sin importancia, milord. Yo me quedo con ella, lo mejor es que descanse un poco.

Julius, no muy convencido, se aproximó a la cabecera de la cama. Y Sheringham observó con estupor cómo su abuelo acariciaba el cabello femenino. Después se volvió hacia él y le instó a que ambos abandonaran la habitación.

—Abuelo...

—Acompáñame, he de hablar contigo.

Se dirigieron al despacho de Julius, el conde abrió la puerta, le cedió el paso y cerró a su

espalda. Luego, se acomodó en uno de los sillones y le invitó a ocupar el que tenía enfrente.

—¿De qué la conoces? —preguntó a bocajarro.

—Nos cruzamos ayer, por casualidad, en uno de los senderos, cuando yo venía a casa. Iba en dirección contraria.

—Ha pasado la noche en casa de lady Romins —aclaró—. Por la cara que pones, no parece que el encuentro con la muchacha fuera agradable.

—Tampoco desagradable. En realidad, no sabría cómo calificarlo.

—Ya veo.

—Por cierto, ¿cómo está Virginia? He echado de menos sus sermones.

—Ya la conoces: siempre delicada, pero fuerte como un roble.

—Iré a visitarla mañana mismo. —La mirada de su abuelo, fija en él, hizo que se removiera en el asiento—. Bueno, ¿qué es lo que tienes que decirme? ¿Y quién diantre es esa mujer? Me ha dado la impresión de que te preocupas demasiado por ella.

Julius se lo pensó antes de comenzar a hablar. Porque Sabrina no era de ese tipo de mujer pusilánime que se desmaya así, sin más. Y apostaría a que se desvaneció cuando vio a Ken. Probablemente había algo más y su nieto se lo callaba, pero no iba a insistir.

—Has estado lejos mucho tiempo —empezó a decir— y me he sentido muy solo. Encontrar a Sabrina ha sido para mí un...

—¿Quién es Sabrina?

—Pues... Acabamos de dejarla al cuidado de la señora Falcon.

—Así que ese es su nombre.

—En efecto. Sabrina Klever.

—Bien. ¿Y quién es? ¿Qué hace aquí? ¿En qué se ocupa? Mirna me comentó que tu ama de llaves dejó el puesto. ¿Es su sustituta? Porque de ser así, no me explico que esté acomodada en un cuarto de invitados. Además, es muy joven para dirigir esta casa.

—Bueno... La verdad es que cuando la recogí...

—¿La recogiste? ¿Dónde?

—Estaba desesperada y pensé que pretendía lanzarse al Támesis.

—Entiendo. —Lo cierto era que no entendía nada. Su abuelo estaba nervioso, no encontraba postura en el asiento, hacía tamborilear los dedos sobre el brazo del sillón y había pasado a rehuir su mirada, como si de un chiquillo al que le pillan en falta se tratara. Una duda comenzó a instalarse en su cerebro y su imaginación se disparó—. De modo que viste a la chica en una situación que creíste muy apurada, y se puso en funcionamiento tu vena benefactora a ejercer de caballero andante. Le ofreciste un trabajo, ¿no es eso?

—Así fue.

—Tengo la impresión de que ahí no termina todo...

—No te equivocas, muchacho.

—Bueno, pues vayamos paso a paso.

—No es solo el ama de llaves. —Julius se levantó, se dio una vuelta por el despacho para poner en orden sus ideas y volvió a tomar asiento para explicarse. Por supuesto, tenía todo el derecho del mundo a contratar a quien le viniera en gana y a hacer de su capa un sayo, pero, sin duda, Ken se merecía una explicación porque Sabrina no era una simple criada. No lo era para él y no lo era para el resto de los que habitaban en Traveron House. Por mucho que ella siguiera empeñándose en hacerse cargo de la casa y mantener cierta distancia, ya no lo era. Tragó saliva y carraspeó—. Es mi protegida.

Ken ya intuía que las consideraciones de su abuelo hacia esa joven no se ajustaban a las que se mantenían con una sirvienta, pero nunca esperó tal afirmación. Se quedó perplejo.

—¿Qué has dicho?

—Que está bajo mi protección. Y tanto ella como su hija están incluidas en mi testamento.

«De modo que el pequeño terremoto que conocí ayer debe de ser su hija.»

Por unos segundos le decepcionó su abuelo, mejor dicho, le disgustó sin saber la causa. O sí la supo y no quiso reconocerlo. Lo cierto era que aquella mujer le había causado una grata impresión y el hecho de que perteneciera ya a otro hombre le contrarió. ¿Eran celos? ¡Qué absurdo! Si apenas la conocía...

Se dio cuenta de que la confesión de su abuelo le había alterado. Y no precisamente por razones económicas. A él le importaba un ardite a quién dejaba el viejo su dinero, a un cualquiera o a una institución de perros callejeros. Pero que una desconocida le hubiera liado hasta el punto de meterse en su casa y seducirlo, eso era harina de otro costal. Guardó silencio; si abría la boca iba a decir algo desagradable y no quería provocarle a su abuelo otro ataque. Lo único que hizo fue estirar sus largas piernas, montar una bota sobre otra, cruzarse de brazos y esperar a que le contase, punto por punto, cómo era que había llegado a tal situación.

—¡Escúpelo ya, demonios! —gruñó el conde tras un intervalo de tensión en el ambiente.

—¿Qué quieres que te diga?

—Habla claro, dime qué estás pensando.

—No te gustaría saberlo. Ahora mismo no tengo demasiada buena opinión ni de ti, ni de ella. Más bien eres tú el que tiene que decirme qué coño está pasando.

—¡Maldita sea, Ken, no me lo pongas más difícil!

Sheringham se levantó sin disimular ya su enfado. Le resultaba muy embarazoso imaginarse a su abuelo metiéndose en la cama con una mujer mucho más joven que él. No hubiese puesto objeciones si hubiera decidido casarse con Virginia Fox, su vecina de toda la vida. Lady Romins le agradó siempre, era una dama respetable, con clase y, además, con una fortuna nada despreciable. De hecho, una vez que ella quedó viuda, albergó la esperanza de que, tarde o temprano, aquellas dos almas solitarias acabaran por unirse.

¡Pero liarse con una joven y, además, tener con ella una hija, era el colmo de la insensatez!

Aquella muchacha no podía ser más que una oportunista, alguien que se aprovechó de la buena voluntad de su abuelo, se lo había llevado a la cama y después le exigió que se responsabilizara

de sus actos. ¡A saber de quién era la niña que le había endilgado!

—De acuerdo, te diré lo que pienso: has perdido el juicio.

—Así que esa es tu opinión.

—¡Por favor! Si hubieses querido mi opinión de verdad, antes de cometer semejante dislate, me hubieses consultado. —Elevó la voz sin querer.

—Por descontado que sí, podría haberlo hecho, aunque soy mayorcito para tomar mis propias decisiones y no tengo por qué dar cuenta de mis actos. —Lancashire también se exaltó, se puso en pie y se miraron como dos gallos de pelea—. Ahora, explícame cómo tendría que haberlo hecho, muchacho. Llevo años sin saber nada de ti. ¿Debería haber enviado a un emisario a que te buscara por los campos de batalla? ¿O haber solicitado audiencia a Wellington para que me dijera dónde carajo te había enviado?

—Y hablando de eso, ¿quién te ha soplado para quién estaba trabajando?

—No me taches de idiota, Ken. Eso no te lo consiento.

—Soy culpable de muchas cosas. De no haber aparecido en demasiado tiempo, de no haberte escrito, de...

—Según tú —interrumpió Julius con el rostro acalorado—, lo correcto habría sido esperar a que regresaras y preguntarte si era adecuado salvar o no a aquella chiquilla de la muerte. ¿Es eso? ¿Es eso, condenado seas?!

Ken suspiró hondo para calmarse. Su abuelo estaba muy alterado, él también y la discusión se les estaba yendo de las manos.

—Conversemos con tranquilidad, ¿quieres? Serénate y analicemos la situación.

—No hay nada que analizar. ¡Y no me da la gana serenarme!

—Ya lo creo que sí. Por favor, siéntate.

Lancashire acabó por ceder. El corazón le latía demasiado aprisa, tenía que recobrar la compostura si no quería volver a tener al puñetero doctor Lorens a la cabecera de su cama.

—Bien. Hablemos.

—Entiendo que tu honor te hizo actuar como creíste que debías hacerlo entonces, viéndola en peligro, y te admiro por ello, porque salvar una vida es siempre un acto encomiable.

—Me alegra saber que, al menos en eso, estamos de acuerdo.

—Tampoco censuro que te hayas sentido atraído por ella, es muy bonita. Pero hubiera bastado con ponerle un piso en la ciudad y pasarle una renta para ella y para la niña, ¿no crees?

Julius abrió los ojos como platos.

—¿Qué demonios estás insinuando? ¡Un piso se le pone a una amante!

—¿No lo es ella? Incluso me has dicho que tenéis una hija.

El conde clavó su fiera mirada en su nieto, dudando entre dar un puñetazo al joven o reírse en su cara. Optó por lo último, aunque fue una carcajada amarga.

—¡Por Dios! El tronar de los cañones te ha dejado sordo, muchacho. O directamente idiota, que es peor. Yo no he dicho que Charleen sea hija mía, pedazo de cretino, he dicho que es hija de

Sabrina. Ella estaba embarazada cuando me la encontré.

—Pero...

—Estaba en avanzado estado de gestación, sí, y había perdido a su esposo —dijo, un tanto incómodo por tener que continuar con su nieto la mentira urdida entre Sabrina y él para salvaguardar el honor de la joven—. Vino a Traveron House como simple criada y, poco a poco, se fue haciendo con las riendas, hasta ocupar el puesto de la señora Rubens a base de trabajar duro. Y ha cumplido su cometido a la perfección, se ha ganado el cariño de todos. Ni ella ha querido nada más, ni yo he buscado un flirteo. ¿Por quién me tomas y por quién la tomas a ella?

—Entonces...

—Cuando nació la niña... Me robó el corazón, así de simple. No sé si alguien como tú, a quien el corazón se le ha encallecido tanto por la guerra, puede entenderlo, pero es lo que ocurrió. Desde que abrió los ojos y me miró, supe que tenía que protegerla. A pesar de las reiteradas negativas de Sabrina, con quien me costó discutir acerca de ello, y puedo asegurarte que muchas veces, las he incluido en el testamento. Pese a lo cual, ella no ha querido ni oír hablar de dejar su puesto de ama de llaves, aunque, por supuesto, tampoco se la trata en esta casa como una simple sirvienta.

—Es todo un poco raro.

—Lo sea o no, así están las cosas, muchacho.

—¿De veras que esa mujer no es tu amante?

—¡¿Qué dices?! ¿Qué demonios iba a hacer un carcamal como yo con una joven como ella?

Ken no supo qué decir porque se quedó sin argumentos. Y aturdido. Pero, sobre todo, esperanzado, porque se le abría una puerta que creyó cerrada. Se le cruzó una idea fugaz que alborotó un poco su sangre solo de pensar que ella era libre.

«¿Por qué demonios me importa que lo sea, si acabo de conocerla?»

Las explicaciones de su abuelo eran sin duda alguna convincentes. Aun así, no acababa de creerlas del todo. ¿Qué mujer decente aceptaba así, sin más, la propuesta ofrecida por un desconocido? Entrar a formar parte del servicio y acabar camelándose a su benefactor no era complicado, y conocía más de un caso. Le extrañaba que Londres no se hubiera inundado de murmuraciones sobre tan poco ortodoxa relación, aunque lo cierto era que nada había escuchado desde su regreso. Fuera de un modo u otro, la tal Sabrina, o como diantre se llamase, no iba a engañarlo a él, que no se tragaba una historia que podía haber nacido de las artimañas de una individuo sin principios para aprovecharse de su abuelo.

Por lo tanto, no le bastaba con las justificaciones aparentes. No pararía hasta que no despejase las incógnitas que pudiera esconder aquella beldad de ojos de gata.

—Necesito digerir todo esto que me cuentas, abuelo.

—Hazlo. Ahora, déjame solo, tengo asuntos a los que atender. —Fue hacia la puerta y la abrió—. ¡Sabrina! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás descansando?

Sheringham desvió de inmediato la mirada. Allí estaba ella, con sus preciosos ojos violeta

entornados y el rostro aún un poco lívido. Sin duda, los habría escuchado discutir.

—Milord...

—¿Te encuentras bien?

—Sí, milord, gracias —contestó ella, aunque no apartó la mirada de Ken y fue a él a quien se dirigió—. Creo que no hemos sido presentados.

El conde conocía muy bien esa expresión. La muchacha era toda dulzura con su hija, con él, con el resto del servicio... Pero también tenía un reverso airado que solo se despertaba cuando se la ofendía, o se injuriaba a los que quería. Y creyó ver que ese matiz irritable se concentraba en su nieto, sin que él adivinara la causa.

Ken se levantó y caminó hacia ella con paso elástico, sin perderse ni una sola de las emociones que cruzaban por el rostro femenino. Al llegar a su altura hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Kenneth Leonard Jeremy Baker, barón de Sheringham. El nieto de su... protector. A sus pies... *señora.*

A ella le latía muy deprisa una vena en el cuello. Tras recuperarse de la impresión que le causó reconocerlo tuvo calor, luego frío, no era capaz de articular bien sus movimientos. Él pareció no haberla relacionado con la mujer que fue entonces, aquella que se metió en su cuarto a hurtadillas, que se entregó a él en una noche de pasión desenfrenada creyendo que no volvería a verlo; para ella guerra equivalía a muerte. Si así fuera, eso le daría un punto de tranquilidad, aunque solo momentánea. Porque, ¿podía tener la seguridad de que no acabaría por recordarla? Y si ocurriera así, ¿en qué situación quedaría ante él? Posiblemente creería que ella había averiguado su identidad y, aprovechando la buena disposición de Julius, se coló en su casa para pedirle responsabilidades.

En cualquier caso, suposiciones lógicas por parte de Sheringham, que la colocarían en una escala moral lamentable.

Y era difícil llegar a otra conclusión tras oír de sus labios con qué grado de sarcasmo utilizó el adjetivo *protector*.

Se apretó las sienes y cerró los ojos. Se le estaba disparando la imaginación y tenía que controlarse.

Él la miraba esperando, tal vez, una respuesta o quizá una excusa, pero no supo qué decir porque se le atascaron las palabras. La sacó del apuro Julius que, solícito como siempre, le preguntó de nuevo:

—¿Seguro que te has recuperado por completo del desmayo? Porque yo diría que has vuelto a perder el color. Siéntate un momento.

—No. No, gracias, tengo mucho que hacer, milord. Además, esta tarde tengo clase con el señor Leone.

—El viejo... Mi abuelo —se corrigió Ken de inmediato—, me ha estado contando cómo llegó usted a Traveron House y la... estrecha relación que los une.

—Ya lo imagino. Como imagino también el nivel de animosidad con que ha recibido usted la noticia de nuestra amistad.

—¿Es eso? ¿Amistad, señora Klever?

—¡Kenneth! —reprochó airado el conde.

—No se preocupe, milord. —Se adelantó un paso hacia el hombre al que ya consideraba su

rival declarado. Sus insinuaciones eran demasiado directas para no darse cuenta de que lo iba a tener frente a ella—. Lord Sheringham está en su derecho al dudar de mí. No me conoce. No tiene ni idea de quién soy, cómo pienso o cuáles son mis principios.

—Espero saberlo muy pronto, *madame*.

El conde no fue ajeno a la tensión existente entre ambos jóvenes, hasta el aire parecía haberse espesado tornándose irrespirable. Ni entendía por qué, ni creyó que debiera continuar. Lo más prudente era que aquel cruce de palabras acabara cuanto antes.

—Ken, quiero que me acompañes a repasar unos documentos. ¿Nos disculpas, Sabrina?

—Por supuesto, milord. Pediré que hoy se celebre su tan deseado regreso con algún plato especial. Lord Sheringham, ha sido un placer.

Con una levísima inclinación se dio la vuelta para alejarse.

—Señora Klever... —La llamada hizo que se volviera—. Me gustaría que tanto usted como su hija nos acompañasen.

Otra vez una señal de alerta se disparó en ella. Por supuesto, Julius le habría hablado de la niña, pero ¿por qué sacaba a colación a Charleen?

—En realidad... —Dudó—. La niña come y cena en las cocinas, solo nos acompaña en los desayunos.

—¿Y usted?

—Hago compañía a lord Lancashire —contestó muy estirada.

—Ya veo. Sí, supongo que es lo normal. En fin, la niña me ha parecido encantadora, así que, insisto: que nos acompañe hoy. Imagino que, por una vez, podrá saltarse usted sus estrictas normas.

—Pero es que...

—Vamos, Sabrina —apoyó Julius a su nieto—, adelantaremos un poco el horario para adecuarnos al de la pequeña.

—Si así lo desea, milord, así será.

Sabrina, muy tensa y esbozando una media sonrisa fingida, se volvió para marcharse, con paso tranquilo pero forzado, porque lo que deseaba en realidad era echar a correr. Notaba los ojos del barón clavados en su espalda y fue todo un triunfo mantener la calma.

«¡Estrictas normas!» El retintín de sus palabras aún resonaba en sus oídos cuando llegó al comedor, llevando de la mano a Charleen. Además de creerla una oportunista, dejaban traslucir que veía en ella una mujer poco flexible.

Pensando en Sheringham, apenas prestó atención a su profesor, y se confundió en unas cuantas frases en italiano, que le supusieron una reprimenda del genovés.

Antes de bajar a reunirse con el conde y su nieto, había instruido a la niña para que se portara

con la mayor corrección posible, instándola a que no hablara mucho. Pero eso era tanto como pretender que el mundo dejara de girar sobre su eje. Además, su hija quedó fascinada por completo porque Sheringham, apenas verlas entrar, avanzó hacia ella, tomó su manita y se inclinó para besársela, dedicándole después una sonrisa tan encantadora que incluso Sabrina se atragantó.

—Es un placer contar con la presencia de una damita tan maravillosa.

Después le ofreció la mano y la niña, haciendo alarde de lo bien que se había aprendido las lecciones impartidas por Simone Taylor, apoyó sus dedos en el dorso para que la acompañara hasta la mesa.

Sabrina no tuvo más remedio que agradecer su deferencia, aunque lamentó también que, tratándola como a un adulto, acabara por ganarse la confianza de la pequeña. Para una niña, todos esos detalles galantes, unidos al hecho de haberle permitido comer con ellos en lugar de hacerlo con Mirna y el resto de la servidumbre, la tenía tan ilusionada que no dejaba de mirarlo como si se tratara de uno de sus héroes de cuento infantil.

—Ya sabía yo —dijo de pronto, y la mirada de los tres se centró en ella— que estabas mejor sin pelo en la cara.

Sabrina casi se ahogó con el sorbo de vino y Julius rio de buena gana. Incluso el lacayo que se encontraba en un extremo del comedor, a la espera de servirles, tuvo que carraspear para disimular.

—Es que he seguido tu consejo.

—Claro. Y estás muy guapo.

—¡Vaya! Es un halago que no esperaba. ¿Me permites que te diga que tú sí que eres preciosa?

—Gracias. —Se echó a la espalda, con un gracioso movimiento de su manita, uno de los negros tirabuzones—. Es que mamá se ha pasado un buen rato peinándome para que estuviera *persetable*.

—Pre-sen-ta-ble —deletreó Ken.

—Eso.

—Sí, ya veo que tu madre es una mujer de comportamiento intachable —repuso él, clavando sus ojos en Sabrina.

La chiquilla entrecerró los párpados, se le quedó mirando y respondió:

—Mamá es una dama.

—Eso parece —otorgó Ken, sin quitar la vista de encima de Sabrina.

—Charleen, acaba la verdura y deja de parlotear —reprendió ella a la pequeña, aunque hubiera preferido contestarle a él para mandarlo al diablo. No perdía oportunidad para zaherirla con sus solapadas insinuaciones.

—Es que no me gusta, mami.

—Pues te la comes de igual modo.

—¡Jopé!

—¡Charleen Klever!

Agachó la cría la cabeza por la regañina y jugueteó con el contenido del plato. De repente,

volvió a centrar su atención en Sheringham.

—¿Tú has navegado alguna vez? Malafé tiene un barco pirata, ¿sabes?

Él camufló con una tosecilla lo divertido de su candorosa inocencia, que hacía que saltara de un tema a otro sin más.

—Así que ese hombre tan terrible del que me hablaste es un pirata, ¿eh? ¿Te gustan los barcos?

—No lo sé, porque me ha dicho mamá que me puedo marear.

—Seguro que no te mareas.

—Si tú quieres, podríamos buscar pasaje en alguna de las naves que salgan de Londres y hagan escala cerca. Una excursión corta, claro está —aventuró el conde, ganándose una sonrisa de oreja a oreja de la cría. Su nieto, sin embargo, elevó las cejas, sorprendido de la oferta de su abuelo.

—¡¡Sí!! —Miró a su madre casi saltando de su silla—. ¿Podemos?

—Por supuesto que no.

A Ken le pareció que la idea de su abuelo no era acertada, no se podía dar a una criatura todo lo que pidiese. Pero la rotunda negativa de la madre y la cara de desolación de la niña se le atragantaron. No le gustaron nada. Solo por llevarle la contraria, él mismo se encargaría de que tuvieran billetes, y al diablo con ella. Se echó hacia atrás, pasó un brazo sobre el respaldo de la silla y adoptó una pose indolente.

—¿Sus normas son tan inflexibles que no permiten a su hija una simple excursión, señora Klever?

Que Sheringham tomase partido por la niña no se lo esperaba. Es más, la congeló. Lo hubiera matado allí mismo. ¿Cómo se atrevía? Poniéndose a favor del anciano fascinaba a su hija, la llevaba a su terreno y, de algún modo, la indisponía contra ella. Eso no lo iba a tolerar. No tenía intenciones de permitir que se acercara demasiado a Charleen porque, desde que él volviera a Traveron House, no había dejado de pensar qué pasaría si él llegara a imaginar siquiera que pudiera ser su hija. Le daba pánico. Incluso podría intentar quitársela. Sheringham tenía dinero y posición; en esas circunstancias, se podía comprar a quien fuera necesario. No quería arriesgarse.

—No se trata de eso. Es que no lo creo conveniente.

—¿Cambiaría de idea si se lo pedimos de rodillas? —preguntó con bastante sorna.

—Ya veremos —zanjó ella.

El resto de la comida casi fue un diálogo entre Ken y Charleen, que no paró de hacerle preguntas sobre barcos. Él contestaba con paciencia poniéndose a su nivel, incluso la animaba, con lo que demostraba que era capaz de atenerse al ritmo de la conversación de una cría y acaparar toda su atención. A Julius no le importó que la pequeña monopolizase a su nieto, pero Sabrina se encontraba incómoda en su silla, cada vez más afectada por la camaradería que iba surgiendo entre ellos.

Acabado el postre, del que Charleen sí dio buena cuenta, Ken se levantó para retirarle la silla. Era difícil no prestar atención a aquel terremoto. Era despierta, inteligente y muy sagaz, lo había fascinado al conocerla y se alegraba de haber insistido en que los acompañara durante la comida.

Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—Charleen, vamos a por tu siesta —ordenó su madre con un tono de voz un punto más alto de lo que hubiera querido.

—¡Oh, mami!

—Si nos disculpan...

—Quédate un momento más, Sabrina —pidió Julius—, aún no me has dicho cómo se encuentra lady Romins.

—De acuerdo, milord.

Ken le guiñó un ojo a la pequeña y dijo:

—Creo que nos están echando, princesa. ¿Me permites que te acompañe a tu habitación? —Ella se lo quedó mirando muy dudosa antes de volver la vista a su madre—. Yo no conozco las aventuras de Malafé, pero me sé las de Barbanegra.

—¿Era un pirata?

—Sanguinario.

—¡¡Bien!!

—No creo que las correrías de ese sujeto sean las más adecuadas para contárselas a mi hija —protestó Sabrina.

—¿Lo son acaso las de ese tal Malafé? —replicó Ken.

—Una cosa es un cuento y otra, bien distinta, que meta en su cabeza hechos reales.

—Perdón, me olvidaba de su juiciosa y escrupulosa forma de ver las cosas.

—No es fácil educar a una niña, milord.

Sheringham suspiró. Le estimulaba discutir con ella y le divertía espolearla. Se ponía muy bonita cuando se enfadaba. Acabó por encogerse de hombros y capitular.

—De acuerdo. ¿Un cuento de dragones entonces? ¿Eso le parece más apropiado, señora Klever?

Ella ya no encontró salida. El conde la observaba, su hija estaba más pendiente que nunca, y él aguardaba su respuesta confiado, con una mueca de suficiencia en la boca que le hubiera gustado borrar de una bofetada. ¡Que se lo llevaran los demonios! En un santiamén se había metido a Charleen en el bolsillo y la había dejado como la mala de la historia. ¡Cómo iba ella a imaginarse a sus diecinueve años que el hombre del que se enamoró perdidamente resultaría a la larga un cínico consumado! El tiempo, como decía siempre Julius, pone a cada uno en su lugar y ella ya no era ni tan joven ni tan incauta, sabría hacerle frente. El vizconde de Maveric, o barón de Sheringham, como se hacía llamar, constituía una amenaza latente y debía permanecer alerta. Ni ella era miedosa ni se apocaba con facilidad, pero tenía que reconocer que su forma de proceder la dejaba sin argumentos.

—Sí, más adecuado, milord. —Se avino a conceder.

Ken ofreció entonces la mano a Charleen y Sabrina presenció indefensa cómo se aliaban ambos dirigiéndose hacia las escaleras.

—No sé qué le pasa a mi nieto —comentó Julius a su lado—. La guerra lo ha cambiado, antes ni era tan sarcástico ni dejaba de ser nunca un caballero, mucho más ante mujeres. ¿Qué ha sucedido entre vosotros para que parezca que buscáis la ocasión de tiraros uno al cuello del otro?

—Pues no lo sé, milord. Que yo sepa, nada en absoluto.

—Él me contestó más o menos eso, pero los hechos no dicen lo mismo. Tal vez quieras contarme algo...

—No sabía quién era cuando le vi, pensé que se trataba de un maleante y no fui muy amable con él. Eso fue todo, milord.

—No estaría de más que limarais asperezas. Con franqueza, no me apetece estar en medio de una guerra cruzada. Por contra, Charleen está deslumbrada con él —comentó, palmeando con suavidad el brazo de la muchacha.

«Eso es lo que más miedo me da», pensó ella con un pellizco de temor.

Para tranquilidad de Sabrina, Sheringham no apareció por Traveron House en los días siguientes, librándose de su presencia física por el momento, aunque no así del personaje, ya que su hija no paraba de hablar de él, de lo bueno que era y de lo bien que se lo iban a pasar en la presunta excursión por mar. Entre unas cosas y otras no se le iba de la cabeza.

—¿Crees que vendrá hoy, mami?

—No tengo ni idea, tesoro. Anda, ve, la señora Taylor te está llamando.

La niña se fue alejando hacia la sala donde la institutriz le impartía clases. Suspiró. Le había levantado dolor de cabeza la cháchara de la pequeña, que ya le había relatado veinte veces el maldito cuento de dragones con que él se la había camelado. Solía tener una paciencia infinita con Charleen y no le molestaba en absoluto que la interrumpiera en sus obligaciones o, incluso, cuando practicaba el italiano con el señor Leone. Pero desde que el barón llegara tenía los nervios de punta y perdía un poco los estribos porque imaginaba que, en cualquier instante, podría descubrir su secreto.

Intentó centrarse en sus quehaceres del día y se dirigió hacia la sala donde la esperaban.

Ken, por su parte, tenía una poderosa razón para haberse marchado a la ciudad. Y esa razón tenía nombre y apellido: Sabrina Klever.

Desde su encuentro en el sendero no se la había podido quitar del pensamiento. Primero porque le gustó la mujer y su arrojo y después, por la sorprendente relación que la unía a su abuelo. Su ama de llaves y su protegida. ¿Dónde se había visto despropósito semejante? Que el viejo hubiera decidido que se beneficiase de una parte de su herencia le parecía bien, incluso lo alababa. No sería la primera sirvienta a la que, como pago a su dedicación, se le otorgaba una cantidad a la hora de retirarse. Lo que le tenía en ascuas, o más bien le indignaba, era que su abuelo lo estaba tildando de imbécil al tratar de engañarlo. Quería respuestas de verdad. Y eran muchas las preguntas. ¿Qué era lo que buscaba Sabrina? ¿Quién era en realidad? ¿De dónde había salido? ¿Qué vida llevaba antes de llegar a Traveron House? ¿Había estado casada o no? ¿Charleen era o no hija de su abuelo, por mucho que él lo negase?

Todos esos interrogantes le inducían a dudar muy en serio de la historia que le había contado.

Como ejemplo más patente, el trato que ella le dispensaba al viejo, a su modo de ver en exceso afectuoso. A cualquiera le hubiera rechinado la manera en que le sonreía, le tocaba el brazo o

asentía casi con devoción a lo que decía; en circunstancias normales nadie se comportaba así por simple agradecimiento. Tenía que haber más, mucho más, un trasfondo que no acababa de ver.

La cita concertada con su amigo, Jason Rowland, apartó de su mente la zozobra que le provocaba aquel asunto.

El club estaba tan animado como de costumbre, o quizá bastante más porque, en una de las mesas, se estaba jugando una partida de *whist* anunciada desde hacía días y, como en otras ocasiones, se apostaba fuerte. No le apetecía demasiado jugar aquella noche, pero Jason había insistido en que se vieran y, ya que se encontraba allí, bien podría arriesgar algún dinero en unas manos de cartas.

—¿Nos unimos a una de las mesas? —propuso.

—No hemos venido aquí a eso.

—¿Entonces? Si solo me has emplazado para conversar, podríamos haberlo hecho en mi casa.

—Mejor aquí, sin criados a nuestro alrededor.

No replicó, porque tampoco él iba a poner la mano en el fuego por algunos sirvientes. De no confiar plenamente en el único que tenía en su casa de la ciudad, hubiera pensado que había sido él el informador de su abuelo, respecto a sus trabajos para Wellington. Pero tampoco le importaba, a fin de cuentas, había dejado ya de ser el correveidile del duque. Demasiado arriesgó su cuello durante cinco años. Ahora tocaba descansar, dedicarse a sus ocupaciones de la manera más tranquila posible y, sobre todo, vivir.

Saludaron a sus conocidos, con especial simpatía a William Wilberforce, un buen político que combatía sin descanso por la abolición de la esclavitud, con algunos logros destacables, aunque quedaba tanto por hacer que no se veía el final.

—¿Qué te parece este reservado?

—Cualquiera en el que no seamos molestados me viene bien.

Pidieron una botella de brandy y se acomodaron en sendos sillones, frente a la chimenea. Una vez que les sirvieron la bebida, Ken cerró la puerta, vertió alcohol en dos copas y entregó una a su compañero a la espera de que comenzara a hablar.

Jason, a pesar de ser quien pidió aquella reunión, daba vueltas a su copa entre los dedos, sin decidirse a arrancar. Ken imaginaba la causa y creía no equivocarse: su esposa. Pero no sería él quien sacara a su mujer a relucir, se trataba de disfrutar de la noche y la compañía de su amigo, en cuya presencia estaba prohibido ese tema.

—Bueno, pues tú dirás. ¿Estás aquí o en tu mundo? ¿Qué es lo que piensas? —interrumpió sus cavilaciones.

—Nada importante, a no ser que he llegado a la conclusión de que el corazón es un órgano estúpido.

—No me digas que me has hecho venir al club para que filosofemos.

—Por supuesto que no. Pero no presumas de mordacidad, al fin y al cabo, estabas solo y aburrido. Y, a propósito de soledad, ¿cuándo vas a decidir trasladarte a vivir con tu abuelo?

—Estoy muy bien viviendo solo.

—Ni tú te lo crees, admite que lo echas de menos.

—¿Es que también tú me vas a dar la lata con eso?

—No me vengas con ese cuento, Ken. Ya sé que se entromete en tu vida, como todos nuestros mayores, pero ¿cómo pretendes que un hombre de otra generación, tan tradicional, tan apegado a las costumbres, no quiera que honres un título que te corresponde por derecho? ¿No crees que deberías...?

—Si quieres que acabemos bien la noche, no sigas por ahí —le cortó.

—Soy tu amigo, ¿verdad? Pues escucha. Tu padre fue un ser abyecto, lo sé. Hizo infeliz a tu madre y te amargó la vida, así que puedo comprender que lo odies incluso después de muerto, algo que yo también haría de haber pasado por lo que tú pasaste. Pero, aun a tu pesar, no dejas de ser vizconde de Maveric por sucesión, por mucho que reniegues de su legado y te obceques en utilizar el título que heredaste de tu tío abuelo. Tu abuelo no tiene que cargar con los errores de tu padre, lo sabes bien. Además, he oído que ha estado enfermo. Yo, en tu lugar, me pasaría...

—Se ha recuperado. Ya he ido a verlo. Sí, no me mires con esa cara, ya he ido. No soy tan cabrón como lo fue mi padre, él ni se hubiera preocupado por si vivía o moría.

—No creas que te voy a aplaudir, no se puede decir que hayas tenido mucho contacto con él en estos años.

—Pero siempre he estado informado de cómo le iban las cosas. Necesitaba tiempo para aclarar mis ideas y mi futuro. Volveré a verlo en unos días. No tanto por saber de él como por enterarme de todo lo que concierne a la mujer con la que ahora está conviviendo en Traveron House. — Rowland hizo gesto de no creer lo que le decía—. Como lo oyes. Jura que solo es su ama de llaves, pero resulta que también es su protegida, ¿tú te tragarías eso? Lo más probable es que se trate de una fulana que ha sabido sorberle el seso, aunque él no se dé cuenta. Bueno, dejémoslo ahí y vayamos a lo que tenías que decirme.

—¡Vaya, vaya, con tu abuelo! ¡Esta sí que es buena! Bien, ya me contarás. Por mi parte, tengo que pedirte que me prestes tu palco en el teatro pasado mañana.

—¿Vas a llevar a tu esposa? No, déjalo, no me digas nada, no me interesa saber con quién vas a ir. Por supuesto, el palco está a tu entera disposición, si bien es a mi abuelo a quien deberías agradecerse por haberlo mantenido a mi nombre durante mi ausencia. Y espero que disfrutéis de la representación, he oído que Edmun Kean se ha superado a sí mismo.

—Voy a llevar a Cassandra, sí, pero me temo que tendrás que venir con nosotros.

—Vi la obra hace tiempo.

—Escucha atentamente. —Se inclinó Jason hacia él y bajó la voz—: No es placer, es que quiero que me ayudes a atrapar a Armand Raynaud.

Sheringham se quedó callado, se levantó para servirse una segunda copa y permaneció de pie, de espaldas a la chimenea. Raynaud y su hermosísima hermana, Veronique, habían sido dos piezas importantes en la guerra de la información sobre Napoleón y sus maniobras: a cambio de

protección y fuertes sumas de dinero colaboraron con Inglaterra para que fuera encerrado de por vida. Mucho debían de haber cambiado las tornas para que ahora Jason quisiera apresarlos.

—Te lo ha pedido Banks, imagino —dijo, sin mirar a su amigo—. Te vi por casualidad a cierta distancia en el edificio de sus oficinas, adonde yo he acudido en alguna ocasión tras mi vuelta a Londres. Está bien, cuéntame lo que pasa para que ese francés sea carne de presidio.

—Banks afirma que tiene datos suficientes como para creer que forma parte de un complot para sacar al corso de Santa Elena.[1]

Rowland le puso al tanto de cuanto sabía y, durante un buen rato, ocuparon el tiempo en planear el mejor modo de atrapar a Raynaud. Luego, olvidaron el trabajo y se acercaron a las mesas de juego.

Con fuerza de voluntad, Ken obvió la grácil figura de Sabrina y esos preciosos ojos que se colaban a cada segundo en sus pensamientos, y se centró en las cartas que tenía; había perdido dos manos seguidas por distraerse. Tenía que echar a esa mujer de su cabeza, al menos hasta haber atrapado al francés. Después, tras conseguir lo que su abuelo le había prometido a la pequeña Charleen, regresaría a Traveron House para vigilarla de cerca.

Y, ¿por qué no?, para seguir incordiándola.

Si Sabrina creía que iba a poder librarse de la incómoda presencia de Sheringham, se confundió de medio a medio. Ken no solo volvió a la finca, sino que lo hizo con una noticia que hizo dar saltos de alegría a Charleen: saldrían en un bergantín que haría escala en un par de puertos de la costa inglesa antes de emprender ruta comercial. De poco le sirvió poner mala cara, argumentar que no podía dejar todo el trabajo a los Falcon o abandonar unas clases que al conde le costaban un buen dinero; tanto Julius como la pequeña se mostraron entusiasmados ante la inminente partida y no pensaban irse sin ella.

No podía negar que también le llamaba la atención la excursión por mar, nunca tuvo la oportunidad de subir a una nave y, aunque podía prescindir de ese viaje, no quiso estropearles la diversión. Además, Mirna se unió a ellos y la animó a tomarse unos días de asueto.

—Tiene que salir de aquí y divertirse un poco, no todo va a limitarse a llevar esta casa. No se preocupe, mi esposo y yo nos encargaremos de todo.

Con la ayuda de Lina, tan exaltada como la niña porque iría con ellos para ayudarla con la pequeña, aunque con bastante apuro porque no se veía compartiendo viaje con su patrón, prepararon el equipaje necesario para la travesía; según el barón no duraría tanto como para que las echaran de menos. A pesar de todo, metieron en las bolsas de viaje más de lo que iban a necesitar.

Dejó a aquellas dos hablando como cotorras sobre lo que verían durante el trayecto, y se dirigió hacia la zona de servicio en busca del mayordomo; debían ultimar algunos detalles antes de su marcha.

Empujó la puerta del cuarto que el señor Falcon utilizaba como su despacho, pero no pasó del umbral. Allí se encontraba Sheringham. Verlo y paralizarse fue todo uno. Él se hallaba de cara al ventanal, sentado en el borde de la amplia mesa y a medio vestir. Sin camisa, pudo apreciar los fuertes músculos de sus brazos, la amplitud de sus hombros... Tragó saliva e inspiró hondo porque se dio cuenta de que le faltaba el aire, y se dio la vuelta para marcharse con el mayor sigilo.

—¿Ya está todo listo para mañana?

Dio un respingo porque, como creyó que no la había oído, no se esperaba la pregunta.

—Eeeeh, sí, milord.

Ken se volvió hacia ella; a Sabrina se le subió el color a las mejillas.

«Desde luego, disimula muy bien, a la manera de una dama pudorosa a quien el torso de un hombre sin camisa consigue avergonzar», pensó él.

Distraído en la contemplación de los ojos femeninos, aflojó la presión sobre la venda que intentaba colocarse en la herida del brazo. Se le cayó y, al tratar de recuperarla, se resintió de un dolor lacerante que le llegó hasta el hombro. El movimiento que hizo para desentumecerlo hizo que volcara el pequeño botiquín que descansaba a un lado, acabando este en el suelo.

—¡Mie...! —Contuvo la palabrota a duras penas—. Deje de mostrarse como una mojegata y écheme una mano.

—¿Cómo dice, milord?

—No puedo colocarme el apósito con la mano izquierda; hágalo usted. —Ella alzó el mentón como si estuviera ofendida—. Por favor.

Muy estirada, pero interesada, e incluso un poquito preocupada, se le acercó. No fue una decisión acertada. Sheringham desprendía un olor tan varonil que casi se tropezó con sus propios pies al agacharse ambos a la vez para recoger los objetos esparcidos por la alfombra. Disimuló cuanto pudo el efecto de su cercanía, afanándose en recolocar vendas, desinfectante y ungüentos en su lugar.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada.

—Para no ser nada, tiene un corte bastante profundo —contradijo ella—. ¿Puedo saber dónde se lo ha hecho?

—No creo que sea de su incumbencia.

—No lo es, desde luego. Pero ha requerido mi ayuda y lo menos que puedo esperar es una explicación.

—Así que es curiosa, ¿eh?

—Lo justo para saber a qué atenerme con las personas que me rodean.

—Vale. Pues me golpeé con una puerta —respondió, tajante, para zanjar el asunto.

Ella se retiró un poco y elevó el rostro para poder mirarlo a los ojos, idénticos a los de Charleen, recordando y repitiéndose a sí misma que ese hombre ya no era aquel de quien se enamorara siendo una joven con la cabeza llena de pájaros. Porque, en su fuero interno, lo que hubiera hecho sería auparse sobre la punta de sus botines y probar su boca, que aún la seguía atrayendo.

—Una puerta. —Sonrió, condescendiente—. Fíjese, milord, yo diría que tiene pinta de un golpe o una caída, quizá montando a caballo —replicó con sorna.

—Si me hubiera caído del caballo, algo que nunca me ha ocurrido hasta ahora, podría haberme roto el cuello. Así me hubiera quitado de en medio, ¿no es eso?

—¡Por supuesto que no, qué cosas tiene! Para su abuelo sería una lamentable pérdida.

—¿Y para usted?

—No le conozco. La muerte de cualquier persona es una desdicha, pero no podemos llorar por

todo el mundo, ¿no le parece? —Mantuvo su tono cáustico mientras examinaba la herida e intentaba que no le temblaran las manos—. Está infectada. ¿Por qué no le ha pedido a la señora Falcon que...?

—Porque aún estaría echándome la bronca, como cuando era un chiquillo, siempre que hacía algo mal me regañaba. Usted no va a hacerlo, ¿verdad?

—Tal vez debería. De haberla curado a tiempo no se hubiera infectado.

Sheringham se sinceró y acabó por decir:

—Fue hace días; un incidente con unos borrachos. No lo provoqué yo, no. No me lance dardos con los ojos como si me culpara de antemano. Me agredieron y me defendí, es todo. Basta decir que el fulano que me atacó con el cuchillo acabó peor que yo.

—¡No lo habrá matado!

Ken se echó a reír y la carcajada flotó en el cuarto. Adelantó dos dedos hacia su barbilla e hizo que alzara el rostro hacia él. Continuaba acalorada pero tan preciosa como lo estaba en su primer encuentro, allá en el camino. Tanto, que se hubiera dejado llevar por el impulso de besar sus labios. Fantasear con lo que esa boca podía hacer en su cuerpo incendió su libido.

—Me parece que tiene usted una muy mala opinión de mí, señora Klever.

—Un hombre que abandona tanto tiempo a su abuelo, no se merece un premio, creo yo.

—Culpable. Así y todo, no debería juzgarme; ni sabe por qué me marché, ni por qué he estado tanto tiempo alejado de Inglaterra.

—No crea, lord Lancashire me ha contado... —murmuró, abriendo con un cuidado la carne lacerada para limpiarla. Notó que él tensaba el cuerpo, pero no protestó, aunque ella sabía que tenía que dolerle.

—¿Qué le ha contado el viejo?

Sabrina se encontraba cada vez más incómoda. Estaba demasiado cerca de él, estaba tocándolo; eso le hizo retroceder en el tiempo, recordar el tacto de su piel aquella única noche en que lo tuvo para ella. Tendría que haberse ido de allí y que se las apañara como pudiese. Pero ya era tarde y, además, el corte no tenía buen aspecto. Carraspeó para eliminar el nudo que le atenazaba la garganta, y prefirió reservarse las confidencias hechas por el conde.

—Nada, milord.

—Así que le ha puesto al día de temas familiares. Supongo que es normal, dada su... relación. Ha avanzado usted mucho, señora Klever.

—¿Qué quiere decir con su insinuación a propósito de «nuestra relación»? —Se irguió alterada, presionando sin ser consciente la herida.

—Nada. Olvídelo. ¿Puede o no puede curar ese maldito corte? Duele como un demonio.

—Tendré que desinfectarlo; le va a doler.

—De lo que usted, para mortificarme, se alegrará infinitamente.

Sabrina se dijo que ya estaba bien, que no tenía por qué soportar las mofas de aquel estúpido engreído. Dejó caer las pinzas sobre la mesa y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse, pero él no

se lo permitió. Alargó la mano y la retuvo asiéndola de un brazo.

—Lo siento. Lo siento, de veras, discúlpeme, a veces soy un...

—... completo imbécil, milord —finalizó ella la frase.

Ken se limitó a brindarle un gesto de asentimiento acompañado de una sonrisa canalla, con lo que Sabrina no supo si cruzarle la cara o decidirse a besarlo. Habían pasado los años, ya no era deslumbramiento juvenil, eran dos desconocidos... Entonces, ¿por qué diablos las mariposas cosquilleaban en su estómago cada vez que él estaba cerca?

—No es la primera vez que me lo dicen.

—¿Qué le dicen? —preguntó confusa, consciente de que su presencia conseguía que perdiera el hilo de lo que se hablaba.

—Que soy imbécil.

—Y me temo que no será la última vez si continúa en esa línea.

—Seguro que no. ¿Me perdona?

Sabrina se avino a lo que le pedía. Volvió a tomar las pinzas para ordenarle de mala gana:

—Mejor siéntese, no vaya a ser que se caiga redondo.

Ken, sin abandonar la sonrisa, trató de relajarse. Había estado en la guerra, lo hirieron en dos ocasiones, era un hombre curtido... ¿y una mujer respondona y arisca con pinta de institutriz cargante pensaba que podía desmayarse por una simple cura? Por supuesto, no tomó asiento. Pero ella, con toda intención, apretó contra su brazo la gasa impregnada de desinfectante, y entonces sí protestó y se quejó, hasta en arameo.

La dejó hacer, sin apartar su mirada del perfil de su rostro, del color de su cabello, de sus pequeñas manos.

«Tan severa como una matrona desdeñosa», se dijo.

Ella volvió a punzar en el corte. ¿Era necesario o le estaba haciendo pagar su escasa falta de tacto y sus insinuaciones? Si era así, no lo disimulaba en absoluto.

«Disfruta, Sabrina Klever. Disfruta ahora que puedes porque muy pronto descubriré tu juego y entonces será mi turno.»

Charleen la despertó antes incluso de que amaneciera y, tras un frugal desayuno, salieron de la finca en dos carruajes en dirección a los muelles. Ellas, junto a una Lina que no paraba de bostezar, ocuparon el primero; Julius y Ken, el segundo. Los coches les dejaron en la dársena Surrey, la última de las construidas para facilitar el anclaje de barcos grandes, cerca de la nave en la que iban a embarcar.

Aunque corría un ligero viento, el día era agradable y la actividad en el puerto era frenética incluso a esa temprana hora, apenas despuntando el sol en el horizonte: los pedigüeños deambulaban por todas partes, las tabernas bullían de animación, alguna que otra dama de dudosa moral iba a la caza de clientela; había un trasiego de marinos que iban y venían, muchos de ellos buscando enrolarse en un navío.

El bergantín, de nombre *Durmiente*, se mecía perezoso sobre las aguas de su fondeadero. De cuidado casco y blancas velas, destacaba entre otros; hasta se diría que su marinería, que se afanaba en terminar de cargar sacos y vituallas, mostraba en sus ropas un aspecto mucho menos desaliñado de lo habitual en esos menesteres.

Como era de esperar, Charleen empezó a hacer preguntas, a las que Ken dio respuesta tan pronto hubo dado las órdenes oportunas para que subieran sus equipajes a bordo.

—Ese es el palo mayor; aquel otro, el trinquete —explicaba él a la vez que señalaba a la entusiasmada pequeña las partes de la nave—. Ya te contaré más cosas, pero ahí donde lo ves, el barco perteneció a un temible corsario.

—¿Qué es un corsario?

—Un hombre que ataca barcos enemigos, para robarlos, pero con el visto bueno de la Corona.

Charleen arrugó su naricilla y ladeó la cabeza, sin entenderlo del todo; según le había enseñado su madre, robar a la gente estaba mal.

Julius Baker cedió el brazo a Sabrina para subir la pasarela. Había emprendido aquel viaje convencido de que el mismo serviría para que su nieto y ella suavizaran sus diferencias, consciente de que Ken estaba receloso; entendía que no era para menos. Frenó en seco y se volvió al escuchar una voz que se alzaba, llamándolo entre el bullicio reinante a su alrededor. Se le agrió el gesto y, por extensión, apretó sin querer la mano de la muchacha, que también paró sus pasos.

Colin Sayer, sin contemplación ni miramientos, empujaba a cuantos se le interponían para poder

llegar hasta ellos, con sus ojos fijos en Sabrina. Una vez más, el sobrino de Julius se manifestaba torpe e inoportuno, a pesar de la apariencia de su atuendo: chaqueta de color rojo chillón, volantes en la pechera y los puños de la camisa, pantalón rayado, sombrero de copa, bastón... ¿Qué hacía en el puerto a horas tan tempranas y acicalado como si acudiera invitado a una fiesta? Destacaba como un jabalí en mitad de un campo de margaritas. Era imposible no evitar comparar su patética pretensión de elegancia con la austeridad en el vestir de Sheringham.

Como si hubiera habido una conexión mental entre ellos, Ken se interpuso, cortando el paso al recién llegado.

—Colin.

Sayer no aparentó disgustarse ante el saludo desabrido de su primo en segundo grado, al que, por otro lado, hacía varios años que no veía.

—¡Cuánto tiempo! —Palmeó su hombro izquierdo—. Supe, por casualidad, que estabas en Londres. Has tardado mucho en dejarte ver de nuevo; empezábamos a pensar que te habían matado.

—¿Qué haces aquí, Colin?

—¡Vamos, Ken! No negaré que siempre hemos tenido nuestras diferencias, pero no es ese el modo en que esperaba que saludaras a un pariente después de tanto tiempo. No seguirás enfadado por nuestra última disputa, ¿verdad?

—¿Acaso has venido a disculparte? —preguntó con mordacidad.

—¡Por Dios, hombre, han pasado cinco años de aquello! Yo te dije algo muy feo y tú me respondiste con un puñetazo. La cosa quedó en tablas.

Ken no se hubiera acordado del incidente de no haberlo mencionado el otro. No estaba molesto por una disputa absurda, lo que le irritaba era su presencia allí.

—No, Colin, no sigo enfadado por aquello —aseguró, estrechando la mano que le tendía.

—Estupendo. El caso es que os he visto y pensé: ¿se trata de una excursión familiar? ¿O vienen a despedirte? ¡No me digas que te vuelves a escapar... Maveric!

Sabrina vio que la espalda de Ken se ponía rígida por el uso del título, y por la nada solapada insinuación a su larga ausencia de Inglaterra. Colin no le caía ni bien ni mal, pero no le gustaba que se aprovechara de Julius, y menos aún que le importunara con sus lisonjas cada vez que iba a Traveron House, aunque, a veces, resultaba hasta gracioso. Lo rehuía cuanto podía, sin llegar a mostrarse antipática, e intentaba que no molestara a las muchachas jóvenes del servicio.

Tampoco Sheringham era santo de su devoción, desde luego. Por ella podían matarse el uno al otro y le quitarían dos problemas de encima, pero odiaba ese tipo de confrontaciones, más si se encontraban en público y su hija era testigo de ellas. De modo que intentó restar hierro al enfrentamiento.

—No le esperábamos, señor Sayer, creíamos que se encontraba en Norwich.

—Sabrina, Sabrina... ¿Cuántas veces he de decirte que me llames por mi nombre de pila? ¿Norwich? Lo cierto es que allí no encontré ningún socio interesado en invertir en el negocio de la

lana; he pensado que aquí, en Londres, tengo más oportunidades de hacer crecer mi dinero.

«Querrás decir el dinero que le sacas a tu tío», pensó ella.

A Ken le hubiera gustado que su primo se evaporara, lo último que esperaba era darse de bruces con él. De hecho, lo había estado evitando desde que regresó a Inglaterra. Pero que, además, tutease a Sabrina no ayudó a paliar su mal humor. Por si fuera poco, ella le sonreía. ¿Acaso también pretendía seducir al imbécil de Colin? ¿Hasta dónde llegaba la voracidad de esa mujer?

La vocecita de Charleen y el tirón al faldón de su chaqueta le hizo reaccionar.

—¿Podemos subir ya al barco, milord?

Se había olvidado por completo de la pequeña. La tomó de la mano y ascendieron por la pasarela.

—A bordo, mi temible corsaria.

El estallido de risa de la niña se dejó oír alto y claro.

—¿Son mis ojos o ha regresado hecho un salvaje, tío?

—Nos vamos, Colin —dijo Julius, que omitió adrede contestar a su pregunta.

—¿No va a decirme nadie hacia dónde navegarán?

—Dover. Luego, Folkestone.

—¡Fantástico! No tengo nada que hacer. Voy con vosotros, no me perdería esta expedición por nada del mundo.

—Pero ¿así, sin equipaje?... Puede que no queden camarotes libres. —Se apresuró a decir Sabrina, que pidió al cielo que así fuera.

—Seguro que unas pocas monedas obran maravillas. En cuanto a la ropa, compraré lo que necesite en Dover.

A ella no le quedó otro remedio que aceptar que el viaje se les había estropeado. Porque no dudó de que Colin conseguiría un camarote, conocía bien sus trucos para agenciarse lo que quería.

«¡Ojalá se pase todo el trayecto mareado y no tenga que soportar lo molesto de su compañía! También es posible que Sheringham, dada la inquina que parece haber entre ambos, acabe tirándolo por la borda. Sí, va a ser una excursión de lo más entretenida.»

En cuanto el bergantín comenzó a moverse hacia la bocana, y sin darle tiempo siquiera a echar un vistazo al camarote que iban a ocupar, Charleen pidió a Sabrina que la aupase para afianzarse a la balaustrada. Lina, que había bajado a supervisar si sus equipajes estaban en su lugar, se acercó a ellas ajustándose el grueso chal que llevaba sobre los hombros.

—La cabina no va a resultar muy cómoda. —Se quejó—. Apenas hay sitio para moverse.

—Bueno, imagino que en un barco que no es de pasajeros, no hay demasiado espacio disponible, Lina. Tendremos que apañarnos como podamos.

—Hay tres literas, y yo no sé si podría dormir en la de arriba.

—¡Yo quiero la más alta, yo quiero la más alta! —pidió Charleen, que perdió el interés por las pequeñas olas que se formaban junto al casco de la nave a medida que avanzaban.

—Tú ocuparás la de abajo y Lina la del medio.

—Pero quiero la de arriba, mami.

—La de abajo, tesoro —zanjó.

—¡Jopé!

—Déjemela a mí, señora Klever, y váyase a dar una vuelta por cubierta.

Se lo agradeció a la joven, sabía que su hija estaba en buenas manos con ella. Era una idea estupenda esa de curiosear por ahí. Nunca había estado en un barco, de manera que, aunque algo inquieta, deseaba verlo todo. Sin embargo, antes de alejarse se volvió hacia Lina.

—¿Consiguió camarote el sobrino de milord?

—Según creí oír tendrá que compartirlo con el contraestre. Espero que ese hombre ronque como un cerdo.

También Sabrina lo deseó. Sayer no era demasiado apreciado por el servicio de Traveron House, pero en especial no lo era por la muchacha. No le cabía duda de la causa, no en vano ella misma tenía que estar siempre sorteando sus avances.

A estribor, Sheringham charlaba con un hombre de aspecto rudo que lucía uniforme, supuso que se trataba del capitán. A Sayer, por fortuna, no se le veía por ninguna parte, ocasión idónea para disfrutar a solas de la caricia del sol, rojizo y enorme, que se elevaba ya en el horizonte.

Baldío empeño que apenas duró. Casi sin darse cuenta Ken estaba a su lado.

—¿Me permite acompañarla?

—No es necesario.

—¿Se mareará?

—Estoy perfectamente, no hace falta que se preocupe por mí, milord.

—Creo que usted y yo no hemos empezado con buen pie; no me gustaría que se arruinara esta salida por mi mala educación.

—Al menos en eso estamos de acuerdo.

—¿En que hemos empezado con mal pie o en mi mala educación?

—Respóndase usted mismo.

—Deberíamos comenzar desde cero. Kenneth Baker, a su servicio. —Se presentó de un modo sencillo, bastante más considerado que la vez anterior, al tiempo que hacía una leve pero cuidada reverencia.

El gesto, gracioso, liberó un poco las reservas de la muchacha, que ofreció su mano y contestó:

—Señora Klever. Sabrina Klever.

Ken se demoró algo más de lo normal en soltarle los dedos, y ella se acaloró un poco al ver su mirada prendada en la suya. Fueron unos segundos, pero a Sabrina le parecieron horas. Después, él colocó la mano femenina sobre su brazo y la joven no pudo impedir que se dirigiera hacia proa; allí el movimiento era más pronunciado, bajo sus pies la cubierta bajaba y subía con mayor intensidad.

—¿No hay otro lugar en el que no nos movamos tanto? —preguntó, porque comenzó a sentir un

ligero malestar.

—¿Se encuentra mal?

—No me gustaría quedar por mema o quejica —respondió a la vez que se llevaba una mano al estómago—. ¿Cómo está su herida, por cierto?

—Creo que no perderé el brazo, gracias a usted —bromeó él—. En cuanto a esa sensación de vacío, no se preocupe, le suele ocurrir a todo el mundo. La primera vez que subí a bordo de una nave me pasé tres días con la cara verde, tirado en un catre; no podía moverme más que para alcanzar el cubo. Después, no ha vuelto a pasarme.

—O sea, que incluso es humano —siguió ella la broma.

Ken eludió replicar a su guasa. Le gustó que se aviniera a charlar, aunque fuera a base de fustigarlo. La llevó a popa, le pidió que se sentara en uno de los barriles, y él apoyó su pie derecho en otro más pequeño, dejando descansar su antebrazo en la rodilla.

Sabrina se removió un tanto desazonada teniéndolo tan cerca.

—El itinerario nos permitirá navegar frente a los acantilados blancos de Dover y, después, haremos una pequeña escala en la ciudad, donde el capitán debe descargar unas mercancías —reveló—. Si tenemos suerte y continúa el viento, llegaremos con antelación.

Mientras hablaba, su atención parecía condensada en la estela de espuma blanca que dejaban atrás. Pero Ken ni siquiera se daba cuenta de eso, trataba de no mirar a la joven para poder mantener las manos quietas. Desde que la viera aquella mañana, ataviada con un atuendo marrón claro que le iba como una bofetada y le daba el aspecto de una monja, no paraba de imaginarla con otro tipo de prenda; tal vez un vestido de noche escotado, que le dejara al descubierto los hombros y le permitiera admirar otra parte de su piel que no fuera la de su cuello y su cara. ¿Por qué demonios martirizaba un cabello como el suyo con ese moño tan tirante? ¡Le encantaría arrancarle las horquillas, meter sus dedos en esa masa brillante y despeinarla...!

Sí, pensaba en eso.

Y en la corta conversación con Amadeo Kelly aquella misma mañana, antes de partir...

—¿Va a llevársela consigo, milord?

El ayuda de cámara de su abuelo cerraba su bolsa de equipaje mientras él acababa de colocarse la corbata. Lo miró a través del espejo y supo que hablaba de la Remington.

—Nunca viajo sin una de esas.

—Cuando era pequeño no mostraba ningún interés por las armas, lo más que hacía era jugar a perseguir enemigos imaginarios con una espada de madera; aún recuerdo los sustos que le daba a la señora Falcon.

—Eso, señor Kelly, fue hace siglos. Ahora tengo enemigos reales y no me queda más remedio que usarlas, si llega el caso.

—¿Está seguro de eso, milord? Porque, a veces, vemos las cosas de modo equivocado.

—Reales —insistió, poniéndose la chaqueta—. Y con secretos que pueden hacer daño y que yo pienso descubrir. Otra cosa es cómo pueda hacerlo. ¿Usted qué piensa?

—¿Sobre qué, milord?

—Sobre el mejor modo de destaparlos, ¿qué si no? —Sonrió. Amadeo era sagaz, sabía a lo que se refería por mucho que se hiciera el despistado.

—Pues diría yo, señor, que la mejor manera de disfrutar del fuego de la chimenea es acercándose a él.

Antes de que pudiera objetarle algo más, ya se había marchado del cuarto, dejándole con la frase bailando en su cabeza.

«Acercándose, ¿eh? ¡¿Por qué no?!»

—He oído hablar de esos acantilados. —Su sed de conocimiento era el mejor antídoto para que dejara a un lado otras cuestiones—. Dígame, ¿usted los conoce? Hábleme de ellos.

La voz de Sabrina le hizo regresar al presente.

—Tienen unos trescientos cincuenta pies de altura. Son dignos de admirarse, a su hija le van a encantar y a usted también. Tras ellos hay túneles que se excavaron durante la Edad Media.

—¿De veras?

—Ajá. Si el día es claro, los acantilados incluso pueden ser visibles desde Francia. Era uno de los puntos más adecuados para que Napoleón atacara Inglaterra, así que esos túneles se convirtieron, durante la guerra, en un magnífico sistema de protección. El capitán calcula que tardaremos un día y medio en llegar a Dover, donde fondaremos para que trasladen el cargamento hasta tierra firme y, entretanto, podremos dar un paseo y comprar algunas chucherías antes de proseguir travesía.

—Y luego...

—Folkestone. Desde allí tomaremos coches de alquiler para acercarnos a Maidstone, a orillas del río Medway. Y después hacia Croydon, para continuar hasta Londres. Espero que Charleen no encuentre el viaje demasiado cansado.

—No lo creo. Es una niña bastante inquieta.

—Lo he notado. También lo era yo de pequeño. Mirna solía decir que parecía una lagartija. Imagino que criarla sin ayuda ha debido de ser difícil.

—Por fortuna, he tenido la ayuda de todos en Traveron House.

—¿Puedo saber de qué falleció su esposo?

Sabrina miró hacia otro lado. No quería entrar en ese terreno por temor a deslizar en la conversación cualquier pequeño indicio que le diera pie a poner al descubierto sus mentiras. En Traveron House nadie había dudado de la historia que se inventaron el conde y ella acerca de su

viudedad, pero Sheringham era otra cosa, ese hombre parecía saber leer en su mente. Y le daba miedo.

Les interrumpió la voz airada de un marinero que, a unos pasos de ellos, hablaba con otro de los tripulantes. Volvieron la cabeza en la dirección de donde procedía, lo que sirvió para que la joven evitara dar una respuesta al barón.

—¡Te juro que me llevaré al niño, James, aunque tenga que enrollarlo de grumete! Desapareceré con él y no volverá a verlo nunca.

Sabrina sintió un repentino escalofrío. Había escuchado un ultimátum similar cuando apenas tenía cinco años. Unas palabras llenas de violencia que seguían atormentándola. Ni supo entonces quién era el caballero que discutía con su madre ni lo supo más tarde, porque ella siempre se negó a hablar de ese asunto. Lo cierto fue que dos días después escapaban en plena noche, y nunca regresaron a Chester. En Londres, iniciaron una nueva vida junto a Raymond Klever, un tendero jovial y sensato que, por desgracia, falleció meses después, y ella acabó por esconder, en un lugar apartado de la memoria, el rostro del individuo por cuya causa tuvieron que huir como unas delincuentes.

—Vámonos, por favor.

—¿Se encuentra bien? Está un poco pálida.

—Solo cansada. —Justo en ese momento vio que Colin se acercaba a ellos—. En realidad, estoy agotada, creo que voy a bajar al camarote.

Se escabulló hacia la panza del bergantín, con tanta celeridad, que Ken pudo comprobar cómo su primo se paraba en seco y descomponía el semblante, de lo que se alegró. Aquella mujer podía ser una farsante, pero no tenía más remedio que aplaudir con qué sutileza daba esquinazo a quien no le interesaba.

Las mujeres decidieron comer en su camarote, lo que permitió a los caballeros poder hablar con libertad de temas mundanos. A la hora de la cena, sin embargo, no pudieron negarse para no desairar al capitán Reth, que pretendía lucirse con platos especiales para tan inusuales pasajeros; no era habitual que la aristocracia navegara en su barco.

Cuando Sabrina entró, Ken perdió el hilo de la conversación y solo tuvo ojos para ella. Seguía llevando el cabello estirado en aquel moño sobrio, pero la elección del vestido color gris perla y el chal blanco con el que se cubría los hombros para la ocasión le agradó, le daba un aire más juvenil, menos severo.

Estaba bonita. Pero es que era bonita.

Él hubiera querido seguir disfrutando del guiso que les habían cocinado, pero la cháchara almibarada de Colin, que se erigió en el centro de atención para atraer la de la muchacha, le quitó el apetito. Ella, sin embargo, solo asentía con educación, pero sin intención de seguirle la conversación, lo que sí hacía con el capitán. Sin ser consciente, Sabrina estaba ganando puntos a sus ojos.

A los postres, se habló un poco de todo y Sayer sacó a colación la obra publicada por Friedrich Schiller, basada en la leyenda de Guillermo Tell.

—Les aseguro que es estupenda —afirmó con afectación mientras estiraba los volantes de los puños de su camisa.

—Al menos te ha servido de algo la educación que te procuraron tus padres. En cualquier caso, no creo que las señoras estén demasiado interesadas en tus lecturas en alemán.

Colin agrió el gesto. Él trataba de anotarse un tanto ante Sabrina, y su tío acababa de chafarle la puesta en escena con su comentario, poco menos que despectivo. Que, además, coincidió con una mueca satisfecha de Ken ante la mofa del anciano, con lo que se incrementó su animadversión hacia él.

—Muy bien, tío. Entonces, le preguntaremos a Ken por qué no nos habla de sus peripecias en la guerra. Es probable que ese tema sea más interesante que el mío.

La ironía, cargada de reproche, quedó flotando en el ambiente.

—No lo creo.

—¿Por qué? A las mujeres les encanta conocer los gestos heroicos de los hombres. Quizá tú

protagonizaste alguno, ¿o no fue así?

—Lo que hiciera o dejara de hacer es cosa mía, Colin —contestó, incómodo por el giro que había tomado la conversación.

—Yo no creo que la guerra tenga nada de heroico, señor Sayer —apuntilló Sabrina que, de esta manera, reforzaba la negativa de Ken a que se hablara del asunto.

—¿Es que acaso no fue una heroicidad vencer a Napoleón? Me asombra esa forma de pensar. Cualquier buen patriota inglés creería que vuestras simpatías están a favor de ese condenado corso.

—Colin, cállate —advirtió Julius.

—Discúlpennos, por favor —intervino Lina, que buscaba la mínima oportunidad para distanciarse de sus señores, y no creía conveniente que la pequeña continuara asistiendo a la solapada disputa—, es hora de que Charleen y yo nos retiremos. Con su permiso, milord.

—Vaya, vaya —accedió Lancashire.

—Yo no estoy cansada.

—Acompaña a Lina, cariño —terció Sabrina—, ya sabes que le da miedo dormir sola.

Sabrina dejó caer la pequeña mentira porque sabía que la chica se encontraba fuera de lugar.

La niña lo acató de mala gana, pero se levantó y les dio las buenas noches.

En cuanto se hubieron ido, el hombre que capitaneaba el *Durmiente* hizo una seña al marinero que atendía la mesa. Regresó este unos minutos después con una botella, dispuso nuevas copas sobre la mesa, la descorchó y empezó a servir.

—Lo que no se les puede negar a los franceses es que hacen un excelente champán. Y este, dama y caballeros, viene directamente desde la abadía benedictina de Hautvillers. No me pregunten cómo lo conseguí, por favor.

El sentido del humor del que hizo gala el capitán tuvo la virtud de suavizar la tirantez existente, desarrollándose la velada a partir de ahí con una armonía razonable.

Pasadas las once de la noche se despidieron del capitán, ocasión que aprovechó Colin, poco dispuesto a rendirse, para ponerse a la vera de Sabrina.

—Creo que voy a subir un momento a cubierta —dijo ella—. Les deseo un feliz descanso a ambos.

—No es conveniente que vayas sola, sabe Dios qué puede...

—Buenas noches, señor Sayer. Buenas noches, milord. Lord Sheringham.

Dejándole con la palabra en la boca, se alejó con paso decidido hacia las escaleras.

El movimiento de sus caderas atrajo la atención de Ken, cada vez más interesado en aquella condenada mujer que empezaba a obsesionarlo. «Acercarse al fuego», le había dicho Kelly. Creyó que era buena idea, pero empezaba a pensar lo contrario, consciente de que la reacción de su cuerpo lo traicionaba con solo mirarla. Solo faltaría que, por intentar averiguar las verdaderas intenciones de Sabrina con respecto a su abuelo, pudiera complicarse la vida.

Sabrina tenía un magnetismo al que él no era inmune. Era bonita, pero tampoco una belleza

despampanante. La atracción que ejercía sobre él desde que se la encontrara se debía a sus ojos, esos que le hacían recordar una noche, varios años atrás; unas horas de pasión que no podía olvidar.

Nunca tuvo una visión completa de aquella muchacha porque ella entró en su cuarto en plena noche; sin embargo, almacenaba en su cerebro el tacto de una piel, los suspiros contenidos de un cuerpo cálido adherido al suyo, la sublime entrega, una boca ardiente... Y el color de sus ojos, que el destello de los consecutivos relámpagos retrató para él, por un breve instante, en la oscuridad de la habitación. Jamás antes de aquella noche se había sentido tan pequeño en brazos de mujer alguna, a la vez que intenso y dominante. Se durmió con el peso ligero de la cabeza de aquella joven sobre su hombro, acariciando su largo y sedoso cabello.

Despertó al alba, con una resaca de mil demonios, pero ella ya no estaba. Sus compañeros de juerga irrumpieron en el cuarto, lo sacaron de la cama, le vistieron de cualquier modo y, a risotadas, lo metieron a empujones en el carruaje que ya esperaba para llevarlo con su regimiento. Nada pudo hacer por impedirlo, excepto alejarse de allí con un sentimiento de pérdida y la evocación de unos preciosos ojos de gata.

Intentó dar con ella a su regreso a Londres, pero nada era ya como entonces: la posada se había transformado en un local de los Bow Street Runners, donde nadie supo darle información del antiguo dueño del inmueble.

Nunca volvió a saber nada de la muchacha de los ojos violeta.

Por eso ahora le enojaba que los de Sabrina hicieran que evocara aquellos, lo que venía a ser una traición a su dulce recuerdo.

Lo último que quería era dejarse arrastrar por la atracción de una mujer de recio carácter, por más que resucitara su antigua fantasía. Lo mejor para no implicarse él mismo y proteger a su abuelo sería contratar a un investigador privado, y que fuera él quien se encargara de averiguar cuanto pudiera.

Tenía que alejarse de Sabrina Klever.

Sí, eso es lo que haría.

Sus pasos, sin embargo, fueron tras ella, dirigiéndose a cubierta.

Sabrina se acodó en la borda con el rostro levantado para que lo acariciase la brisa. No tenía sueño. Había bebido más de lo que acostumbraba, pero se encontraba ligera, como si todas sus preocupaciones se hubieran evaporado. La temperatura era fresca, olía a salitre y el manto aterciopelado del cielo acogía el resplandor de miríadas de estrellas.

Sin pensarlo demasiado, se fue quitando una a una las horquillas, guardándoselas en el bolsillo del vestido, dejando libre su cabello. Se pasó los dedos por entre la mata del pelo para ahuecarlo y el viento se lo ondeó, echándole algunos mechones a la cara. Era así como le gustaba llevarlo,

suelto; lamentaba que tuviera que estirarlo y recogerlo durante todo el día, pero ninguna ama de llaves que se preciara se podía permitir una imagen frívola.

Frunció el ceño porque pensar en Traveron House era pensar en Sheringham.

El barón representaba un peligro para ella y para su hija. ¿Por qué tuvo que reaparecer en su vida? ¿Cómo pudo ella caer en una trampa sin imaginarlo siquiera? De haber sospechado que el conde era su abuelo jamás hubiera aceptado su ayuda. A veces el destino jugaba malas pasadas, en ocasiones hasta diabólicas.

—Es precioso.

La voz por cuya culpa no conseguía dormir bien se hizo presente, y el corazón de Sabrina se alteró. Se puso en guardia, aunque aparentó tranquilidad a pesar de que se le había acelerado el pulso.

—Maravilloso, sí. Y tan tranquilo, que parece un espejo.

Tras ella, Ken cerró los ojos y aspiró el suave aroma a lavanda que ella desprendía. No se refería al mar, pero no la rectificó. La visión de la joven masajeándose la cabeza, con el oscuro pelo suelto sobre sus hombros, le impulsó a acercarse a ella. Se permitió la licencia de apoyar ambas manos en la balaustrada para encerrarla entre esta y sus brazos, pero sin llegar a tocarla.

—Desde aquí, desde donde aún podemos ver la costa a lo lejos, no tenemos sensación de soledad. Mar adentro, con la infinidad del agua rodeándole a uno, el efecto puede ser angustioso, desolador, terrible. Aunque supongo que todo eso ya lo escuchó en boca de su esposo.

Ella tragó saliva con esfuerzo. Solo asintió, no le salían las palabras.

—No hablaba mucho de su trabajo.

—Es un poco sorprendente que este sea su primer viaje en barco habiendo sido él marino. Porque dijo que nunca había navegado, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Nunca quiso llevarla consigo o fue usted la que se negó a acompañarlo?

¿Qué podía contestar si Sheringham indagaba? Entre el conde y ella se habían inventado una vida anterior bastante bien orquestada, pero cualquier desliz podría hacerle sospechar. La aterraba decir lo que no debiera por exceso u omisión.

—Estaba embarazada y no lo creí conveniente...

—Entiendo. ¿Quiere hablarme de él?

El pánico atenazó la garganta de la joven. ¿Por qué quería saber acerca de su supuesto esposo? ¿Por qué insistía en sacar el tema a relucir? En realidad, no tenía por qué darle explicaciones, pero notaba la presión de un círculo que se cerraba en torno a ella. Tardó más de lo conveniente en responder; demasiado como para que Ken no se diese cuenta de que dudaba.

—Era un buen hombre.

—¿Cómo murió? Si le perturba recordarlo...

—Fue... un... accidente. Y sí, me angustia hablar de ello. Creo que debo retirarme ya. ¿Me permite? —Ken no se movió, ni siquiera hizo intención de dejarla salir del hueco de reclusión que

formaban sus brazos, y ella acabó por darse la vuelta para encararlo directamente—. ¿Puede apartarse, milord?

—Charlemos un poco más, me gustaría...

—Lo que a usted le guste o deje de gustarle, no me interesa —repuso exasperada por su cercanía, más seca de lo que pretendía—. Déjeme paso, por favor.

—¿Qué es lo que teme, señora Klever?

—Yo no le temo a nada.

—Puede que sea una estupenda gobernanta, pero es una pésima mentirosa.

—Una vez más, déjeme pasar. ¿O prefiere que me ponga a gritar, milord?

Ken no solo no hizo caso, sino que se inclinó un poco más hacia ella con una sonrisa presuntuosa.

—No se atreverá, eso no forma parte de su severa forma de proceder.

—Como usted dijo más o menos al conocernos: no tiene ni idea de hasta dónde puedo atreverme a llegar.

—Quiero que me diga lo que está pasando ahora mismo por su cabeza. Vamos, sea valiente y hable. ¿Por qué me rehúyes y eres reacia a hablar de tu difunto esposo? ¿Qué es lo que ocultas?

Haciendo caso omiso del inesperado tuteo y a semejanza de él, también ella forzó una sonrisa, pero esta resultó más bien quejumbrosa que divertida. Se olvidó de que no quería tocarlo y lo empujó con todas sus fuerzas para hacerlo a un lado, trató de pasar rauda a su costado, pero una mano de Ken atenazó su muñeca, la atrajo hacia sí y con su otro brazo rodeó su cintura.

Lejos de amilanarse, se le enfrentó.

—Así que quiere que le hable de mi esposo, ¿no es eso? No va a dejarme ir hasta que le dé gusto. ¿Por qué tiene tanto interés en saber de mi vida? Sea, pues, milord: Jonathan era un hombre honrado, un simple marino de los muchos que se parten el espinazo por unas pocas monedas. Al morir, me dejó sin un penique y, de un día para otro, me vi en la calle y esperando un bebé. Busqué y busqué empleo, pero ¿quién iba a contratar a una mujer embarazada? Era una carga y las gentes que no pertenecen a la clase en la que usted nació apenas ganan para subsistir. Yo significaba una boca más que alimentar y, en las circunstancias en que me encontraba, no les servía para nada.

—No pretendía... Lo siento... —musitó, incómodo por haberla obligado a que se explicara sobre un pasado que, sin duda, la hería recordar.

—Lo siento. Eso me decían los mayordomos, traduciendo lo que indicaban sus señores cuando mendigaba un trozo de pan en las puertas traseras de las grandes casas. ¡Lo siento!

—Sabrina...

—Sí, acepté la ayuda de su abuelo. ¡La acepté, maldita sea, claro que la acepté! —Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Creí ver un hombre íntegro y consentí irme con él, aprobé su compañía ¿Qué podía perder si resultaba ser un depravado? ¿La honra? Los pobres, a veces, tenemos que renunciar hasta a eso, porque gentes como usted ya se han encargado de que no nos

quede nada más, milord. Y en esa situación, se vende todo, o se roba con tal de que el estómago no le muerda a una por el hambre.

Bloqueado, abrumado por argumentos tan convincentes que le privaban de cualquier otra objeción, Ken se aprestó a calmar su llanto, especialmente desazonado no solo por ella, sino porque las lágrimas de una mujer siempre lo inquietaban; le recordaban las muchas que vertió su madre por culpa de Ethan Baker. La abrazó, solícito, para que ella se desahogara, y permaneció silencioso mientras lo hacía.

El acceso de indignación de Sabrina estaba debilitándose, apoyada en él, desamparada como no lo había estado nunca en presencia de nadie salvo de Julius.

A Ken le invadió una ternura infinita hacia ella, pero no quiso que arraigara, la arrojó de sí tan pronto llegó. No debía bajar la guardia. Aunque su historia fuera cierta, aunque la creyera, sospechaba que seguía ocultando una parte de su pasado. Y él quería saber qué era. Necesitaba saber qué era.

Sayer, entretanto, fue testigo de un abrazo que interpretó erróneamente. Afrentado en su ego, despotricando contra ambos, se escabulló entre las sombras y se perdió en la panza del barco.

—Te juro, maldito bastardo, que tu cuerpo arderá en los infiernos antes de que te interpongas en mi camino hacia Sabrina.

Lo que Colin ya no llegó a ver fue cómo ella empujaba a Ken, echaba a correr y lo dejaba solo.

—¿Qué tal pasaste la noche?

Sabrina se volvió hacia Sayer y trató de esbozar una sonrisa. Lina y Charleen habían dormido como dos troncos, pero ella no pegó ojo a causa de su conversación con Sheringham. No obstante, el sobrino de Julius tampoco parecía haber pasado buena noche, lo decían sus ojos enrojecidos.

—Regular.

—¿Solo regular? Entonces, la compañía de mi primo no fue tan entretenida como esperabas.

Ella enrojeció hasta la raíz del cabello. ¿Qué estaba insinuando? ¿Acaso había presenciado cómo, en cubierta, se había apoyado en él, abatida por sus indagaciones y el dolor de su pasado? No quiso ni imaginar lo que Sayer pensaría. Estaba avergonzada por haberse dejado llevar por la consideración y la ternura de Sheringham, que seguro le había dado pie a pensar que ella y el barón...

—El condenado fulano con el que comparto camarote no ha parado de roncar —continuó él, medio en broma, como si no acabara de hacer una malévola insinuación—. ¡Vaya! ¿No es ese mi primo?

Sabrina disimuló su irritación, se volvió para mirar hacia donde él señalaba y el corazón le dio un vuelco. Ken, ataviado con una camisa abullonada, unos pantalones oscuros y botas de alta caña, estaba encaramado en la cofa del trinquete, desde donde bajó descolgándose con ayuda de un cabo. Aterrizó en cubierta con la misma elegancia que podía haberlo hecho un felino y caminó resuelto hacia ellos.

—Buenos días.

—¿Es que ahora te dedicas a ejercer de marinero? —Fue el saludo de Colin, sin mirarlo, dedicado a recolocar los volantes de su camisa.

—El ejercicio es sano, querido primo. A ti no te vendría de más. Diría que el volumen de tu vientre ha aumentado desde la última vez que nos vimos.

Sayer respingó, tocado por la indirecta, dibujándose en sus labios un rictus de resentimiento.

—Es posible, pero yo no voy dándomelas de deportista, no me presento ante los demás como si fuera un vulgar pirata de Berbería.

Ken supo que a Colin le había escocido el comentario y se echó a reír.

Sabrina no dejaba de mirarle. Estaba guapísimo. Su cabello revuelto brillaba, el viento le

ahuecaba la camisa poniendo al descubierto la piel de su cuello, y los pantalones se ajustaban a sus largas piernas. No podía negar que era un hombre muy atractivo, mucho más que cuando le espiaba a escondidas en la posada, hacía años. Estaba cambiado, sin duda; ya no era un muchacho, sino un hombre que emanaba sensualidad.

Pero resultaba peligroso.

—Es cierto que lo parezco —contestó él con buen humor al dardo de Colin—; en el fondo, creo que siempre lo he sido.

—En eso coincides con la opinión de ciertos caballeros de Londres.

—Y ¿qué es lo que opinan esos caballeros? —Quiso saber Julius, que alcanzó a escuchar la última frase de su sobrino—. Buenos días a todos.

—Buenos días, milord.

—Colin me estaba diciendo que parezco un pirata, abuelo.

Este lo miró de arriba abajo y asintió.

—Por una vez, estoy de acuerdo con él.

La risa de Ken acabó por contagiarse a Julius. Sayer se dio cuenta de que sus apreciaciones no eran compartidas por nadie y prefirió retirarse masticando su fracaso.

—¿Dónde está Charleen?

—Duerme aún, milord.

—Y tú, ¿has descansado, muchacha?

—Todo lo que es posible en una litera que no deja de mecerse.

—Según el capitán, si nada se tuerce, lanzaremos el ancla antes incluso del mediodía —indicó Ken—. Podríamos comer todos en El cuerno dorado, si es que aún sigue abierto.

—Tendréis que disculparme —negó Julius—, pero quiero aprovechar el atraque para visitar a un antiguo amigo al que hace mucho que no veo.

—Entonces me tocará ejercer de cicerone, si es que nuestra querida señora Klever da el visto bueno a mi compañía.

No podía negarse por dos razones: una, porque habiéndose montado esta salida para su hija, y de paso para ella, era imperdonable decir que no; la otra era que no conocía Dover. Solo le quedaba aceptar.

—Se lo agradezco, lord Sheringham.

—Me gustaría que compraras algo a Charleen, Sabrina —pidió Julius.

—La niña no necesita nada, milord.

—Hace años se podían adquirir buenas telas en los alrededores del puerto, no creo que eso haya cambiado mucho. Incluso usted hallará prendas de actualidad, más alegres que las que suele utilizar, si me permite sugerirlo, señora Klever —sugirió Ken—. Por supuesto, lo ideal sería realizar sus encargos en Londres, pero le aconsejaré gustoso.

A ella le disgustó que se tomara la libertad de opinar sobre su aspecto. Elevó la barbilla y contestó:

—Se agradece el ofrecimiento, milord, pero cómo visto o dejo de vestir solo a mí me incumbe y, por otra parte, no necesito la ayuda de nadie para elegir algo de ropa. Ahora, si me disculpan...

Se alejó sin más con paso decidido.

Ken suspiró y después pasó un brazo por los hombros de su abuelo para atraerlo hacia sí, sin apartar un ápice la mirada de ese contoneo de caderas que cada vez le atraía más.

—No me soporta, abuelo.

Julius, que también veía lo mismo que Ken, le respondió con acento socarrón:

—¿Por qué será, nieto?

Entretanto, en proa, Colin hablaba en susurros con uno de los marineros. Al final, una bolsa de monedas pasó de una mano a otra, que el individuo en cuestión se guardó en la faja que rodeaba su cintura antes de alejarse. Sayer volvió el rostro hacia sus parientes con una mueca de rencor.

«Bajarás del bergantín, Ken, pero no volverás a subir», juró.

Charleen se negó en redondo a bajar a tierra. No hubo modo de convencerla de que tenían que desembarcar porque para ella la nave representaba, sencillamente, la aventura en sí misma. Hasta ese momento, había recorrido el barco de un lado a otro haciendo preguntas a todo aquel con el que se cruzaba, pero en especial a Ken; volvió loca a la tripulación metiendo las narices allá por donde pasaba, saltando por encima de los rollos de cuerda o agarrándose al cordaje para escalar, hasta el punto de que uno de los marineros casi se fue al agua por rescatarla cuando trataba de iniciar el ascenso hacia donde había visto encaramado al barón... En un momento de descuido, desapareció y, alarmados, se dispersaron en su búsqueda gritando su nombre y revisando cada rincón de la nave. La encontraron en la cocina, sentada en una de las esquinas de la mesa en la que el orondo cocinero picaba verduras, absorta por completo en lo que el buen hombre le estaba diciendo acerca de los delfines.

Por fortuna, empezaron a distinguirse a lo lejos los acantilados de Dover y pareció que a la niña le llamaron la atención; Ken, aprovechando que Sabrina había bajado al camarote, adornó su aparición contándole una fantástica y estrambótica historia acerca de los hombres que habitaron en sus cuevas en tiempos pasados.

La vista desde la nave era espectacular, con moles muy altas de roca y oquedades en su interior, con lo que Charleen, escuchando la voz varonil que le narraba, se imaginó a esos hombres rudos de poblada barba, pata de palo y parche en uno de los ojos, escondiendo en las entrañas de la tierra los tesoros robados de algún galeón español.

Minutos después, la chalupa estaba lista. Ken le tendió la mano a Sabrina para ayudarla a bajar por la escala, pero ella era reacia a irse sin Charleen.

—Ese renacuajo es un tormento —dijo él, con determinación y buen humor—, y usted se merece unas horas de descanso.

—No creo que...

—Vamos, no sea quisquillosa, señora Klever.

—No lo soy.

—Si usted lo dice... Mírela. Está en la gloria charlando con el grumete. Además, sabe usted muy bien que Lina no la va a perder de vista.

Así era. El chaval, un marinero bisoño que no debía de tener más de catorce años, había hecho

buenas migas con la niña desde que embarcaron y Charleen parecía encontrarse cómoda a su lado. Por otra parte, la criada se ofreció a quedarse con la pequeña porque no le entusiasmaba demasiado deambular por entre la marinería de toscos modales que pulularía por el puerto, aunque le dejó entrever a Sabrina que le vendría bien un nuevo chal, si hallaba alguno adecuado entre los puestos del mercado.

Aun así, no acababa de estar convencida.

No era que no le apeteciera desentenderse por unas horas del torbellino de la niña, no. El problema no era ese, era otro: Sayer había desestimado acompañarlos, tanto él como el conde ya habían bajado a tierra, y si Lina y la niña permanecían a bordo... se quedaría a solas con Sheringham. Solo con pensarlo se alteraba. Además, no estaba segura de que aquello fuera decente. Bastante mal concepto tenía Ken de ella como para dar un paso en falso.

Le agradecía no haber dicho nada de la noche anterior, pero no se fiaba de él en absoluto.

—Le prometo portarme como un caballero y no comerla cruda.

El comentario, que pretendía ser desenfadado, la puso aún más nerviosa. ¿Portarse como un caballero, ofrendaba el muy bellaco? Con solo mirarle a los ojos cualquier mujer sabría ver en él a un redomado libertino. Tenía que decidir si bajar o no al bote. El tripulante esperaba y Ken continuaba con su mano extendida. Tuvo que aceptarla so pena de dar una imagen de melindrosa, cosa que en modo alguno era.

El puerto era un completo caos de gente, vehículos y objetos, en un batiburrillo heterogéneo de productos entremezclados por doquier, donde se iban imponiendo olores diversos a medida que avanzaban: café, especias, ron, cuero, flores.

Sorteaban una pila de sacos justo en el momento en que una de las sogas que los mantenían unidos se rompió. Sabrina estuvo a punto de ser golpeada por uno, librándose gracias a los reflejos de Ken, cuyo brazo rodeó su cintura para apartarla a tiempo.

—¿Está bien?

—Sí, gracias.

—Hay que tener cuidado, esto no es como pasear por Traveron House.

Lo miró de reojo. ¿Se estaba burlando? Sin duda alguna, lo hacía.

—Le recuerdo, milord, que no siempre he vivido en la finca de su abuelo. Le agradezco su preocupación, pero no necesito un ama de cría.

Él arqueó una ceja y no respondió, se limitó a tomarla del codo para sacarla del infernal barullo que se había montado, acrecentado por la discusión a voz en grito de varios hombres que se culpaban entre sí por el incidente.

Ninguno de los dos reparó en que eran observados por uno de los sujetos que, como ellos, también había bajado a tierra y que hablaba con otros dos individuos.

—¿Cómo está de apetito? —Ella se encogió de hombros—. Veamos si soy capaz de encontrar esa taberna de la que le hablé, donde cocinaban un guisado de cordero exquisito.

—Preferiría tomar cualquier cosa por aquí.

—¿Aquí? —Le extrañó que la joven respondiera así, tratándose de un lugar tan ruidoso. Hasta que vio el sonrojo de sus mejillas y se echó a reír—. Ya entiendo. Acompañarme a una taberna le resulta embarazoso, ¿es eso?

—No creo que sea apropiado; de hecho, haber bajado solos del barco, no lo es.

—Perdón. Por un momento olvidé que es usted rea de sus normas de conducta, juiciosas, rígidas y poco tolerantes, señora Klever.

Sabrina se envolvió aún más en la capa corta que llevaba sobre los hombros antes de contestar.

—Al contrario que usted, milord, creo en las reglas.

—Las reglas están para romperlas, y me empalaga tanta gazmoñería.

—¡Entonces váyase usted solo! —repuso la muchacha—. Puede llamarme timorata si quiere, pero no va a conseguir liarme para que entre con usted en local alguno.

Ken, contrariado y un tanto enojado, tiró de ella para empujarla hacia el callejón junto al que pasaban. La pegó a la pared y se le acercó tanto que Sabrina notaba los salientes de la piedra en su espalda.

—Dígame por qué. ¿Qué diablos piensa que quiero hacerle, señora Klever? No se muerda la lengua y atrévase a decir qué teme.

—Usted...

—Déjeme que le explique algo: aunque fuera usted una mujer despampanante, nunca le tocaría un pelo; no tengo por costumbre acosar ni meterme en la cama de las mujeres que trabajan para mí.

—En cualquier caso, yo trabajo para su abuelo.

—Lo que es del viejo, es mío —zanjó—. Así que quédese tranquila, entremos en el primer cubil donde nos sirvan alguna bazofia para llenar el estómago y, cuando quiera, la devolveré al esquife que la lleve a bordo del *Durmiente*.

Sabrina hubiera querido disculparse, pero se le atoraron las palabras. Había pretendido mostrarse recatada y lo enfatizó tanto que se sobrepasó, poniéndose en evidencia como una beatona o una mojigata. Le había sacado de sus casillas y sus ojos de color avellana brillaban de furia contenida. La cuestión era que ya no solo no se fiaba de Sheringham, no se fiaba de ella misma; cuanto más tiempo pasaba junto a él, más rememoraba aquel insensato apetito juvenil que la llevó a meterse en su cuarto una lejana noche. Y más rebrotaba su deseo. No podía engañarse a sí misma: en ese mismo instante hubiera querido estirar la mano y acariciar su mentón, el puente de su nariz aristocrática, su cabello... Ponerse de puntillas y besar su boca.

Se separaron y echaron a andar. Sheringham se dirigió a un vendedor y acabó por comprar un par de envoltorios con pescado frito. Le entregó uno y luego señaló el inicio de una calle con mercadillo.

—Ya que sus escrúpulos necios no nos permiten comer en condiciones espero que, al menos, encontremos algún artículo que sea de su interés.

—De verdad que lo siento. En ningún momento pretendí arruinar esta salida. —Se vio obligada

a decir—. Si usted tiene tanto interés en ir a esa taberna...

—Cállese, señora Klever —cortó él, tirando su paquete de pescado en el primer barril vacío que encontró, porque se le había quitado el apetito—. Cállese o acabará por volverme loco.

En un tenso silencio, deambularon de puesto en puesto. Vasijas de barro y vidrio, peltres nuevos o abollados, cuero, botas, perfumes; lino bordado con hilos de plata, sedas, tafetán, raso, cintas de colores, puntillas... En uno de los puestos, la cantidad de chales que se ofrecían a la venta era de tal variedad que Sabrina no se decidía por ninguno.

—¿Qué le parece ese?

Ella asintió. El chal que Sheringham le señalaba era muy bonito, sin duda, aunque un tanto llamativo e indudablemente, caro: rojo, con largos flecos y unas rosas blancas bordadas; no creía que se ajustara al gusto de una muchacha sencilla como Lina.

—¿Cree que le gustará?

—¿A quién?

—A Lina, claro; el chal es para ella.

—Me refería a que es bonito para usted. Las mujeres españolas suelen llevarlo.

Se volvió para mirarlo.

—¿Ha estado en España?

—He estado en muchos lugares —afirmó al tiempo que tomaba el chal y se lo ponía sobre el cabello—. Podría pasar por una preciosa nativa andaluza si no fuera por el violeta de sus ojos.

—Seguro que sí —ironizó. Se quitó la pieza para volver a dejarla en su sitio. Primero se enfadaba con ella y luego la piropeaba comparándola con una mujer española—. He oído decir que son muy hermosas.

—Hay de todo, pero, por lo general, sí lo son. Bonitas, de ojos misteriosos y...

—No es necesario que me dé muchos más detalles, milord, ya veo que las conoce muy bien.

Ken sonrió, porque había conseguido que su comentario la alterara un poco, en tanto rebuscaba entre las numerosas ofertas que tenía delante.

Ella dejó el chal rojo y eligió otro blanco, más sencillo, pero también bonito; apartó varias cintas de colores para el cabello de Charleen, se interesó por el importe de todo y le entregó su compra al comerciante, que se aprestó a envolverla. Abrió su monedero para pagar, pero la mano del barón la detuvo. Del interior de su chaqueta sacó una bolsa, apartó el importe y pagó al comerciante.

—Permítame.

—No puedo consentir que...

Sin hacer caso de su protesta, tomó el chal rojo y pagó el precio que le pidieron sin regatear.

—El blanco puede que le quede bien a Lina —concedió—, pero a usted le va mejor el rojo.

—Se agradece de nuevo su atención, pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué? No puede negar que le ha gustado.

—No lo niego, pero no estaría bien; su abuelo me paga lo suficiente como para permitirme

ciertos caprichos.

Ken se inclinó hacia ella haciendo que enmudeciera y se echara hacia atrás, acercó sus labios a su oído y le susurró en un tono que solo Sabrina pudo escuchar:

—Estoy pensando que el único modo práctico para que deje de protestar por todo, va a ser besarla, señora Klever. —La cara de ella se tornó de color grana—. ¿Qué tal si continuamos?

Abochornada, más por el matiz carnal que por la amenaza en sí, además de por el regalo, no volvió a abrir la boca mientras merodeaban por el mercado. Se prometió no dirigirle la palabra hasta que regresaran al bergantín; empezaba a estar más que harta de que él consiguiera aturdira y alterarla con sus pullas.

Sin embargo, se olvidó del enfado ante un tenderete de juguetes. Muñecas de madera, diminutos muebles para casitas, caballitos de cartón, soldados, carretas... Un paraíso para los pequeños. Lamentó que Charleen se hubiera empeinado en quedarse en la nave, de haber bajado a Dover habría disfrutado de lo lindo.

—¿Me enseña esa muñeca, por favor? —pidió a quien atendía el puesto, que de inmediato puso en sus manos una labor de artesanía de cara redonda, mejillas pintadas de rojo y vestido de terciopelo.

La examinó con aparente interés, pero estaba más pendiente de Sheringham, que daba vueltas en sus manos a un extraño objeto, del que extrajo de su interior un montón de cartones pintados con paisajes.

—¿Cuánto? —preguntó él.

—Una corona, caballero.

Sabrina sufrió un repentino ataque de tos al oír la cifra.

—¿Una corona? ¡Es una estafa! —exclamó la joven.

—Señora, su esposo no encontrará nada igual en toda la ciudad; no lo hará en toda Inglaterra, se lo aseguro.

Sabrina se irguió como si acabaran de abofetearla. Sheringham no dijo nada, limitándose a sonreír como un bellaco, sin duda divertido, y a seguir dando vueltas al juego de cartones.

—Cinco chelines —ofreció.

—¿Pretende arruinarme, mi señor? Este juego de tarjetas viene nada menos que desde...

—Sé de dónde viene, ya lo conozco —truncó una cháchara que no le apetecía escuchar—. Seis chelines, ni uno más. Me llevo también la muñeca que ha elegido... mi esposa, y uno de estos títeres.

El mercader no se lo pensó más, probablemente no iba a hacer otra venta tan excelente en bastante tiempo. Metió los artículos en una bolsa de lona y se los entregó.

—En total, una corona y dos chelines, caballero.

Sheringham pagó sin replicar, aunque ella le dijo por lo bajo que estaba pagando de más, y echó a andar. Sabrina lo siguió presurosa, acalorada y muy enfadada.

—¿Por qué ha dicho eso?

—Decir ¿qué?

—Que yo era su esposa.

—No tenía ganas de dar explicaciones.

—¡¿Que no tenía ganas de...?!

—La muñeca que ha elegido para Charleen está bien —interrumpió su protesta—, pero creo que le gustará más el juego de cartones.

Sabrina decidió que no iba a continuar peleando con ese hombre porque era una batalla perdida.

—¿Para qué sirve?

—Para crear paisajes. Si no recuerdo mal, se llama miriorama. Las pinturas están hechas de tal forma que se pueden combinar de cien formas distintas, es un juego que despierta la imaginación.

—De todos modos, no debería haberlo comprado por ese precio. Le han timado, milord.

—Vuelve la burra al trigo. ¿Es que quiere usted ahora el beso del que hablamos, señora Klever?

—¡¡Cómo se atreve!!

—Dejemos de discutir, por favor, empieza a ser cansino.

Sabrina no tuvo margen para la respuesta contundente que tenía preparada. De súbito, un individuo desconocido se colocó a su lado y, ante el sobresalto de Ken, rodeó su talle con un brazo y apretó un objeto punzante contra su costado.

—Diríjase hacia aquel callejón si no quiere que la dama pase a mejor vida, señor mío.

La calleja era un estrecho pasaje infecto que atufaba a orines, con el suelo sembrado de restos de verduras podridas, excrementos y desechos de objetos inservibles. Por el extremo opuesto al que fueron obligados a internarse hicieron su aparición dos sujetos, de tan mala o peor catadura que el que mantenía el cuchillo apretado contra el costado de Sabrina.

Ken evaluó la situación y no le gustó nada. Llevaba su Remington escondida bajo la chaqueta, a la espalda, metida en la cinturilla del pantalón, pero no estaba en situación de hacer uso de ella porque se encontraban entre dos fuegos; además, cualquier movimiento extraño por su parte representaba un serio peligro para Sabrina, cuya integridad no iba a arriesgar. Si se trataba tan solo de un robo, dejaría que les atracasen sin oponer ninguna resistencia.

El que les había interceptado empujó a Sabrina hacia delante y esta tropezó con unos restos de vasijas desperdigadas por el suelo. Ken impidió que se cayera y aprovechó para susurrarle:

—En cuanto vea que me encaro con ellos, corra y no pare hasta ponerse a salvo.

—Pero ¿qué...?

Ni siquiera pudo acabar de preguntar. Fue empujada por el captor que tenían a su espalda para que continuara caminando. Y esa fue la ocasión que aprovechó Sheringham para revolverse y plantarle un puño en pleno rostro. El fulano recibió el golpe, trastabilló hacia atrás, y la fuerza del impacto impulsó su cabeza contra el muro más próximo, dejándolo momentáneamente abatido. Tal como intuyó Ken, sus dos compinches reaccionaron, pero también lo hizo él: tiró la bolsa de compra a un lado y empuñó su pistola.

—¡Lárguese! —ordenó a Sabrina.

Lejos de amedrentarse, los dos sicarios avanzaron despacio hacia ellos esgrimiendo sendos machetes.

La muchacha, paralizada, solo acertó a hacerse a un lado y cubrirse la boca con las manos para no gritar y distraer al barón, pendiente de sus rivales. Estaba muy asustada, en una situación en la que nunca imaginó encontrarse, en la que cualquiera de los contendientes podría resultar herido o muerto. Ahogó un alarido en el instante en que los dos individuos se abalanzaban a la vez sobre Sheringham.

Ken supo sin lugar a dudas que los asaltantes no tenían intención de robarle; de haber sido ese su propósito, le habrían arrebatado el dinero y fin del asunto. No. Querían matarlo. Y en ese

pequeño espacio de tiempo en que lo pensaba, ya tenía a sus oponentes frente a él, muy cerca; tanto, que uno de ellos, de un golpe certero, hizo volar su Remington por los aires.

El tipejo que lo había desarmado, envalentonado, creyó tenerle a su merced. Craso error. Confiado como estaba, no supo cómo le llegó una terrorífica patada que lo alcanzó de lleno y lo tiró varios metros más allá.

Sabrina, pegada a la pared, como si estuviera sumergida en una pesadilla, veía cómo el tercero de los esbirros arremetía contra el barón. Paró este el mandoble del machete interceptando con su antebrazo izquierdo el del contrario, a la vez que adelantaba su puño para alcanzarlo de lleno. El pobre desgraciado puso los ojos en blanco y se desplomó sin más.

Se volteó entonces Sheringham hacia el segundo de sus enemigos, ya recuperado, dispuesto a noquearlo de nuevo. No lo hizo con la suficiente celeridad como para evitar que el filo del arma abriera un tajo en su chaqueta y llegara hasta su costado. Maldijo para sí, retrocedió para poner distancia y luego, cuando el otro se fue hacia él para rematarlo, lo frenó con un puñetazo que le hizo derrumbarse sin un gemido.

Sheringham se volvió, dispuesto a continuar la pelea, al escuchar un exabrupto a su espalda:

—¡Maldita zorra!

El fulano al que primero había dejado fuera de combate sangraba como un cerdo por una herida abierta en su cabeza, se tambaleaba como si estuviera borracho, pero iba hacia Sabrina con las manos engarfiadas. Una Sabrina que había decidido no amilanarse: con el severo moño despeinado y las piernas abiertas para afianzarse en el suelo, agarraba con ambas manos el mango de una perola oxidada, presta a defenderse. Ken supo el porqué de la ofensa insultante del tipejo, que había sido sacudido por la muchacha que, un segundo después, le atizaba de nuevo en pleno rostro, justo antes de que consiguiera alcanzarla.

Sheringham la contemplaba boquiabierto, sin dar crédito a lo que acababa de ver. ¿Desde cuándo, en tan escaso espacio de tiempo, había mutado la disciplinada y discreta señora Klever en contundente y agresiva dama?

Ella, entretanto, no soltaba la perola utilizada como arma, que seguía empuñando con firmeza.

—Buen golpe.

—Iba a atacarlo —respondió Sabrina, como si necesitara excusarse.

—Suelte eso, mujer. ¿O es que está pensando romperme la crisma a mí también?

La joven lanzó la cacerola a un lado, se miró las manos y, con un mohín de asco, se las limpió en la falda.

—¿Está herido? —preguntó al ver la chaqueta rajada.

—Nada importante. —Recuperó la Remington, se la guardó, se agachó para recoger la bolsa de las compras y revisó su interior—. Gracias a Dios, no se ha roto el títere.

—¡Al diablo con eso! —gruñó ella, acercándosele—. ¿Qué importancia tiene ahora preocuparse por una tontería? Podían haberlo matado.

«Está furiosa conmigo. No con los atacantes, no. Lo está conmigo. Y eso solo puede significar

que empieza a tenerme aprecio», se dijo él con cierta sensación de triunfo.

Ni siquiera pensó lo que iba a hacer. Ni se fijó en que al callejón ya había acudido un buen número de curiosos, al barullo de la pelea. Solo tuvo ojos para Sabrina Klever, preciosa y femenina como nunca, despeinada, con el rostro acalorado y sus hermosos ojos centelleando de ira contenida.

Y también se dio cuenta de cómo le atraía su feminidad; una feminidad que le llamaba a gritos.

Dio un paso más y se rindió al deseo. Rodeó la cintura femenina con el brazo libre, la atrajo hacia sí y saqueó su boca. Lejos de resistirse, ella respondió desinhibida y atrapó luego su labio inferior entre los dientes para succionarlo. Lo hizo casi por instinto, porque en su fuero interno lo había estado deseando desde mucho tiempo atrás.

Esa reacción dejó a Ken desconcertado. Pero, sobre todo, muy excitado.

No obstante, la magia se difuminó enseguida. Sabrina se apartó de él, atónita por su propia desvergüenza, roja como un tomate por un descaro impropio de ella.

—Lo lamento de veras, milord. No sé qué me ha pasado. Yo... Yo...

Se dio la vuelta y echó a correr. Ken la llamó, pero ella se escabulló entre los fisgones sin atender a su voz. Se abrió paso tras ella, trató de localizarla porque no podía estar muy lejos y acabó por distinguirla hablando con uno de los tripulantes del *Durmiente*. Aceleró la zancada para alcanzarla.

«¡Condenada señora Klever! Estás resultando ser más huidiza que un zorro.»

Hicieron el camino de vuelta en completo silencio. Ella no quería ni mirarlo y él no podía hacer otra cosa que observarla mientras se preguntaba qué estaría pensando. ¿Por qué le había respondido al beso de ese modo tan provocador?

—¿Dónde está el médico?

Esa fue la pregunta de Sabrina en cuanto sus pies tocaron la cubierta de la nave.

—Aún en tierra, señora —repuso el marinero al que interrogó—. Pero, conociéndole, no me extrañaría que cuando vuelva lo haga como una cuba.

Ella inspiró, soltó el aire y le pidió:

—Consígame su maletín, por favor, y llévelo al camarote de lord Lancashire.

Ni siquiera esperó a que el interpelado obedeciera, sino que, con paso decidido, se encaminó hacia las escaleras como lo hubiera hecho un almirante en jefe, de manera que Ken no tuvo más opción que seguirla. Ella empujó la puerta, entró y esperó a que él hiciera otro tanto, para cerrar luego sin mucha contemplación.

—Hágame el favor: quítese la chaqueta.

—Bueno, si me ha conducido a mi propio camarote para aprovecharse de mí, estaré encantado —bromeó él, divertido por su enfado.

—No me caliente la sangre, milord, no es momento de pitorreos, ¿no cree?

—Estoy bien, no se preocupe. —Adoptó un tono más serio, aunque a él, en verdad, sí que se le calentaba la sangre cada vez que la miraba. Era justo eso lo que le gustaría compartir con ella: que se encendiera, que ardiera por sus besos y se quemaran juntos... Sacudió la cabeza para alejar de sí tales pensamientos, tan inconscientes; le entregó los regalos y le abrió la puerta invitándola a irse—. No es necesario que se tome más molestias, puede marcharse.

—Deje de comportarse como un niño caprichoso, ¿quiere? —Puso la bolsa a un lado y empujó la madera, que se cerró otra vez con un ruido sordo—. Quítese la chaqueta de una vez.

—Es usted como un sargento.

Llamaron y Sabrina acudió a abrir, recogió el maletín solicitado, dio las gracias al marinero y luego, de nuevo, sacudió la puerta como si fuera su enemiga.

—Acabará por sacarla de los goznes, mujer. ¿Se puede saber qué demonios le pasa para estar tan furiosa?

—Me pasa que es usted un cretino, eso es lo que me pasa. De no haber pagado a ese ladrón de pacotilla lo que le pidió, no nos habrían atacado. No hay duda de que desconoce lo que es la necesidad, milord, y en un puerto deambula demasiada gente en aprietos como para que alguien se pasee entre ellos con una bolsa repleta de dinero.

—Yo no alardeo de nada. Me cobró de más, tal vez, pero me lo puedo permitir y, en el fondo, lo único que hice fue beneficiar al comerciante en cuestión con una ganancia extra.

—Hubiera ganado pagándole la mitad de lo que pidió.

—¡No me sea soporífera, por Dios! ¡Deje ya el tema de una vez!

—No acierto a explicarme cómo es posible que regresara vivo de la guerra, si tan solo en unos pocos días ha conseguido que casi lo maten dos veces.

—Además de mandona, exagerada.

—¿Va a dejar que mire esa herida o no? No tengo todo el día para perderlo en una charla que no va a ninguna parte.

Sheringham suspiró, se deshizo de la chaqueta, le echó una ojeada y la tiró sobre una de las dos literas. No tenía arreglo. Una pena, porque era una de sus preferidas. Se miró el costado, constatando que la camisa debería seguir el mismo camino, aunque apenas estaba manchada de sangre porque el corte era poco más que un rasguño.

—La camisa, por favor —pidió ella.

Acortó la escasa distancia que les separaba y esperó a que se la quitara. Ken se sacó la prenda por la cabeza, quedando ante ella con el torso desnudo. De pronto, a Sabrina el camarote se le hizo muy pequeño, el aire, tan pesado que le costaba respirar, y no supo qué hacer, salvo salir huyendo.

«¿Cómo se me ocurre encerrarme aquí, a solas con él, en su propio camarote? Me estoy metiendo yo solita en la boca del lobo.»

Recurrió a su sentido del deber, se obligó a serenarse, a desviar en lo posible los ojos de una

piel morena que le encantaría acariciar y a centrarse en la razón por la que estaba allí.

—No es más que un arañazo, gracias a Dios —afirmó tras revisar la herida.

—Creo que eso ya lo dije yo, pero usted no escucha. Bien, pues siendo así, se puede ir, ya me las apaño solo.

«Vete, Sabrina. Vete o cometeré esa locura que quiero evitar.»

Le estaba costando un gran esfuerzo contener las ganas de meter sus dedos en esa masa de seda negra que era su cabello. Que ella lo mirase con esos hechiceros ojos tan airados lo excitaba aún más.

Sabrina ignoró su petición, vertió líquido desinfectante en el tajo, lo secó, colocó una gasa y lo vendó. Recogió luego todo, cerró el maletín y hurgó entre los regalos para quedarse con el chal que él le había comprado.

—Creo que no le he dado las gracias, ¿verdad? Pues, gracias. Los otros, entréguelos usted mismo; a fin de cuentas, es quien los ha pagado, aunque casi nos cuesta un disgusto. E intente no mojar el apósito en las próximas horas.

—¡Sí, señora! —Él se cuadró como si estuviera frente a un superior, con una sonrisa lobuna en los labios.

—Búrlese cuanto quiera. Me está bien empleado por meterme donde no me llaman. Espero que, durante el resto del viaje, no tenga que volver a hacerlo, porque empieza a ser usual que nos encontremos con un botiquín por medio.

Ken la detuvo antes de que pudiera salir. Se quedó mirándola con intensidad y, más hablando para él mismo que con ella, perdido otra vez en la profundidad de esos iris que lo cautivaban, murmuró:

—Tus ojos me recuerdan a alguien.

—Sí, claro. ¿A una de tantas mujeres a las que ha conquistado? —preguntó ella, que pretendió ser sarcástica para huir, en realidad, del pánico más absoluto que la atenazó.

Él se quedó unos segundos callado, como si sopesara la respuesta que debía dar. Luego, esbozó una mueca triste y dijo:

—Fue al revés. Por completo al revés. En fin, la veré en la cena, señora Klever.

Sabrina salió del camarote erguida y firme, con la cabeza alta, pero, apenas se hubo cerrado la puerta tras ella, se apoyó en la pared porque las piernas no la sujetaban.

Si él acabara por recordar, estaría perdida.

—¿Ocurrió algo anómalo en el puerto, Maveric? Creí ver cierto revuelo de gente cuando Sabrina y tú salíais de un callejón.

Colin dejó caer la pregunta, a caballo entre acusación e insinuación, a los postres, como si le hubiera estado quemando la lengua durante la cena. Desde su regreso a bordo estaba de un humor de perros y no lo disimuló, incluso tuvo sus más y sus menos con uno de los tripulantes.

Tenía ganas de bronca. A Sheringham le quedó muy claro tan solo con oír el uso del título con que se dirigía a él. Podía haberlo mandado al infierno. O haberle roto la cara por desacreditar a Sabrina. Tarde o temprano acabarían enfrentándose, también eso lo veía llegar. Sin embargo, no era momento ni lugar para hacerlo, con extraños delante y, sobre todo, con la presencia de una perspicaz mocosa que estaba atenta a cada palabra que se pronunciaba. Su primo no se merecía explicación alguna, pero se la dio.

—Un malentendido con unos paisanos que querían nuestro dinero.

—Así que intentaron robaros...

—¿Ladrones? —Charleen se olvidó de su suflé, abrió los ojos como platos y los clavó en Ken—. Entonces, eran corsarios, ¿verdad, milord?

—No, cielo —aclaró su madre—, no eran corsarios, eran simples gentes necesitadas.

—¡Dios mío, Sabrina! —exclamó Colin con disgusto—. ¿Gentes necesitadas? La niña debería ir aprendiendo qué pasa en el mundo.

Ella hizo un gesto a Lina y la muchacha se excusó de inmediato para sacar de allí a la pequeña. Tan pronto se cerró la puerta del camarote, respondió a Colin.

—Intento educar a mi hija del mejor modo posible, señor Sayer.

—Mantienes a esa cría entre algodones.

—Es por eso, porque aún es una cría.

—Te equivocas.

—Y tú has bebido más de la cuenta, muchacho.

La potente voz de Lancashire, un punto más elevada de lo normal, silenció al joven que, advirtiendo que era observado por todos con más o menos grado de disgusto, arrojó la servilleta sobre la mesa, se disculpó y salió del camarote.

—Lamento que su última cena en el *Durmiente* se haya estropeado —manifestó Reth.

—Yo lamento que mi sobrino no sepa comportarse, capitán. ¿Qué diablos ha sucedido en realidad, Ken?

El estado de ánimo de Sheringham no era el más adecuado para ilustrar a su abuelo. Y todo por culpa de Sabrina. Durante toda la tarde intentó hacerse el encontradizo con la muchacha, pero ella lo esquivó con esa sutileza que la caracterizaba, evitando quedarse a solas, haciéndose acompañar de Lina y de la pequeña; encantada esta, por otro lado, con el juego de las tarjetas, con las que retaba a todo el mundo a crear nuevos paisajes. Podía entender que estuviera incómoda con él por haberse tomado ciertas libertades; incluso que se arrepintiera por bajar la guardia durante un instante y devolverle el beso. Pero no estaba dispuesto a que el resto del viaje se convirtiera en una guerra muda que acabara preocupando a su abuelo. Si tenía que pedirle excusas por haberse propasado, lo haría.

«Aunque maldita sea si estoy arrepentido de haberte besado, porque me ha sabido a poco», pensó.

—Lo que sucedió, milord —aclaró Sabrina al ver que él no se decidía a contestar—, es que quisieron robarnos tres individuos, y su nieto los dejó fuera de combate.

—Solo a dos, no sea modesta; le recuerdo que al tercero lo tumbó usted, señora mía.

—¿Cómo?!

—Como lo oyes, abuelo. Le atizó con una cacerola. Nuestra querida señora Klever no se arredra con facilidad, tiene virtudes que aún desconocemos.

—Virtudes que no habría tenido que sacar a relucir si usted no hubiera fanfarroneado con su dinero, pagando mucho más de lo debido a ese tendero. No es extraño que llamara la atención de esos ladrones.

—¡No vuelva otra vez sobre lo mismo, por Dios!

—Volveré las veces que hagan falta, milord, porque no puedo compartir esa actitud. —Se desentendió de él y dedicó una sonrisa angelical a Reth—. Capitán, ¿a qué hora supone que llegaremos a Folkestone?

—Si el viento sigue soplando de babor, calculo que al amanecer.

—Entonces, me retiro y les dejo con sus cosas. Si me disculpan, caballeros...

Abandonó la mesa antes de que ninguno de los hombres pudiese retirarle la silla, y volvió a convertirse en pura miel deseándoles feliz descanso.

Ken apenas fue capaz de atender a la conversación en la que se enfrascaron Reth y su abuelo. Sabrina lo confundía. Con todos era amable salvo con él. Le quedaba el consuelo de que Colin también era objeto de su desafecto, lo que no hacía que doliera menos, aunque sí resultaba más llevadero.

Y, sin embargo, mientras se besaban, había compartido su pasión con él sin inhibiciones.

Una y otra forma de ser lo atraían. Hasta conocerla a ella, ninguna mujer lo había tratado con tanto desapego y eso, lejos de hacer que se olvidara de ella, lo incitaba.

Le dio por imaginársela envuelta solo en el chal que le había regalado: su negro cabello suelto,

los labios húmedos, los ojos expectantes, entre sábanas blancas... ¡En las de su cama! No iba a luchar contra esa momentánea fascinación, no. La vida debía beberse a tragos largos, él sabía lo poco que costaba perderla porque la había arriesgado más de una vez. Sabrina era pura ambrosía y deseaba probarla. Sí, le aseguró que no se acostaba con mujeres del servicio. Y no lo hacía. Pero es que ella era también la protegida de su abuelo. Podía ser una actitud la mar de canalla, pero, en el caso que le ocupaba, se decantaba por la opción que más convenía a sus deseos; en esencia, ella no era una criada.

La quería en su cama. Punto final.

Lo que no implicaba echar en saco roto su idea inicial: saber quién era, conocer su origen. En cuanto regresaran se dedicaría a ello porque, tanto si se trataba de una embaucadora como de una mujer honorable, le resultaba imprescindible conocer su vida anterior.

El *Durmiente* llegó a la hora prevista, pero poco antes de arribar, en los alrededores de la comunidad pesquera de Folkestone donde iban a desembarcar, se desató una tormenta de notable intensidad que complicaba sobremanera que el bergantín se aproximara a tierra.

—¡Maldita sea! —rezongó Reth. Se caló aún más su gorra y subió el cuello de su chaqueta para evitar, en lo posible, que la lluvia se le colase cuello abajo—. Habrá que esperar a que amaine, milord, con este temporal no me arriesgo a acercarme más y desembarcar en esquifes sería una auténtica locura.

—Mientras no escoremos, un retraso no tendrá importancia.

—Tranquilo, el barco se mantendrá a flote, hemos burlado borrascas mucho más aparatosas que esta.

Ken, tan pasado por agua como el propio capitán, alzó la mirada al cielo. Oscuros nubarrones lo cubrían todo, llovía de forma torrencial y el tiempo no tenía visos de cambio a juzgar por las apariencias.

—El condenado puerto debería estar ya construido.

—Demos gracias a que el año pasado, por fin, el Parlamento aprobó los fondos necesarios para el inicio de las obras del puerto y del muelle. Otra cosa será cuándo se acaben, porque la arena y el limo del río van a dificultar los trabajos; se necesitarán años para terminarlo del todo. Volvamos abajo, milord.

—Vayamos, sí, no queda otra que esperar a que escampe.

—No se preocupe. Si conozco mi oficio, este tipo de marejadas se suelen disipar tal como han llegado. Con un poco de suerte estarán comiendo en La Vieja Herradura a eso del mediodía. ¡Ah!, no se pierdan sus empanadillas rellenas de carne, patata y verduras, una auténtica delicia que prepara personalmente la dueña, originaria de Cornwall.

No se equivocó el capitán Reth: la aparición de un fuerte viento fue tomando el lugar de la lluvia y arrastró las nubes hacia mar abierto, dando espacio en poco tiempo a un cielo despejado que facilitó su desembarco sin más inconvenientes.

Comieron en la taberna que les fue recomendada y no solo disfrutaron de las empanadillas, sino de una sopa exquisita, un pan recién horneado y otra de las especialidades de la casa, su famoso *custard*, una dulce y espesa crema con sabor a vainilla que les fue servida de postre, y que la

pequeña Charleen pidió repetir.

En buena camaradería, ya sin la presencia de Colin, que se excusó alegando no poder retrasar más su vuelta a Londres y alquiló una montura, recorrieron el antiguo asentamiento mesolítico, se acercaron a los acantilados e incluso visitaron las defensas del lugar, levantadas años antes para la guerra contra Napoleón. Regresaron a La Vieja Herradura, donde reservaron habitaciones, con la hora justa para cenar y acostarse.

Cuando ya se retiraban a sus respectivos cuartos, Charleen, poniéndose al lado de Sheringham, le preguntó:

—Milord, ¿podría contarme otra aventura de dragones antes de ir a dormir?

—No es hora, cariño, mañana debemos madrugar —negó su madre.

—Solo una aventura corta, mami.

—Charleen, te acabo de decir que...

—¿Teme que la secuestre, señora Klever? —atajó Ken.

—¿Cómo dice, milord?

—Digo, que vaya a acostarse; yo me encargaré de su hija. Prometo devolvérsela en unos minutos.

—Pero es que...

—Por favor, mami, solo un ratito. Me has prometido un premio.

Sabrina se fijó en esos brillantes y vivarachos ojos marrones en los que veía ya reflejada la ilusión por anticipado. También, ¡cómo no!, en el rictus sardónico de Sheringham, que la retaba a negarle a la niña lo que pedía. Lo cierto era que Charleen tenía razón, se había comportado bien y quedaba en el aire cumplir su palabra de recompensarla por su buena conducta.

—Media hora, ni un minuto más, ¿de acuerdo? —Charleen asintió repetidas veces con la cabeza y esbozó una sonrisa de diablillo—. Los estaré aguardando, milord.

Subió las escaleras que llevaban a las habitaciones en pos de Lina y Julius. La que les había sido asignada a ellas era grande, con un par de ventanas que daban a la parte trasera de la hospedería y dos camas de buen tamaño. Lina, incapaz ya de dejar de bostezar, le deseó buen descanso y unos minutos después dormía como una marmota. Ella sacó entonces el libro que llevaba en su bolsa de viaje, un ejemplar de *Robinson Crusoe*, bajó al mínimo la llama del quinqué y se acomodó en la única butaca del cuarto, dispuesta a esperar.

Embebida por completo en las peripecias que Daniel Defoe escribió para que fueran sufridas por aquel marino de York, obligado a vivir en soledad casi treinta años, no se dio cuenta de que el tiempo pasaba. Hasta que la distrajeran unas risotadas de borracho en el callejón. Había avanzado bastante en la lectura y Charleen no había subido aún. Molesta ante la falta de palabra de Sheringham, cerró el libro, se echó un chal sobre los hombros y bajó al salón.

La escena con la que se encontró la paralizó por completo.

En un sillón, frente a la chimenea, Sheringham tenía sobre sus rodillas y recostada en su pecho a Charleen, ambos cubiertos por una gruesa manta y profundamente dormidos. El fuego proyectaba

sobre ellos luces y sombras, suavizando el rostro masculino, que parecía más joven, y del que había desaparecido el ademán de suficiencia que solía exhibir.

Impresionada, despertándosele la ternura por la súbita e insospechada visión, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Por un momento se imaginó esa escena como un hecho cotidiano: su hija en brazos del hombre del que se enamoró tanto tiempo atrás; un hombre por el que, mal que le pesase, seguía sintiéndose atraída por más que pretendiera evitarlo. Tenía que admitir que el modo en que procuraba mantener la distancia ante él no era sino la coraza con la que pretendía evitar que Ken adivinara sus verdaderos sentimientos. Era evidente que no lo estaba haciendo muy bien o, de lo contrario, su respuesta al beso hubiera debido ser menos impetuosa, no tan descarada. ¿Era una estúpida? Tal vez. Pero no era capaz de dejar de seguir sus movimientos con la mirada, de mostrarse torpe cuando él sonreía, de no saber ser ella misma. Quisiera o no, no conseguía erradicarle de su corazón.

Sheringham era inalcanzable. Lo fue años antes y seguía siéndolo. Por mucho que Julius quisiera hacer de ella una dama, no lo era, nunca lo sería. El estatus de Ken, nada menos que vizconde y barón, y que sería además conde al heredar el título de su abuelo, le obligaría en la práctica a casarse con una mujer de su misma clase social.

Charleen, por más que fuera fruto de su simiente, no tendría cabida en su vida. Ella, tampoco.

No quería abandonar a Julius, que para ella venía a representar el padre que no pudo disfrutar de niña. Se le oprimía el corazón solo de pensar en alejarse de él y de Traveron House, que ya era su casa. Pero tenía que hacerlo. Debía tomar decisiones por muy penosas que fueran, más pronto que tarde; de continuar viviendo a su lado, al final, de una u otra manera, Ken terminaría por atar cabos, o por recordar.

Y entonces exigiría sus derechos sobre Charleen.

No había vuelta atrás: en cuanto regresaran a Londres comenzaría a hacer gestiones para buscar alguna casa lejos de la ciudad, o tal vez retornar a Chester e instalarse allí. Por su hija haría lo que hubiera que hacer, no se ponía límites.

Se rehízo como pudo del impacto visual, se limpió de un manotazo las lágrimas y fue hacia ellos con ánimo de despertarlos. No pudo hacerlo. Ken, somnoliento, se removió entonces sin dejar de abrazar a Charleen y besó con suavidad el cabello oscuro de la niña, antes de acomodar él su cabeza para seguir durmiendo.

No fue capaz de separarlos.

—Abrázala esta noche, Sheringham —musitó antes de volver a su cuarto arrastrando los pies, por completo vencida—. Que permanezca en tus brazos, aunque sea solo por esta vez.

El día amaneció desapacible. Desayunaron entretenidos por la conversación de Julius, muy dicharachero esa mañana, que dijo haber descansado como un bendito; Sabrina, sin embargo, hacía esfuerzos por reprimir los bostezos. Apenas verla bajar al comedor de la posada, llevando a Charleen de la mano, Sheringham se aproximó a ella.

—Buenos días. Quisiera excusarme. Lamento que anoche...

—No es necesario que se disculpe, milord.

Ken agradeció que no le recriminara, aunque tenía razones para hacerlo. El cansancio de la jornada, el murmullo de su propia voz al contar el cuento a la pequeña, y la calidez que proporcionaba el fuego de la chimenea, los llevó, tanto a la niña como a él, a adormecerse. No era excusa, desde luego, teniendo en cuenta que había prometido subir a Charleen minutos después. Incluso pudo haberlo hecho cuando despertó a medianoche. Pero la tibieza de aquel pequeño cuerpo contra el suyo, y también su plena confianza al dormirse recostada sobre su pecho, le impidieron separarse de ella. Se había acomodado en el sillón, la cubrió más y volvió a dejarse llevar en brazos de Morfeo. En absoluto lamentaba un episodio que, aunque pudiera haber incomodado a Sabrina Klever, a él le procuró un placer inusitado.

Por más que lo intentaron les fue imposible conseguir dos coches de alquiler. Hubieron de conformarse con uno no demasiado espacioso y con un tiro de caballos no muy brioso, pero cuyo dueño no tuvo inconveniente en hacer con ellos el camino que hiciera falta. Mientras Kenneth se encargaba de controlar que ataran las bolsas de viaje en la parte trasera del vehículo y su abuelo liquidaba la cuenta, las mujeres se acomodaron en la cabina. Lina, que nunca antes se encontró en una situación tan embarazosa, viéndose obligada a compartir carruaje con sus señores, pareció querer fundirse con la tapicería y ocupó uno de los laterales. Sabrina se acomodó en el lado contrario y sentó a Charleen entre ambas.

—Tendremos que viajar un poco apiñados ahora —dijo lord Lancashire al subir—, pero seguro que podremos conseguir otro coche más adelante.

—No se preocupe por nosotras, milord.

Sheringham se les unió un minuto después llevando varias mantas en los brazos, que repartió. Dio orden de partir y los caballos emprendieron un trote lento que les hizo temer una etapa agotadora. Sin embargo, algo tenía de bueno viajar en un coche no muy espacioso: sus rodillas

chocaban a cada instante con las de Sabrina, lo que suponía un aliciente para las siguientes horas. Sobre todo, pensó Ken, ante el modo en que la estirada señora Klever trataba, una y otra vez, de evitar su contacto.

Divertido en el fondo, hizo como que no era consciente de aquel continuo roce y se dedicó a mirar por la ventanilla.

No había pasado una hora cuando Charleen se quedó dormida y se recostó sobre las piernas de su madre. Ella trató de acomodarla lo mejor que podía en un habitáculo tan estrecho, intentando no despertarla, pero la niña se movía sin cesar. Ken, incluso arriesgándose a espabilarla, acabó por tomar a la cría en brazos, se la colocó encima, recostó su cabecita en su pecho y la cubrió con la manta. No dio margen a que Sabrina protestara, bastó con que la mirada de él, intensa y decidida, dejara claro dónde se iba a acomodar mejor la niña. No era lugar para entrar en discusiones, así que ella apretó los labios y guardó silencio.

—Parece que este pequeño terremoto no ha descansado bien del todo —dijo Julius.

—Como una marmota —le contradijo su nieto, que clavó sus ojos en su madre, como instándola a que articulara palabra—, te lo puedo asegurar.

Julius lo miró de soslayo sin saber a qué se refería, pero, consciente de la tensión existente entre él y Sabrina, prefirió callar. Tendría que hablar con Ken largo y tendido sobre el motivo por el que la joven y él estaban siempre a la gresca.

La leve llovizna con la que amanecieron se fue convirtiendo en un aguacero que dificultó la marcha. Para cuando llegaron a la primera parada, casi cuatro horas más tarde, en el cruce de la carretera de Canterbury, las ruedas del carruaje apenas podían avanzar.

Por fortuna, la posada en la que buscaron refugio era un local acogedor, con una buena chimenea en la que ardían leños y algunas piñas que expandían un agradable olor por la estancia principal. El dueño del establecimiento, un hombre bajito, con prominente barriga y fuerte acento extranjero, les atendió con premura e indicó al cochero dónde guarecer a los caballos y encontrar la compañía de su único sirviente.

—Siento no estar en condiciones de ofrecerles nada especial para comer, señores. Mi esposa se encuentra en cama con un fuerte resfriado y mis hijas son aún pequeñas para ayudarme.

—Cualquier cosa nos vendrá bien, no se preocupe —opinó Julius, que se apresuró a instalarse con Charleen frente al calor de la chimenea.

—¿Puede alquilarnos algún coche? —preguntó Sheringham.

—En eso sí puedo complacerles. ¿Hacia dónde se dirigen, señor?

—A Maidstone.

—No hay problema entonces; mi criado los llevará.

El hombre les sirvió un par de tablas de queso de distintas variedades, una hogaza de pan algo sentado, embutidos y lo que quedaba de una tarta de manzana del día anterior. Al acabar, les ofreció un ponche caliente para templar el estómago e insinuó que la pequeña podía esperar el tiempo que restaba para que emprendieran la marcha en compañía de sus hijas. Continuaba

lloviendo, los caminos estaban encharcados y no tenían otro remedio que aguardar, de modo que a Sabrina no le pareció mal.

Charleen no se hizo de rogar y, acompañada por Lina, siguió al sujeto a otra habitación. No tardaron en escuchar risas infantiles.

—¿Te quedarás en Traveron House, Ken? —preguntó Julius.

—Tengo cosas que hacer en Londres.

—¿Qué cosas?

—Te estás volviendo un poco cotilla, abuelo —bromeó.

—Solo curioso como un hombre que ha echado de menos a su nieto y se resiste a que aparezca y desaparezca cada dos por tres. ¿Cuántos días estarás en la capital?

Ken miró de soslayo a Sabrina. Ella parecía ajena a la conversación, con la nariz metida en el libro que había rescatado de su bolsa de viaje. Pero él sabía que estaba pendiente de su respuesta. Lo notaba por la presión que sus dedos ejercían sobre el libro y la tirantez de sus hombros. Seguramente esperaba escuchar que no volverían a verle en una larga temporada. Ojalá fuera así porque no estaría de más alejarse un poco de ella, pero no era el caso. ¡Condenada fuera aquella mujer! ¡Había conseguido excitarlo en el carruaje, durante el trayecto! Con solo mirarla se le había disparado la imaginación hacia escenas eróticas. Se había prometido un viaje divertido incomodándola, y el resultado se le había vuelto en contra.

—Lo justo para solventar unos asuntos.

—Bien. Porque quiero que me acompañes a ver a mi abogado.

—¿Sigue entre los vivos ese carcamal?

—Necesito ultimar algunas cosas antes de que sea demasiado tarde, no vaya a ser que se repita el ataque al corazón; no estoy nada seguro de sobrevivir a un segundo ataque —repuso el conde, obviando su sarcasmo.

—¡Milord, por Dios! —exclamó Sabrina, demostrando así que no estaba abstraída en la lectura—. No me agrada que haga ese tipo de comentarios.

—Por una vez, estoy de acuerdo con tu ama de llaves, viejo. Yo creía que estaba centrada en su libro, pero no se le escapa nada.

Ella entrecerró los ojos y Ken supo que, de haber podido, le habría estampado el grueso volumen en la cabeza.

—Muchacho, ¿es que no vas a dejar de pinchar a Sabrina?

—Solo corroboro un hecho. No se habrá ofendido usted ¿verdad, señora Klever?

—En alguna parte he escuchado que no ofende el que quiere, milord, sino el que puede.

—Y eso, ¿qué significa?

Ella fue a responder, pero justo entonces apareció Charleen a la carrera, se fue hacia ella y le preguntó a bocajarro:

—Mami ¿tú vas a darme una hermanita que sea igual a mí?

El pequeño vendaval de tirabuzones negros volvió a poner de manifiesto que era capaz de

meter a su madre en un aprieto de los gordos. Sabrina se acaloró, dejó el libro a un lado y aupó a la cría hasta sus rodillas.

—Lo siento. —Se disculpó Lina, que llegó tras ella—. Vamos, cariño, sigamos jugando.

—No pasa nada. —Sabrina acarició el sedoso cabello de su hija y sonrió, aunque le costó bastante disimular la desazón que le causaba la sarcástica mirada de Ken sobre ella—. Me parece, tesoro, que eso no va a poder ser.

—¿Por qué no? Abby y Adele son iguales y muy divertidas.

—Algunos niños vienen juntos y sí, son iguales. Se les llama gemelos.

—¿Y yo vine sola? ¿Por qué vine sola? Podrías haber encargado dos.

Sabrina no sabía dónde meterse. Julius miraba hacia ellas encantado de las ocurrencias de la niña, disfrutando de las deducciones tan directas de Charleen, pero consciente del apuro en que colocaba a su madre. Sheringham, por su parte, procuraba no reír, sin conseguirlo del todo, lo que a ella le irritaba mucho más que el regodeo de lord Lancashire.

—Es Dios el que decide si llega un niño o dos, cariño.

—¡Pues vaya! ¿Y no puedes decirle que me mande una hermana?

Sabrina puso los ojos en blanco. Lina se tapó la boca con una mano para reprimir una carcajada, pero no así Julius, que definitivamente rompió a reír.

—Lina, por favor...

—Sí, señora. Anda, Charleen, vámonos. —Tomó a la niña de la mano y se la llevó al otro cuarto.

Aún pudieron oír, mientras salían, cómo la niña preguntaba a la criada:

—¿Tú se lo puedes pedir a Dios en nombre de mamá?

Sabrina volvió a esconderse tras el libro porque no tuvo otra forma de huir del regocijo general que provocó la propuesta infantil, ocasión que le vino a Ken que ni pintada y que aprovechó para hurgar un poco más en sus defensas.

—Imagino que aún es posible concederle el deseo a la niña, ¿no cree?

La mirada que recibió de Sabrina no dejaba lugar a dudas. Ese no era el camino a seguir, al menos ese día.

La tormenta les obligó a hacer noche en la posada. Dado que la esposa del dueño estaba enferma, Lina y Sabrina se ofrecieron para cocinar algo caliente, pidiendo al dueño del establecimiento que los acompañase con sus hijas durante la cena, puesto que eran los únicos huéspedes.

Resultó una velada distendida que se alargó hasta mucho después de que los tres diablillos de corta edad se fueran a la cama. Érico Freitas les contó ser un portugués afincado en Inglaterra desde hacía diez años. Un tanto inseguro al principio por estar sentado a la mesa de sus clientes, no dudó en poner a disposición de estos su mejor botella de coñac; se fue tranquilizando a medida que el excelente alcohol calentaba su estómago, y acabó nostálgico, narrándoles la historia del desgraciado amor de Pedro de Portugal e Inés de Castro.

Julius estaba en la gloria y Sheringham disfrutó escuchando, en la voz gutural del propietario, una historia que ya conocía. Lina seguía el relato con los ojos muy abiertos y Sabrina, por el contrario, mantenía los suyos cerrados, lo que no impidió a Ken ver la lágrima que le resbaló mejilla abajo.

Ni esperaba ni le agradó esa solitaria lágrima. Incluso le molestó. Sí, le molestó descubrir que Sabrina Klever podía ser capaz de conmoverse por los avatares de un romance de siglos atrás, porque ese hecho la revestía de ternura. ¿O es que esos antiguos amores le recordaban a su esposo? Solo la había visto llorar hablándole de él. ¿Le estaban mordiendo los celos?

Se sirvió una segunda copa de coñac, preguntándose qué diablos le estaba pasando con esa mujer. Debería importarle un ardite si ella había estado casada o si hubo amantes en su vida, no era su problema. ¿Por qué, entonces, lo irritaba imaginarla en brazos de otro hombre?

Una vez finalizada la velada, despidiéndose ya de Freitas para subir a sus respectivas habitaciones, Ken retuvo a Sabrina un instante.

—Espero, señora Klever, que la leyenda que nos ha contado el posadero no le traiga malos sueños.

—¿Ahora se preocupa por si duermo bien o no, milord? Es usted tan variable como el tiempo, primero me abochorna delante de su abuelo y ahora se me vuelve emotivo.

Ken se dio cuenta de lo insensible que había sido sugiriendo que ella podía tener otro hijo sin estar casada.

—No sea rencorosa, era solo una broma —quiso rectificar.

—No me agradan ciertas bromas, lord Sheringham.

—Lo siento, no pretendí molestar, ¿de acuerdo?

Ella lo miró con desdén por encima del hombro y aceleró el paso. Pero se volvió al escucharle decir:

—A pesar de todo, fueron dichosos, tenga eso en cuenta.

Sabrina, a quien el relato de los amantes había conmovido, reconoció que la afirmación de Ken despertó su curiosidad.

—¿Dichosos, siendo ella víctima de asesinato?

Lo preguntó con aparente indiferencia, pero no le engañaba, ella quería saber más.

—Por supuesto. Pudieron conocer lo que a muchos mortales les está negado: el auténtico amor.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco la historia, pero desde una perspectiva menos truculenta que la contada por nuestro amigo portugués. Estuve en la Quinta das Lágrimas.

Ella, pensativa, se pasó la punta de la lengua por los labios, un gesto espontáneo y natural, pero en el que Ken identificó un aire sensual que le disparó el ritmo de sus pulsaciones. Tuvo la sensación de que a ella le hubiese gustado continuar la charla sobre aquella pareja de amantes, pero Sabrina le dio la espalda y comenzó a subir las escaleras.

—Buenas noches, milord.

Ken se aferró con su puño a la barandilla. Por un instante se propuso ascender los pocos escalones que les separaban, atraparla entre sus brazos y saciarse de esa boca húmeda que lo subyugaba. Sabrina Klever se estaba convirtiendo en una obsesión, no ya en el peligro que imaginó al conocerla. Además de que podía estar engañando a su abuelo con un cariño ficticio, también lo estaba hechizando a él.

Partieron hacia Maidstone al despuntar el alba, abriendo paso a un día por fortuna seco y algo más cálido que el anterior. Sheringham casi agradeció que su abuelo hubiera pasado la mitad de la noche en vela y se quedara traspuesto en cuanto arrancó el carruaje, porque no le apetecía hablar. No quería reconocer que le fastidiaba el hecho de tener que emprender camino lejos de Sabrina que, junto a su hija y a Lina, ocupaba el otro vehículo.

Tenían previsto parar lo justo, pero apenas entrar en la ciudad, el bullicio que llegaba desde la plaza central les llamó la atención.

—Yo diría que es una feria —dijo Lina tan pronto descendieron del carruaje.

Ken vio que ellas se alejaban y se apresuró en pagar la cantidad convenida al empleado del portugués, a la que añadió una generosa propina. Dejó a su abuelo y al cochero que los llevaría hasta Londres con el encargo de cambiar los caballos por otros de fresco y las siguió. Por

experiencia, sabía que los delincuentes habituales aprovechaban ese tipo de tumultos para aligerar la bolsa de unos cuantos despistados, y dos mujeres y una niña eran blanco fácil.

Un grupo de saltimbanquis hacía las delicias de un público entregado que aplaudía cada una de las piruetas, mientras el charlatán de la compañía, subido en un carromato, instaba a los parroquianos a comprar un milagroso producto que curaba todos los males por dos chelines.

Sin mediar palabra, Ken tomó posición junto a Sabrina, que lo miró de reojo, pero nada dijo. También ella sabía que, en acontecimientos multitudinarios como aquel, más de un aprovechado podía poner las manos donde no debía; la presencia de un sujeto tan imponente como Sheringham les ahorraría disgustos a ella y a Lina.

Al acabar el número, hizo su aparición otro de los titiriteros con una cabra que, según anunció a voz en grito, era capaz de arrastrarse para pasar por debajo de una cuerda colocada casi a ras de suelo. Charleen saltaba cuanto podía, porque su corta estatura no le permitía ver nada. Ken se dio cuenta, la cogió en volandas y la sentó a horcajadas sobre sus hombros, ganándose la risa cantarina de la pequeña. Aplaudió, loca de contento, sin dejar de saltar sobre él, que aguantó con estoicismo el entusiasmo infantil.

Sabrina, más pendiente de ellos dos que de las piruetas de la cabra, volvió a notar un nudo en la garganta. Su hija y Ken Sheringham habían congeniado de tal modo que ella se encontraba casi desplazada. Y el miedo la embargó una vez más.

Anunciaban ya que, a media tarde, se llevaría a cabo una representación en la carpa situada en el descampado, a orillas del río, cuando Julius se les unió por fin.

—Hemos conseguido caballos y mesa en una de las tabernas —anunció—. Una obra de teatro, ¿eh? Tal vez podríamos asistir.

—¿Qué le parece, señora Klever? —preguntó Ken a Sabrina—. Puede resultar entretenido.

Ella cruzó una mirada con Lina, en cuyo rostro vio pintado el interés por la función, y asintió. La muchacha estaba siendo de gran ayuda, en realidad siempre lo había sido, y era la primera vez que iba a poder disfrutar de un viaje y una atracción semejantes. Se lo merecía. Por su parte, hubiera querido regresar a Traveron House cuanto antes y librarse de la perturbadora compañía del barón, pero no supo cómo negarse ni quiso contrariar una aspiración que casi era unánime.

—Una comedia de William Shakespeare —asintió complacido Sheringham, mientras les permitía el paso para que se acomodaran en las gastadas sillas de madera—. *La fierecilla domada*, nada menos. ¿Qué opina del libro, señora Klever?

A ella le desazonó que la silla de Ken y la suya estuvieran juntas; el barón había cedido su asiento a lord Lancashire para conseguirlo.

—No he tenido el gusto de leerlo. —Elevó un poco la voz para hacerse oír sobre el bullicio de risas y conversaciones que los rodeaba, y contestó con una media sonrisa para disimular la inquietud que le provocaba su proximidad—. ¿De qué trata?

—De una mujer malhumorada que ahuyenta a cuanto hombre se le acerca —musitó él tan cerca de su oído que le hizo sentir un escalofrío.

Sabrina se giró un poco para mirarle a los ojos, que destilaban ironía. Luego, se propuso obviarle y prestar atención a la representación.

Los divertidos diálogos y los enredos de la obra acabaron por hacer reír a la muchacha que, durante unos minutos, hasta se olvidó de que él estaba a su lado. Charleen observaba el escenario y aplaudía cuando veía al resto hacerlo, por mucho que no se enterase de lo que los actores decían.

Tras finalizar la obra y saludar varias veces ante la insistencia del público, los comediantes se retiraron y ellos emprendieron camino a la posada. Sabrina iba comentando la obra con Julius y, en un momento dado, se echó a reír, se tomó de su brazo y apoyó la cabeza en su hombro unos segundos. Sheringham hubiese preferido que le dieran un puñetazo a ser testigo de la escena, porque el cariñoso gesto, tan cercano, lo sacó de sus casillas.

Ya no le cupo la menor duda: aquella mujer pretendía embaucar a su abuelo. Se había confiado, había intentado un acercamiento creyendo que su primera impresión sobre ella fue errónea, pero el recelo volvió a embargarlo. No iba a consentir que Sabrina se burlara de un hombre honesto. La única solución era hacerla caer en su propia trampa, y lo haría cuanto antes.

Todos dieron muestras de buen humor durante la cena, mientras recordaban el ingenio verbal del autor. Todos, menos Ken, que parecía haberse tragado un cactus.

Tras una corta sobremesa se desearon buen descanso y subieron a sus habitaciones; al día siguiente partirían hacia Londres, en una etapa larga y pesada. Pero, una hora después, Sabrina

seguía sin poder dormir. Para no despertar a Lina y a su hija, se vistió, se echó la capa sobre los hombros y salió del cuarto. Necesitaba tomar un poco el aire para calmar su nerviosismo. Sobre todo, reflexionar. Porque las imágenes de Charleen riendo, subida a los anchos hombros de Sheringham y mirándole con devoción cada vez que él hablaba, agitaban su espíritu.

El patio estaba vacío y apenas se oían las conversaciones provenientes del salón.

Elevó la mirada al cielo y se cerró más la capa en el cuello. Hacía frío, aunque la noche estaba despejada y estrellada. Recordó otras, muchos años atrás, en que su madre y ella se pasaban buenos ratos en la ventana, antes de irse a dormir, poniendo nombres extraños a las estrellas y riendo como dos tontas. ¡Cuánto la echaba de menos! ¡Cómo le hubiera gustado verla con Charleen en brazos! Pero el destino les había arrebatado a las tres esos momentos de dicha y nada podía hacerse ya.

—Un cielo engañoso. Es posible que mañana vuelva a llover.

Se volvió. La soberbia figura de Sheringham la tranquilizó y soliviantó al mismo tiempo. Apoyaba su cadera en la valla, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las sombras difuminaban su rostro.

—¿Tampoco usted podía dormir, milord?

—Me ha desvelado una proposición que he decidido hacerle, ya que está aquí.

Las cejas femeninas se elevaron en un arco perfecto.

—¿Proposición?

—Sí. Que se busque otro protector.

—¿Cómo dice?

—Me has oído perfectamente, Sabrina —tuteó, al tiempo que se le acercaba—. De mi abuelo puedes conseguir algo de dinero, pero ahí acaba todo.

A ella se le agrandaron los ojos de pura sorpresa. Estaba soñando. Sí, eso era, se había quedado en la cama y soñaba. Porque no era posible que él le saliera con semejante barbaridad. La indignación puso un tinte rojo a sus mejillas.

—Solo una mente enferma sugeriría tal vileza. Haré como que no le he escuchado, milord.

—Harás mal. —Siguió tratándola con cercanía—. Piénsatelo. Mi fortuna es aún mayor que la del viejo. ¿Quieres una casa propia? ¿Criados? ¿Vestidos y joyas? Tuyo será. Elije a tu gusto y yo correré con los gastos.

—Pero ¿de dónde se saca tamaño disparate? Usted está loco... —Se llevó una mano a la garganta y retrocedió un paso.

Ken sabía que su actuación estaba fuera de lugar. Era indigna y mezquina. Había dejado a Julius en la habitación y bajado al comedor de la posada, pedido una botella y bebido algo más de lo aconsejable. Eso no le excusaba. Todo por culpa de aquella mujer, que lo trastornaba.

—Además de lo dicho, Sabrina —continuó con tono amargo, dándose cuenta de que él mismo se ataba una soga al cuello—, ese hipotético acuerdo te reportaría otras compensaciones.

Ella lo miró con auténtico horror. Si alguna vez había estado enamorada de ese hombre, debió

de ser porque perdió el juicio. En ese momento no veía al caballero del que quedó prendada, aquel al que recordó cada noche de esos largos años, al hombre cuya sangre llevaba Charleen y al que ella hubiera podido amar de nuevo. Lo que tenía ante ella, hiriéndola con sus insultos, era un ser despreciable. Se le llenaron los ojos de lágrimas y una ira ciega recorrió cada fibra de su ser.

Alzó la mano y le cruzó la cara con tanta fuerza que el golpe restalló en la noche como un latigazo.

Él se tambaleó un poco, pero se echó a reír.

—¿Eso es un no, Sabrina?

—Es usted deleznable. ¡Váyase al infierno!

Quiso escapar, alejarse de él, pero no consiguió dar un paso antes de que el brazo masculino atrapase su talle y la acercase hacia sí. Al instante siguiente los labios de Ken se adhirieron a su boca con un ardor que arrasó su cordura y, durante un instante, participó en la caricia.

Colocó ambas manos en el pecho masculino y lo empujó. Le temblaban las piernas, respiraba aceleradamente y las lágrimas, por su debilidad al responder al beso, se le secaban sobre las mejillas.

—Me deseas tanto como yo a ti, Sabrina. —Oyó que le decía él—. No lo niegues.

Se rehízo como pudo, fuera de sí, rabiosa consigo misma, y lo fulminó con la mirada.

—¡Lo único que deseo es perderlo de vista! —Le escupió en voz baja, causando mayor impacto en Ken que si le hubiera gritado—. Aunque fuera el único varón sobre la tierra, óigalo bien, lord Sheringham, no me rebajaría jamás a ser su amante.

Luego echó a andar hacia la entrada del edificio y se perdió en el interior.

En el cerebro de Sheringham se reprodujo el eco de las palabras de Sabrina. Se pasó los dedos por el cabello y acabó dejándose resbalar hasta el suelo, donde quedó sentado. Fue tomando conciencia de cómo se había degradado, de su proceder de rufián, vulgar y mezquino, y sintió vergüenza de sí mismo. Él, que despreciaba a los hombres que se valían del poder de su dinero para doblegar a la mujer, acababa de reflejarse en el mismo espejo convertido en uno de ellos. Pudiera ser que Sabrina fuera una farsante, pero él era un completo cabrón.

Se levantó al cabo de un rato, carcomido por su propia culpa, entró en el salón y pidió papel y pluma.

—¿Puede venderme un caballo? —preguntó al posadero.

—Bueno... No es un purasangre, pero es brioso y resistente, señor.

—Prepáremelo.

Diez minutos después, tras rogar al sujeto que entregara la carta a lord Lancashire en mano a la mañana siguiente, partió con destino a Londres. Tenía que poner distancia entre Sabrina y él, tenía que volver al equilibrio mental y reencontrar al ser que fue; racionalizar para no enajenarse y caer en la locura.

Julius, después de leer la misiva, solo les explicó que su nieto había tenido que partir sin demora y se disculpaba por su repentina ausencia. Sabrina no quiso saber nada más, no le hacía falta porque imaginaba muy bien los motivos de Sheringham para marcharse. Al menos, demostraba cierta dignidad, un modo de comportarse que estaba en las antípodas de su lamentable conducta de la noche anterior. Respiró aliviada sabiendo que no lo vería, pero emprendió el último trayecto hacia Londres con un amargo sentimiento de abandono en el pecho.

Sabrina iba decidida a abandonar Traveron House. En las actuales circunstancias ya no podía continuar allí. Sin embargo, nada iba a salir como ella tenía previsto: a su llegada les esperaba una noticia que echó por tierra sus planes.

Releyó por tercera vez la cartulina enviada por Virginia Fox, que el conde le había tendido, sin acabar de creerse que el destino volviera a jugarle una mala pasada. Lady Romins preparaba una fiesta para dos semanas más tarde. Y en aquella tarjeta que tenía en la mano estaba su nombre.

—Milady me honra, pero debo rechazar su amable invitación.

—Y eso, ¿por qué?

—Solo soy un ama de llaves, milord, estaría fuera de lugar.

—¡Oh, vale ya con eso, Sabrina! —La vehemencia con que Julius replicó la obligó a cerrar la boca—. Lo eres solo por tu cabezonería. Aunque a Virginia esas cosas le han tenido siempre sin cuidado, te está invitando porque eres mi protegida.

—No sé si sabré estar a la altura, milord. —Se excusó la joven, un tanto abochornada.

—¡No digas tonterías! Tienes más clase que muchas mujeres que conozco. De todos modos, tu inseguridad tiene fácil arreglo: que el señor Leone se aplique a ponerte al día en las próximas clases. ¿Cuándo le toca venir?

—Mañana.

—Bien. En cuanto llegue, házmelo saber; quiero hablar con él.

Había insistido en declinar la invitación argumentando, por otra parte, que ni ella era quién para acudir a un evento de esa categoría ni él tenía que gastar más dinero en su profesor, pero Lancashire no quiso oír ni una de sus excusas.

—No admitiré que me dejes en mal lugar ante una buena amiga.

El condenado acontecimiento llevaba aparejado, además, tener que acercarse a la ciudad para

encargar ropa adecuada; era impensable presentarse con uno de los vestidos que solía usar en su día a día, y nunca se preocupó por tener nada más elegante porque no le hizo falta.

Por supuesto, Julius la acompañó llevando a Lina de carabina.

Negar que disfrutó eligiendo a su gusto entre el surtido de telas que la modista le fue poniendo delante hubiera sido una flagrante mentira. Era difícil que hubiera mujer que se resistiera a la colección de sedas, tafetanes, gasas y muselinas de distintos colores que le mostraron y que hicieron las delicias de la joven, que no sabía qué elegir. La opinión de Lina no le sirvió de mucho porque estaba fascinada por todo.

—Ken nos hubiese sido de ayuda, él siempre ha tenido buen gusto para la ropa, pero maldito si sé dónde se ha metido —refunfuñó el conde mientras apartaba una pieza de tafetán demasiado oscuro—. Si no se presenta en la fiesta, me va a oír. No se puede desaparecer así, por las buenas.

El comentario encogió el estómago a Sabrina. Para nada quería volver a verlo. Pero ¿cómo podía negarse a acompañar a Julius, que no reparaba en gastos en atención a ella? Ni pensarlo. Capearía el temporal como mejor pudiese y pospondría su plan de marcharse de Londres.

—¿Qué le parece algo así, señora?

La modista le mostró el diseño a carboncillo de un vestido blanco, con un atrevido escote cuadrado, cintura baja y mangas abullonadas hasta el codo, con amplia falda en lugar de caer sin forma; una preciosidad.

—Si subimos un poco el escote...

—¡Tonterías! —protestó Julius—. Sabrina, por Dios, se trata de un baile, no de una visita a un convento.

—Pero yo nunca he usado una prenda así. Es un poco... ¿inusual?

La modista se echó a reír y apartó el dibujo.

—Lo es, aunque estoy segura de que le quedaría de maravilla con su figura. Necesitará enaguas para llevar este vestido, es lo que hará que la falda tenga vuelo. Es un poco más costoso, milord, pero le aseguro que la señora parecerá una princesa. Es la última moda, dentro de poco cualquier dama que se precie querrá tener un modelo semejante. Adornaremos el escote y el bajo con...

Siguió contándole a Sabrina y al conde, mientras le tomaba medidas en una habitación adjunta, alzando la voz para que Julius fuera consciente de lo que iba a pagar. Lancashire, claro está, no defraudó las miras comerciales de la dama: además de tres vestidos, encargó enaguas, dos camisones y hasta un corsé. Esta última petición añadió un punto de rubor a la cara de la muchacha y una sonrisa boba en la boca de la dueña del establecimiento, que ya hacía cálculos mentales del abultado importe del pedido. A ello sumó Julius una capa, un abrigo hasta los pies, dos chaquetas y un par de batas de terciopelo. La mujer prometió tener listas las enaguas y el vestido en unos pocos días y hacérselo llegar a Traveron House; el resto debería esperar algo más.

—Milord, creo que se ha excedido encargando...

Antes de que Sabrina siguiera poniendo reparos a las compras, ya fuera de la tienda, Lancashire

se apresuró a llevarlas a otro comercio. Allí adquirió dos sombreros, que a Sabrina le parecieron de lo más ridículo, adornados con cintas y plumas.

—No pensará que voy a ponerme esto en la cabeza, ¿verdad?

—¡Pero si son preciosos, señora Klever! —protestó Lina, probándose uno de ellos.

—Criatura, déjame disfrutar —pidió el conde—. Te juro que hacía tiempo que no me divertía tanto. Nunca he entendido por qué a algunos hombres no les gusta ir de compras, yo lo paso bien. Vamos, te hace falta un manguito y... algo de ropa interior: medias y cosas de esas, ya sabes —susurró, bajando la voz.

—¡Es usted incorregible, milord! —exclamó la joven, roja de vergüenza por ese tonillo pícaro, que no esperaba de su mentor.

Lina no cabía en sí de gozo cuando Julius las invitó a comer en uno de los refinados restaurantes de la capital, solicitando un reservado para ahogar las objeciones de ambas en cuanto a mezclarse con la distinguida clientela del local. A la salida, se acercaron a una de las mejores confiterías y la joven criada pudo elegir cuatro cajas de auténticas delicias de chocolate, que se repartirían entre el servicio de Traveron House.

Por fin, de regreso a la mansión, lo hicieron con el carruaje repleto de cajas de distintos tamaños y colores, y soportando el cacareo de una Lina que contagiaba su entusiasmo.

También las compras fueron una auténtica fiesta para Charleen, que abrió cada paquete emocionada y curiosa como cualquier niña.

Los siguientes días resultaron un auténtico caos. Sabrina insistió en seguir haciéndose cargo de sus quehaceres cotidianos, además de dedicar un tiempo suplementario para atender a las fatigosas clases extra que le impartió su profesor. Este no solo le hizo repasar, hasta la extenuación, el modo de caminar, mover las manos, sonreír y hasta de pestañear ante los caballeros. A ella se la llevaban los demonios porque aquello venía a ser una especie de representación, en la que le tocaba el papel de muñeca de porcelana.

Y, para colmo, Julius se personaba cada dos por tres en el saloncito donde practicaban, atento a sus progresos. No tenía otro remedio que morderse la lengua y seguir las directrices del genovés.

—Esta tarde repasaremos distintos pasos de baile.

—Estoy cansada.

—Queda una semana para la fiesta, señora Klever, y con que domine esta disciplina estará lista.

—Estar invitada a ese acontecimiento no me obliga a tener que bailar.

Leone negó moviendo la cabeza a un lado y otro, se dio unos toquécitos en la pierna con el bastón que no soltaba nunca de su mano y afirmó con énfasis:

—Toda dama que se precie debe saber bailar. Milord, ¿nos haría el favor?

Leone se sentó al pianoforte y comenzó a tocar; Lancashire, dispuesto y encantado de cooperar, inició unos pasos y ella lo siguió lo mejor que pudo y supo durante cuatro piezas seguidas, hasta que se negó a continuar.

—Vale ya por hoy, por favor.

—Un poco más, Sabrina. Aún nos queda el vals —animó Julius.

Continuó como se le pedía, a fin de cuentas, había que hacerlo y, cuanto antes, mejor. Pero finalizada la jornada, tenía agujetas hasta en lugares de su cuerpo que desconocía que pudieran doler. Hizo una cena muy frugal, dejó que Lina se encargara de acostar a Charleen, y cayó en la cama rendida, censurando, mientras le abatía el sueño, a Virginia Fox por meterla en aquel lío.

Sheringham, entretanto, no había desaprovechado el tiempo: le habían dado un nombre y se encontraba frente al sujeto que podía ponerle sobre la pista que buscaba.

El despacho, en la primera planta de un edificio de tres, era pequeño, pero estaba pulcro. Al igual que el individuo que, sentado tras la mesa de escritorio, lo miraba con ojo crítico. El detective, un tal Evaristo Cook, de madre española y padre inglés, era alto, delgado, de mirada penetrante y piel cetrina. Antiguo miembro de los Bow Street Runners, cuerpo del que se dio de baja un año antes para poner en marcha su propio negocio, era, al parecer, el mejor en su trabajo, a criterio de quien se lo recomendó.

Cook pasó un dedo por encima de la libreta en la que había tomado nota solo de un nombre, sin desviar sus ojos de Ken. Luego, se retrepó en la silla y preguntó:

—¿Otra copa?

Sheringham asintió. Aquel sujeto podía no disponer de la mejor oficina, ni recibir en un área de las más recomendables, pero transmitía seguridad. Además, su brandy era de buena calidad y no le importó repetir.

—¿Cuándo cree que podríamos tener alguna información con base real?

—Bueno... Ahora no me es posible aceptar su encargo, tengo otro asunto en marcha y he de salir de Londres mañana mismo.

—El dinero no sería un problema. Le pagaría bien.

—Y yo le cobraría mejor, no le quepa duda. Pero ya le he expuesto mi situación actual. Si lo desea, puedo recomendarle a algún colega...

—Quiero que sea usted; lord Maine, personalmente, me sugirió su nombre.

—Agradézcaselo cuando le vea. Como le digo, tengo comprometidas las próximas fechas, siento no poder atenderle, salvo que no le importe a usted esperar a mi regreso.

—Me interesa solucionar esto cuanto antes. Si no hay otro remedio, yo mismo me encargaré de dar los primeros pasos.

—No se lo aconsejo. Un caballero como usted llamaría demasiado la atención en según qué zonas, milord.

—No se preocupe por eso, señor Cook, le aseguro que sé moverme por ese tipo de sitios.

—Le creo. Aun así, permítame que le haga una propuesta. ¿Qué le parecería si uno de mis

ocasionales colaboradores se pusiese manos a la obra y fuera metiendo las narices por ahí? Le evitaría a usted dar vueltas absurdas, seguro que tiene mejores cuestiones que atender que liarse a interrogar a borrachos o meretrices.

—De acuerdo. Pero al menor indicio fiable que se halle sobre Klever, quiero que se me comunique.

—Daré instrucciones para que, en cuanto sepan algo, le hagan llegar una nota con mi membrete —accedió.

Sheringham se lo pensó unos segundos más y luego asintió. A Cook no le faltaba razón: mejor un profesional, por mucho que a él no le fueran ajenos los lugares por donde se movería.

—No es que me haya proporcionado demasiados datos, milord. —Se quejó entonces el detective—. ¿No sabe qué edad tenía? ¿Alguna descripción que pueda servirnos?

—No.

—Supongo que se hace una idea de la cantidad de marineros que pululan por los muelles. Y hablamos de alguien que murió hace años.

—Habrán registros. Ese ayudante suyo sabrá indagar ¿no?

—Por supuesto, deberá empezar por ahí. Es posible que encuentre algo, pero también puede que no lo haga. Cada barco trabaja según las normas de su patrón, algunos faenan ilegalmente y buena parte de los hombres contratados desaparecen en cuanto regresan a puerto, a la búsqueda de otro barco. Gente que va y viene, muchos de ellos proscritos: hoy están aquí y mañana solo Dios sabe dónde. En ocasiones, no se les pregunta ni el nombre; en otras, embarcan con uno falso.

—Soy consciente de todo lo que me dice, señor Cook. Y de que no va a ser sencillo. Usted facilíteme un hilo del que tirar y déjeme el resto.

El detective dio vueltas a su copa entre los dedos.

—¿Por qué lo busca? No, no, no —cortó la negativa que nacía en labios del barón—. Los motivos me tienen sin cuidado. Pero cualquier detalle ayudaría, trabajamos casi a ciegas.

—Lo único que puedo decirle es que estuvo casado con una mujer en la que estoy interesado.

—¡Ah! Una mujer. Los hombres siempre tropezamos varias veces con la misma piedra, ¿no es cierto?

—La dama en cuestión no me afecta en el sentido que insinúa, es otro tipo de celo hacia ella el que me mueve.

La mirada con que Cook respondió a su última afirmación pretendió no ser incrédula, aunque no lo consiguió. Sheringham la interpretó como escéptica y no le gustó.

El detective le pasó papel y pluma y él anotó dónde contactarle: número 6 de Mount Row. Después, le firmó un pagaré por adelantado, cuya cifra creyó el antiguo policía más que suficiente. Esa era una de las causas por las que había dejado a los Bow: las elevadas retribuciones que percibía de sus clientes que, además, se lo recomendaban unos a otros. Aunque lo cierto era que existía otra razón más poderosa que el dinero: no verse obligado a acatar las órdenes del zoquete que fuera su superior.

Ken se recostó en el asiento del carruaje y suspiró.

Necesitaba relajarse, distracción, una noche como las de antaño, divertirse y no pensar, así que, le indicó al cochero la dirección de su apartamento, donde pretendía cambiarse de ropa.

Como siempre, Walter Tribby le recibió con un saludo militar.

—Buenas noches, mi teniente. ¿Cenará hoy en casa?

No demasiado alto, pero de anchos hombros y en buena forma, había sido sargento y ejercido de ayudante suyo en Leipzig, pasando a convertirse en su hombre de confianza una vez licenciados ambos. Un parche de cuero negro cubría el hueco que debiera haber ocupado su ojo derecho, arrebatado como consecuencia de una esquirla de metralla durante el último día de la contienda. Más de uno de sus conocidos le había dicho que no causaba buena impresión un criado tuerto, pero a Sheringham no le importaba la presencia del parche ni su manía de dirigirse a él como si continuaran en el ejército.

—No, señor Tribby, lo haré en el club. Prepáreme un baño, por favor, y olvídense de la ropa, ya la elijo yo mismo.

—Ahora mismo, mi teniente.

Ken se dirigió a las escaleras, advirtiéndole mientras subía:

—Es posible que uno de estos días llegue un sobre para mí, enviado por un tal Cook. No lo deje en la mesita de la entrada, sino en mi despacho.

Una hora más tarde, entraba en Almack's.

Nunca le agradó demasiado el ambiente de aquellos salones, convertidos desde hacía décadas en un mercado matrimonial donde las matronas llevaban a sus hijas, a la espera de poder canjear una sustanciosa dote por un título nobiliario, o viceversa. Por fortuna, a medida que las carcamales que fundaran el club iban pasando a mejor vida, otras damas no tan escrupulosas de las normas sociales fueron ocupando su lugar; en esos momentos, Almack's no era sino otro de los lugares al que acudir para bailar o perderse en las mesas de juego.

Podría haberse dirigido a Brooks's o a White's, pero allí, indefectiblemente, se encontraría con mayor número de conocidos potenciales, y no tenía ganas de charla. La conversación con Cook no le había dejado de buen humor, porque entró en el despacho convencido de que era el camino para desentrañar el pasado de Sabrina, y salió agobiado por la incertidumbre.

Si el detective conseguía hallar rastros que seguir, que le permitieran demostrar que ella era una farsante, que solo buscaba engatusar al viejo y beneficiarse de una parte de su dinero, ¿cómo se las iba a arreglar para poner al tanto a su abuelo sin que se llevara un soberano disgusto? Eso sin contar con otro factor, aún más inquietante: ¿tendría él las agallas suficientes como para desembarazarse, por muy embaucadora que fuera, de una mujer que se le estaba metiendo en la sangre?

El ambiente en los salones estaba bastante animado. Sonaban de fondo las notas de un vals. Él

se había marchado de Londres cuando esa danza procedente de Austria, escandalosa para las mentes femeninas que acudían entonces a Almack's, estaba prohibida. Dar más tarde el visto bueno fue cuestión de tiempo, lo que hizo que se pusiera de moda en todos los eventos sociales.

Se paseó por las distintas dependencias. Estaban en marcha partidas de *whist* y de dados; en una de las mesas jugaban al póquer, una distracción llegada desde el otro lado del Atlántico que estaba ganando adeptos.

Tomó una de las copas que llevaba en la bandeja uno de los camareros que iban y venían por el local.

—Le recomiendo el champán —escuchó una voz a su lado que le hizo volverse—, es excelente.

—¡Comodoro! —Extendió la mano para estrechar la otra que le tendían, a la vez que esbozaba una sonrisa—. No sabía que se encontraba en Londres.

—He decidido fijar mi residencia en la ciudad hace un par de meses. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos, muchacho?

—¿Dos años? Creo que la última vez que tomamos una copa juntos fue ante la huraña mirada de Wellington.

El sujeto se echó a reír de buena gana y le palmeó el hombro con fuerza.

Era un hombre alto, de rostro anguloso, abundante cabello negro con algunas canas en las sienes, y poblado bigote. Habían coincidido en varias ocasiones, con muy buena sintonía entre ambos. James Bellamy II siempre decía lo que quería decir sin andarse con medias palabras. Tal vez por eso el vicealmirante Charles Sterling, que fuera su superior, continuaba teniéndole en gran estima y le contaba entre sus escasos amigos.

—He oído decir que ha dejado el... servicio activo.

—Y yo pensaba que usted, comodoro, el espionaje. Digamos que he creído que ya era hora de no arriesgar más el pellejo.

Bellamy volvió a reír. A Ken le gustaba esa risa franca, potente, nada afectada. Era la de un hombre que se había hecho a sí mismo y tenía los pies en la tierra, a pesar de que su carrera militar estuvo siempre en el mar y unida a la Marina Real Británica. Por lo que él sabía, comenzó de simple grumete a los trece años, pero con unas dotes para la navegación que le permitieron alcanzar el puesto de contramaestre, convirtiéndose poco después en capitán. Los galones de comodoro los lucía desde hacía cuatro años y Sheringham no dudaba de que seguiría subiendo en el escalafón naval. No tenía familia y toda su vida la circunscribía a su carrera militar. De cara al exterior, era un tipo dichoso. Pero a Ken no podía engañarlo: se le había soltado la lengua una noche en que estaba melancólico, y él sabía que, bajo aquella fachada animosa, existía un pasado que le carcomía.

—Tendrá que saber disculparme: he dejado desatendida a una dama por acercarme a saludarle, vizconde. —Volvieron a estrecharse las manos, pero el comodoro notó que el joven se tensaba—. Lo siento, diría que continúa sin querer asumir ese título; he sido imprudente al imaginar lo contrario.

—No tiene importancia, señor.

—La tiene, claro que la tiene. Nunca se debe dar nada por sentado y yo, con más de medio siglo de vida a cuestas, ya debería haberlo aprendido. Permítame que le dé un consejo, dado que por edad podría ser su padre: un título no forja al hombre, sino que es el hombre el que hace que el título sea digno o despreciable. Usted lo ennoblecería.

Ken no dijo nada porque le era imposible razonar cada vez que escuchaba que lo llamaban vizconde, evocaba a su padre y se le revolvían las tripas. Era posible que, con el tiempo, acabara por asumir cuánto de verdad tenía el razonamiento de James Bellamy. Pero debería pasar mucho. Aún no estaba preparado para olvidar. Era incluso probable que nunca consiguiera hacerlo.

Se unió a una partida de cartas. E iba ganando hasta que pasó a su lado una dama de cabello oscuro que le hizo recordar el de Sabrina. Se distrajo, echó el naipe equivocado y perdió la mano. Y las dos siguientes, porque ya no consiguió que su imagen se le fuera de la cabeza.

Al perder la quinta mano seguida se disculpó y abandonó la mesa. Recogió capa y sombrero y, minutos después, salía del club. En la puerta, se paró un instante para saludar a dos caballeros conocidos, que le invitaron a quedarse un rato más. Rechazó la oferta con amabilidad y echó a andar calle abajo; la noche se le había torcido, de modo que tomaría un coche de punto, iría a su apartamento y trataría de leer un poco hasta que le venciera el sueño. O tal vez retase a Tribby a una partida de ajedrez, si aún estaba despierto.

Sin embargo, lo primero que vio al entrar fue la carta que descansaba en la bandeja plateada del mueble de la entrada. La abrió de inmediato al reconocer la letra de su abuelo, escupiendo una imprecación tras leerla.

El sábado estás invitado a una fiesta en casa de lady Romins. Ni se te ocurra faltar.

Julius

Maldito fuera si le apetecía asistir a un acontecimiento de tal índole donde, lo sabía con seguridad, lo iban a asaetear a preguntas sobre su dilatada ausencia. Pero no le quedaba más remedio que asistir; Virginia Fox no se merecía un desplante. Ni su abuelo que, a buen seguro, contaba con su presencia.

Lina acabó de arreglarle el cabello y entrelazó una cinta con diminutos cristales que asemejaban diamantes entre sus rizos oscuros.

—Listo. No es por alabarme, pero ha quedado ideal.

Sabrina se puso en pie y dio un vistazo a la imagen que se reflejaba en el espejo de cuerpo entero. No era ella. La criada había disfrutado de lo lindo ayudando a que se vistiera, empezando por una camisola de lino, de tacto suave, para evitar que el dichoso corsé con el que estrechar su cintura y elevar los pechos le rozara la piel. Llevaba tres enaguas, pero eso lo agradecía porque evitaban que la tela del vestido se adhiriera más de lo prudente a sus caderas.

Las medias, de seda, eran una delicia y se ataban por encima de las rodillas con unas preciosas ligas bordadas con diminutas florecillas rosas. Muy bonitas, pero eran una completa banalidad para ella, acostumbrada a usarlas de algodón y sin adornos.

El escote seguía pareciéndole demasiado bajo. Su gesto de disgusto hizo sonreír a Lina.

—Deje de fruncir el ceño, le queda espectacular.

—Me van a ver hasta el ombligo —rezongó ella.

La muchacha se dio la vuelta sin dejar de reír para acercarle los pendientes: unos sencillos aretes de oro que fueron de su madre y que nunca quiso vender, a pesar de los horribles momentos por los que atravesó, y que hasta entonces no había tenido ocasión de lucir.

Se paseó ante el espejo y volvió a decirse que no debería haber dejado que la convencieran para asistir a la fiesta. ¿Qué iba a hacer ella en medio de los invitados de lady Romins? Sin duda, destacaría como un pollino entre faisanes. Porque una cosa era ir a una velada amistosa e informal en casa de la viuda, y otra formar parte de un festejo de altos vuelos.

Eso, sin contar con el tembleque que le entraba con solo pensar que Sheringham estaría también allí.

—No se olvide los guantes, señora Klever. —Se le adelantó Lina, entregándoselos.

De la misma tela que el vestido, le cubrían hasta por encima de los codos. Aceptó luego la capa que le tendía la muchacha, se la puso y comentó:

—Si no estuviera fuera de lugar me quedaría con ella toda la noche.

Lina se acercó a ella y le dio un suave empujoncito para animarla a salir del cuarto.

—Ande, que está usted espléndida. Va a enamorar a más de un caballero, hágame caso.

No muy convencida, bajó las escaleras con cuidado de no tropezarse con el ruedo del vestido. Se sentía como una princesa, sí, pero el corazón le latía con tanta fuerza que pensó que se le saldría del pecho. A llegar al piso inferior, temblaba.

Colin, a quien no había vuelto a ver desde que pusiera fin a la excursión apenas sin explicaciones, se adelantó a su tío en cuanto apareció, le ofreció el brazo con galantería y ella lo aceptó porque se encontraba tan insegura que las piernas no le sujetaban.

—Preciosa —alabó Sayer.

—Un auténtico sueño el peinado, sí señora —apostilló Julius, mirándola de arriba abajo—. Estoy deseando ver cómo te queda el vestido.

Sabrina agradeció los cumplidos con una inclinación de cabeza.

—Gracias. Pero me veo a mí misma rara, como si fuera otra.

—¡Tonterías! —zanjó el conde, mostrándose satisfecho y ufano; a fin de cuentas, había sido él quien cooperara para convertir a la muchacha en una maravillosa dama a la que todos admirarían esa noche.

Durante el corto trayecto en el carruaje, Sabrina intentó memorizar las recomendaciones de su profesor, temerosa de cometer algún error y quedar en ridículo. Peor aún: dejaría en entredicho a Julius. Eso era lo que más le preocupaba.

Romins Manor relucía un poco más a medida que se acercaban. Algunos carruajes se encontraban ya estacionados cuando ellos se apearon. Se habían dispuesto hileras de quinqués bordeando ambos lados del paseo a lo largo del recorrido que llegaba hasta la puerta, en la que un lacayo se hizo cargo de las capas, los sombreros de los caballeros y los bastones. Julius sonrió al ver el atuendo de la muchacha y Sayer se quedó alelado.

Apenas pisar el salón, Virginia Fox en persona salió a su encuentro. Estaba radiante vestida de terciopelo azul marino, con diminutos cristales cosidos al ruedo y aguamarinas sujetando su cabello. Parecía más joven que nunca, sin rastro alguno de su pasada dolencia.

—Bienvenidos.

—No sé cómo agradecerle su deferencia.

—¡Santo Dios, niña, estás deslumbrante! —exclamó la anfitriona—. Me alegra tenerte aquí. Igual te digo, Colin.

—Es un placer haber recibido su invitación, milady —repuso él.

La expresión risueña de la dama añadió un plus de confianza a Sabrina e hizo erguirse orgulloso a Julius.

—Sois muy amable, milady.

—¿Ahora soy milady? Esto —hizo un gesto con la mano para señalar el salón—, es algo más aparatoso que nuestras habituales reuniones, pero yo sigo siendo Virginia, que no se te olvide. ¿Tu nieto, Lancashire? No me irás a decir que no va a venir.

—Lo hará, o eso espero.

—Más le vale. —Elevó sus bien perfiladas cejas, fijándose con más detenimiento en él—.

Sigues siendo atractivo cuando te vistes de gala, tunante.

—Prefiero reservarme el cumplido hacia ti, Virginia; si no recuerdo mal, la última vez que te obsequié con un requiebro, creíste que me burlaba y casi me echas de tu casa.

El jocosos comentario fue acogido por la risa chispeante de la viuda.

—Esta noche hasta puedo permitirte que me halagues. Pero pasad, ya van llegando casi todos —apremió, tomándose del brazo de su vecino y antiguo amigo, dejando que la pareja de jóvenes los siguiera—. No te imaginas quién ha aceptado mi invitación, Julius.

—Sorpréndeme.

—El vicealmirante Sterling —le confió ella en un susurro.

—Me alegra saber que te sigues saltando las normas.

—Las habladurías me importan un bledo, lo sabes. Mi casa está abierta siempre a hombres como él: un valiente al que se le entregaron las llaves de la ciudad no puede ser un paria, por mucho que le critiquen sus detractores.

—Puede que más de uno de los presentes no lo vea así. Recuerda que se enfrentó a cargos por aceptar sobornos para proteger a buques extranjeros.

—Una completa necedad, según mi criterio. El comisario Wolley de Jamaica, de quien partió la acusación, debe de ser un zoquete y un cretino.

Julius asintió porque estaba de acuerdo con ella. Virginia Fox era conocida en Londres por no dejarse llevar por los cotilleos y nadar contra corriente. Le costaba confiar en el primero que conocía, pero cuando una persona tenía su favor, gozaba de él por completo. Con mayor razón aquel marino, Charles Sterling, que había arriesgado la vida por su hijo, aunque el joven muriera al final a consecuencia de las heridas que sufrió. Él sabía que aún lloraba al muchacho, pero Virginia era de esas personas que pensaban que la vida debía continuar, por muy duro y pedregoso que fuera el camino.

El salón principal estaba a rebosar de gente que charlaba y conversaba en distintos corrillos. Sabrina reconoció a algunas de las damas que solían acudir a las veladas de lady Romins, a las que saludó con una inclinación de cabeza, siendo correspondida por ellas de igual modo. Todos y cada uno de los asistentes esa noche a la fiesta lucían sus mejores galas y ella agradeció íntimamente no ser menos, por mucho que por momentos se preguntara si no se encontraba fuera de lugar.

Virginia aprovechó que Colin se disculpaba por dejar su compañía y Julius se paraba a saludar a unos conocidos, para ponerse junto a la joven e irle presentando a algunos de sus invitados: el duque de Warlington y su esposa, los condes de Raconshire y Wellton, vizcondes y algunas personalidades... Sabrina, nerviosa pero sin perder el control, olvidaba los nombres tan pronto lady Romins le ponía delante a otro personaje pero, gracias a Dios, su profesor había incidido hasta el cansancio en cómo debía saludar a cada uno de ellos, dependiendo de su título.

—Y este es el vicealmirante Sterling —presentó por fin al hombre del que Julius y ella cuchichearan—. Charles, quiero que conozcas a la señora Klever, ya te he hablado de ella.

Querida, perdóname, he de atender a otros invitados, pero te dejo en buenas manos.

Aquel caballero de cara redonda y ojos profundos agradó a Sabrina de inmediato. Tendió su mano y él, tomándola, se inclinó hasta casi rozar los nudillos con sus labios.

—Lady Romins la tiene en gran estima, señora. Por mi parte, es un placer conocerla.

—El placer es mío, señor. Yo sí que he oído hablar de usted a lord Lancashire, siempre en términos elogiosos.

—El bueno de Julius. Hace algún tiempo que no lo veo, espero que podamos hablar más tarde. Ahora, antes de que la secuestre una jauría de jóvenes apuestos, lo que importa es que usted, señora, me conceda un baile.

—Si no teme por sus pies...

Sterling sonrió de tal modo que la deslumbró.

—Lancashire es un hombre de suerte, muy pocos pueden presumir de una pupila tan encantadora. En cuanto a su comentario de mis pies: por bailar con usted estoy dispuesto a sacrificar los dos. —Lisonjeó cerca de su oído.

Ella no reprimió la mejor de sus sonrisas y le obsequió con una mirada seductora.

A cierta distancia de ellos, Colin, que no había perdido a Sabrina de vista, agrió el gesto. No tuvo más remedio que acercarse a saludar a un caballero del que era deudor, por mucho que se hubiera propuesto mantenerse cerca de la joven, a la que esa noche encontraba fascinante. No sería ningún sacrificio llevar a cabo su plan, todo lo contrario, iba a resultar muy grato. Desde que se adelantara al grupo para regresar a Londres, no dejó de planear los pasos a dar si quería obtener los réditos esperados. Conocía el legado que recibiría a la muerte de su tío. No era suficiente. Una vez liquidadas sus numerosas deudas, que el viejo desconocía, apenas le quedaría dinero. Incluso cabía la posibilidad, si él se enteraba de la cuantía de la suma, que acabara por desheredarlo. Reconocía haber sido un insensato en aquella maldita partida en un club clandestino, donde arriesgó mucho, excediendo lo razonable, obcecado con la mano que le habían servido, tan convencido de ganar que apostó como un imbécil lo que tenía y más. Y perdió. Como consecuencia, estaba con el agua al cuello. Solo le quedaba confiar en que lord Britton esperara a cobrar la deuda.

De haberle salido bien la jugada en Dover, no estaría en situación tan desesperada. El inútil a quien contrató para que acabara con Ken fracasó, y su primo seguía vivo y coleando. Debía dejar correr el tiempo. Era peligroso que sufriera un nuevo atentado porque, a bote pronto, no había duda de que las sospechas recaerían sobre él como beneficiario directo de la herencia del conde. Por lo tanto, su única vía de salida a su crítica situación pasaba por Sabrina. Ella y la pequeña Charleen serían el complemento ideal porque también iban a recibir un montante nada despreciable de la fortuna. Si conseguía seducirla y casarse con ella, ganaría tiempo. A Britton no le importaría aguardar un poco más para que hiciera efectivo el pagaré.

Pero ¿cómo ganarse a Sabrina? No lo sabía. Solo tenía la certeza de que habría de conquistarla por las buenas o por las malas.

Sabrina bailó en primer lugar con Julius, puesto que era su acompañante oficial. Luego lo hizo con Colin, que esa noche se mostraba simpático, atento y servicial como nunca antes, y después la pieza prometida al vicealmirante Sterling. Al acabar esta, cuando se encaminaban ambos a tomar una bebida, se les acercó un hombre alto de cabello oscuro, recio cuerpo y tupido bigote.

—Sería un honor que me presentara, señor —pidió al marino.

Charles Sterling hizo las veces, aunque la interrupción de su camarada y amigo le iba a privar de la compañía de la dama.

—La señora Klever, amiga personal de lady Romins y pupila de lord Lancashire; el comodoro James Bellamy.

—Un placer. —Sonrió ella.

Bellamy tardó unos segundos en tomar la mano que le ofrecía porque se perdió en el brillo de sus ojos. Dándose cuenta del lapsus se apresuró a enmendar su yerro.

—Discúlpeme, señora; por un instante, me ha recordado usted a otra persona.

—No tiene que justificarse, señor.

—¿Puedo aspirar a que me conceda un baile, señora Klever?

—Estaré encantada, por supuesto.

—No quisiera, en ningún caso, haber interrumpido...

—En absoluto, íbamos a por una copa. Acompáñenos y compartamos una de champán, Bellamy —animó el vicealmirante—. Luego, prometo dejarle a la señora Klever en exclusiva.

Sabrina no pudo evitar sentirse halagada; no estaba acostumbrada a que dos caballeros le prestaran su completa atención. Tomaron una copa, charlaron unos minutos y ella comenzó a encontrarse integrada en la fiesta.

James Bellamy era un hombre agradable, de verbo fácil y ademanes elegantes, que enseguida conectó con ella. Sin embargo, la joven se sentía algo intranquila a su lado, como si un sexto sentido le advirtiese de que aquel individuo podía traerle problemas. Desechó tan tonto pensamiento, que achacó a su nerviosismo por la fiesta.

—Así que es usted amiga de lady Romins —comentó él, una vez en la pista, haciéndola girar con tanta maestría que apenas se detectaba su escasa costumbre de bailar.

—Me hace ese honor, es una mujer extraordinaria.

—La conocí hace años en Chester, durante un viaje que realizó en vida de su esposo. Hasta hace un par de meses, y cuando no estaba en alta mar, yo vivía allí. ¿Ha estado usted en Chester, señora Klever?

—No he podido viajar mucho —contestó con la voz un poco ahogada al escuchar el nombre de la ciudad.

—Le gustaría. Tiene una catedral espléndida y una gastronomía que merece la pena probar. Allí encontré el verdadero amor... —Guardó un repentino silencio y el destello de emoción que Sabrina viera en sus ojos durante un segundo se esfumó como si nunca hubiera existido—. Perdone, soy un nostálgico, no creo que deba aburrirle con mi vida sentimental. Tal vez si hablamos de... —No supo qué tema elegir.

—¿... pintura, por ejemplo? —finalizó ella la frase al ver que dudaba, deseando dirigir la conversación a otros temas; recordó que su profesor le había comentado que era elegante intercambiar opiniones sobre las obras de los grandes maestros.

—Sí a usted le agrada, sin duda alguna.

—¿Ha visitado ya la galería de cuadros de lady Romins, comodoro? Según dicen, son magníficos.

—¿Según dicen?

—Sí, porque he de confesarle que a mí me puede o no gustar un cuadro, pero no entiendo nada de pintura.

—Entonces ya somos dos —apostilló él.

Rompieron a reír ambos, pero a Sabrina se le evaporó el encanto de repente al distinguir, en uno de los giros, a la figura que, con una copa en la mano, seguía sus movimientos sin apartar la vista de ella.

Cuando el personaje en cuestión comenzó a acortar distancias, nada más acabar la danza, se le estropeó la noche por entero.

—Comodoro —saludó Ken.

—Sheringham. O no nos vemos en años, o me lo encuentro a cada paso. Con franqueza, hubiera preferido que no fuera ahora —respondió, advirtiendo la intensidad con que el joven miraba a la muchacha.

—La suerte no siempre nos acompaña, señor. ¿Me permite robarle a la dama por unos minutos?

Bellamy inclinó la cabeza y le dejó el campo libre, así lo exigía la educación y el protocolo. En todo caso, contempló a Sabrina mientras se alejaba, con una sensación de desasosiego e incertidumbre. Ella le recordaba tanto a otra mujer...

Sin intención alguna de sacarla a bailar al iniciarse la siguiente pieza, Ken tomó a Sabrina del codo y la instó a que le acompañara al jardín, adonde salían a hacer un alto otras parejas, si bien entonces parecía vacío.

—Tenemos que hablar —dijo él, sin más.

—Hace fresco aquí y creo que mi postura quedó bastante clara la última vez que nos vimos.

—Cristalina. Pero quiero disculparme y no estoy dispuesto a ir detrás de usted como un perro faldero, a la espera de que baile con la abundante cantidad de botarates que se lo pidan. Así que escuche: lamento mi comportamiento vulgar y desatinado. Nunca debí haberle hecho tan burda proposición. Solo puedo alegar como eximente la dosis de alcohol consumido —confesó de un tirón, muy serio y envarado.

—Estaba bebido, de eso no cabe duda —corroboró ella.

Recolocó sus guantes, disimulando así la satisfacción que le producía ver a Sheringham excusarse. Aunque lo hubiera hecho de rodillas, no sería suficiente. Aún le dolían sus palabras proponiéndole que cambiara a un amante por otro. ¡Que dejara a Julius por él! ¡Imbécil! Podría haberle perdonado el insulto si solo la hubiera ultrajado, pero agraviar al conde de ese modo y viniendo de su propio nieto era demasiado ruin como para hacer borrón y cuenta nueva. ¡Que sudara tinta! Que probablemente ya lo estaba haciendo porque no se le daba bien pedir perdón. No le facilitaría las cosas de ninguna manera, ya era hora de que alguien hiciera que el barón de Sheringham se tragara su orgullo y su arrogancia.

—Aunque, a decir verdad, creo que la culpa fue suya.

Con el estupor reflejado en la cara, le replicó:

—¿Qué? ¿Se atreve a decir que la culpa fue mía?

—Sí. Fue la causante de que bebiera esa noche.

—Así que fui la causante...

—Me confunde. No sé qué pensar de usted.

—¿No sabe qué pensar de mí?

—No. No lo sé. ¿Por qué se escuda en ese perfil tan puritano si ambos sabemos que detrás de esa máscara late el corazón de una mujer ardiente? ¿Por qué se empeña en jugar a ser criada si sabe bien que no lo es? ¿Por qué no aprovecha las ventajas con que le favorece mi abuelo? Eso no es propio en cualquier otra mujer.

—Demasiadas preguntas que resumiré en una sola respuesta: yo no soy «cualquier otra mujer», milord.

—Usted me desconcierta por completo.

—Le desconcierto, ¿eh?

—¡Por todos los demonios, deje de repetir todo lo que yo digo! ¡Hablo con usted, no con un condenado papagayo!

A Sabrina le entró la risa de suficiencia, lo que provocó que Sheringham frunciera aún más el ceño.

—Le pediré al *signore* Leone que le reserve algunas clases.

—¿Quién diablos es Leone?

—Mí profesor. Por suerte para él, aún no se han cruzado.

—¿Qué bobada es esa? No necesito un maldito profesor.

—Yo creo que sí. Le enseñaría, de entrada, lo poco elegante que es jurar ante una mujer. Y lo

que es más importante: cómo pedir excusas sin acabar insultando a quien debe dispensarlo de su falta.

Ken no tuvo duda de que iba de mal en peor. Ella no solo tenía razón, sino que, además, se lo restregaba con sutileza.

—Lo lamento. No pretendía... Lo he dicho... ¡Por Dios, hablar contigo es imposible, Sabrina!

—Igual de ilusorio que hacerlo con usted sin discutir. Por eso voy a regresar al salón, milord.

No llegó a alejarse ni un solo paso antes de que él sujetara su muñeca y la hiciera volverse, encarándose a ella, apenas a unos pocos centímetros. Sabrina olía a primavera y lavanda, y Ken fue consciente de que la proximidad de ese cuerpo representaba un estímulo que nunca antes vivió con ninguna otra mujer.

Se miraron como lo hicieran dos gallos de pelea.

Sheringham evocaba cuán bella la encontró al entrar, cómo le llamó la atención la exquisita silueta de una mujer que saludaba al duque de Warlington y a su encantadora esposa, lo que le hizo pensar que la noche podía resultar entretenida. Sin embargo, cuando ella se dio la vuelta y le desveló que se trataba de Sabrina, se quedó sin aliento. Ni en sus mejores sueños se la hubiera imaginado tan bonita y escultural. No había podido quitarle los ojos de encima desde ese momento, menesteroso en la distancia de las sonrisas que ella prodigaba a los hombres que la miraban embobados. Quizá a consecuencia del vestido que lucía.

—¡Condenada modista! Debió haberte confeccionado un hábito de monja de clausura — masculló, reaccionando al ardor con que su cuerpo atendía a la exhibición de los senos que casi escapaban de su escote.

—No acabo de entender lo que dice...

—Digo, que esta noche estás muy lejos del ama de llaves que pretendes aparentar. Por si no te has dado cuenta, no hay hombre que no te esté comiendo con los ojos.

Sabrina se tensó. No supo si tomar el comentario como una ofensa o como un halago. Hasta que captó la mirada masculina clavada en un lugar muy concreto de su anatomía.

—*Il bue dice cornuto all'asino.*[2]

—¿Perdón?

—Olvídelo. Pensaba en voz alta. —Le obligó a que la soltara y, antes de que pudiera retenerla de nuevo, se alejó con un revuelo de faldas.

Él se quedó parado, sin saber si ir detrás o blasfemar por no lograr retenerla. ¿Estaba delirando o Sabrina contoneaba las caderas como nunca antes la había visto hacerlo?

«¡Qué maravilla y qué perdición! ¡Vas a acabar con mi salud mental!»

No podía quedarse allí, sabiendo que bailarían con unos y otros, inclinado a arrebatársela a todos para ser el único que la tomara en sus brazos. A eso se lo llamaba celos. Ni los comprendía ni los admitía, pero ahí estaban, acechándole. Renegaba de la atracción que ejercía Sabrina sobre él, pero nada podía hacer por evitarlo. Lo irritaba, lo desquiciaba y la deseaba a partes iguales. Si estaba pendiente de ella terminaría por quedar en evidencia, así que pasó un tiempo prudente

deambulando y, en cuanto la etiqueta se lo permitió, agradeció la invitación a lady Romins y se marchó.

Cuando llegaba a Mount Row, ya amanecía.

Días después, Ken ocupaba su tiempo leyendo cuando fue interrumpido por Tribby, quien le hizo entrega del sobre que acababan de dejar para él. La mención de Cook en el membrete le llevó a rasgarlo de inmediato y a leer la escueta nota.

Pregunte por Liam Connolly en la taberna El Arpón, en Dock Road.

—Voy a salir —dijo, levantándose y tirando la nota sobre la mesa.

El sargento conocía aquel impulso resuelto, de modo que se hizo a un lado para dejarle pasar y preguntó:

—¿Atuendo informal, mi teniente?

Sheringham miró unos segundos a la cara de aquel hombre que casi siempre intuía lo que necesitaba.

—Atuendo informal —confirmó.

Tribby fue tras él escaleras arriba, se adelantó para abrirle la puerta de la habitación y, mientras Ken se quitaba la ropa, quiso saber:

—¿Debo estar al tanto del lugar adonde va, mi teniente?

—A una taberna cerca del puerto.

—¿Necesitará mi compañía?

—No será necesario.

—Entiendo que no cenará en casa —farfulló decepcionado en tanto revisaba el armario.

—Tíenteme para que regrese pronto. ¿Qué tiene preparado?

—Carne mechada con verduras y *syllabub*.^[3]

—Mantenga caliente la carne y que quede algo de postre. —Se animó ante la perspectiva de un bocado que le apetecía.

Tribby eligió un traje oscuro y una capa, ni sombrero ni bastón, y estiró las prendas sobre la cama. Salió del cuarto no sin antes recomendar:

—Mire siempre a su espalda, mi teniente.

El Arpón era una de tantas cantinas de ambiente bullicioso en las que se servía mala comida y peor bebida. Hacía muchos años que no pasaba por allí, asombrándose de que sus paredes se

mantuvieran en pie, dada la decrepitud del edificio en el que se ubicaba, que parecía a punto de derrumbarse. Una mezcla variopinta de personas de toda condición constituía la clientela: comerciantes, marinos, caballeros y mujeres de vida licenciosa. Las partidas que continuaban jugándose en la parte trasera de la taberna seguían siendo tan atractivas que a nadie le importaba quién era su compañero de al lado.

Echó un vistazo en derredor e interceptó a quien creyó podría ser el dueño del local, que pasaba próximo a él cargando una bandeja llena de jarras de cerveza vacías.

—Busco a Liam Connolly. ¿Le conoce?

El fulano lo miró de arriba abajo y se encogió de hombros.

—¿Pa' qué lo busca?

—Eso es asunto mío.

—Entonces, *pué* que no haya venido esta noche.

Sheringham suspiró. No, nada había cambiado en el establecimiento, aunque el dueño fuera otro. Echó mano a la bolsa de dinero y sacó un par de monedas que dejó sobre la bandeja.

—¿Está aquí o no?

El tabernero sonrió mostrando una encía casi desdentada y señaló una mesa al fondo del local, en donde un individuo de aspecto rudo, tocado por una desgastada chaqueta y gorra de marinero, sobaba el muslo de una muchacha sentada en sus rodillas.

Ken fue hacia él, le puso otra moneda a la chica en la mano e hizo que se levantara.

—Déjanos solos.

—¡Oiga! —Se envalentonó el otro—. ¡Pero qué demonios...!

El barón apoyó ambas manos en la mugrienta mesa, acercó su cara a la del marinero y preguntó:

—¿Quiere ganarse una corona, amigo?

La actitud de su interlocutor varió por completo. Ya no importaba que se hubiera volatilizado la chica que tenía para sí. Al contrario, vació el contenido de su vaso y sirvió el escaso dedo de ron oscuro que quedaba en la botella, poniéndolo al otro lado de la mesa.

—Siéntese y beba, jefe —invitó—; por esa pasta estoy dispuesto a matar a mi vieja.

Al otro lado del local, un asiduo parroquiano descubrió la presencia de Ken, justo cuando iba a repartir cartas. Se le agrió el gesto, intercambió unas palabras con sus compañeros de partida y exigió al dueño del local que les proporcionara uno de los apartados. La fatalidad o la suerte hizo que los acomodaran al otro lado del bastidor donde se encontraba Sheringham.

Ajeno a la presencia de ese hombre Ken tomó asiento, pero desestimó la bebida, que empujó hacia su interlocutor.

—¿Se llama usted Connolly?

—Liam Connolly, en efecto, jefe; *pa* servir a Dios y a *usté*.

—Dígame: ¿conoció usted a Jonathan Klever?

El tipo se quitó la gorra, se rascó la cabeza y volvió a encasquetársela.

—El hombre que me pagó dos chelines me preguntó lo mismo.

—¿Lo conoció o no?

—Le responderé de la misma manera que al otro: no sé de ningún marinero llamado Jonathan Klever. Me gustaría ganarme esa corona, pero no quisiera acabar en un callejón con un cuchillo en las tripas por engañarlo.

Sheringham encajó las mandíbulas. Acababa de perder la noche, regresaría a casa oliendo a cerveza barata sin que la concisa nota de Cook hubiera hecho más que alentar una esperanza frustrada. Fue a levantarse, pero la mano del otro sujetó su muñeca.

—A la que sí conocí fue a la señora Klever.

Ken tomó asiento de nuevo, esta vez con sumo interés.

«¡Vaya, vaya! ¡Ya se van aclarando las cosas! Sabrina se ganaba la vida en estos tugurios. A eso debió de referirse al decirme que no siempre había vivido en Traveron House», pensó, con un nudo en la garganta al imaginársela vendiendo sus favores a fulanos como el que tenía frente a sí.

—¿Eso es todo? Hable.

—¿Pedimos otra botella de ron... a su cuenta, jefe?

Asintió Sheringham y el marinero hizo señas al tabernero, esperó a que trajeran su pedido, llenó el vaso hasta el borde y se lo bebió de un trago.

—Era una dama.

—¿Cómo dice? Explíquese.

—Una dama —repitió, volviendo a llenar el vaso—. De su clase, no de la mía, *usté* me entiende. Guapa, con el cabello dorado y unos preciosos ojos azules.

Ken no entendía nada, estaba absolutamente confundido.

—¿Rubia y de ojos azules?

—Como el mismísimo mar —asintió Connolly con vehemencia, pasando el alcohol por el gaznate.

—Creo que hablamos de otra persona.

—Ha preguntado por Klever, ¿no? Ella se llamaba Klever; una viuda a la que más de una mujer de este barrio recordará con cariño. Fue una pena que la diñase en ese puto incendio.

—¿Qué incendio? —interrogó, cada vez más convencido de que la mujer de la que hablaba aquel individuo no tenía nada que ver con la que le interesaba.

—Fue hace años; unos diez, más o menos. La casa ardió por los cuatro *costaos* y más de uno dijo que el fuego fue intencionado. Envidias, ya se imaginará, patrón. Envidias de unas cuantas zorras que la querían mal. Pero nunca se supo si fue verdad porque, que se sepa, no trincaron a nadie. —Miró hacia la botella y rellenó su vaso.

—Continúe.

—Una dama —repitió con voz gangosa por el ron—. Sí señor, una dama de los pies a la cabeza.

—Eso ya me lo ha dicho.

—¿De veras? —Bizqueó y eructó—. Bueno, pues eso, que pocas mujeres hubieran *perdío* su

tiempo con la escoria de este barrio. Pero ella era distinta, se lo digo yo. Un ángel. Un verdadero ángel.

Sheringham se removió en el banco. Empezaba a cansarse de tanta palabrería que no le llevaba a ninguna parte.

—Dígame algo que no me haya dicho ya si quiere ganarse esa corona —advirtió.

—*Vaaaaaaaaaale*, jefe. —Hipó un par de veces, apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia él echándole el aliento—. Venía una vez por semana y enseñaba las letras y los números a nuestras parientas. Aquí mismo. El antiguo dueño de la taberna le alquilaba la despensa cada viernes. ¡Vaya si tenía redaños la señora! Más que muchos de los que se las dan de hombres en este tugurio.

—Así que la señora Klever les daba clases...

—¡A mí, no! —Se irguió como si le hubiera ofendido—. *¿P'qué* quiere un pescador saber leer o escribir? Necesita que piquen los peces, eso es lo que necesita. A sus clases solo iban un par de tipos, el resto eran mujeres. La mía sabe hacer cuatro garabatos gracias a ella.

A Ken no le cuadraba nada. ¿Quién demonios era aquella mujer? Si había fallecido en el incendio que mencionaba, no podía ser Sabrina. Tampoco la edad coincidía. Debía de tratarse de un malentendido y lamentaba estar perdiendo el tiempo porque la historia de aquella señora Klever no le interesaba en absoluto.

Pero Connolly siguió hablando, y lo que dijo a continuación le alertó.

—Una vez trajo a su hija.

—¿Su hija? ¿Cómo era?

—Solo la vi una vez.

—Vale, una vez. ¿Y cómo era? —preguntó de nuevo, con un tono de voz intempestivo.

A esas alturas, vaso va y vaso viene, la botella de ron estaba casi vacía y el tal Connolly balbuceaba más que hablaba. El fulano no bebía, abrevaba. Ken, con el corazón latiéndole ya a inusitada velocidad debido a un presentimiento, trató de sonsacarle al máximo antes de que estuviera borracho del todo.

—Iba cubierta por una capa, aunque yo pude verle bien los ojos; unos ojos preciosos, de un extraño color.

Tras decirlo, apoyó los brazos cruzados sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre ellos. Sheringham le agarró de las solapas de la chaqueta y le sentó derecho.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a esa niña? —No respondía y tuvo que zarandearlo sin contemplaciones—. ¿Dónde?

—¡Y yo qué sé! —Trató de quitárselo de encima, medio adormilado—. Lo único que puedo decirle es que la madre hizo buenas migas con la hembra de Jack Neeson; tenía una posada con taberna cerca de la calle Fleet a la que acudían señoritingos de mierda como *usté*.

Ken tragó saliva. Sabía a qué garito se refería: uno en concreto en el que se reunía con algunos de sus amigos, antes de alistarse para ir a la guerra. El mismo al que él acudió a su regreso para

interesarse por una muchacha de ojos color violeta.

—Ese establecimiento ya no existe.

—Sí. Tuvo que cerrarlo poco después de palmar su mujer. —Se recostó en la pared de madera y cerró los ojos. Ken volvió a sacudirlo—. Se compró una vivienda en el número 2 de Cock Lane y se dedicó al contrabando. Si aún no lo han matado, allí lo encontrará.

Sheringham se levantó, dejó unas monedas sobre la mesa para pagar el ron y colocó frente a la cara de Connolly la corona prometida. Casi antes de soltarla, el borracho la atrapó y se la guardó en los calzones.

—Es *usté* un tío cojonudo, patrón —aduló antes de escurrirse del asiento para quedarse como un tronco debajo de la mesa.

Al abandonar El Arpón lloviznaba. Conocedor de ese tipo de entornos, aceleró el paso caminando por el medio de la calle, alejado de las entradas de las casas y de los soportales, para no facilitar las cosas a cualquier eventual amigo de lo ajeno o para no darse de frente con una meretriz y su cliente en plena actividad. Londres, de noche, como cualquier otra gran ciudad, rebosaba de actividad: le llegaron olores provenientes de tabernas o cocinas, lejanos cánticos de voces tal vez embriagadas, risas estridentes o apagadas, insultos... Por fortuna, no tardó en encontrar un carruaje.

Al bajar del coche trató de hacerse una idea del vecindario: no demasiado próspero, de casas modestas, apenas sin viandantes debido a la lluvia. Se ajustó más la capa y buscó el número de la casa de Jack Neeson. No se veía ni una luz y temió no encontrarle dentro, pero, tras golpear un par de veces la aldaba de la puerta, oyó que descorrían un pestillo del otro lado. Se encontró entonces, frente a frente, con un hombre al que apenas reconoció. Seguía teniendo la misma cabellera pelirroja y enmarañada, pero las entradas en su frente eran muy pronunciadas y sus ojos, en otro tiempo vivarachos, estaban apagados, casi desaparecidos bajo unos párpados hinchados. El paso de los años no lo había tratado demasiado bien.

—¿Quién va? —Elevó un poco el candil que portaba en una mano, para situar al intruso en el campo de luz.

—Señor Neeson, ¿puede concederme unos minutos?

—¿Quién es? ¿Le conozco?

—No lo creo —mintió Sheringham.

—¿Qué es lo que quiere?

—Busco algunas respuestas y pago bien.

—Respuestas, ¿eh? ¿Acerca de qué?

—De alguien que, según se me han dicho, conoció hace años.

El viejo le echó un amplio vistazo, sin decidirse a abrir del todo la puerta.

—¿Cómo de bien está dispuesto a pagar, joven?

—La temperatura no invita a estar de charla en la calle, señor Neeson. ¿Qué tal si lo hacemos dentro? Le aseguro que no se arrepentirá, si la información es valiosa.

El antiguo tabernero se encogió de hombros y se metió dentro de la casa, sin preocuparse de si

el visitante entraba o no. Ken cerró la puerta y siguió los pasos inseguros del otro hasta un cochambroso cuarto que debía de hacer las veces de cocina, salón y dormitorio. Los postigos de las dos únicas ventanas existentes estaban cerrados a cal y canto y el aire viciado, junto al olor del guiso que se calentaba en el fuego, le hizo arrugar la nariz. Tomó asiento Sheringham, sin estar seguro del todo de si la silla que le ofreciera su anfitrión resistiría su peso, en tanto este azuzaba el fuego.

—Dispare, muchacho —invitó el vejete al sentarse.

—Intento averiguar cuanto me sea posible a propósito de una mujer que fue amiga de su querida esposa.

—Entonces ha venido al lugar equivocado. —Se echó a reír ante la cara de circunstancias de Sheringham—. Cadence podía ser cualquier cosa menos esposa «querida». Más bien fue como un jodido grano en el culo. Si me casé con ella fue porque su padre ponía el dinero y me solucionaba la vida al abrir la posada. Bueno, por eso y porque, no voy a negarlo, durante un tiempo no fue mala en la cama.

—¿Qué me puede decir de la señora Klever? ¿La recuerda?

Neeson achicó tanto los ojos que casi desaparecieron detrás de los párpados abotargados. Luego, sin más, asestó tal puñetazo en la mesa que hizo bailotear el vaso que había en ella.

—¡No voy a recordar a esa zorra de Peace Klever! —exclamó—. Ella fue quien llenó de ideas estúpidas la cabeza de mi mujer. Fue como la peste.

—¿Por qué?

—Porque hasta que ella apareció, Cadence tenía la misma idea de hacer números que yo de hacer calceta. Pero se dejó convencer por esa maldita mujer y empezaron a no «cuadrarle» las cuentas. Todo eran discusiones entonces. Tuve que arreglármelas con otra contabilidad porque un hombre tiene sus necesidades y, al fin y al cabo, me mataba trabajando para sacar el negocio adelante. Peace Klever murió en un incendio. Así deberían acabar todas esas brujas: en la hoguera. ¡Sí, señor, en la hoguera! —repitió con énfasis.

—¿Un incendio intencionado?

—No se pudo confirmar. Lo cierto fue que los agentes del orden no se mataron para averiguar qué o quién lo provocó. Parece que anda usted muy interesado en la muerte de esa mujer.

—No especialmente. Lo que me importa de verdad es lo que fue de su hija.

—¡Otra de la misma calaña! Una mosquita muerta a la que mi esposa se empeñó en acoger tras quedar huérfana. No me gustaba su madre y no me gustaba ella, con esos modales refinados y su manera de hablar. Pero Cadence le tenía cariño. Ni siquiera permitía que se acercara a los clientes; la chica se limitaba a lavar la ropa y tener aseadas las habitaciones. Un desperdicio, porque era guapa y se le podía haber sacado unos buenos cuartos. Incluso hubiéramos podido venderla en algún burdel de los caros. ¿Sabe usted lo que se pagaba entonces por una moza virgen?

De buena gana hubiese golpeado a Neeson. Se contuvo porque le convenía, porque quería que

siguiera largándole información. Sabía de lo que hablaba el otro. Claro que lo sabía. Uno de sus trabajos para el gobierno había sido recabar testimonios y preparar informes tendentes a denunciar ciertas líneas de actuaciones enmascaradas, secretamente permitidas, que convertían a jóvenes, a veces niñas, en carne de prostíbulo. Una pústula social complicada de erradicar, contra la que luchaba y en la que se implicaba desde entonces.

—¿Qué pasó con ella?

—La puse de patitas en la calle poco después de morir mi mujer. Podría haberla tenido más tiempo, ya le digo que era guapa, con un hermoso cabello azabache y unos ojos preciosos. Pero se quedó preñada y no estaba dispuesto a mantenerla de balde.

—¿No sabe dónde puede estar ahora?

—No volví a verla. Pero no es difícil suponer que andará por algún garito del East End, vendiéndose por unos cuantos chelines. Lo malo es que, en lugares como esos, de poco sirven los aires refinados o unos ojos primorosos, aunque sean de color violeta.

Ken revivió el vértigo que sintiera durante la guerra cuando el miedo les embargaba a todos, el suelo se hundió bajo sus pies, se le veló la mirada, el cuarto giró en torno a él...

—Repita lo que ha dicho.

—Pues eso: que su cabello y sus ojos violeta eran lo más lindo que yo hubiera visto. Pero, con una tripa, me servía de poco.

—¿Y su nombre? Dígame su nombre —exigió con la voz tonante, palpitándole la sangre en las sienes.

—Sabrina. La chica se llamaba Sabrina.

Ken se resistía a creerlo. Le agobiaba la opresión en el pecho, el corazón le bombeaba acelerado, le faltaba el aire y le subió a la garganta el amargo sabor de la hiel. Se tambaleó ligeramente al levantarse, abrumado por la dimensión del testimonio revelado. Arrojó unas cuantas monedas sobre la mesa y escapó de aquella casa como un sonámbulo, sin despedirse del hombre que acababa de poner su vida patas arriba, dejando a Neeson con la palabra en la boca.

Ya en la calle, permitió que la lluvia lo empapara, se desanudó el corbatín como si así le fluyera más aire a los pulmones, y comenzó a andar sin rumbo fijo. No miraba por dónde caminaba, sin que le importara tropezar con algún transeúnte que le increpara, sin estar pendiente de los carruajes que pasaban junto a él con riesgo de atropellarle. En su cabeza repiqueteaba el nombre de Sabrina una y otra vez, clavándosele en el alma, hiriéndolo como un cuchillo al rojo vivo. Le hervía la sangre y, aun así, el frío se le estaba metiendo en los huesos. Pero ya no importaba. Llevaba dentro de sí un demonio que le atormentaba, el del recelo y la sospecha, que hacían de él un ser miserable.

Ni siquiera supo cómo acabó en el local de donde, horas después, salía notablemente ebrio.

—¿Puedo hablar contigo, Sabrina?

Ella levantó la vista y la actividad en la cocina se paralizó al sonido de la voz. Colin Sayer se hallaba en la puerta con gesto contrariado. Nunca se había dignado pisar aquellas dependencias que, para él, eran coto exclusivo de la servidumbre o, al menos, ella jamás lo vio por allí desde que estaba en Traveron House, así que dedujo que su presencia tenía que deberse a razones personales.

Dejó las zanahorias que cortaba, se limpió las manos en un paño, prescindió del delantal y del pañuelo con el que se cubría el cabello y se le fue acercando. Adivinó en la mirada de Colin cuánto le desagradaba que se dedicara a tareas domésticas, pero le importó un pimiento; ese día tocaba zafarrancho y, como en cualquier otro, ella era parte integrante del mismo. Desde que amaneciera se pusieron a trabajar duro: airearon los cuartos que permanecían cerrados, sacudieron las alfombras de toda la casa, limpiaron las lámparas y removieron uno a uno los libros de las estanterías de la biblioteca para quitarles el polvo. Lejos de aplicarse a ello con desagrado o desgana, el servicio se lo tomó con interés e, incluso, se oyó cantar a alguna criada mientras se afanaba por sacar brillo al pasamanos de la escalera. Al finalizar, cercana ya la hora de la cena, ella se apresuró a echar una mano a Mirna en las cocinas.

—Volveré en un momento, señora Falcon —prometió.

—Vaya, vaya. No es necesario que regrese, descanse un poco.

Una vez fuera, Colin la invitó a salir al jardín, por lo que ella se echó un chal grueso sobre los hombros; la temperatura había bajado y hacía frío.

Caminaron un tramo en silencio alejándose de la casa. Sabrina le miró de reojo. Sayer parecía azorado y ella esperó a que empezara a hablar, comida ya por la curiosidad. ¿Por qué no quería hablarle de lo que fuera en el interior? Le extrañó, porque además de la desagradable temperatura, estaba anocheciendo.

Lo cierto era que en los últimos días encontraba a Sayer reservado, poco comunicativo. Y lo que era más extraño aún: se había instalado en uno de los cuartos de invitados, sin aparente intención de marcharse, si bien iba y venía a la ciudad, cuando antes paraba en Traveron House solo lo imprescindible.

A ella, en realidad, le molestaba toparse con él porque no había olvidado su determinación de

marcharse de allí, y su presencia no dejaba de ser un inconveniente.

—Sabrina... —Se decidió al fin, titubeante—. No sé cómo empezar.

La muchacha imaginó de inmediato que se trataba de otra deuda de juego. En una ocasión anterior ya le rogó que intercediera por él ante Julius y, desde luego, bajo ningún concepto iba a pasar por la misma situación. Le desagradaba profundamente, entre otras razones, porque sabía que, si ella se lo pedía, el conde no se lo iba a negar.

—¿Qué sucede? ¿Es algo grave?

—No. Sí. Bueno, es importante para mí, Sabrina. Importante para los dos, quiero decir —rectificó.

—¿Para los dos?

—Me gustaría que habláramos del futuro. —Ella permaneció clavada en el suelo—. ¿No has pensado en casarte de nuevo?

Se quedó atónita, no supo a qué atenerse.

—¿Por qué le interesa saberlo, señor Sayer?

—No has dejado de recibir flores y obsequios desde la fiesta —dijo, dolido.

Era cierto. Para su satisfacción, alguno de los caballeros a los que conoció en la velada de lady Romins tuvieron la deferencia de hacerle llegar ramos de flores y dulces, acompañándolos con la solicitud de una cita. Lord Lancashire la había animado a aceptar, al igual que Mirna, pero ella desestimó cada una de las peticiones con una cortés negativa.

—Simples muestras de amabilidad —repuso algo envarada.

—Eres una mujer en la flor de la vida y muy bonita.

—Agradezco el cumplido, pero...

—No. Déjame terminar, por favor. —Tomó una mano femenina entre las suyas, miró a Sabrina a los ojos y declaró muy serio—: Sé que no soy el mejor partido del mundo, pero siempre puedo ejercer con mi título de abogado, además de que heredaré una buena suma de dinero a la muerte de mi tío.

—Señor Sayer —cortó, liberando su mano—, creo que se está equivocando de persona.

—Puedo entender que te incomode que hable de ello, pero es ley de vida que mi tío nos falte un día u otro. Todo pasará a manos de mi primo y entonces... ¿Qué será de ti entonces, Sabrina? ¿Has pensado en Charleen? A mí no me importa tu pasado, pero debes saber que Ken es harina de otro costal, me atrevería a jurar que te está investigando; por casualidad, le oí hacer preguntas... —Ella se quedó petrificada, sin iniciativa para intentar saber a qué se refería—. Te estoy ofreciendo un hogar para ambas. Sabes que me siento atraído por ti desde hace mucho.

Sabrina ya solo tenía mente para analizar y descifrar lo que acababa de escuchar. Aquella conversación empezaba a tomar tintes peligrosos, además de desagradables, porque ella no estaba interesada en Colin en absoluto. No se trataba de la clase de partido que era. Estaba convencida de que, si abandonaba las timbas y se decidía a abrir su bufete, llegaría a ser un hombre de provecho. Y que, de emprender ese camino, Julius no dudaría un segundo en apoyarlo. No, no era

eso lo que le impedía aceptar su vehemente proposición. El problema era cómo darle una oportunidad a cualquier hombre si, solo con pensar en Sheringham, vibraba y se le aceleraban los latidos del corazón. Y esa realidad, el hecho mismo de ser consciente de que eso era así, de que Ken le estaba arrebatando incluso la posibilidad de reiniciar su vida junto a otro hombre, la desconcertó como nunca antes. A pesar de ello, de no dudar de lo que sentía por él, lo desafiaba a cada paso.

Todo su mundo estaba del revés por su culpa y, para mayor encono, se estaba dedicando a husmear en su pasado, según las sospechas de Colin.

Su silencio envalentonó a Sayer, que volvió a estrecharle la mano desempeñando su papel de enamorado, con una pose y un tono que rayaba en lo cómico.

—¿Lo pensarás, al menos?

—Verá...

—Te lo ruego. He cometido muchos errores en mi vida, Sabrina, a consecuencia de los cuales no puedo ofrecerte una vida lujosa. Pero te prometo que trabajaré duro, seré un marido modélico para ti y un padre cariñoso para Charleen.

Acalló su protesta con un dedo en sus labios. No estaba seguro de que su primo estuviera metiendo las narices en la anterior vida de Sabrina, apenas escuchó dos palabras en el garito donde descubrió a Ken de charla con un marinero, pero creyó que a ella le habían afectado sus suposiciones y no podía perder aquella baza.

—No es necesario que me respondas ahora —continuó—, imagino que mis intenciones hacia ti te han tomado por sorpresa. Consúltalo con la almohada, es todo cuanto te pido. Salgo a primera hora para la ciudad, pero regresaré en breve y hablaré con mi tío. ¿Podrás darme una respuesta para entonces?

Abrumada por la situación, sin hallar el modo de rechazarlo sin herirlo y, por otra parte, recelosa por la sospecha de que rastreasen en su pasado, asintió.

Colin se inclinó hacia ella y depositó un suave beso en sus labios. Después exhibió una sonrisa extasiada, como lo hubiera hecho un niño con su juguete nuevo, y se alejó hacia la casa presuroso.

Ella, en cambio, tardó un poco más en entrar, sumida en las más negras dudas.

El ladrido lastimoso de un perro entremezclándose con la voz ronca a la vez que airada de un hombre, llamó su atención.

Lejos de apaciguar su ira, el alcohol la había acrecentado. Necesitado de desquitarse con cualquiera, buscó gresca metiéndose con algún que otro parroquiano, pero, bebido como se encontraba, acabaron por echarlo de la taberna a empujones entre varios. Se dio cuenta de haber sido humillado, con lo que se enfureció aún más.

En su estado, cualquier detalle bastaba para exaltarle. Y encontró una vía de escape a su

acaloramiento en la misma calle. La víctima propicia fue un sujeto que atizaba una patada malintencionada a un chucho mientras sujetaba por el cuello de la chaqueta a un pilluelo.

—¡Condenado bastardo! ¡Voy a enseñarte lo que es bueno!

Sheringham se fue hacia él. Borracho o no, odiaba que se maltratara a un niño, porque él mismo había soportado los golpes de un padre violento. Lo más probable era que aquel crío hubiera hecho algo gordo para cabrear así al fulano. Había muchos como él en los suburbios de Londres: birlaban lo que podían para revenderlo y sacarse unas monedas con las que comer. Eran simples rateros, en muchas ocasiones huérfanos bajo la tutela de hombres y mujeres sin escrúpulos que les enseñaban el oficio y hasta les exigían un mínimo de hurtos. En la mayoría de los casos acababan su penosa existencia en Newgate, o muertos en cualquier rincón por la misma mano que los sojuzgaba, si pretendían salirse de la banda.

Eran una lacra, pero, de acuerdo a su propio código moral, no podía culpárseles del todo. Ocupaban tan solo el eslabón más débil en una sociedad en la que primaba sobre todo el dinero y, para lograrlo, se recurría a la avaricia, la mezquindad y el abuso, sin que importaran los más desfavorecidos. Una pequeña parte de la población gastaba a manos llenas, mientras que la gran mayoría vivía con lo justo o se moría de hambre. Los asilos rebosaban de chiquillos como aquel que intentaba, en su debilidad, hacer frente al tipo que lo zarandeaba. Hospicios regentados, a veces, por gente sin conciencia que se aprovechaba del dinero entregado por el Gobierno para su manutención en beneficio propio. Eso lo sabían los poderes públicos, pero miraban a otro lado.

Sujetó el brazo del individuo, sin que pudiera evitar que el chico recibiera una nueva bofetada que lanzó su cabeza a un lado.

—Déjelo ya.

El fulano, de rostro abotargado, ojos enrojecidos y apestando a sudor y vino barato, olvidándose del niño, que se apartó tan aprisa como pudo, se revolvió contra Sheringham.

—¿Quién coño es usted para meterse donde no le llaman? —vociferó en su cara al tiempo que apretaba las manos en puños.

Algunos clientes, alertados por las voces, salieron de la taberna; entre ellos una mujer de rotundas formas, con una mejilla magullada, que trataba de restañar con un pico de su chal la sangre que manaba de su nariz. Después de echar una mirada a Ken, se acercó al individuo en cuestión para tratar de apaciguarlo.

—Vuelve adentro, Pet.

Recibió por respuesta un empujón que la mandó por los suelos.

—¡Ocúpate de tus asuntos si no quieres que vuelva a sobarte la cara, puta!

Fue más de lo que Sheringham podía tolerar. Aquel imbécil le estaba poniendo en bandeja que diera rienda suelta a la ira que sentía. Lo agarró por el gatzate, lo empujó hasta la pared y lo estrelló contra ella. El individuo, medio ahogado por la presión de unos dedos que parecían garfios y se le clavaban en la garganta, palmoteó buscando aire. Ken veía borroso, pero el alcohol no había mermado sus fuerzas, al contrario, las agudizaba: clavó su puño derecho en el estómago

del hombre, que se dobló en dos.

—Esto por el chico —dijo con voz gangosa. Acto seguido, enderezó al fulano con un directo a la mandíbula que volvió a arrojarlo contra el muro—. Y esto, cabrón, por la señora.

El paisano puso los ojos en blanco, trastabilló y acabó despatarrado en el suelo. La mujer, lejos de agradecer su intervención, lanzó un escupitajo que alcanzó una de las botas de Sheringham, para apresurarse, a continuación, a socorrer a su chulo. Buena parte de los curiosos, envalentonados por el número, se adelantaron entonces con la intención de defender a su camarada y enfrentarse a Ken. Él no se lo pensó dos veces: echó mano a la Remington y los encañonó. Se pararon en seco y comenzaron a retroceder.

—Sigan bebiendo, caballeros. La noche es joven para morir por una tontería.

Siguieron su consejo: arrastraron al caído taberna adentro y desaparecieron.

Ken respiró hondo varias veces. No se encontraba bien, le costaba mantenerse firme y tenía el estómago revuelto. Sacudió la cabeza para despejarse.

—Creo que *tié* una pata *lastimá*, jefe. —Oyó que se decía a su espalda.

Era el chiquillo, que permanecía junto al perro, un bonito pointer de cuerpo blanco y cabeza negra, pero muy sucio, que le miraba con ojos tristes y no paraba de gemir.

—¿Es tuyo?

—Nunca lo había visto. Tuvo la mala suerte de cruzarse en el camino de ese *hideputa* que me sacaba a rastras de la cantina. ¡¡Así reviente, se le caigan *tos* los dientes y se le pudra la poll...!!

—Suficiente, chico —cortó—. No quiero que destapes tu extenso vocabulario.

—Gracias a que me lo quitó de encima, jefe. De no ser por *usté* me habría *matao*.

Ken no respondió al agradecimiento, sino que rebuscó en su bolsa, sacó un par de chelines y se los puso en la mano. Luego, le dio la espalda para alejarse de allí. Pero no llegó al final de la calle antes de cambiar de idea y volverse. La imagen de aquella pareja desahuciada era de tal indefensión que le tocó la fibra.

No eran su problema.

No podía ir ayudando a cuanto golfo y chucho callejero encontrara en su camino.

Pero en su conciencia estaba oyendo una llamada que le impedía desentenderse de ellos y marcharse sin más. El chaval, flaco, andrajoso, con agujeros en su calzado, de unos ojos oscuros demasiado grandes para una carita tan magra, no representaba más de diez años. Pero esos ojos, sin embargo, ya habían visto lo peor de la vida. El dinero que acababa de darle le serviría para procurarse un plato de comida y poco más. Y luego ¿qué? Volvería a robar, le acabarían pillando y terminaría cosido a golpes o algo peor. Guiado por un ramalazo mezcla de lástima y culpa, por la indigencia y abandono de esos dos seres, por un lado, y por estar en la parte privilegiada de la sociedad por el otro, desanduvo sus pasos.

El cachorro, como si intuyera que su suerte estaba a punto de cambiar, se restregó contra su pantalón, aunque siguiera gimiendo.

—¿Tienes nombre, chico?

—Todos me llaman Eddy.

—¿Sin apellido?

—No debieron de decirlo al dejarme en el apestoso asilo del que me fugué —repuso, encogiéndose de hombros.

Ken no quiso ni imaginar el trato que habría recibido aquel pequeño desde entonces para arriesgarse a vivir en la calle.

—¿Sabes hacer algo aparte de meter la mano en el bolsillo de los demás?

—Sé hacer de *tó*, jefe, aunque, justo eso, es lo que mejor se me da.

—Estoy seguro de ello —suspiró Sheringham—. Agarra a tu chucho y ve a buscarme un coche antes de que me arrepienta.

El pilluelo no se hizo esperar: tomó al perro en brazos y echó a correr calle abajo. Unos minutos después, Ken tuvo que aflojar su bolsa con algo más de dinero del que exigía el trayecto, a fin de que el cochero permitiera subir al carruaje a sus inesperados compañeros de viaje.

Ya de camino a su casa, Sheringham dejó caer la cabeza contra el respaldo de su asiento y perdió la noción de cuanto le rodeaba. Lo último que pensó antes de dejarse arrastrar por el sopor, fue que estaba en manos de aquel pillastre, que podía robarle hasta los calzoncillos.

—Mi teniente. —Creyó oír que lo llamaban, gruñó y siguió durmiendo—. Despierte, mi teniente, tiene visita.

Le fue arrebatada la ropa de cama, sin que le quedara otra opción que espabilarse, aunque la mirada que dirigió a su criado no era de agradecimiento precisamente.

—¿Es que ni en mi casa puedo estar en paz, señor Tribby?

—Me hago cargo de su mal humor, pero debe saber que lord Maine está abajo, esperando a que le atienda hace más de media hora.

La noticia le activó de inmediato. ¿Alan Chambers, allí? Salió de la cama, aceptó la bata que le tendía y se pasó las manos por el rostro. Un espejo de cuerpo entero le devolvió una apariencia nada agradable: rostro demacrado, amplias ojeras, pelo enmarañado y la barba despuntando. Estaba hecho un asco. Era su peor versión desde el fin de la guerra. ¿Qué había estado haciendo?

—Dígale que me disculpe, que espere un poco más; enseguida estaré con él.

—Hay agua caliente en el aguamanil y ropa limpia encima del sillón. Creo que le vendrá bien algo de café.

—Cargado, por favor.

En cuanto Tribby hubo salido se apresuró a lavarse, se afeitó a toda prisa y veinte minutos después bajaba las escaleras, no del todo recuperado, pero con aspecto presentable.

Chambers, en efecto, le esperaba en el salón, hojeando un diario. Como no podía ser menos, y para su propio descrédito, su amigo lucía impecable. Nada más verlo aparecer dejó el diario de lado, mirándolo de arriba abajo.

—¿Qué demonios te ha pasado? ¿Estás enfermo?

—Más o menos. Me temo que fue una de esas noches que es mejor olvidar, amigo mío —respondió, dejándose caer en el otro sillón—. Imagino que te ha traído hasta aquí un motivo en concreto y dudo que sea para salir de juerga porque, para eso, no estoy en condiciones.

—No hace falta que lo jures. Pero no es esa la causa por la que me he acercado a tu casa.

Tribby entró con una cafetera y un servicio para dos, dejándoles a solas a continuación. Sheringham llenó dos tazas, la suya hasta el mismo borde. Le supo a hiel, pero le calentó un poco y le despejó.

—¿Entonces?

—Jason ha desaparecido. Me temo que está en peligro. Creo que incluso tú puedes estarlo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Armand Raynaud se ha fugado de Newgate. No hay que elucubrar demasiado para suponer que pueda ir a por vosotros dos.

No hizo falta que le dijera nada más: llamó a su criado, pidió capa, sombrero y pistola, y se dispuso a salir. De manera que el condenado francés a quien Jason metiera entre rejas, con su ayuda, volvía a las andadas.

—Deberíamos haber acabado con él, en lugar de ponerlo en manos de Banks Jenkinson. Un cochino traidor como él no se merece otra cosa.[4]

Así pues, su pretendida conversación con Sabrina tendría que esperar; a fin de cuentas, ella no iba a irse a ninguna parte.

Alan le explicó que hacía días que Jason faltaba, sin que nadie supiera de él.

—Pudiera ser que se largara de Creston House por causa de su esposa.

—¿Cassandra? Y ahora ¿qué ha pasado? Creía que las cosas iban mejor entre ellos.

—No sé más de lo que te digo. —Se interrumpió por la intempestiva aparición de un chicuelo que perseguía a un cachorro con una pata vendada.

Sheringham se quedó clavado en el suelo. El niño les hizo una media reverencia impostada, desapareciendo tal como llegó, a la carrera tras el perrillo.

Aceptó la Remington que su ayudante le acercaba, fijó su mirada desconcertada en él y preguntó:

—¿Quién es ese pequeño y qué diablos hace aquí, señor Tribby?

—Usted lo trajo hace dos noches, mi teniente. Venía hecho una ruina; me he permitido darle un buen baño y conseguirle algo de ropa y calzado.

—¿Que yo lo traje?!

—Sí, señor. Y al chuchó, también. —Asintió con la cabeza repetidas veces.

—No será una broma, ¿verdad?

—No me atrevería en estas circunstancias, mi teniente. ¿Es que no lo recuerda? —preguntó a la vez que lanzaba una mirada de reojo al visitante, tan pasmado como su señor.

—Ni por asomo. Vamos al grano. Puede hablar claro, lord Maine es un amigo.

—Bueno... —Tribby dudó unos segundos—. Dos noches atrás no llegó muy bien. En realidad, tuve que meterlo en casa con ayuda del cochero que lo trajo hasta aquí. Venía acompañado de esos dos, y lo único que dijo antes de caer redondo al suelo fue: «este es Eddy y el perro no tiene nombre».

Ken se quedó de una pieza. En absoluto dudaba de la palabra de Tribby, por lo que cabía deducir que no solo había enganchado una buena borrachera, sino que se había metido en un berenjenal. No lograba recordar, su cabeza era aún un torbellino que continuaba martilleando. ¿Hasta qué punto había llegado para presentarse en tan deplorables condiciones? ¿Hacía dos noches ya, con un niño y un perro? ¿De dónde los había sacado? ¡Y todo por haberse entrometido

en la vida de Sabrina y su pasado! ¡Maldita fuera aquella mujer! Porque nunca había caído tan bajo como para embriagarse de ese modo.

Sabrina, ¡cómo no! De un modo u otro era ella la responsable de que no supiera ni por dónde se andaba.

Fuera como fuese, tenía que ocuparse de un asunto que reclamaba su atención con mayor urgencia que atender a sus dos invitados sorpresa: Rowland y él mismo podían encontrarse en graves dificultades.

Antes de que se cerrara la puerta de salida llegó hasta ellos un estrépito de fondo.

—Vigile lo que hacen o de lo contrario habrá que redecorar la casa —gruñó—. Ya arreglaremos las cosas a mi vuelta.

Acordaron dividirse la ciudad: Chambers buscaría a Jason por los lugares que solía frecuentar al sur del Támesis y él lo haría al norte del río. Si conocía al vizconde de Wickford como creía, no tardaría en dar con él. Solo necesitaba no toparse antes de bruces con Raynaud.

Encontró a Rowland al rayar el alba. Como suponía, en uno de tantos garitos en donde corría el ron barato, y donde a ningún parroquiano le importaba si el que tenía al lado acababa con un cuchillo en el cuerpo. Pagó la cuenta, sujetó a su amigo por debajo de los brazos y se lo llevó a rastras sin consideración alguna, haciendo caso omiso de sus protestas, poco más que parloteos ininteligibles.

La lluvia les empapó antes de conseguir llegar a un coche de punto, pero al menos sirvió para que Jason se activase y no hubiera de cargárselo al hombro. Ken dio la dirección de su apartamento y subieron a la cabina. Con el traqueteo del carruaje en marcha, Jason perdió el color.

—Ni se te ocurra vomitar ahora, Wickford, o te parto el alma —le reprendió el barón.

Una vez en su casa, con ayuda de Tribby, lo metieron en la bañera e hicieron que se tragara varias tazas de café bien cargado. Rowland no ofreció demasiada resistencia y acabó durmiendo la curda en un sofá, donde se derrumbó de cualquier manera, hecho un cuatro, sin que fuera ya fácil arrancarle de allí.

De súbito, como si lo hubieran llamado con campanilla, Eddy se personó ante Ken.

—¿Algo en lo que pueda ayudar, jefe?

Tribby le dio un coscorrón.

—Milord. —Le rectificó.

—No hace falta que me sacuda con el nudillo —protestó el chico, rascándose la cabeza, antes de volver a hacer la pregunta—. ¿Algo en lo que pueda ayudar, *milord*?

Pero ¿cómo se había podido llevar a su casa a un descarado así? ¡Vaya problema que se había echado a la espalda! A pesar de todo, a Ken le hizo gracia su desparpajo: era de esa clase de

chicuelos que no se dejaban amedrentar y eso le gustaba.

—¿Conoces Mayfair?

—Claro, jef... milord. Aquí se pueden birlar buenas bolsas y relojes.

—¿Tienes algo con lo que cubrirte?

—El sargento me trajo un abrigo.

—Así que «sargento». —Sheringham dedicó su atención al antiguo militar—. Según veo, ustedes dos han hecho ya buenas migas.

—Ya le dije que me las arreglé para que al chico no le faltara algo de ropa, mi teniente.

—No le estoy recriminando, señor Tribby, todo lo contrario. —Dio la dirección de Chambers al pilluelo y unas cuantas monedas—. Toma un coche y da el aviso de que lord Wickford está en mi casa. Demuéstrame que sirves para algo más que para afanar relojes.

—Podría ir caminando y ahorraría...

—Toma un carruaje, te quiero de vuelta en un suspiro. ¡Vamos, vuela, truhan!

El chico no tardó ni dos segundos en ponerse el abrigo y salir pitando.

—¿Cómo es que lo trajo a casa, mi teniente? ¿De dónde lo ha sacado? —Quiso saber entonces Walter.

—No pregunte sobre algo que no tiene explicación, señor Tribby. Me voy a la cama; llámeme en cuanto lord Wickford se despierte, por favor.

—Así se hará, mi teniente. —Se cuadró.

A Sabrina le costó una noche en vela, yendo y viniendo por la habitación hasta casi desgastar el suelo, pero había tomado una decisión. No sabía si correcta o no, pero era inamovible.

Sufría un terrible dolor de cabeza provocado por la falta de descanso y el martilleo constante de las insinuaciones de Colin sobre las posibles pesquisas de Ken en su vida anterior. La oferta del sobrino del conde, pidiéndole que reflexionara sobre su petición de matrimonio, no ayudaron a tranquilizarla, todo lo contrario. Ni siquiera la tisana preparada por Mirna, que solía hacer milagros, tuvo un efecto sedante; el corazón le bombeaba de tal modo que iba a estallarle el cerebro. No era extraño que, al mirarse al espejo, antes de acudir a la llamada de Julius, se viera demacrada.

¿Por qué todo era tan complicado? Ella hubiera deseado poder continuar con su vida como hasta entonces: encargándose de Traveron House y viendo crecer a Charleen en paz. Pero las circunstancias habían cambiado, su mundo estaba patas arriba y la noticia de que Sheringham podía estar investigando le habían colocado en el disparadero. Tal vez Colin estuviera equivocado, pero ¿y si no lo estaba?

Tenía que tomar una determinación. No había vuelta atrás. Los dos la miraban aguardando una respuesta y tenía que darla. No le quedaba otro camino más que aceptar a Sayer y casarse con él. Le gustara o no, un marido sería la solución a todos sus problemas. Porque, casándose, Charleen pasaría a convertirse en la hija legítima de Colin, de manera que Sheringham, a partir de entonces, carecería de base legal para reclamarla.

Lancashire y Colin habían estado reunidos a puerta cerrada minutos antes de pedirle que se uniera a ellos en la biblioteca, el conde le había dicho que tomara asiento apenas verla aparecer, y le había comunicado que Colin acababa de pedirle su mano.

Julius parecía sorprendido y molesto mientras esperaba que dijera algo. Colin, por su parte, en apariencia esperanzado, creyendo tal vez tener el apoyo de su tío, la observaba como un carnero degollado y disimulaba su nerviosismo.

—Sabrina, por favor, responde —pidió Sayer por tercera vez; parecía dispuesto incluso a ponerse de rodillas ante ella.

La muchacha tragó saliva. Quería hablar, pero se le atascaban las palabras, le escocían los ojos, enrojecidos por haber estado llorando toda la noche, y temió no ser capaz de soportar el tipo

un segundo más. Estaba a punto de cambiarle la vida, el miedo la atenazaba. Iba a prometerse con un hombre al que no quería. En cuanto diera ese paso, renunciaría para siempre a la posibilidad de encontrar, alguna vez, el verdadero amor. Pero tenía que pensar en Charleen, lo único que le importaba; por ella iría de cabeza al fuego eterno. Si tenía que vender su alma inmortal por evitar que Sheringham se la arrebatara, la vendería.

—Señor Sayer... —empezó.

—Colin.

—Colin, aceptaría...

Justo en ese mismo instante, un segundo antes de que acabara la frase, la puerta de la sala donde se encontraban se abrió de par en par, haciendo Sheringham acto de presencia.

Un vendaval, así fue su entrada. Un ciclón que heló la sangre a la joven, que se puso en pie, hizo empalidecer a Sayer y respirar aliviado a Julius. Sin saludar siquiera, Ken fijó sus ojos en Sabrina y dijo, en un tono engañosamente cordial:

—Señora Klever, usted y yo tenemos que hablar.

Colin, tan cerca de conseguir sus propósitos, se le enfrentó con ánimo exacerbado.

—¿Es que no respetas nada? ¿No te puedes esperar? Sabrina y yo estamos a punto de comprometernos.

El barón le prestó entonces atención. Al entrar no había visto más que a Sabrina, ni siquiera se dio cuenta de la presencia de su primo o de su abuelo. Un nubarrón iracundo enturbiaba sus sentidos, lo dominaba, a punto de arremeter contra Colin por el simple hecho de interrumpirle. Había llegado en el momento justo. No supo si echarse a reír o clamar al cielo. El ardor posesivo hacia Sabrina batallaba en su interior con otro que le susurraba que podía liberarse de la determinación adoptada la noche anterior.

Pudo más el primero.

—¿De veras? Entonces, Colin, ambos tendréis que esperar a que se quede viuda. Porque Sabrina va a casarse conmigo.

El silencio que se adueñó del lugar hubiera podido cortarse con un cuchillo.

La rotunda manifestación de Ken cayó con el peso de una losa, paralizándolos a los tres en una inercia confusa. Pero apenas duró unos segundos. Luego, estalló la tormenta.

Colin se abalanzó contra Ken que, más pendiente del semblante de estupor que sus palabras habían producido en Sabrina que de las tretas arteras de su primo, no vio venir el golpe que lo alcanzó de lleno en el mentón, haciéndole tambalearse y retroceder. Cogido a contrapié, en desventaja, Sayer iba a atizarle de nuevo, pero la exclamación femenina y la potente voz de Lancashire exigiéndole que se detuviera, dejaron en el aire su puño, a una pulgada del rostro de Sheringham.

Lejos de devolver el golpe, Ken se palpó la mandíbula con el gesto irritado, aguantándose el dolor.

—Veo que no te lo has tomado bien —dijo con cinismo.

—¡Déjate de hipocresías y explícate!

—Las explicaciones deberías pedírselas a tu malograda prometida, no a mí.

—¿Qué quieres decir? —Sayer dio un paso hacia él encolerizado, dispuesto a enzarzarse de nuevo en la pelea.

—Lo que tengo que decir es poco, pero significa muchísimo —afirmó Sheringham mirando directamente a la joven, que se encogía cada vez más ante el desafío de unos ojos que la achicaban—. Es increíble la cantidad de cosas que puede uno conocer hurgando un poco. ¿Verdad, Sabrina? Por ejemplo, dónde y cómo viviste antes de acabar de ama de llaves en Traveron House.

Ella, muda por la conmoción, no acertó a hablar. No así Colin, que tenía el rostro acalorado, los ojos saltones y parecía a punto de sufrir una apoplejía.

—¡¡Me importa poco si lo hizo en un burdel!! ¡Quiero que sea mi esposa y tú, maldito bastardo, no vas a impedirlo! ¿Quién te crees que eres para venir aquí decidiendo por tu cuenta? ¿O es que pretendes arrebatármela sembrando infundios, condenado? —gritó fuera de sí. Para enfatizar más su diatriba, se acercó a la muchacha y quiso tomarla por la cintura; ella, sin embargo, se apartó.

Julius atendía sin perder un ápice de la acalorada disputa. No intervendría. No lo había hecho tras oír de labios de su sobrino sus pretensiones respecto a Sabrina, a pesar de no agradaarle en absoluto, porque era ella y nadie más quien debía decidir sobre su futuro. Y no lo haría tampoco para situarse del lado de su nieto. A decir verdad, la conducta de Ken le desagradaba sobremanera, tanto como la descabellada proposición de Colin. ¿Qué le pasaba a su nieto? ¿Acaso la guerra le había trastornado? ¿Cómo explicarse que hubiera llegado dando por sentado que Sabrina se casaría con él? ¿A son de qué una resolución tan repentina si, día tras día, él había sido testigo de sus ácidos enfrentamientos? ¿Por qué sacaba a colación el pasado de la muchacha? No quería ni pensar qué era lo que su nieto había averiguado.

No tuvo que elucubrar más. Ken Sheringham sacó a todos de dudas:

—Soy el padre de Charleen.

Sabrina, al escuchar la rotunda afirmación, desfalleció; se le doblaron las rodillas y se hubiera desplomado allí mismo de no ser por Lancashire, que la ayudó a tomar asiento de nuevo.

—¿Lo soy, Sabrina?

Se habían quedado solos y él exigía una contestación.

La muchacha, algo más serena, aunque seguía temblando, se apartó de él, llegó hasta los ventanales y retiró la cortina con pulso vacilante, fijando su mirada en el exterior. Necesitaba tiempo para recuperarse del sobresalto que le habían causado sus palabras, para poder enfrentarlo, para darle una réplica creíble. Se encontraba entre la espada y la pared, pero no quería dejarse amilanar.

La estupefacción que causó en Julius y Colin una afirmación tan categórica, atribuyéndose la paternidad de Charleen, había provocado que Sayer arremetiera de nuevo contra Ken. Esa vez no pudo alcanzarlo; la mano del barón interceptó su muñeca, que retorció a su espalda, lanzándolo después contra una vitrina que estuvo a punto de volcarse. Colin insistió, de todos modos, en pelear; lo único que consiguió fue que Ken, cegado por la rabia, le atizase un puñetazo en la mandíbula que lo dejó desmadejado en el suelo. Por fortuna, Julius se lo llevó casi a rastras, evitando otra confrontación; ni él ni su sobrino tenían ya nada que hacer en la biblioteca. Lancashire no disimuló su alivio, a pesar de estar también sobrecogido, con la alegría bulléndole en el pecho ante la noticia de que Charleen podía ser de su propia sangre; Sayer, mareado por el golpe, se retiró con la rabia comiéndole las entrañas al ver que sus planes se frustraban.

—No lo es —contestó al fin Sabrina.

—Te he preguntado por deferencia, porque sé la respuesta: sí lo es. Ni siquiera estuviste casada, ¿verdad? No hubo un señor Klever, lo he sabido. ¿Por qué me has ocultado lo de Charleen?

—Aunque estuvieras en lo cierto, no te incumbiría. —Lo retó.

Que se aviniera a tutearlo ya era un paso. Ken, despacio, anduvo hasta ella, posó una mano en su hombro y la obligó a mirarlo de frente. Su rostro no mostraba animadversión alguna, tan solo confusión.

—¿No me incumbiría saber que tengo una hija? —La voz de Ken se volvió más áspera—. Porque la tengo, ¿verdad? Charleen lleva mi sangre, admítelo. He estado ciego para no darme cuenta hasta ahora. ¿Pensabas que no me importaría, que vería bien que la criaras lejos de mí sin que supiera nunca quién es su padre?

—¿Por qué habría de importarte? No tienes ningún derecho, ni sobre ella ni sobre mí. —Elevó el mentón, herida por sus desplantes y su altivez, que le daban fuerzas para oponérsele.

—¿Es mi hija, por todos los infiernos! ¡Ahora estoy seguro! Y tú, aunque no quieras, vas a ser mi mujer.

—Y eso ¿quién lo dice? ¿Tú? Déjame que me ría. Yo no tengo intención de casarme contigo y Charleen, entérate, es mía. *Solo* mía.

Él se echó a reír con petulancia. Se dirigió hacia el aparador de las bebidas, destapó una botella, se sirvió un dedo de brandy y lo ingirió de un trago. Luego, se acomodó en un sillón, observándola con mirada paciente y dura, muy dura, con unos ojos que se habían vuelto más oscuros, casi negros; que advertían que su determinación no era negociable. Entonces ella supo que él no iba a ceder y que el futuro de su hija estaba en juego.

—Te enteraste de la existencia de mi abuelo y urdiste las cosas para hacerte la enconradiza con él, ¿no es cierto?

—¿En tan bajo concepto me tienes? Nunca tuve la menor idea de que estabas emparentado con él, ni siquiera conocía tu nombre. Eras un fantasma al que borré de mi pasado hasta que regresaste.

—Pero me reconociste.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste quién eras? ¿Por qué no me pusiste al tanto de que teníamos una hija?

Ella pretendió no amilanarse y también lo miró desafiante.

—Estás dando por sentado algo que ni siquiera he admitido.

Le dio la espalda despechada y él, como si hablara consigo mismo, como si estuviera confesándose para ahuyentar los demonios que lo consumían, se sinceró poco menos que en susurros.

—He renegado mil veces de tus ojos, Sabrina, lo único que conseguí retener, junto a retazos de un rostro, de la mujer con la que viví mi última noche en Londres antes de alistarme. ¿Sabes por qué? Porque me asaltaba tu recuerdo cada vez que estaba con otra mujer. Porque me impulsaban a buscarte en un infierno en el que se convivía con la muerte a todas horas, y te juro que fueron muchas veces las que pedí encontrarme con ella. Me fui tras tu rastro al regresar, ¿sabes? La posada ya no existía, nadie fue capaz de decirme nada acerca de ti ni de ese malnacido de Neeson. Pero te busqué.

Un rayo de esperanza fue abriéndose paso en el pecho de Sabrina, que jamás hubiera imaginado que él recordara aquella única noche. Se volvió hacia él, con un atisbo de anhelo por si Ken le estaba sugiriendo que aún guardaba rescoldos que le empujaban hacia ella. ¿Cuántas veces soñó con que regresaría a por ella, por más que la lógica le decía que nunca volvería a verlo? ¿Cuántas noches suspiró rememorando las ardientes y mutuas caricias que les arroparon aquella lejana madrugada? Pero toda ilusión se le evaporó al igual que lo hiciera un espejismo, oyéndole

continuar diciendo:

—Lamento haber sabido qué clase de mujer eres.

Desterró el fugaz indicio de proximidad anímica hacia él; retornó a parapetarse en sí misma.

—Y, según tú, ¿qué clase de mujer soy?

—Una que se ha ganado a un pobre viejo con marrullerías, hasta conseguir que la incluya en su testamento. Una que intenta negarme mis derechos. —Se levantó y acortó la distancia que les separaba, situándose tan próximo a ella que ya no había espacio entre ambos, tan cerca que Sabrina tuvo que elevar su mentón para mirarlo a la cara—. Una que estaba dispuesta, incluso, a entregar a mi hija a otro hombre.

Ella entrelazó sus manos para evitar que las viera temblar y se apartó.

—Haces afirmaciones rastreras: lord Lancashire ha sido como un padre para mí, lo juro por Dios; ni quise ni le pedí nunca que me incluyera en su testamento, siempre rehusé su dinero salvo el del salario por mi trabajo. Es de tan fácil comprobación, que solo tienes que preguntárselo si no te fías de mi palabra. No te niego ningún derecho sobre mi hija, porque ninguno tienes. Por lo demás, Sheringham, soy libre de casarme con quien quiera, incluido tu primo, si él lo desea.

—Niegas las evidencias, pero no va a servirte de nada, Sabrina. Al enterarme, por fin, de quién eras, no podía ni creerlo; me resultaba inconcebible pensar que te tenía delante sin saberlo. Por supuesto, luego, a la luz de mis averiguaciones, eché cuentas. Y las fechas cuadran.

—Fechas, fechas... —repitió ella con sorna, aunque el alma se le rompía en pedazos al mentirle—. ¡Pero qué simples sois los hombres! —Estaba aterrada, pero le podía la rabia por haber estado a un paso de creer que Ken pudiera albergar algún sentimiento por ella. La ficción se había desvanecido y quería herirlo, deseaba que él se cayera hasta el pozo de la nada, donde estaba ella en esos momentos.

—Admitiré eso. Pero hay algo que, incluso mi simpleza de varón, ve claro: Charleen tiene mis mismos ojos.

—¡Charleen tiene los ojos de mi madre! —Elevó la voz, acorralada ante tantas verdades que no era capaz de refutar, con el corazón tan acelerado que le dolía en el pecho.

—Los de tu madre eran azules —contradijo él con una sonrisa de diablo que se tornó amarga—, lo sé de buena tinta. ¡Y ya está bien de discutir, Sabrina! Aunque nuestro matrimonio sea una auténtica farsa además de una tortura, vamos a casarnos, lo quieras tú o no, porque por nada del mundo voy a consentir que mi hija, porque lo es, sea una bastarda.

—¡No pienso casarme contigo! Ni a rastras iré al altar.

Ken comprendía que ella estuviera enfurecida, incluso hasta el límite de negarle la paternidad de la niña. Porque las cosas no se deberían haber hecho del modo en que él las hizo. Tendría que haber hablado con Sabrina desde la serenidad, razonando con ella desde el diálogo para que entendiera que, aunque solo fuera por el bien de Charleen, la solución más razonable sería que se casaran. Pero el rugido de Colin, casi escupiéndole a la cara que estaba a punto de comprometerse con Sabrina, lo había desquiciado llevándole a actuar sin tacto, sin darse tiempo a recapacitar,

diciendo de golpe que la pequeña era suya.

A pesar de todo, tras la evidencia de las revelaciones, Ken esperó de ella algún signo de aproximación. Que capitulase, que admitiera que, con conocimiento o sin él, el nuevo ser que era Charleen nació como fruto de la unión de ambos. ¿Qué le pasaba con aquella mujer a la que, a pesar de odiar por haberse burlado de él, deseaba y no podía quitársela de la cabeza? Suspiraba por ver en esos ojos violeta una pizca de ternura, una gota de aceptación. Anhelaba estrecharla entre sus brazos y besarla hasta robarle el aliento.

Nada de ello se estaba produciendo. Al contrario: estaban batallando.

Su vida en común iba a ser una guerra abierta, lo presentía. Entonces, ¿por qué quería convertirla en su esposa? No se engañaba: no era solo por Charleen. Era por ella, esencialmente por ella. ¡Que Satanás se lo llevase si no era cierto! Pero Sabrina se le negaba, se defendía e incluso lo retaba. Tendría que aprender que él siempre se salía con la suya.

Solo le quedaba un medio para convencerla. Era artero e indigno, pero a esas alturas ya le importaba poco aparecer ante sus ojos como un ser depravado, sin corazón.

No se anduvo por las ramas y dejó caer en los oídos de Sabrina una amenaza de lo más rastrera:

—O accedes a esa boda, Sabrina, o haré público que eres una mujer sin principios y solicitaré la custodia de mi hija.

—No serás capaz...

—Ya te dije una vez que no tenías ni idea de hasta dónde puedo llegar. Este podrido mundo se mueve por el dinero. Yo tengo suficiente, y tu pasado expuesto ante un tribunal será mi aval para que me concedan a la niña.

—¿Mi pasado?

—Sí, tu pasado. Tu carta de presentación es haber convivido con meretrices. No creo que haya juez en Inglaterra que se incline por ti, querida.

—¡Eres despreciable, un hijo de...!

—Ahórrate los insultos, ya supongo que no te faltan para regalarme. Pero decídette, porque tienes poco tiempo. Dos días, Sabrina. Cuarenta y ocho horas para que me des una respuesta. De ella dependerá tu futuro.

Vizcondesa de Maveric. Baronesa de Sheringham.

Los títulos venían a ser una losa con la que tenía que cargar, un corsé social que le venía impuesto y a cuyo peso tendría que acostumbrarse ante la nueva vida a la que había aceptado incorporarse. No era la que hubiera deseado, de hecho, se opuso a ella cuanto le fue posible, pero, al fin, no tuvo más remedio que acceder.

Contumaz, reiterativa, deprimente, la historia volvía a repetirse: a su madre la amenazaron con llevarse a su pequeña; a ella, con quitarle a Charleen. La diferencia era que ella estuvo atrapada sin poder escapar con su hija. Ken no se separó de ella ni un instante durante los días previos a la ceremonia, sin posibilidad alguna de eludirlo.

Desvió la mirada unos segundos para observar al hombre que se había convertido en su esposo, consciente de que no era inmune a su proximidad. Por mucho que pudiera odiarle, debía admitir el atractivo de Ken, dueño de una personalidad que le quitaba el aliento. Su sola presencia conseguía aminorar su ego, haciéndolo un poco más frágil y vulnerable. Un hombre al que, para su desgracia, no le uniría más que un pacto: el bienestar y el futuro de Charleen.

Cerró más su capa cubriéndose cuanto pudo, tratando de centrar su atención en el camino. Por muy corto espacio de tiempo, porque su cabeza seguía cavilando.

¿Tal vez no actuó como debiera? ¿De haberse sincerado sin ambigüedades al llegar él a Traveron House, las cosas hubieran podido ser de otro modo? Pensar que Ken pudiera haber admitido, sin más, que la pequeña era hija suya, no dejaba de ser un mero espejismo iluso, a pesar de lo cual su vena romántica quería creer que, de no haberse abierto la brecha creada entre ambos, su vida en común no debería haberse visto privada de transcurrir por cauces amistosos. Y acaso después, con el paso del tiempo...

Alejó de sí tales ensoñaciones. Ken solo quería a Charleen y ella solo quería el bien de su hija. Se juró a sí misma enfrentarse incluso al propio Satán con tal de que ella creciera feliz y, para lograr ese objetivo, haría lo que fuera preciso. Claro está que nunca contó con que fuera al precio de casarse con él. Con un Kenneth Baker implacable que impuso todas las condiciones, aunque tuvo la deferencia de dejarle a ella las migajas, permitiendo que eligiera el lugar en el que contraer matrimonio. Y ella decidió que fuera en la pequeña capilla de Traveron House, allí donde, al menos, iba a estar arropada por aquellos a quienes consideraba ya más familia que

compañeros de trabajo. Ken no se opuso a que, a la ceremonia, a la que no acudió Colin, asistiera el servicio al completo. Muy al contrario, le satisfizo que ella lo planteara como una imposición innegociable, aun a sabiendas de que los criados se tomarían la libertad, siguiendo la tradición, de colgar herraduras y campanillas en la puerta de la capilla; unos símbolos de buena suerte que, a él, en particular, no le agradaban.

La única persona ajena a la mansión fue lady Romins, que se emocionó hasta el punto de no controlar alguna lagrimilla durante el acto, y fue consolada por un Julius eufórico.

Ken se personó vestido de negro impoluto, salvo por el níveo corbatín. En su fuero interno hubo de reconocer que lucía espléndido. Ella, asesorada por Mirna, acabó eligiendo un vestido dorado de satén, liso, sencillo y sin adornos, de los varios que encargara lord Lancashire para ella. Como únicas joyas llevaba los aretes de oro de su madre y el anillo que Ken compró para ella un día antes y que, por cierto, le quemaba en el dedo como si de una argolla al cuello se tratara.

Charleen no acabó de entender bien lo que sucedía, pero, como niña que era, una fiesta siempre era bienvenida. Se mostró muy atenta durante la ceremonia y se comportó como una auténtica damita, gracias a Dios. Sabrina la iba a echar muchísimo de menos, puesto que Ken había decidido que ellos dos pasaran unos días en su casa de Londres, apartados de todos, teniendo en cuenta que, tal como se habían sucedido los acontecimientos, no iban a tener viaje de novios. Ella no pudo hacer más que acatarlo.

Por fin se detuvo el carruaje. Ken bajó primero, tendiéndole la mano para ayudarla a que lo siguiera. Miró ella el lugar en el que se encontraban sin excesivo interés, mientras el cochero se hacía cargo de los baúles, y se fueron acercando hasta la entrada de una casa, en donde hizo una inclinación de cabeza de cortesía al sujeto que les franqueó el paso al interior. Un hombre peculiar, por cierto, que le llamó la atención por el parche negro que cubría uno de sus ojos.

—Bienvenida, milady.

Por un instante no asumió que se dirigía a ella.

—Gracias.

—El señor Tribby dirige la casa, Sabrina. —Oyó que le decía Ken a la vez que le quitaba la capa de los hombros—. Cualquiera cosa que necesites, él te la proporcionará.

—Me he permitido tener preparado un pequeño refrigerio, mi teniente; espero que sea del agrado de milady.

Aturdida aún por los acontecimientos, la joven agradeció el detalle con una media sonrisa.

—Quisiera cambiarme y refrescarme primero. Si no le importa, me gustaría que avisara a una muchacha, señor Tribby.

El antiguo sargento carraspeó sorprendido, un tanto incómodo, mirando a su señor de reojo.

—Aquí no vivimos más que el señor Tribby y yo —dijo Ken, a quien interrumpió un niño que apareció de súbito y sonrió a Sabrina de oreja a oreja, seguido de un perro que lanzó un ladrido al reconocerlo—. Bueno, quiero decir el señor Tribby, este pillastre, al que es mejor que le escondas tu bolso, y el perro.

Sabrina perdió la rigidez ante la carita pícara que no le quitaba ojo. Le acarició el flequillo que le caía sobre el puente de la nariz y rascó al perrillo tras las orejas, ganándose un gemido de gratitud. Pero se envaró al segundo siguiente, dándose cuenta de que acababan de indicarle que en la casa no había otra mujer. El vestido que llevaba se abrochaba a la espalda con tantos botones que le iba a ser imposible quitárselo sola.

—¿No hay una...?

—Si lo que te preocupa es una ayuda para desvestirte, no te preocupes; estaré encantado de hacer las veces.

Notó que el rubor le cubría las mejillas. ¡Por descontado que su condenado marido estaría dispuesto a ayudarla en tales menesteres! Solo le hizo falta una breve mirada a su expresión lasciva para saberlo. Pero si pretendía abochornarla delante del sirviente, iba a demostrarle que no la intimidaban sus maneras libertinas; también ella tenía cartas que jugar en esa partida. Elevó el mentón y repuso, con un retintín meloso acompañado de una caída de pestañas:

—Si no te importa, querido...

Una respuesta con tanto aplomo y agudeza no se la esperaba, y entonces fue Ken quien se turbó. Porque, aunque había pensado sin cesar en la noche de bodas, derecho marital que le correspondía, también sabía que no podía imponérsela a Sabrina. Era su esposa, sí, había prometido obedecerle y honrarle, pero el término «amarle» apenas fue un susurro que nadie escuchó en la capilla. Lo dijo obligada. Nunca había forzado a mujer alguna a aceptar sus caricias y no lo haría con ella, aunque la ley le autorizara.

—Lamento no haber caído en el detalle de que te vendría bien una criada; me encargaré de ello.

—Gracias, eres muy amable.

Ken le indicó las escaleras que ascendían al piso superior y la precedió para guiarla hasta su cuarto. Entretanto, Sabrina rezó con fervor para que a él no se le hubiese ocurrido que compartieran alcoba. Sus ruegos fueron escuchados. Ken le cedió el paso a una estancia que, aunque no había sido decorada para una mujer, le agradó.

—Podrás arreglarla a tu gusto. Mi habitación está al otro lado de esa puerta —señaló la que comunicaba ambos cuartos.

Las cortinas, alfombra y colcha de la amplia cama, soportada por cuatro robustas columnas de madera con dosel, eran de color asalmonado. Una mesita redonda junto al ventanal, dos sillones y una amplia coqueta formaban el mobiliario restante. Se echaba de menos el toque femenino, tal vez cojines de tonos claros y algún jarrón con flores frescas, pero parecía cómodo. Hubiera dicho que se trataba de un cuarto de invitados, pero a ella le fue suficiente con saber que no iba a tener que compartirlo. Aunque no le tranquilizó del todo saber que Ken estaría tan cerca.

—No tengo intención de gastar ni un penique de tu dinero.

—Haz lo que quieras. Puedes tirar la casa abajo y volver a levantarla, si es tu gusto —gruñó él, que tomó la negativa como un desprecio mayúsculo—. Te aseguro que no me arruinarás por ello. En cualquier caso, no viviremos aquí siempre.

—¿No? ¿Y qué has pensado?

Llamaron a la puerta, ella dio su permiso y Tribby entró para dejar a los pies de la cama su baúl, desapareciendo tan raudo como llegó.

—La recién casada baronesa de Sheringham debe vivir en una casa acorde a su rango, no en lo que ha sido un piso de soltero —contestó así Ken a su pregunta—. Te encontraré algo en breve. Ahora, ¿me permite, milady? —Sugirió con un gesto que se diera la vuelta.

Ken comenzó a desabrochar los botones del vestido. Lo hizo despacio porque quería deleitarse con ello. Con cada ojal abierto, imaginaba la piel tersa y suave de Sabrina bajo la suave camisola que llevaba debajo; por más que le costara dominarse, no perdió la compostura y se limitó a su cometido. Hubiera dado su fortuna por estar desnudándola para llevársela a la cama, pero se conformaría con hacer el papel de una servidora doméstica. De momento.

Ella, por su parte, intentó mantenerse distante, hacerse a la idea de que aquellas manos que trabajaban con los botones del vestido y que, a cada poco, rozaban su piel por encima de la ropa interior, no eran las de su flamante esposo, consiguiendo, a duras penas, disimular algún que otro estremecimiento. Cerró los ojos casi con violencia y pensó en Charleen para acallar a los demonios que la atormentaban cada vez que lo tenía tan cerca. Iba a ser un suplicio convivir con él porque lo deseaba; cada vez le iba a resultar más espinoso proceder como si no le importara en absoluto. Sin embargo, estaba muy decidida a no flaquear más ante él; una cosa era claudicar para no perder a la niña y otra, muy distinta, permitirle ganar aquella guerra de voluntades. No tenía la más mínima intención de acatar sus exigencias o sus normas por el hecho de que fuera su esposo, ni convivir de mera comparsa. Que el matrimonio fuera un hecho no implicaba que ella contara como un cero a la izquierda. Su madre le inculcó que aprendiera a pensar por sí misma y mantendría ese criterio, le gustara a Ken o no.

A su espalda, Ken había llegado a un punto en que ya le sobraban tantos botones. Respiraba a bocanadas, excitado más por lo que ansiaba que por lo que veía. Al fin, la tela del vestido se escurrió dejando al descubierto uno de los hombros de Sabrina. No esperó más y se dirigió a la puerta que comunicaba ambos cuartos sin volver la vista atrás.

—Te espero abajo. —Oyó ella que le decía un segundo antes de cerrar.

Al quedar a solas, Sabrina se apoyó en una de las columnas de la cama inhalando aire como si hubiera permanecido un buen rato bajo el agua. Se dio cuenta de que temblaba. Despacio, recobrándose poco a poco, consciente de que esa situación se volvería a repetir de una u otra manera y no siempre con ese desenlace, abrió el baúl para escoger un vestido discreto que ponerse. Se sentó frente a la coqueta, deshizo el peinado que luciera en su boda y cepilló y estiró su oscuro cabello para recogerlo después en un rodete que ajustó de nuevo sobre su coronilla.

Se contempló en el espejo y este le devolvió la imagen de la mujer con la que ella más se identificaba: la Sabrina Klever de siempre. Sin razón aparente, esa percepción tuvo el efecto de tranquilizarla.

La apariencia anodina con que hizo su entrada en el comedor llegó incluso a molestar a Sheringham, cuyo desencanto quedó reflejado tanto en su rostro como en su escaso tacto al dirigirse a ella.

—Así que has decidido volver a mostrarte con tu aire gris, desechando el porte que corresponde a la baronesa de Sheringham—censuró a modo de saludo, levantándose, no obstante, para retirarle la silla y que ocupara su sitio a la mesa.

—Supongo que, en todo caso, se refiere a la gris vizcondesa de Maveric, milord.

A Tribby, dispuesto ya a servir el primer plato, le bailó brevemente la vajilla entre las manos. Cruzó una rápida mirada con su señor. Pensó que la noche prometía. Aquella preciosa mujer, que se personaba con un atuendo tan distinto al otro con que llegase, le cayó bien al instante. Que tuviera agallas para poner a su teniente en su lugar hizo que se agrandara su figura a sus ojos. Conocía desde hacía años a Sheringham y sabía que odiaba que se utilizase ese título ante él. Al hacerlo, ponía de manifiesto que de apocada tenía muy poco. Sirvió la sopa y se marchó a la cocina.

Sheringham no podía creerse que ella se hubiera atrevido a retarlo de un modo tan directo.

—Ese maldito título está proscrito en mi presencia, Sabrina; creí que mi abuelo te lo habría dicho.

—Lo hizo, sí. Pero que tú reniegues de él no significa que yo deba hacerlo. Me obligaste a casarme contigo, no a que hable como tú quieres.

—Habla como te venga en gana, pero no vuelvas a usarlo estando yo delante.

—Quisiera cenar sin que discutamos y retirarme a mi habitación. Ha sido un día muy largo.

Tampoco Ken deseaba que su primera cena como matrimonio acabase en una disputa, máxime con Tribby de testigo, a quien, estaba casi seguro, le había divertido que se le opusiera. Lo mejor era dejar las cosas como estaban. Se dedicó, pues, a saborear la sopa y a callar.

—Por cierto, ¿de dónde ha salido ese pequeño que apareció por ahí antes? —Sabrina preguntó en el momento en que Tribby entraba de nuevo empujando un carrito con el segundo plato.

—¿Eddy? Me lo encontré robando en la calle —contestó él, poco preciso.

Ella agradeció a Tribby con una sonrisa la carne que le pusiera delante.

—Imagino que su estancia aquí será temporal.

A Ken no le gustó tal conjetura, porque el chico le agradaba y no tenía intención de devolverlo a su vida anterior. Si a ella no le complacía tenerlo en la casa, le importaba un carajo. Es más, le dolió saber que su recién desposada mujer censurara que lo hubiera recogido porque creyó que ella, que había tenido que subsistir en la calle, sería mucho más receptiva a esa realidad.

—No lo he decidido aún.

—Lo digo porque un niño de esa edad debería estar en la escuela, no haciendo las veces de criado.

El comentario llevaba implícita una crítica. ¡Cómo no! Sabrina no dejaba pasar la más mínima ocasión para zaherirlo. Tuvo que admitir, sin embargo, que el juicio que se había formado sobre su comentario de la permanencia del niño en la casa era equivocado y ella estaba en lo cierto: con la obstinación de casarse para tener a Charleen bajo su tutela, ni se había parado a pensar en el chico.

Pese a lo cual, no dejaba de contrariarle que ella se lo hubiera dejado ver.

—No es momento para hablar de ese asunto —replicó.

Tampoco esa fue la respuesta que esperaba Sabrina, que dio por sentado que su esposo no tenía ningún interés en hablar de alguien que estaba a su servicio. ¡Así era como la aristocracia se desentendía de las diferencias sociales! El amargor de la injusticia la sublevó y reaccionó como si fuese ella la vejada. Quería recuperar una de sus viejas aspiraciones de poner en marcha algún tipo de iniciativa para acoger y dar un mínimo de formación a niños desamparados; de hecho, alguna vez, incluso, se lo había comentado a lord Lancashire, quien se ofreció a apoyarla. Pero sus ocupaciones en Traveron House para que funcionase como un equipo y el cuidado de Charleen absorbieron todo su tiempo, fue posponiendo su idea. Pero, sin ocupación alguna, salvo la de aparecer junto a su esposo como un complemento más, el proyecto tenía todo el sentido. Entonces, ¿por qué no retomar su sueño? ¿Por qué no abrir una escuela, como lo hiciera su madre, admitiendo a chicos descarriados en lugar de señoritas de más o menos buena familia?

—Entiendo que no son una prioridad para ti estos repudiados sociales...

—Y eso, ¿qué demonios quiere decir, señora mía?

—¿Te he molestado? Me alegro, porque era esa mi intención. Me dijiste que puedo gastar tu dinero, ¿no? ¿La oferta sigue en pie?

¡Quería hablar de dinero!

Ken dejó los cubiertos sobre el plato y se reclinó en el respaldo de su silla. La carne se le estaba atragantando. Clavó sus ojos en ella aborreciendo su apariencia tan formal y tristona, con el cabello recogido como si fuera una matrona y unas ropas de beata que tan poco le favorecían. Sabrina tendría que corregirse. La obligaría a que vistiera como correspondía a su rango, porque su esposa no podía presentarse ante su entorno social de esa guisa o iba a ser la comidilla de Londres. Le interesaba muy poco la opinión de los demás, pero su posición le acarreaba atenerse a unas normas y Sabrina no le dejaría en ridículo; demasiado iban a dar que hablar después de una boda tan precipitada y con una pequeña de por medio.

«Quiero verte envuelta en sedas. Y arrebatártelas en la intimidad del dormitorio. Arrancarte esas puñeteras horquillas para que el cabello caiga suelto, se esparza sobre los almohadones y así poder acariciártelo...»

—¿Sigue en pie o no, milord? —insistió ella.

Perdido en ensoñaciones inoportunas que le guiaban a un estado de excitación embarazoso, volvió en sí y respondió:

—¿Has cambiado de idea? Si has decidido llenar la casa de operarios, puedes empezar cuando quieras, siempre podemos alquilar otra casa mientras duran las obras.

—No es eso. Solo quiero disponer de una cantidad fija al mes.

—¿Cómo dices?

—¿No es lo habitual? Una esposa debe manejar su propio dinero para fruslerías. No pretenderás que me vea obligada a pedirte cada chelín que vaya a gastar.

—Puedo abrirte cuentas en las tiendas que me indiques.

—Prefiero efectivo, gracias. Veinte libras al mes estarían bien. —Las cejas de Ken se fruncieron un tanto—. ¿Es demasiado para ti?

Tribby, que esperaba a que acabaran la carne para retirar los platos y servirles el postre, irguió la cabeza centrando toda su atención en el cuadro que colgaba encima de la chimenea, como si de ese modo se abstraiera de la fina mordacidad con la que la dama encaraba a su señor.

—Te estás poniendo un precio —replicó Sheringham, anonadado—. ¿Es eso, Sabrina? ¿Te estás poniendo un precio? —Subió el tono de voz.

—No lo había pensado, pero tal vez sea buena idea. Bien mirado, se podría decir que me has comprado a cuenta de Charleen.

—¡Por el amor de Dios! —estalló él, levantándose de la mesa con tanto ímpetu que las patas de la silla chirriaron contra el suelo—. Si querías amargarme la noche, lo has conseguido, querida. Tendrás tus veinte libras mensuales, pero que te quede clara una cosa: nunca he pagado a una mujer para que esté conmigo y nunca lo haré. Cumplirás con tus deberes conyugales porque es lo que corresponde. Fin del asunto.

Una vez expresada su concluyente respuesta pretendió abandonar el comedor, pero ella no había terminado de hablar.

—Ni por toda tu endemoniada fortuna me iría a la cama contigo de buena gana, así que no te creas ni por un momento que es por eso que te pido el dinero. Dado que a ti parece importarte poco el destino de quienes nacieron menos afortunados que tú, quiero que sepas que tengo la intención de abrir una escuela para niños desprotegidos, como Eddy. No puedo tomar esa decisión en solitario, sé que tienes que darme tu consentimiento, por eso te informo. Espero que no te niegues.

A Ken, una bofetada no le hubiera dolido tanto. Tardó en reaccionar.

—Me insultas y luego me pides un favor. No tendrías futuro como político. Pero voy a contestarte, a pesar de todo. A tu diatriba repulsiva: acabarás en mi cama, eso puedes jurarlo. En

cuanto al consentimiento a tu proyecto: me lo pensaré.

La réplica de Sabrina fue inmediata.

—A tu afirmación posesiva yo te respondo: eso ya lo veremos. Y referente a la escuela: te concedo el mismo tiempo que tú me diste a mí: dos días; cuarenta y ocho horas y ni una más.

Sheringham se dio cuenta que le repetía, casi palabra por palabra, su propio ultimátum para obligarla a casarse con él. Deseando a la mujer que tenía delante como la deseaba, no le quedaban opciones salvo, quizá, arrepentirse de haberla forzado al matrimonio. Probablemente, estaba empezando a hacer de su vida un infierno. Y las llamas ya estaban ardiendo.

A Tribby, hombre prudente donde los hubiera, le pareció adecuado desaparecer antes de que la tormenta degenerara en tifón. De paso a la cocina, solo escuchó cerrarse la puerta del comedor y los pasos cansinos de su teniente escaleras arriba.

Durante los dos días siguientes, Ken procuró evitar en lo posible a su esposa. Esposa por ley, no por consumación. En cualquier caso, mejor esperar a que se calmaran las aguas antes de emprender lo que se había propuesto al jurar ante el altar: conquistarla. Estaba harto de enmascarar la atracción que ejercía sobre él, de simular que solo se había casado para convertirse en el padre legal de su hija, de disfrazar sus sentimientos. Quería seducirla, que se le entregara. En realidad, ya había dado los primeros pasos para ganársela: Sabrina tendría dificultades para encontrar a un agente inmobiliario honesto que le consiguiera un local, de manera que el día anterior había movido algunos hilos. Por otra parte, también se encargó de activar la llegada de una criada personal; esperaba que ambos pasos contribuyeran a limar asperezas, porque ya había existido demasiada contienda entre ellos.

Además de ridículo, no era razonable estar siempre a la gresca porque, antes o después, deberían presentarse en público y no iban a hacerlo como enemigos declarados. Londres era un nido de cotillas de ambos sexos, a la espera del más mínimo detalle para despellejar a cualquiera. Por su abuelo y por Charleen, debían dar la imagen de pareja bien avenida.

Aunque fuera solo por ellos.

No le molestaba en absoluto que tuviera la intención de poner en marcha una escuela para niños, muy al contrario, se lo aplaudía, aunque en su entorno clasista no faltaría quien lo juzgara como una extravagancia. A fin de cuentas, la hermana pequeña de Alan Chambers colaboraba con Elizabeth Fry en el empeño loable de alfabetizar a las reclusas de Newgate y era adorada por la sociedad.

—No sé por qué trato de engañarme —suspiró, cansado de darle vueltas al tema.

Walter, que esperaba con la chaqueta en las manos, le preguntó con toda intención:

—¿Decía, mi teniente?

Ken metió los brazos en la prenda y se la ajustó antes de que su antiguo camarada de trincheras

le anudara el corbatín.

—¿Ha estado alguna vez obsesionado con una mujer, señor Tribby?

—Hace mucho tiempo —contestó meditabundo—. Con mi esposa. Lorna y yo estuvimos casados apenas un año, pero fueron los meses más hermosos de mi vida. Murió de tuberculosis.

—Nunca me habló de ella. Lamento su pérdida, sargento, aunque deduzco por sus palabras que fue feliz.

—El matrimonio puede ser una bendición o un calvario, señor. Y si me permite un consejo, hay que hacer siempre lo imposible para que funcione. Milady es una mujer de una pieza, he podido comprobarlo en estos días. Una señora con coraje, honorable e íntegra, de las que están siempre, si puedo usar la jerga militar, lista para el combate.

—¡A mí me lo va a decir!

—¿Le esperamos para cenar, mi teniente? —preguntó para no seguir inmiscuyéndose en asuntos personales; no era quién para aconsejar al joven, aunque les uniera un sincero afecto por lo que compartieron en el frente.

—No. —Sacó la Remington del cajón de la coqueta, se la guardó y se echó la capa por los hombros—. Como dijera Sun Tzu, el estratega militar de la antigua China: «El arte supremo de la guerra es someter al enemigo sin luchar».

Tribby asintió con una franca sonrisa.

Se encontró abatida y sola en el amplio comedor, sin apetito para tragar ni un poquito del pescado cocinado por el señor Tribby, a pesar de su olor y su aspecto apetitosos. El tic-tac del reloj de pared retumbaba en la habitación resaltando su soledad. A esas horas, en Traveron House, probablemente estaría departiendo con lord Lancashire y, a continuación, acabada la cena, acostaría a Charleen y le contaría un cuento.

¡Cómo echaba de menos a su hija! Añoraba también a Julius, a Lina, a Mirna... Incluso a su profesor, cuyas clases retomarí­a tan pronto le fuera posible, porque no estaba dispuesta a dejar de estudiar.

Y a él. Sobre todo, a él.

Ya estaba bien de engañarse. ¿Por qué anteponía otros nombres si al que echaba de menos era a Ken? Después de su acalorada disputa no habían vuelto a compartir la mesa, pero no podía culparlo o, al menos, no del todo. Ella se había excedido verbalmente, con insolencia, y lo lamentaba. Se avergonzaba de su conducta. Pero sucedía que Ken sacaba lo peor de ella, su lado más visceral. Le odiaba. Y le deseaba. Ese era el jeroglífico emocional que tenía que descifrar. De no habersele enfrentado desde un principio, acaso la hubiese tomado por una simple criada más y no estaría inmersa en aquel dilema. Pero entró en juego el orgullo que la llevó a plantarle cara y, a partir de ahí, la atracción que fue ejerciendo hacia ella no dejó de crecer, hasta el punto,

no ya de esperar, sino de querer sus besos. Cara y cruz de una moneda que, para un hombre como él, que casi siempre conseguía lo que quería, venía a ser un acicate.

—Tonta, tonta, tonta...

Se arrepintió de tantas cesiones, aunque la de más peso fue la menos costosa porque su destinatario final era Charleen. Acabó por levantarse de la mesa, dispuesta a retirarse a su habitación. Se lamentaría a solas, incluso lloraría, como lo había hecho las dos noches anteriores.

Subiendo la escalera llegó a sus oídos una risa infantil, acompañada por otra más profunda del señor Tribby. Se paró, lo pensó unos segundos y desanduvo sus pasos para regresar al comedor. Recogió su plato y los cubiertos y se encaminó hacia la cocina. Dudó unos segundos antes de empujar la puerta con el hombro, pero la animada cháchara de aquellos dos la decidió.

—¿Puedo acompañarlos?

Walter se levantó de inmediato, azorado por su inesperada presencia, y se apresuró a bajarse las mangas de la camisa y a ponerse la chaqueta. Por su parte, el pequeño Eddy apoyó los codos sobre la mesa, descansó su barbilla en las palmas de sus manos y se quedó mirándola con una sonrisa en la boca. Sabrina se fijó en que ambos tenían ante sí lo mismo que le fuera servido a ella: pescado con verduras salteadas.

—¿La cena no es de su gusto, milady?

—¡No, por Dios! No se preocupe, señor Tribby. Es solo que...

—... el comedor es demasiado grande para una sola persona. —Acabó él la frase.

—En efecto, por eso me gustaría cenar con ustedes. No quiero molestar, entendería que... —titubeó.

Desde luego, era inusual, por no decir rarísimo. Una dama así nunca pisaría una cocina, mucho menos se rebajaría a comer con el servicio. Pero Walter supo adivinar el aislamiento en los ojos de su señora y, por una vez, ambos podían saltarse las normas. Tomó la vajilla de manos de la joven, lo dispuso todo sobre la mesa y retiró una silla. Sabrina ocupó el asiento, agradecida de que la aceptaran.

—Continúen con su charla, que debía de ser muy amena por cómo los he oído reír.

—Este malandrín me contaba cómo afaná el reloj a un paisano, justo unos instantes antes de que el teniente lo encontrara.

Sabrina miró al pequeño con ojos críticos. Para el señor Tribby, el hecho en sí podía resultar gracioso, pero no dejaba de ser el resultado de una vida degradante, en la que ninguna criatura debería moverse. Y Eddy, por su parte, se mostraba muy engreído porque, para él, era importante que los demás conocieran su habilidad. No podía reprenderlo por sobrevivir de la única manera que conocía, pero eso habría que enmendarlo. Se alegró de que Ken lo hubiera rescatado de las calles y, al pensarlo, notó que su corazón se arropaba con una andanada de ternura. Los hombres como él no se preocupaban por cómo se vivía en los arrabales de la ciudad. Ken, sin embargo, había salvado a ese chiquillo.

—¿Por qué llama siempre teniente a mi esposo, señor Tribby? —le interrogó de pronto a este.

—Pura costumbre, milady. Fui su ayudante durante la guerra y aún mantengo ese hábito. Pero si el trato le importuna...

—Nada de eso, solo me ha llamado la atención. ¿Y qué me dices de ti, Eddy? ¿Te gustaría estudiar? —Desvió su atención hacia el crío que, solo con oír su pregunta, torció el gesto.

—¿Quiere decir hacer las letras y *tó* ese rollo, jefa?

Se ganó un coscorrón por parte de Tribby, pero a Sabrina le hizo mucha gracia y no se cohibió riendo de buena gana.

—Pues, sí: las letras, los números, la historia...

—¡Jod...!

—¡Chico, modera ese lenguaje en presencia de milady o te zurro de veras!

—Déjelo, señor Tribby —pidió ella, comprensiva y risueña—. ¿Sabes? Mi hija también usa expresiones parecidas cuando algo no la convence, lo que no quiere decir que sea correcto.

—¿Cómo es su hija, patrona? Quiero decir, milady —rectificó de inmediato pendiente del movimiento de la mano de Walter.

—Más pequeña que tú, revoltosa y muy bonita. Ella tiene una institutriz; tal vez debamos pensar en otra para ti, o en un tutor, mientras consigo abrir la escuela. Saldrá de mi bolsillo —aclaró, como si necesitara dar cuenta de sus decisiones a Tribby—, por supuesto.

—No creo que su esposo lo acepte, milady.

—Es posible, señor Tribby, incluso es probable. Pero seguro que tiene cosas más importantes de las que ocuparse. La escala de valores de mi esposo y la mía son muy distintas. Y ahora, ¿qué tal si acabamos de cenar, caballeros?

Oírse llamar así provocó que Eddy rompiera a reír inundando la estancia con una algarabía contagiosa.

Y Walter Tribby se dijo que la mujer que tenía delante valía su peso en oro.

—¿Está usted seguro del precio, señor Townsend?

—No puedo rebajar ni un chelín, milady, lo lamento —ratificó su interlocutor, al que le extrañó sobremanera que la joven hubiera llegado sola, sin una dama de compañía—. Entiendo que tendrá que dar un vistazo a la casa antes de decidirse; si lo desea, puede verla hoy mismo.

Sabrina se mordió el labio inferior, como si se lo estudiara, echando mano de todo su control para no exteriorizar lo que consideraba un precio más que ventajoso. Si el día anterior le hubiesen dicho que iba a encontrar una ganga como la que le estaban ofreciendo, habría dicho que se burlaban de ella. Hubiera sido perfecto haber dado por sí misma con el despacho de aquel hombre, porque no quería deberle un favor a su esposo, pero también reconocía que, sin su intervención, podría haber estado perdiendo el tiempo durante días: ella no era nadie en Londres y en cambio a él le sobraban los contactos. Ken no habló con ella, desde luego, fue a través de Tribby que le hizo llegar una concisa nota:

En relación a tu escuela: pásate por el número 4 de Dean Street. Sigmund Townsend.

Ken

—Si no le causa molestia —respondió—, sí, me gustaría ir a verla ahora.

La casa, desde la que se podía ver Templar Church, le encantó. Necesitaba arreglos, pero su amplitud era idónea: dos salas de buenas dimensiones, una despensa y otro cuarto adyacente; en el piso superior, una habitación más, de generosas proporciones. Se le disparó la imaginación y, de inmediato, comenzó a cavilar dónde situar el aula de estudios, cuántos pupitres cabrían... Arriba se podía poner un dormitorio con literas y había sitio de sobra para una cocina y un excusado. No iba a poner en marcha una simple escuela, sino un lugar de acogida. Sería más costoso, pero no le importaba.

—Necesitaré operarios para hacer reformas. Y un ebanista.

—No suelo gestionar este tipo de cosas, pero, por deferencia a usted, haré una excepción. No todos los días se topa uno con una dama que quiera ocupar su tiempo en la gente humilde. Dígame solo lo que necesita y yo me encargaré. ¿Cuándo tiene previsto poner esto en marcha, milady?

—Va a ser difícil para mañana, pero usted ya me entiende... —Le sonrió con todo el candor de que era capaz.

Él movió la cabeza, comprensivo, dispuesto a activarse para ella.

—Me temo que tardaremos algo más. Pero déjelo de mi cuenta. Supongo, pues, que puedo enviarle los documentos de alquiler a su esposo.

A Sabrina se le fue el encanto. Se topaba con ese precepto de sumisión con el que tan poco comulgaba, una de las potestades que entregaba al marido al casarse. Como viuda tenía ciertas ventajas, pero se esfumaban en su condición de esposa. Asintió de mala gana. Dieron una vuelta más por los recintos, entretanto Townsend tomaba buena nota de cuanto ella le fue pidiendo, y regresaron a la oficina para revisar las condiciones del contrato. Ken firmaría, pero no sin que ella diese antes el visto bueno a los términos.

A la espera de la aparición de un coche de alquiler, el aire comenzó a poblarse de algodonosos copos de nieve que, perezosos, caían sobre la ciudad y cubrían aceras y tejados, ahuyentando a los transeúntes a medida que se intensificaban. Le gustaba el período invernal, el manto blanco con que se revestía el entorno circundante, un marco frío pero luminoso en el que, al abrigo de la chimenea, se narraban historias legadas o epopeyas del pasado.

Calculó que, si el tiempo empeoraba, como era de prever, se retrasarían las obras. No era conveniente demorar tampoco la escolarización de Eddy, el pequeño necesitaba de una mano que lo guiara cuanto antes. Tenía que proponérselo a Ken, si es que se dignaba aparecer. Tal vez una solución temporal sería que el chiquillo se instalara en Traveron House y que fuera la señora Taylor quien se ocupara de su educación; estaba segura de que a Julius no le importaría y, por otro lado, no le vendría mal la compañía a su hija.

Con un pie ya sobre el estribo del coche, oyó que la llamaban. Se volvió. Era el comodoro Bellamy, elegante y sereno como lo recordaba, que se acercaba hacia ella. Se alegró de verlo de nuevo.

—Bendita casualidad —saludó él—. Veo que estaba por tomar el carruaje. ¿Está usted sola?

—Regresaba a casa. Y sí, he salido sin compañía, comodoro; puede no ser habitual, pero nunca me hizo falta un guardaespaldas.

—Es usted una dama sorprendente, pero debería ser más cauta. Por todo Londres corre la noticia de su boda con el vizconde. Mi enhorabuena.

—Muy amable, gracias.

—Me pregunto si le concedería unos instantes de charla a un viejo marino. No pretendo imponerle mi compañía, pero me gustaría que charlásemos un poco.

Sabrina no encontró excusa para negarse, de modo que despidió al cochero y se tomó de su brazo.

Bellamy la condujo a un establecimiento cercano, le ayudó a quitarse la capa y ocuparon una de las mesas junto a uno de los ventanales, para solicitar luego un servicio de té y pastas. Una vez servidos, él se atrevió a preguntar:

—¿Qué le ha hecho salir en un día tan desapacible? Debería estar disfrutando de su recién estrenada vida de casada.

—Cierto. Pero tengo en mente una iniciativa y necesitaba conseguir una casa. —Sonrió al ver su gesto confuso—. Quiero poner en marcha algo así como un hogar con escuela para niños huérfanos.

Bellamy la observaba con el mayor interés. La joven había acaparado su atención mientras bailaban en la fiesta de lady Romins, provocando en él una extraña impresión que no había conseguido olvidar desde entonces. Fijándose en ella, en sus facciones, en sus ademanes y su modo de sonreír, notó de nuevo que el corazón le daba un vuelco. Si obviaba el color de su cabello y el de sus ojos, creía estar delante de otra mujer.

—Un hogar-escuela —repitió.

—Bueno, no pretendo que sea una institución al uso, solo un lugar donde acogerlos, con un aula en la que poder educar y enseñar. Debe de ser un rasgo que me viene de familia, mi madre ya dirigió una para muchachas hasta que falleció. —Lo dijo con un deje triste al recordar el terrible suceso—. Cobraba una pequeña cantidad a las que podían permitirselo, pero también daba clases a quienes no eran tan afortunadas.

—Lamento la pérdida de una mujer tan bondadosa. —Se le quebró la voz y desvió sus ojos hacia el exterior para ocultar un destello de añoranza, el recuerdo de otro tiempo—. Y su esposo, ¿está de acuerdo?

—Es mi decisión —contestó ella, algo envarada, al creer que la pregunta conllevaba cierto aire de crítica—, y no cejaré en mi empeño, pese a quien pese, para llevarla a cabo. De todos modos, sí, el vizconde me apoya.

—Muy loable por parte de ambos, sin lugar a dudas. Ojalá este tipo de actividades fuera secundado por otras damas. Por mi parte, si en algo puedo colaborar, estaría encantado de hacerlo.

Sabrina se relajó al escucharle. No se había confundido con él; le creyó un hombre con principios y su oferta lo confirmaba.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—No las merece. Cooperar en una empresa como la que se propone serviría para aliviar mi conciencia. —Guiado por un presentimiento repentino, echó mano de la cadena que colgaba de su cuello para mostrarle a la muchacha un pequeño camaféo que llevaba desde hacía años, del que nunca se separó, su talismán. Le temblaron las manos al abrirlo para que pudiera ver la diminuta acuarela que mostraba el rostro de la mujer que lo fue todo para él—. A veces hay que saber enfrentarse al mundo para conseguir lo que uno desea. Yo dudé. Fui un cobarde. Por eso perdí la oportunidad de ser feliz con ella. Se llamaba Peace.

Sabrina se sobresaltó al oír el nombre de su madre. Retumbándole el corazón en los oídos, se inclinó un poco para fijarse en la pintura. De sus labios afloró una exclamación emocionada y se le anegaron los ojos de lágrimas, prisioneros de unos rasgos que el tiempo se había encargado de ir difuminando. Dominada por un vahído, empalideció por la impresión y se echó hacia atrás como si no acabara de creer lo que veía. Luego, miró a su interlocutor y los recuerdos acudieron a

ella en tropel, hiriéndola como el filo de un cuchillo. ¿Era él? No quería admitirlo, pero tenía ante sí la aterradora evidencia. Sí, eran sus mismos ojos, su misma complexión, que de niña le pareció colosal y que los años transcurridos no habían debilitado demasiado. ¡Con razón tuvo la perturbadora corazonada de que le resultaran familiares sus facciones cuando le fue presentado!

Lo que no alcanzaba a entender era el motivo por el que aquel hombre llevaba consigo la imagen de su madre, cuando fue el causante de que escaparan de Chester.

Bellamy no se perdió ni una de las alteraciones que se fueron sobreviniendo en el semblante de la joven. La sospecha que lo había estado trastornando desde que conociera a Sabrina acababa de confirmarse. Una pena infinita y una alegría inmensa lo golpearon a la vez. Pena, por saber que la mujer a la que amó, y aún amaba, estaba muerta; alegría, por haber encontrado a quien creía perdida para siempre. La mirada turbada y recelosa de Sabrina indicaba que no se confundía. Después de tantos años...

Fue a decir algo. No pudo. La muchacha se levantó de improviso, tomó su capa y corrió hacia la salida excusándose con una disculpa atropellada. No hizo nada por detenerla porque el peso de la culpa lo dejó petrificado en su asiento. Quiso reaccionar después y salir tras ella. Ya era tarde. El ventanal le devolvió la silueta de lady Maveric subiendo a un carruaje que, poco a poco, se fue perdiendo en la distancia.

Lo que acababa de descubrir la tenía conmocionada, ni siquiera era capaz de llorar. No lo asimilaba.

«Es imposible, imposible, imposible», se repetía una y otra vez, negándose a aceptar lo que el destino había puesto ante ella. Ni más ni menos que aquel hombre del que su madre y ella escaparon. Ya no tenía poder sobre ella, pero, así y todo, la aterraba; no porque hubiera aparecido, sino porque, para ella, había dejado de existir hacía mucho.

La ansiedad se pintaba en su rostro al aceptar la ayuda del cochero para bajar de la cabina. Por ello, al abrirse la puerta de la casa y hallar a la persona que, paraguas en mano, corría hacia ella para protegerla de la nevada, fue alentada por un soplo de alegría y la abrazó.

—Pero ¿qué...?

—¡Por Dios! ¿Cómo se le ha ocurrido salir sin compañía? Entremos, milady, hace un tiempo horrible.

A Sabrina le sonó raro que usara un tono tan formal tras haber convivido en un contacto más cercano, pero asumió que así iba a ser en adelante. Lina le cedió el paso, cerró la puerta, dejó el paraguas y le ayudó a quitarse la capa y el sombrero. Solo entonces, mientras colgaba las prendas, se explicó:

—Milord envió una nota a Traveron House para que viniera, milady.

—¿Mi esposo te ha pedido que vengas?

—No a mí, al conde. Lord Lancashire me dijo que tenía usted dificultades con los botones. Seguro que le entendí mal. —Rio—. Me asusté un poco al pensar que me necesitaba para llevar la casa, pero el señor Tribby me ha dejado claro que de este lugar siempre se ha ocupado él y que así seguiría siendo. Bueno... Lo que dijo exactamente fue que en la casa «capitaneaba» él.

Sabrina trataba de escucharla mostrándose jovial, aunque en su cabeza repicaban aún los aldabonazos de una revelación que reabría su pasado.

—Y lo hace muy bien. Pero tu ayuda me será necesaria, en ciertos menesteres nos movemos mucho mejor las mujeres. Por ejemplo: soy incapaz de bregar con los vestidos que ahora tengo que ponerme.

—Entonces no estaré a las órdenes del señor Tribby, ¿no es así? —Se relajó Lina—. ¡Menos mal! Me pone nerviosa con ese parche en el ojo.

Sabrina, reconfortado su espíritu por la presencia de la muchacha, sonrió a medias, la enlazó del brazo y se la llevó al salón. Relegó toda preocupación tras su encuentro con Bellamy. Quería noticias. Aunque hacía poco que faltaba de la finca, la añoraba como si hubiera transcurrido un siglo. Indicó a Lina que se acomodara en uno de los sillones frente a la chimenea, y ella misma sirvió un par de copitas de vino dulce, todavía con manos un poco vacilantes.

—Vamos, cuéntame las nuevas, necesito saberlo todo —rogó.

—No hay mucho que le pueda decir, milady. Todo el mundo está como cuando se fue y me piden que le traslade su cariño. Bueno, su cariño y algo más —dijo enigmática—. Permítame un segundo.

Sin darle tiempo a objetar, dejó la bebida sobre la mesita y salió para regresar poco después con un sobre, que le entregó complacida.

—¿Qué es esto?

—Charleen lo dibujó para usted. La echa de menos.

La emoción la embargó solo con oír el nombre de su hija. Rasgó el sobre, miró su contenido y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi hija puede tener muchas virtudes, pero entre ellas no está la de dibujar —comentó con buen humor, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No te haces una idea de lo difícil que me resulta no tenerla a mi lado.

—Lo imagino, milady. Pero le vendrá bien poner un poco de distancia y disfrutar de su nuevo estado.

El dibujo era una suma de trazos desiguales, aunque para ella valía más que un original de Da Vinci. Se centró, no obstante, en el significado del dibujo. Porque allí, ante unos árboles garabateados de hojas y ramas, en alguna de las cuales se posaba algo que, supuso, serían pajarillos, Charleen había dibujado a tres personas. No costaba identificar a la figura que estaba a la derecha de su hija. ¿En qué momento incorporó su pequeña a Ken a sus vidas? Si lo pensaba con detenimiento, Charleen estuvo seducida por Ken desde que lo conoció; ella había percibido, desasosegada, cómo el vínculo entre ambos se hacía más fuerte con cada minuto que compartían. ¡Pero si incluso la obvió a ella cuando Ken la invitó a pasar unas horas como «camaradas» en la pequeña casa del bosque! En aquella construcción a orillas de la pequeña laguna, lugar preferido de los juegos infantiles de Ken, estuvieron perdidos toda la tarde y la niña regresó con el rostro arrebolado y riendo a carcajadas. La volvió loca contándole la cantidad de animalillos e insectos que habían visto.

«El muy bribón despega sus dotes para encandilar a cualquier mujer mayor de dos años y menor de cien», admitió algo celosa.

Contemplando el dibujo no se engañó y supo que la niña no solo la echaba de menos a ella, sino a Ken.

A pesar de ser consciente de que había dejado de ser el único adalid para su hija, toda reserva en este sentido hacia su esposo se evaporó. Tenía que admitir que él se mostró cariñoso con la

niña incluso antes de saber que era suya: nunca le importó que le interrumpiera, se avino a jugar con ella, se implicó en sus aventurillas, le gastó bromas y no economizó regalos. Rememoró la imagen de ambos dormidos frente a la chimenea de la posada y se le resquebrajó un poco más la coraza con la que envolvía su corazón.

Pesaba también en su ánimo el hecho de que él no hubiera puesto trabas a la escuela. No solo eso: hasta le facilitó el nombre de quien habría de abrirle esa puerta, el señor Townsend. Y, por si todo ello fuera poco, había tenido la deferencia de solicitar a su abuelo la presencia de Lina.

Su esposo evidenciaba una dualidad que la desconcertaba, era mitad demonio, mitad ángel. Para su desgracia, que la atrajese tanto el lado luminoso como el oscuro, el anverso y reverso de la moneda que exhibía el hombre con el que se había casado, empezaba a devastar su buen juicio.

Como en los días anteriores, Sabrina cenó en la cocina. Fue un rato cordial en el que charlaron olvidándose de los formalismos, hasta exigir que se la dejara ayudar a recoger la mesa, mucho más cómoda entre iguales que recibiendo reverencias o escuchando milady a todas horas. Además, arropada por Lina, Tribby y el pequeño Eddy, se olvidaba de la espada de Damocles que suponía su reciente matrimonio que, en algún momento, debería sellar.

Pero tras desear buenas noches a Lina, después de insistir la joven en cepillarle el cabello antes de retirarse, la soledad y la inquietud la agobiaron de nuevo como si cargara con un peso exagerado. El crepitar del fuego en la chimenea, acompañado de la titilante luz de un candil sobre la mesilla, creaban un ambiente cálido que invitaba a acostarse; pero se conjuró para esperarle despierta y hablar con Ken de una vez por todas. Toda la culpa de que la humillara con sus ausencias era suya, prácticamente lo había echado de su lado. Si pretendían que el matrimonio se convirtiera en una unión soportable, tenían que aclarar las cosas. Cada uno de ellos debería ceder. Ella, por su parte, abandonando su lado más arisco. Por el bien de Charleen, estaban abocados a vivir juntos.

Tomó el libro que descansaba sobre la mesita, única compañía durante las noches antes de dormirse, se acomodó en el sillón y abrió el ejemplar por la señal que indicaba dónde lo había dejado, aunque no pudo concentrarse en la lectura: Bellamy no se le iba de la cabeza. Ken parecía llevarse bien con aquel sujeto, lo que la obligaba a ella a callar lo que sabía porque nada ganaba abriendo hostilidades. Eso sí, el comedor, por su parte, no sería nunca bien recibido en aquella casa.

El reloj desgranó los minutos, luego las horas, hasta que ella acabó por ceder al sopor.

Sheringham masculló entre dientes, sacudiéndose la nieve que le había caído encima. De intensificarse el frío, las aceras amanecerían como pistas de patinaje. Abrió la puerta procurando no hacer ruido, dando por sentado que todos estarían ya en la cama, y colgó sombrero y capa en el armario ropero de la entrada. Apagó el quinqué que Tribby había dejado encendido en el *hall*, en deferencia hacia él, y subió las escaleras a oscuras.

El día no se le había dado mal, pensó mientras se dirigía a su cuarto.

En primer lugar, Armand Raynaud, la presunta amenaza que pendía sobre su cabeza y sobre la del vizconde de Wickford, parecía haberse evaporado. Nadie lo había vuelto a ver ni hallaron indicios de su presencia en ninguna parte, así que tanto él como su amigo acabaron por convencerse de que su fuga de Inglaterra era ya un hecho.

En otro orden de cosas, ya le había echado el ojo a su posible nueva residencia: Firefly Manor, propiedad del disoluto heredero del difunto lord Waught, que se acababa de poner en venta y apenas distaba tres millas de Traveron House. La casa en sí se encontraba un tanto abandonada, pero dada la urgencia de fondos del dueño actual, creía poder adquirirla por una cantidad bastante satisfactoria. Aun así, había pujado en alto; solo restaba esperar a que Townsend moviera los hilos. Seguro que a Sabrina le iba a gustar dirigir a un tiempo los arreglos de su local, cuyo arrendamiento ya había firmado, y los de su nuevo hogar; a todas las mujeres les encantaba redecorar, aunque ella, austera siempre, se hubiese negado a gastar un solo penique en tales menesteres. Además, no hablaban de su piso de soltero, sino de la casa familiar, donde Charleen crecería.

Otra cosa sería engatusar a Tribby para que asumiera el cargo de mayordomo y se encargara de dirigir a los empleados que fueran a necesitar. Ya le supuso una intensa dosis de convicción conseguir que aceptara la presencia de una de las sirvientas de su abuelo.

Lo primero en lo que pensó tras visitar Firefly Manor y ofertar, fue en decírselo a Sabrina. Le pudieron más sus miedos que su orgullo herido, que lo llevaba a alejarse de ella, de tal modo que trocó regresar a casa pronto por acercarse a conocer el selecto club que acababa de abrir sus puertas cerca de Trafalgar Square; había oído comentarios de lo más halagüeños. No le defraudó: sobria y elegante decoración, excelente calidad de la bebida y encantadora compañía, que él rechazó con gentileza. A pesar de llevar tiempo sin disfrutar de los brazos de una mujer, su ambición por el cuerpo de Sabrina demolía su apetito por cualquier otra. La quería a ella, las demás no colmaban sus expectativas. Ocupó un lugar apartado, se entretuvo en observar a los clientes y, sin acabar la copa, se marchó.

No esperaba encontrar a Sabrina despierta a esas horas, pero por debajo de su puerta se filtraba luz. A punto estuvo de llamar, presto a suponer que pudiera encontrarse indispueta. Lo pensó mejor y entró en su propio cuarto porque, de tener ella algún problema, Lina, que debía de haber llegado esa misma mañana, hubiera estado haciéndole compañía.

Atravesó la habitación amparado por la escasa iluminación que proporcionaban las llamas que lamían los troncos de la chimenea. Agradeció en su interior a Tribby por mantener el cuarto caliente y por disponer el aguamanil cerca del fuego, con lo que el agua estaba templada y lista para su uso. Avivó las brasas, se desnudó, se lavó y se dirigió a la cama, con la escasa fortuna de tropezar con el escabel.

Sabrina despertó sobresaltada. Sumida en un duermevela, el ruido la espabiló por completo.

Su esposo estaba en casa.

Echó un vistazo al reloj y se le agrió el gesto: pasaba de la una de la madrugada. Un súbito ramalazo de celos la aguijoneó al suponer que él hubiera pasado la velada con otra mujer. Nada extraño, por otra parte, era una práctica habitual entre los caballeros de la aristocracia tener una amante. Esa reflexión, aciaga de por sí, hizo que se sintiera humillada, pero se repuso de inmediato.

«¡Me importa un pimiento si se busca compañía femenina o no!»

Se mentía de nuevo, pero se aferró a esa falacia inventada para proteger su corazón.

Comoquiera que se había quedado dormida en una postura incómoda, le dolía el cuello y la espalda, y el libro había resbalado hasta el suelo. Lo recogió, lo dejó sobre la mesita, se alisó el cabello, frotó manos y brazos para entrar en calor y se centró en prestar atención a las pisadas de Ken.

«Ahora o nunca», se dijo armándose de valor.

Él, a punto ya de meterse en la cama, escuchó que aplicaban los nudillos a la puerta de comunicación. Por un momento, pensó en no abrir, pero como no podía ser nadie más que Sabrina terminó por envolverse las caderas en la toalla que acababa de usar, encendió un quinqué y accionó el picaporte.

No estaba preparado para encontrarse con ella así. Atrapado en su ensimismamiento, el aire se le atoró en la garganta. Sabrina se mostraba ante él tal y como la había idealizado un millón de veces: femenina como nunca, envuelta en terciopelo, con el lustroso cabello azabache suelto sobre los hombros. Cautivo de la tersa piel de su rostro, de sus pálidas manos engarfiadas al cuello de la bata, de sus ojos violeta, fue impulsado hacia ella con la atracción misma de un imán, forzándose a cambiar el peso de su cuerpo de un pie a otro para disimular la incipiente erección que se materializó de súbito.

—¿Aún despierta? —preguntó, tratando de aparecer hosco.

Todo el esfuerzo con que ella se propuso atrincherarse antes de llamar para mostrarse flemática se diluyó como por ensalmo. Porque también su mirada se paseó con gula por cada pulgada de aquel tórax firme que exhibía una musculatura vigorosa. Ken llevaba el cabello revuelto, algo húmedo, y la luz que incidía en él arrancaba destellos cobrizos que le conferían a su aspecto descuidado un magnetismo al que ella no era inmune. Le maldijo por ser tan apuesto en cuanto se repuso de la impresión de encontrarle medio desnudo. Lo más acertado era retirarse.

—Quería hablar contigo, pero veo que no es el momento.

—Salvo que se trate de algo urgente, te agradecería que lo dejases para mañana; en efecto, no es el momento.

—No te molestaría a horas tan intempestivas si no regresaras de madrugada. —Se rebeló escuchando lo que parecía un reproche y las cejas masculinas se arquearon inducidas por el asombro.

—¿Estás recriminando mis horarios, querida? Porque es lo que me faltaba por oír.

—Que nuestro matrimonio no haya comenzado de la mejor manera, no justifica que...

—Culpable de eso. —Le cortó Ken, quien le dio la espalda para dejar el quinqué junto a la chimenea, lo que dio lugar a que la muchacha pudiera recrearse contemplando sus pantorrillas, buena parte de los muslos y el contorno de su trasero al que se ajustaba la toalla—. No tengo inconveniente en admitirlo. Pero de ahí a que critiques si salgo o no, va un mundo.

—Soy tu esposa. —Se envalentonó ella al entender que su respuesta la ninguneaba—. Por mí, puedes perderte todas las noches en clubes o garitos, pero no dejaré que me humilles delante de los criados.

—¿Has dicho esposa? No andas bien de memoria, milady. A efectos de convivencia, sigues sin serlo. Que hace años compartiéramos una noche de sexo —interrumpió la protesta que nacía en los labios femeninos alzando una mano—, consecuencia de la cual trajiste al mundo a Charleen, no significa que hayamos sellado el juramento que hicimos ante el altar. Y si no recuerdo mal —continuó—, aseguraste que ni por toda mi maldita fortuna te vendrías a mi cama. Entonces, ¿qué obligación tengo de comportarme como un hombre casado? Si tú quieres interpretar el papel de reina virgen, yo puedo buscarme entretenimientos fuera de estos muros.

Muy poca objeción podía hacer a su réplica. Le hirvió la sangre figurándose, al escucharle, que sí buscaba satisfacción en otros brazos y, entonces, se abrió hueco en su interior una rivalidad pujante contra esa o esas mujeres en las que él encontraba desahogo. Porque Kenneth Leonard Jeremy Baker, vizconde de Maveric, era suyo.

«¡Condenada sea el alma de la pelandusca que se atreva a intentar quitármelo!»

Al percatarse de los derroteros de sus pensamientos quiso renunciar y dio un paso atrás, porque un sofoco la invadió de pies a cabeza. No podía ser que se le nublara así la razón, de otra forma no estaría desvariando del modo en que acababa de hacerlo.

—Siento haberte interrumpido —se excusó con un hilo de voz, dándose la vuelta para regresar a su cuarto.

Ken vio que empezaba a cerrar la puerta, pero tampoco era ajeno a la llamada de sus apetencias. No quería que se fuera, pero no estaba seguro de que fuese ese el mejor momento para que se quedara. No sabía qué carta jugar: si la tenía lejos, soñaba con verla; si estaba cerca, lo desequilibraba. Los días en que la había eludido solo sirvieron para echarla de menos porque, a mayor distancia, mayor recuerdo, como si Sabrina lo hubiera hechizado. ¡No quería dormir al otro lado de aquella maldita puerta que se cerraba, lo que ansiaba por encima de todo era compartir el lecho con su esposa, o tanta demora lo iba a matar!

En un acto reflejo interpuso el pie, empujó la hoja y, antes de que ella pudiera esquivarlo o él pensara en las consecuencias, la tomó en sus brazos para atrapar su boca con ardor. Le era imposible pasar un día más sin el fuego de sus labios, ni un minuto más sin acariciar esa piel que lo trastornaba, ni un segundo más sin hacerla suya. No quiso ni imaginar que ella lo rechazara porque, de ser así, si tenía que dejarla esa noche, acabaría con la poca cordura que le quedaba.

Sabrina, aturdida, perdió la capacidad de movimiento, se quedó laxa, sorprendida por una reacción que no esperaba. Pero los labios de Ken subyugaban ya los suyos, mil mariposas le

revoloteaban en la boca del estómago y, sin ser consciente de estar rindiéndose, quedó a merced de la turbulencia de un deseo irrefrenable.

Mientras se plegaba a su boca, el ángel de su conciencia le advertía del peligro que representaba derribar las barreras tras las que se guarecía; en el otro lado de la balanza, el diablillo de la lujuria le exhortaba a dinamitarlas. Llevaba demasiado tiempo negándose a aceptar que de verdad lo anhelaba, que la boca de Ken hacía que perdiera la cabeza, que sus entrañas le demandaban; sin poder remediarlo, se le endurecieron los pezones y se humedeció su entrepierna.

Ya no podía ni quería limitar más a su cuerpo. Necesitaba permitir que su auténtico yo aflorara, demostrarse a sí misma que estaba viva, dejarse llevar. Corresponderle a Ken con el mismo grado de pasión, ser dueña de sus actos para acariciarle y entregarse a él sin reservas, sin ocultarse más bajo el disfraz de mujer fría.

Quería seducirlo.

El juego de palabras se le antojó incluso virtuoso para describir lo que deseaba hacer con Ken. Porque en lo que en realidad estaba pensando era en pasar sus labios por cada tramo de su piel haciéndole gemir, no escatimar besos ni concesiones. La mojigatería impostada ya sobraba, era su esposo quien le robaba la voluntad, quien la estrechaba en sus brazos, y era hora de dar rienda suelta a la pasión tanto tiempo contenida, que ella también deseaba liberar.

Pero no sabía cómo continuar, carecía de la práctica de las mujeres a las que seguramente visitaba. Ante todo, no quería quedar ante su esposo como una mujer torpe, ingenua o pusilánime.

Se apretó al cuerpo masculino, deslizó las palmas de sus manos y subió hasta los hombros para hundir después sus dedos en el espeso cabello. Luego, sin separar su boca de la de Ken, degustando las oleadas de placer que bajaban hasta su vientre, hizo que resbalaran por sus costados para dejarlas quietas sobre el nudo de la toalla. Le oyó gemir y gimió ella a su vez, con la imaginación desbordada, glotona por hallar lo que la prenda escondía.

Se encontró descarada y eso le gustó. ¿Se atrevería a desnudarlo? Y después, ¿hasta dónde sería capaz de llegar? Un delicioso escalofrío de anticipación la recorrió.

Ken no tenía suficientes manos para acariciarla. El imperativo sexual que le urgía para que la arrastrara a la cama lo estaba desquiciando, aunque temía hacerlo. También a él le hostigaba la duda de si entregarse o no a ella, porque con ello le otorgaba una cuota de poder sobre él que ahora no tenía. Pero las pequeñas y suaves manos, tan cercanas a su parte más íntima, tan insinuantes y tan pudorosas a la vez que no se atrevían a ir más allá, desbarataban sus escrúpulos.

No se contuvo más.

La bata de Sabrina cayó al suelo y acto seguido le siguió el camisón. Ken retrocedió un paso para admirarla. Sus ojos se nublaron ante un cuerpo esbelto de estrecha cintura, pechos erguidos coronados por aréolas rosas y largas piernas, hasta perder el aliento al clavar su mirada en el vértice oscuro entre sus muslos que impulsó el tamaño de su miembro.

Ella tenía las mejillas ruborizadas, pero no hizo nada por cubrirse; por el contrario, elevó el mentón y permaneció ante él como hubiera podido hacerlo una diosa dispuesta a entregarse a un

simple mortal.

Si Sabrina estaba jugando con él, a esas alturas ya no le importaba. Si se trataba de una burla, tampoco. Solo podía pensar en hacerle el amor, en la intensidad de sus suspiros mientras entrase en ella, en perderse en la suavidad húmeda que iba a acogerlo, en sus manos aferrándose a él, en mirar sus ojos velados por el deseo.

La tomó en brazos sin vacilar. Con paso decidido, atravesó la habitación para dejarla sobre la cama. Sabrina se recostó en los almohadones y cruzó las piernas, inducida por una repentina vergüenza.

A Ken le pareció una odalisca, una sirena, un duende. Scheherezade misma convertida en mujer. ¡Su mujer!

De un manotazo se deshizo de la toalla. La sangre se le espesó ante la mirada femenina, una mirada ávida que le contemplaba sin pudor y que denotaba un apetito carnal que avivó las llamas que lo consumían.

Se unió a ella en la cama y Sabrina le echó los brazos al cuello para atraerlo hacia sí.

— ¡Joder!

Tribby se adelantó para pasarle la toalla con que restañar el corte. Su señor insistió en rechazar su ayuda para afeitarse, muy poco receptivo esa mañana, y ahí estaban las consecuencias. Se veía a la legua que había estado dando vueltas en la cama, el lecho parecía haber sido el escenario de un zafarrancho y tenía marcadas ojeras. Supuso que era la consecuencia de una noche agitada y se preguntó qué le condujo a ello, pero se guardó muy mucho de comentarlo; no estaba el horno para bollos y él sabía cuándo callarse. Aunque, como era su obligación, permaneció en un segundo plano, esperando, tras elegirle la ropa, no fuera que se le necesitara para algo más.

—¿Desayunará en casa, mi teniente?

—No.

Sheringham acabó de rasurarse, se lavó la cara y tiró la maldita navaja en la palangana. Estaba que trinaba. Había permanecido buena parte de la noche dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Porque lo que comenzó de la mejor manera, terminó de modo lamentable.

Sabrina, predispuesta como nunca, se rindió al juego eterno del beso, la caricia y la ternura, dando y recibiendo, entregándose por completo. A pesar de que intentó desplegar toda su experiencia en la cama, él se dio cuenta de que era una mujer que carecía de ella, a causa de lo cual su ardor sexual se multiplicó, si ello cabía a esas alturas. Ella no se mostró apocada, al contrario, procuró seguirle sin retraerse, aunque, dependiendo de qué posturas, se sonrojara.

La evocó tal y como la había contemplado en el lecho: el cabello oscuro destacando como ónice brillante sobre el blanco almohadón; su piel, enrojecida en algunos puntos por culpa del roce de su incipiente barba; las pestañas largas, la nariz patricia, los labios jugosos, la respiración agitada... Y un instante en que la punta de su lengua se había paseado por sus labios mientras se lo comía con los ojos...

«¡Por amor de Dios! ¡Incluso ahora, consigue que me excite!», se dijo dándole la espalda a Tribby para no quedar en evidencia.

Sí, disfrutó de su piel de terciopelo, de cada curva de un cuerpo de mujer que lo llevó a las nubes, que agitó su espíritu como ninguna otra lo había conseguido hasta entonces...

Pero habló, sin venir a cuento, expresándose en tono burlesco pero dominante, como si quisiera afianzar su posición de control.

—He aquí la demostración, milord, de que es usted quien ha terminado en mi cama.

¡Por los dientes de Satanás! La hubiera estrangulado allí mismo. Sabrina era única para cabrearlo, parecía haberse doctorado en sacarlo de quicio y estaba haciendo prácticas con él. Nunca antes habían pisoteado su orgullo de forma tan certera, volviendo en su contra la frase tan desafortunada con que la humilló en un momento de acaloramiento: «acabarás en mi cama, puedes jurarlo». Le hervía la sangre al recordarlo. ¡Maldita fuese la hora en que se fijó en ella! ¡Eso le pasaba por hablar más de la cuenta! Lo malo era que ella estaba en lo cierto: Sabrina no había acabado en su cama, sino él en la suya, lo que venía a significar que ella podía manejarlo a su antojo. Se lo llevaron los demonios, se levantó escopeteado y abandonó su cuarto. El eco del portazo con que cerró la puerta de comunicación debió de escucharse en todo Londres. Las horas restantes, hasta el amanecer, las pasó renegando de su esposa, pero también pensando. Para admitir que había subido al cielo mientras entraba en ella, para aceptar su incapacidad para dominar los impulsos de su cuerpo al tenerla cerca.

Por mucho que la deseara, tenía que alejarse.

—No le necesitaré por ahora, puede retirarse, señor Tribby —dijo.

Comprendió este que su patrón quería que desapareciera y se volatilizó.

Acababan de comunicarle que su esposo no desayunaría en casa.

Le dolió, pero, a la vez, respiró aliviada de que él continuara con la costumbre de desaparecer desde primeras horas de la mañana. No se sentía con fuerzas para mirarlo a la cara, la vergüenza por su comportamiento mezquino la desquiciaba. Le ardían las mejillas, tenía la piel tan sensible que incluso le provocó una ligera comezón el roce de la suave tela de la camisilla al vestirse, lo que hizo que cayera en la ensoñación de volver a sus brazos. Estuvo convencida de que Lina, que la asistió para peinarla, había intuido algún tipo de encuentro de ellos dos durante la noche, porque durante el rato que estuvo con ella no se le fue una sonrisilla pícara cada vez que la miraba. Seguro que la muchacha pensaba que ella y Ken habían olvidado ya sus diferencias. Nada más lejos de la realidad, y todo por su culpa. Cierto que se propuso seducirlo, pero ¿qué hizo en cambio? Zaherirlo una vez más, en el momento más inapropiado.

—Buenos días.

La voz de Ken casi hizo que saltara en la silla. Fijó sus ojos en él un segundo, bajándolos de inmediato. ¿No dijo el señor Tribby que salía?

—Buenos días —respondió en voz baja.

Ken todavía se preguntaba por qué había cambiado de idea y bajado a desayunar. Se sirvió en un plato un par de cucharadas de huevos revueltos, una única loncha de beicon y unos pocos champiñones, para tomar luego asiento frente a ella. Metió el tenedor en la comida sin decidirse a probarla porque no tenía ánimo para tragar. Pero no pudo dejar de mirar a su esposa. Ella se

sentaba muy erguida y evitaba levantar los ojos de su taza, con la servilleta aferrada en un puño. La tensión que la dominaba era tan patente que no hubiera podido estar más distante ni con una pared entre ellos. Estaba nerviosa, casi diría que a punto de levantarse y salir huyendo. Encantadora, eso sí, a pesar de sus profundas ojeras: el vestido elegido, de un color malva irisado, tan opuesto a los que le tenía acostumbrado, la rejuvenecía, y su oscuro cabello, parcialmente recogido por detrás, le recordó ese mismo pelo suelto sobre los almohadones algunas horas antes...

Lina, que traía una cafetera recién preparada para él, irrumpió en el comedor. Ken agradeció su presencia porque notaba que empezaba a ablandarse mirando a su esposa. No sabía cómo entablar conversación, ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo, aunque su primer impulso al cambiar de idea y quedarse a desayunar no fue otro que ese: hablar con ella. Aclarar las cosas de una vez por todas. Quería evitar a toda costa que la convivencia entre Sabrina y él transcurriese en medio de una guerra de guerrillas. Podía haber impuesto aquel matrimonio, pero así estaban las cosas. Ambos tendrían que transigir, dando por sentado que ella cumpliría con su rol de esposa, asumiendo que no podría seguir enfrentándosele cada dos por tres. Por descontado, él no había dicho aún la última palabra.

—Buenos días, milord.

—Buenos días. Me alegra que hayas aceptado venir. ¿Te encuentras cómoda aquí, muchacha?

—Mucho, milord —admitió a la vez que le servía—. Nunca pensé que pudiera disfrutar de una habitación para mí sola.

—Espero que te lleves bien con el señor Tribby.

La joven asintió, aunque sabía que no iba a ser sencillo lidiar con la severidad que envolvía cada gesto y palabra de ese hombre, pero por ella no quedaría. Tras hacer una sencilla reverencia, volvió a salir.

Con aquel silencio tan embarazoso Sabrina estaba violenta, sin ver el modo de romper el dique establecido entre ambos, de conversar con sosiego. Observando a Ken casi a hurtadillas, se dio cuenta de que estaba irritado y, al igual que ella, no debía de haber descansado bien. Ella, con su desaire más inoportuno, tenía que atribuirse toda la culpa. Así y todo, su atractivo no lo borraba una mala noche. Aunque mala, según se mirase. A ella, en concreto, recrear imágenes de lo sucedido no dejaba de turbarla.

¿Cómo podía excusarse? ¿Qué iba a decirle para hacerse perdonar? Nunca debió haber sido tan impertinente. Ahora se preguntaba qué pretendía echándole en cara el juramento que le lanzó en un momento de enfado. Por supuesto que le dolió entonces. Pero la noche anterior, en pleno apogeo sexual, carecía de sentido. Ken y ella eran orgullosos, hasta insolentes, y chocarían en el futuro porque sus caracteres, de naturaleza beligerante, no iban a dejar de enfrentarse. Pero tenía por delante la tarea de esforzarse para que su matrimonio fuese, al menos, llevadero.

Debió haberse mordido la lengua. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué a la menor oportunidad le agraviaba, si lo que quería en realidad era volver al abrigo de sus besos? Fue una insensata,

estropeó un maravilloso encuentro carnal que discurría por cauces idílicos por una simple estupidez. Porque la soberbia no es buena consejera.

—Ken...

Él solo levantó la vista de su taza de café.

Sin atreverse a mirarlo de frente, ella le dijo:

—Te agradezco que hayas hecho venir a Lina. —Él no respondió, no iba a facilitarle las cosas —. Tampoco he pasado por alto el detalle de que me consigues una cita con el señor Townsend. —Ken se mantuvo en un mutismo hiriente—. Dijo que te haría llegar los documentos del alquiler para...

—Ya están firmados. Pero no era necesario. Podría haberte dado poderes para que lo hicieras tú, es tu proyecto.

Ella alzó la cabeza, atónita, estupefacta. No solo no era usual, era casi imposible que un hombre dejase en manos de su esposa ese tipo de iniciativas. Ni siquiera se podía imaginar una concesión de tal calibre. ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto al juzgar a su marido? Para su mortificación, se le hacía más doloroso haberle empujado a abandonar la habitación la noche anterior.

—¿De verdad habrías hecho algo así por mí?

—¿Acaso me tienes por un ser tan reaccionario que no sabe apreciar las cualidades de una mujer para los negocios? No soy ningún imbécil, aunque tú me veas así, ni soy de los que piensan que solo estáis para procrear y lucir vestidos o joyas. Y, desde luego, tampoco me despreocupo de las necesidades de otros más desfavorecidos, como me reprochaste en cierta ocasión.

—Ken, lamento de veras... No quería...

Sheringham dejó la taza sin demasiado miramiento y se levantó. Pero captó el gesto de pesadumbre de Sabrina y su expresión de abatimiento le apaciguó. Había bajado al comedor decidido a decirle cuatro verdades, a ponerla en su sitio, y bastaba un simple rasgo de humildad para desarmarlo. En cualquier caso, antes de salir, no se privó de tomarse una pequeña venganza:

—Guárdate las lamentaciones para mejor ocasión, querida, ahora no estoy de humor para escucharlas.

Ella se quedó sola, sin habla, demudado el color de su rostro por tan abrupta respuesta. Agachó la cabeza y contuvo un sollozo. No pudo culparle por su reacción, se la había ganado con creces.

También ella se fue del comedor un poco después, para subir a su cuarto y comprometerse, en su soledad, a hacerse perdonar por Ken, fuera como fuese.

Ken no regresó esa noche ni la siguiente.

Sabrina, por su parte, apenas salió de su habitación durante su ausencia. De la comida que le subía Lina, tomó lo imprescindible, limitándose a dormitar, ni siquiera a dormir, porque se despertaba a cada poco con una agobiante sensación de pérdida. Las horas se le hicieron interminables. En ocasiones intentó leer, pero no lograba centrarse hasta que, al tercer día, la fatiga pudo con ella y se quedó dormida en posición fetal, abrazada a la almohada y con su libro a la altura del regazo.

Era pequeña, caminaba de la mano de su madre por un paraje verde cuajado de flores de mil colores, contenta, feliz, segura... hasta que una figura oscura y enorme se cernió sobre ellas y entonces escuchó lamentos, llantos; la campiña se tornó árida, desaparecieron las flores y unas nubes tormentosas ocultaron el sol. Corrían ambas, sin soltarse, por una polvorienta carretera que las alejaba cada vez más de no sabía dónde. Comenzaron a rodearlas edificios siniestros, voces susurrantes, gente a la que nunca había visto. Huían. Siempre huían. Algo las acosaba y trataban de encontrar de nuevo la luz, sin conseguirlo.

Se removió en el lecho, insegura, abrazándose más a la almohada y gimió confusa y acorralada. Quería despertar, pero no podía.

Después ya no era niña, sino adulta, y llevaba de la mano a una preciosa chiquilla que tenía su mismo color de cabello. De repente, en medio de la oscuridad, apareció un hombre que le tendió la mano. Alto, elegante, con el cabello de cobre bruñido y unos ojos de color avellana que la hechizaron. La pesadilla había desaparecido dando paso a un sueño muy agradable, en el que se sintió segura y protegida. Pero de pronto, el hombre comenzó a alejarse volviendo a sumirla en la angustia. Lo llamó, le pidió que regresara, le dijo que le necesitaba. Que le amaba. Fue inútil, él acabó por desaparecer entre la intensa niebla que lo cubría todo como una mortaja. Y ella, sintiendo que se le iba la vida, gritó y gritó su nombre...

—¡¡Ken!! ¡¡Ken!!

Sheringham había pasado aquellos tres días volcándose por entero en atrapar a Bob el Guapo, al

que seguía los pasos junto con otros comisionados del Ministerio de Interior, desde hacía meses; un proxeneta dueño de un prostíbulo conocido por Wish. En dos ocasiones, desde que le pidieran su colaboración para erradicar a individuos como Bob, habían estado a un paso de pillarle *in fraganti*.

Estar apostado en una esquina, en pleno East End, de noche, y soportando la fina llovizna que no cesaba de caer, no era plato de buen gusto para nadie. Pero en su caso, era un modo de alejarse de Sabrina. Además, aquella tarde, les llegó el chivatazo de que se iba a poner a subasta «un caramelo» en Wish, lo que equivalía a que una niña estaba a punto de ser arrojada en manos del primer baboso que dispusiera del dinero para pujar.

La fortuna les sonrió en esa ocasión: irrumpieron en el local apoyados por una partida de *runners*, que se hicieron cargo de la niña y se llevaron esposado no solo al proxeneta, sino a un nutrido grupo de individuos, algunos de ellos conocidos abogados, e incluso a un parlamentario, a quien su carrera política se le acababa de ir por el desagüe.

Satisfecho, llegó a Mount Row pasadas las dos de la madrugada. Entró por la puerta de la cocina, encendió un candil y rebuscó en la fresquera: un trozo de pastel de calabaza no le vendría mal, no se había echado nada al estómago desde hacía horas. Lo acompañó con un vaso de leche y minutos después subía las escaleras de dos en dos.

Se estaba quitando la chaqueta cuando escuchó los gritos de Sabrina.

Sin dilación, abrió la puerta que comunicaba con el cuarto de su esposa y se encontró con que ella, agitada, llorando, con el rostro desencajado y temblando, se le echaba en los brazos. Durante una fracción de segundo, pensó en apartarla. Pero no pudo. Por el contrario, la abrazó y comenzó a pasarle la mano por la espalda para calmarla.

—¡No me dejes! ¡No me dejes, Ken, por favor! —Le suplicaba sollozando, asiéndose a su camisa.

—Vamos, tranquilízate; ha sido una pesadilla, solo una pesadilla.

—Desaparecías entre la niebla —continuaba ella, humedeciendo la camisa con sus lágrimas.

—Estoy aquí, Sabrina. Cálmate, no voy a irme a ninguna parte.

La tomó en brazos, dispuesto a devolverla al lecho, pero ella, aferrada a su cuello, alzó el rostro para mirarle a los ojos y le pidió:

—No quiero estar sola. Ken, llévame a tu cama.

Todo el andamiaje mental que se había construido respecto al proceder de Sabrina se le vino abajo a Sheringham. Que ella se aviniera, no, que le pidiera que la llevara a su cama, primero lo aturdió y después lo conmovió. Era obvio que no podía negarse. Tal vez, debido a la pesadilla, necesitara de su protección, pero que lo ahorcasen si las causas le importaban lo más mínimo. No era la ocasión ideal, pero estando así, apenas cubierta con un fino camisón y abrazada a él, con cada una de las curvas de ese cuerpo que lo volvía loco a su alcance... Cualquier resquemor anterior se le volatilizó en un suspiro, la besó en el cabello para sosegarla y cargó con ella hasta su propia habitación.

Amanecía ya. Ken despertó, aunque no había descansado apenas, con Sabrina dormida a su lado. Una de las piernas femeninas abarcaba las suyas, uno de sus brazos se había aposentado atravesado sobre su pecho, y su aliento le provocaba cosquillas en el cuello. Hubiera podido quedarse allí, acompañándola, oliéndola, hasta que el mundo desapareciese.

Oyó cómo murmuraba en sueños y al hilo de sus ensoñaciones volvió a registrar, una por una, las secuencias con las que vivieron, al fin, su noche más plena: Sabrina estirada sobre el lecho, fijos sus ojos en él, un cóctel de candor y lascivia que lo enloqueció; Sabrina, con sonrisa traviesa y libidinosa, con su mano como dueña absoluta de su virilidad demandante; Sabrina a horcajadas sobre su miembro endurecido, inclinándose hacia él para que su boca jugara con sus pechos; Sabrina apoyada en las rodillas y las manos, mirando arrobada por encima del hombro cómo él sujetaba sus caderas y se perdía en ella...

La bendita lujuria de unas pocas horas antes continuaba agitándole y, por otra parte, le confirmaba, más allá de cualquier otra consideración, que estaba irremisiblemente enamorado de una mujer a la que no sabía cómo conquistar.

Pero iba a conquistarla.

Porque quería que fuera suya sin importarle nada más.

De su madre recordaba pocos consejos o advertencias, pero nunca olvidaría aquella que le dejó poco antes de suicidarse, cuando él le recriminaba por enésima vez el desatino de que siguiera amando al desgraciado de su padre: «El amor no es un don que queremos sentir, hijo; es un don que sentimos aun sin querer».

Con cuidado para no despertarla, se apartó de ella, abandonó la cama, se vistió y salió del cuarto con un objetivo prioritario: demoler el muro que lo separaba de su esposa. El matrimonio que habían formado tendría que funcionar. Contra viento y marea, a pesar de los pesares. Sí o sí.

—Buenos días.

El saludo de Sabrina hizo que desviara su atención del diario, en el que acababa de leer la noticia de que Londres había vuelto a verse invadido por octavillas de corte subversivo. Su actitud se distendió ante su presencia.

—Buenos días. —Ella llevaba un vestido azul y su cabello estaba recogido en la coronilla, con algunos bucles sueltos que le enmarcaban el rostro—. ¿Has descansado?

La joven se acaloró, le dio la espalda con la excusa de servirse algo y murmuró, apenas sin voz:

—No demasiado. Me temo que, por tu culpa, milord.

Ken se echó a reír encantado de la picardía. Se levantó para retirarle la silla, dándose el gusto de acariciarle la clavícula en un acto simple que aceleró el latido del corazón de Sabrina. La embargó una dicha sutil, de cariño compartido, que se expandió por todo su cuerpo como un éter narcótico. ¡Cómo se confundió con él! ¡Qué tonta fue queriendo alejarlo de sí! Se hubiera perdido a un hombre íntegro, mucho menos rencoroso que ella y, además, un magnífico amante. Pensarlo tiñó de nuevo de rubor sus mejillas.

Tribby entró, saludó a ambos y le entregó una carpeta.

—La han dejado hace unos minutos para usted, milady. De parte del señor Townsend.

La joven se sorprendió por la rapidez con que había obrado el agente, se olvidó de la comida y la abrió.

—Ese hombre es un prodigio —afirmó al ver el contenido—. Son los planos de la escuela. — Ken se acercó para echarles un vistazo por encima y asintió, regresando a su asiento.

—Creo que vas a necesitar más que esas veinte libras mensuales para llevar a cabo las reformas.

—No, no, de ninguna manera. Asumiré parte de los gastos, si no te opones; tengo ciertos ahorros gracias al sueldo que me pagaba tu abuelo.

Ken quiso replicarle. No se le había pasado por la cabeza permitir que ella tocara ni un chelín de su dinero, pero se lo pensó mejor. Sabrina le había demostrado que sabía desenvolverse como mujer independiente y entendió que negarse a que utilizara su propio dinero, si así lo decidía, podría suponer un retroceso en el camino que ya habían avanzado.

Se pusieron a desayunar. Ella se llevaba la comida a la boca, pero su interés lo centraba en los platos; él hacía lo mismo, pero con apetencias de otra índole, bastante más prosaicas. De buena gana le hubiera pedido que subieran de nuevo a la habitación, igual le daba ya que fuera a su cama o a la de Sabrina, a esas alturas ya no cabía ninguna arrogancia por su parte.

—Tengo que comentarte que he pujado por una casa —anunció, ganándose la atención de la joven—. Está a escasa distancia de Traveron House, habrás oído hablar de ella: Firefly Manor.

—¡Ah, sí! La conozco. Julius nos llevó una vez a Charleen y a mí a visitar a lord Waught. Era un buen hombre, a juzgar por lo que vimos.

El nombre de la niña le recordó a Ken que no estaba con ellos y se prometió hacerla regresar con su madre a la finca cuanto antes. Supuso cuánto la echaba Sabrina de menos, aunque, a decir verdad, también a él le apetecía estrujar un poco a la pequeña revoltosa y escucharla reír.

Lo difícil iba a ser contarle que era su padre, porque tenía que hacerlo y no sabía cómo.

—Será nuestra... si es que la quieres —prosiguió—; dudo que haya una oferta superior a la mía. Si no te agrada, buscaremos otra.

—Al contrario, creo que me gustará.

—Ahora no está en perfectas condiciones porque el crápula de su heredero la ha desatendido. Había pensado que, de adquirirla, te gustaría aportar tus ideas sobre el modo en que quieres que la reformen, su decoración, etc... Ya sé que estarás atareada con la escuela, así que, tal vez...

—No, no, me ocuparé de ambas cosas —aseguró ella emocionada, a la vez que resuelta.

Ken se retrepó en su asiento, seducido por su talante animoso y su apariencia risueña. Estaba preciosa cuando sonreía. Sí, su esposa sería muy capaz de encargarse de los chiquillos y de su nuevo hogar. Si se lo proponía, incluso lo sería de ponerse al mando de un batallón del ejército. No había conocido a una mujer tan decidida como ella. Ni tan cabezota. Ya vería cómo convencerla para que contratara a alguien que la ayudase con los pequeños, porque a lo que no estaba dispuesto era a que ella se pasara el día ejerciendo de madre, de ama de casa y de profesora. Quería que salieran a fiestas, al teatro, de viaje... ¿Cómo pudo imaginarse que era una simple estafadora? Sabía Dios que se había confundido con ella de medio a medio. Sabrina era una mujer generosa, los sirvientes de su abuelo la respetaban y la querían, se le había enfrentado para conseguir poner en marcha un proyecto que la honraba. Tribby la estimaba y Eddy bebía los vientos por ella. Hasta el perro, al que ella había bautizado con el nombre de Pistón, salía de estampida en cuanto la oía acercarse para que le acariciara. Había estado ciego de un orgullo malentendido, lo que le llevó a pensar mal de ella. Y en cambio, no dejaba de empujarle en su dirección la atracción que emanaba de su persona desde el mismo día en que se la encontró caminando por un sendero de Traveron House.

Estaba a punto de decirle todo aquello en voz alta pero no tuvo ocasión. Entró Tribby de nuevo, esa vez con un sobre.

—Mi teniente, un lacayo acaba de traerlo y espera respuesta —dijo, entregándoselo.

Ken rasgó el sobre, leyó y anunció:

—El comodoro Bellamy nos invita a cenar esta noche.

A ella se le cortó la respiración. Un acceso de ansiedad vino a recordarle qué podía acarrear ese encuentro. Le costó muchísimo esfuerzo aparentar normalidad.

—¿No tienes previsto salir esta noche?

—Pues no. Estoy pensando en dedicarle el día al completo... y la noche, a una lady muy contestona que responde al nombre de Agnes Celestine Sabrina. —Deletreó con socarronería los tres nombres que ella le facilitó para conseguir la licencia especial para la boda, luciendo esa sonrisa que hacía que el corazón de la muchacha se desestabilizara—. Dígale a ese lacayo que nuestra respuesta es afirmativa, señor Tribby.

Lina le preguntó varias veces si se encontraba bien. Y es que su rostro estaba ceniciento, le costaba concentrarse, actuaba de modo vacilante, incluso derramó un frasquito de perfume al intentar ponerse unas gotas tras las orejas. Casi no tragó bocado durante la comida, excusándose ante su esposo por retirarse antes de acabar, aduciendo una jaqueca. No hacía más que preguntarse si había una razón oculta por la que Bellamy les invitaba a cenar. ¿Qué pretendía? Sabía que no había reaccionado con frialdad al verle mostrada la pintura de su madre y que dejó traslucir afectación, algo que no debió ocurrir, al menos no entonces. Pero fue tanta la sorpresa de que el comodoro llevara colgado al cuello un camafeo con su rostro... Si ese hombre amenazó a su madre con arrebatarse a su hija, cabía también la posibilidad de que pudiera degradarla ante Ken y, quién sabía, si ante la sociedad londinense que frecuentaba su marido. Era demasiado perturbador saberse a expensas de quien les arruinó la vida. A ella no le importaba caer a lo más profundo del abismo social, pero, si sucedía, arrastraría con ella a Julius, a Charleen y a su esposo.

Bajó bastante agarrotada al piso inferior y se tropezó con el ruedo del vestido. Se afianzó a la barandilla para no caer. Ken, que la esperaba embelesado contemplando lo primoroso que le quedaba el vestido azul oscuro, que realzaba exquisitamente su figura, subió presuroso escaleras arriba para llegar hasta ella.

—¿Te encuentras bien? Diría que estás un poco pálida, ¿no? ¿Continúa la jaqueca? Podemos excusar nuestra presencia si prefieres quedarte en casa.

Ella estaba aterrorizada por lo que pudiera ocurrir esa noche en relación al comodoro. Pero tampoco quería que se delatase su estado de ánimo ante Ken. Por supuesto que no quería acudir a casa de Bellamy; en ese instante lo que le gustaría sería evaporarse. Sin embargo, aprendió desde muy niña que los problemas había que afrontarlos, la cobardía no formaba parte de su espíritu y no la iba a incorporar a estas alturas; disimuló pues su inquietud y optó por improvisar una sonrisa.

—Ya es solo una leve molestia; se me pasará.

—Está *usté* muy bonita, patrona —aduló Eddy con desparpajo, llegando hasta ellos con las capas.

Sabrina le acarició el pelo en tanto Ken le colocaba su capa sobre los hombros, temiendo que también podría arrastrar en su caída a aquel chiquillo, que el sueño de abrir la escuela para niños

sin recursos se evaporaría...

—Pórtate bien y no enfades a Lina o al señor Tribby. —Le arengó con todo el cariño de que fue capaz para espantar unas lágrimas que pugnaban por salir—. ¿Dónde se ha metido Pistón que no viene a despedirme?

Eddy se pasó la lengua por los labios, cruzó las manos a la espalda y se encogió de hombros.

—No quiero ganarme un sopapo.

—¿Qué has hecho ahora, mocososo? —preguntó Ken; desde que llevara a la casa a esos dos, sacaban a Tribby de sus casillas con una travesura tras otra—. ¡Vamos, dinos qué pasa!

—¿Seguro que no *m'va* a arrear, jefe?

—Lo que voy a hacer es colgarte de una viga bocabajo si sigues haciéndonos perder el tiempo.

El chicuelo repitió el encogimiento de hombros, como si dijera «usted lo ha querido» y soltó:

—Hay una perra en celo en el barrio; Pistón está... ya sabe... en el jardín.

Acto seguido, no fiándose de que Ken no le pusiera la mano encima, salió por pies. Sabrina agachó la cabeza y se mordió los carrillos para no arrancar a reír, más o menos como Ken, quien prefirió pasar por alto la huida, consciente de que educar a aquella sabandija llevaría su tiempo. Pero ¡vaya si lo haría entrar en vereda!

Entretanto, la nieve se había dado una tregua, aunque la temperatura seguía siendo gélida, con ráfagas de aire helado que cortaba la cara. Salieron de casa a paso vivo para llegar al abrigo del carruaje que Tribby había pedido para ellos. Una vez acomodados en los asientos, Sabrina tiritaba, sin saber a ciencia cierta si era por el frío o por la premonición que no cesaba de azuzarla de que, esa noche, podía abrirse para ella la caja de Pandora.

El coche se puso en marcha. Ken no se aguantó un segundo más: giró hacia él la cara de su esposa y la besó en la boca. No porque fuera un impulso momentáneo, no, en realidad, quería trasladarle a Sabrina que lo que le apetecía de verdad era estar a solas con ella. Le importaba un carajo anular su cita con Bellamy, aun a costa de quedar como un impresentable.

Ella respondió aplicándose a sus labios y se dejó llevar por la iniciativa de Ken de deslizar la mano bajo la capa y adueñarse de su pecho. Un despunte de ardor desplazó el frío que la hostigaba.

—Olvidémonos de todo y volvamos a casa —le susurró Ken—. Te deseo.

Hubiera aceptado de buena gana su proposición de no mediar la alteración que aquella velada suponía. Nada tan gratificante como volver a sus brazos, al tacto de sus manos en su piel, a la pasión de sus besos. Por su parte, le confesaría que seguía enamorada de él desde el mismo día en que le conoció, muchos años atrás. Y a ella le encantaría escucharle decir que también la amaba. Entonces ya nada importaría...

Lo cierto es que Ken solo había dicho que la deseaba. Se repuso y, con suavidad, retiró su mano.

—Llegaremos en un segundo...

Sheringham retrocedió desilusionado. Era cierto que la casa del comedor estaba a pocas

manzanas de distancia, pero le hubiera gustado compartir algo más de intimidad con Sabrina. Le enervaba su sangre fría cuando él estaba ardiendo. Le recolocó la capa y suspiró. Con ella, se daba un paso hacia delante y dos hacia atrás. Se habían entregado el uno al otro la noche anterior. Sin embargo, tocaba guardar las distancias.

«De seguir así, acabaré con una de esas nuevas camisas de fuerza que se han empezado a utilizar en Bedlam para los locos», masculló para sí.

Era una construcción sobria, de planta cuadrada, a la que se accedía atravesando un pequeño y cuidado jardín delimitado por una verja pintada de negro. Abrió la puerta de la casa un hombre joven que, de inmediato, les cedió el paso, haciéndose cargo de sus capas y sombreros.

Enseguida se ponía de manifiesto que la vivienda estaba habitada por una persona de gustos refinados y exquisitos: suelos de baldosas blancas y negras, decoración sin estridencias y muebles caros, muy bien seleccionados. Presidía el *hall* un óleo representando un mar embravecido, con tanta luz en los trazos que era difícil abstraerse al furor que plasmó el autor en las aguas encrespadas, y que captó al instante la atención de Sabrina. En una vitrina reposaban un astrolabio, un catalejo, una brújula y un antiguo reloj de arena recubierto de plata, lo que inducía al visitante a situar al propietario en un ámbito marino.

No tardó en hacer acto de presencia el comodoro Bellamy quien, acercándose a Sabrina, no se privó de fijar su mirada en ella. La muchacha se limitó a saludarlo con una leve inclinación de cabeza, sin intención alguna de ofrecerle la mano.

—Es un honor que hayan aceptado mi invitación.

Estrechó con fuerza la diestra de Ken, al que no le pasó desapercibida la tibia cortesía de su esposa y la reserva del anfitrión. Tras un corto intercambio de comentarios educados, mientras Bellamy les conducía al comedor, donde, según dijo, ya estaba todo preparado, no dejó de observar a ambos con discreción. Y tuvo el desagradable presentimiento de que entre su esposa y el comodoro había una tirantez cuyo origen se le escapaba. Sabrina, muy seria, parecía haberse tragado un palo y Bellamy, por su parte, hablaba con frases entrecortadas, como si estuviera nervioso, lo que carecía de sentido. Recordaba que cuando se conocieron y bailaron en la fiesta de lady Romins, el contacto entre ambos se manifestó con un tono alegre, casi de camaradería. Sin embargo, esa noche...

Sabrina, ciertamente, no estaba cómoda en absoluto. Se limitaba a medio sonreír, a probar algo de los platos que les servían, entretanto sus dos acompañantes hacían lo posible por incluirla en la conversación. Ella, muy a la defensiva, primando la animadversión hacia Bellamy sobre cualquier otra razón, no tenía demasiado interés en intervenir. A ello debía sumarse el alcance de los temas abordados: que un lugar de nombre Manavadar acababa de convertirse en protectorado británico, la trascendencia de las tropelías del príncipe regente, los efectos de la política de Robert Peel en

el partido Tory... De todo ello no tenía más que escasas nociones.

—Sin duda —opinaba Ken—, para ser hijo de un comerciante textil, Robert Peel ha llegado muy alto.

—¿Quién puede decir lo contrario? Pocos hombres, a los veintiún años, consiguen acta de diputado en la Cámara de los Comunes.

—Debería andarse con cuidado, de todas formas; su ideario político plantea humanizar el trato penitenciario y no oculta deferencias hacia los católicos, lo que le granjeará enemigos incluso entre los suyos.

Sabrina oía, pero no escuchaba, medio ausente, abstraída, lo que no dejaba de incomodar a sus dos compañeros de mesa, que se daban cuenta de ello. Se esforzó por hacer los honores al postre, un pastel de frutas cubierto por una masa crujiente a base de mantequilla y sirope. Una delicia para el paladar, a pesar de lo cual solo tomó unas pocas cucharadas.

El joven que les recibiera en la entrada, encargado en todo momento de servir y atenderles en la mesa, apareció con una botella de champán.

—Lo tomaremos en el salón, Munro —le indicó Bellamy.

Se levantó, exhortó a sus invitados a seguirle al saloncito adyacente y el criado, apenas hubo dispuesto botella y copas sobre una mesita, desapareció con sigilo. Entonces Bellamy se volvió hacia Sabrina.

—No me voy a andar por las ramas. Creo que ya hemos dilatado demasiado el instante de aclarar las cosas, Sabrina. ¿O puedo llamarte Agnes?

Ella perdió el color del rostro afianzándose en la protección de un asiento para evitar que las rodillas le fallasen. Desvió los ojos hacia Ken, que enarcaba las cejas, por completo desubicado, y un torbellino de pensamientos le nubló el cerebro. Le dio un vuelco el corazón al pensar que, tal vez, lo que se descubriera allí esa noche empeoraría una relación que prometía irse arreglando. No había sido un camino de rosas, pero ya no podía negar que lo amaba, que deseaba empezar una nueva vida a su lado, que soñaba con educar a Charleen con su ayuda. Deseaba verlos reír juntos, jugar, que su hija pudiera volver a dormirse en las rodillas masculinas, que él le relatase cuentos de piratas... Se había entregado a él porque, aunque se pudiera controlar la mente, era imposible someter al corazón cuando ya no le pertenecía a ella. Ken se lo había vuelto a robar como aquella distante noche en la posada, y era todo suyo.

Ken estaba desconcertado. Lo que prometía ser una velada distendida se estaba convirtiendo en cuestión de segundos en una especie de opereta de la que desconocía el argumento. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Por qué el comodoro sabía el primer nombre de Sabrina? ¿De qué se conocían? La expresión de ella era tal, que bien hubiera podido aparecérselo un fantasma, lo que acrecentó la certeza de que entre ellos existía un secreto del que él estaba al margen. Por unos segundos, incluso, le asaltó la espantosa duda de que Bellamy y su esposa hubieran tenido una relación, y se le enturbió la mirada.

—No piense cosas raras, Sheringham. —Le frenó en seco el comodoro, que enseguida se puso

en su lugar—. Solo lamento no haber sido todo lo sutil que exige la ocasión.

—Su sutileza me trae al fresco, para serle franco. Lo que quiero es una aclaración; en concreto, una explicación de los dos.

James Bellamy asintió. Parecía haber envejecido años en pocos segundos, pero, orgulloso por naturaleza como era, no permitió que las circunstancias lo sobrepasaran.

—Es muy lógico y así lo entiendo. Por eso voy a explicarme: conocí a su esposa hace muchos años, cuando no era más que una niña —confesó sin fijar la vista en ninguno, con voz grave, abandonado ese matiz firme que la caracterizaba—. Una niña a la que quise con locura.

—¿Cómo?!

—¿Tiene el atrevimiento de decir que me quiso? —Sabrina no aguantó más, la intriga podía con ella y, encima, ese hombre quería reírse—. ¿Me quiso como quiso a mi madre, comodoro? ¿Por eso la obligó a abandonar su hogar, a buscarse la vida lejos de todo cuanto conocía? —Se fue hacia él mientras hablaba—. ¡Un modo de querer bastante extraño el suyo!

—No lo entiendes, muchacha.

—¿Que no lo entiendo? ¿Se imagina usted lo que supuso para una criatura de pocos años escuchar el llanto de su madre por las noches, sin saber qué hacer para consolarla? Crecí recordando día tras día sus agrias palabras, sus amenazas. ¿Qué fue lo que ella le hizo, Bellamy? ¿No aceptó sus galanteos? ¿No consintió manchar la memoria de mi difunto padre y meterse en su cama?

—Tendrás que atender, porque no fue así en absoluto —repuso él, triste por la reacción de Sabrina, pero sereno.

—¿Entonces? Cuénteme qué pasó, necesito entenderlo. —Estaba a punto de llorar, pero se rehízo, se apoyó en la energía que le daba la presencia de su esposo para no hacerlo.

—Agnes...

—No pronuncie más ese nombre, ya no tiene derecho a hacerlo porque la niña que se llamaba así murió hace mucho tiempo —exigió Sabrina—. Como no lo tiene para llevar consigo el retrato de mi madre, un retrato que quiero me devuelva.

Ken, testigo mudo de un enfrentamiento que lo apabullaba, trataba de poner cada pieza de aquel rompecabezas en su lugar. No lo lograba, le costaba asimilarlo. ¿La madre de Sabrina y Bellamy se habían conocido? Su esposa acusaba al comodoro de acciones indignas, una persona a la que él siempre creyó un hombre de honor. A medida que se sucedían las revelaciones lo veía todo más confuso.

—Sabrina...

—Ken, espera, por favor —pidió ella con firmeza, pero mirándole con ternura—. Necesito cerrar la puerta del pasado de una vez por todas y él es la llave. Quiero entender qué sucedió, por qué escapamos, por qué mi madre jamás quiso decírmelo. Durante años, el titubeante recuerdo que tengo de ese día, del que solo me vienen a la cabeza palabras airadas y la angustia de mi madre, ha inyectado en mí un veneno que ha infectado mi sangre, una ponzoña que me ha hecho desconfiar

de los hombres. Ni siquiera confié en ti al volver a encontrarte. Ni siquiera en ti, Ken, a pesar de seguir amándote como cuando te conocí, porque cada vez que miraba a Charleen te veía en ella.

Se le quebró la voz y entonces sí, se dejó arrastrar por las lágrimas, se derrumbó anímicamente porque temió que, confesándole sin ninguna vaguedad sus sentimientos se sometía a él por completo. Le costó sincerarse, expresarlo en voz alta, pero fue una liberación; no podía seguir callando por más tiempo porque el silencio la estaba destruyendo. Lo amaba y punto, era imposible luchar contra una realidad que la sobrepasaba.

A Sheringham, mientras, una declaración tan clara y expansiva lo desorientó. Sabrina había hecho lo indecible para darle a entender que no lo quería a su lado, la antítesis de lo que acababa de escuchar: que lo amaba. Que lo había amado desde aquella noche en la que ambos se entregaron al unísono con la ingenuidad de la juventud. Se quedó sin palabras, pero su corazón emprendió un ritmo alocado, la consecuencia inmediata de constatar el derrumbe de los muros que los separaban y que abría las puertas a un futuro compartido.

Quiso sincerarse y admitir allí mismo que también él la amaba. James Bellamy se le anticipó, recobrando el aplomo y negando de manera contundente la petición de Sabrina de que le entregara el colgante.

—Ni siquiera a ti te daría su retrato, Sabrina. Me enterrarán con él al cuello porque es lo único que me queda de ella. Su retrato... y tú.

—¿Yo? Usted está loco. Le digo que...

—¡Cállate! —Sheringham se enervó por el tono con que se había dirigido a su esposa y dio un paso adelante en actitud poco conciliadora. Bellamy se dio cuenta y suavizó su voz—. Calla y escucha, por favor, escucha con atención: tu madre y yo nos amábamos.

—¡Miente! Mi madre honró siempre la memoria de mi padre...

—¡¡Tu padre soy yo!!

Sobrepasada por el anuncio, Sabrina flaqueó. Presa de una verdad presentada como inapelable, fue invadida por una conmoción que la obligó a palpar el respaldo de una butaca próxima, donde se dejó caer atónita.

—Explíquese de una vez, Bellamy —exigió Ken, tan estupefacto como su esposa.

—Me parece que a los tres nos vendrá bien un trago más fuerte que el champán, Sheringham —manifestó el dueño de la casa, que ocupó un asiento frente a la joven—. Tenemos que aclarar muchas cosas, cierto, entre otras, que la hija de Sabrina es también suya.

—Eso no es algo que a usted le importe.

—¿Eso cree usted? Ya veremos. Tenga la bondad, alcáncenos el brandy de ese mueble. — Señaló una pieza de estilo jacobino.

Así lo hizo Ken, que sirvió alcohol en tres copas y entregó una a Sabrina, empujándola a que bebiera un poco. Se sentó luego en el brazo de la butaca que ocupaba la joven, consternada y cabizbaja, y se inclinó para besarla con ternura y acariciar su cuello.

—Bellamy, es hora de que revele de una vez su historia. Nuestra paciencia no es eterna y lo que usted nos viene a declarar tiene que sustentarse con pruebas.

El comodoro bebió, a la espera de que el alcohol le infundiera ánimo. No iba a resultar nada fácil poner su alma al descubierto, en especial con Sheringham delante, muy renuente a aceptar sus explicaciones y con cara de pocos amigos.

—Peace y yo nos conocimos por casualidad durante uno de mis permisos y comencé a cortejarla. Al principio, no fue más que una aventura de juventud. Pero acabé enamorándome de tu madre, Sabrina, a quien llegué a querer de tal modo que, al saber que la habían comprometido con Nicholas Strong, casi me volví loco.

—Si la amaba, ¿por qué no se casaron? —interrogó Ken.

—Por cobardía —explicó, con los ojos fijos en la mirada vidriosa de la muchacha—. Durante mucho tiempo la culpé a ella, pero ya no me importa reconocerlo. Sí, fui un despreciable cobarde que, cuando mi padre se opuso a nuestra relación y Peace se negó a que perdiera mi herencia si contraíamos matrimonio, me amparé en ello para no luchar por la única mujer que ha significado algo en mi vida. Volví a embarcarme, escapé, solicité un destino tras otro y confié en que podría olvidarla. Pero no pude. La llevaba grabada a fuego en el alma. Al regresar, ella ya estaba casada

y tú acababas de cumplir dos años, Sabrina. Supe entonces que no era feliz. Nos vimos unas pocas veces más, pidiéndole que retomáramos nuestra relación, me importaba muy poco que tuviera marido; la quería a ella y a ti, me daba igual de quién eras hija, muchacha; eras suya y eso me bastaba. Me ofrecí a correr con los gastos de un divorcio, a pagar lo que fuera necesario a aquel desgraciado que vivía a costa de tu madre, que se pasaba el día en las tabernas, que la maltrataba... ¡Cuando lo supe, quise matarlo! Hubiera asumido gustoso las consecuencias si caía en manos de la justicia con tal de verlo bajo dos palmos de tierra, pero tu madre no quiso ni hablar de ello, me rogó que lo olvidara. Y yo, recapacité y cedí, a mi pesar, porque lo último que deseaba era ponerla en evidencia delante de todo el mundo.

—Yo le hubiera cortado el cuello —aseguró Ken. Solo imaginar que su esposa hubiera podido ser testigo de tanta vileza, le enfurecía. No se tenía por violento, porque matar en guerra era un acto de supervivencia, pero si Charleen estuviera atrapada en una vida semejante, por descontado que el causante lo pagaría con la muerte.

—No quiero oír hablar mal de él... —pidió Sabrina con un sollozo. Su demanda, sin embargo, carecía de fuerza porque su subconsciente evocaba gritos desaforados de borracho, brutalidad, muebles volcados, secuelas que su mente infantil arrinconó en el lugar más oscuro para evitar que la hirieran.

—Peace quería mantener en secreto que yo era tu padre para no perjudicarme. Acabó por confesármelo al quedar viuda. Strong ya no podía dañarla, era libre, ambos lo éramos. Yo quería que nos casáramos, que empezáramos una nueva vida los tres, pero ella, contumaz en esa cuestión, insistió en no transigir para que yo no fuera desheredado. ¡Yo no quería que fuéramos amantes, la deseaba como esposa, siempre quise cuidar de vosotras dos! Le dije que mandaría al infierno a mi padre, que podíamos vivir sin lujos, pero juntos, porque desarrollando mi carrera en la Marina no nos faltarían ingresos. Supliqué, pero no me escuchó ni conseguí que cambiara de idea; anteponía mi condenada herencia a nuestra unión efectiva pensando que, con el tiempo, se arreglaría todo y mi padre cedería. Al final, nos enzarzamos en una discusión monumental y perdí los estribos. Le grité y amenacé con llevarte conmigo. Sabrina, jamás os hubiera separado, te lo juro por Dios, lo dije para hacer que entrara en razón y...

—Y entonces... —animó Ken, al ver que Bellamy callaba, reordenando el cúmulo de recuerdos de un pasado tan negativo.

—Entonces, llegó mi perdición. Dos días después habían desaparecido de Chester. Enloquecí. Pagué a investigadores, yo mismo recorrí las ciudades cercanas, pero todo fue inútil. A mediados de ese año, sin tener noticias, recibí citación para ponerme a las órdenes de Nelson: íbamos a enfrentarnos a la Marina francesa en la bahía de Abujir, donde caí gravemente herido. Estuve a punto de morir, aunque a esas alturas ya nada me importaba demasiado porque mi vida no tenía sentido.

Sabrina ya no hacía ningún esfuerzo por contener las lágrimas, las dejaba rodar con libertad, devastada por los hechos que el comodoro ponía ante sus ojos. No, el comodoro, no: su padre. ¡Su

padre! Tras un relato tan descarnado y personal pocas dudas le quedaban ya de la certeza de ser su hija. Y esa verdad era de tal magnitud que la abrumaba porque ponía de manifiesto que su vida, hasta esa noche, había sido solo una quimera. Se apoyó en el brazo de su esposo y se levantó despacio.

—Necesito tiempo para asumir lo que nos ha contado.

—Lo comprendo —asintió Bellamy, que se levantó a su vez, aunque no se atrevió a acercarse a ella. Deseaba más que nada en el mundo abrazar a esa hija reencontrada, pero no iba a forzar los hechos. Le daría el tiempo que necesitara, lo importante era que Sabrina había escuchado su confesión—. Nunca te pediré que me aceptes en tu vida, hija, sé que no me he ganado ese derecho; os fallé a tu madre y a ti. Me conformaré con que no me odies y que, si no es mucho pedir, me permitas conocer algún día a mi nieta.

Ella le miró tras el velo acuoso de las lágrimas y alargó la mano para tomar la de Ken, tan alterado como ella porque sabía que estaba sufriendo.

—No le odio, señor. Lo hice durante años, pero ya no. Ahora mismo ni siquiera puedo definir lo que siento. Ken. —Se abrazó a la cintura masculina en busca de un ánimo que no le sobraba—. Por favor, llévame a casa.

Bellamy, de pie en el umbral de la puerta, los vio alejarse. Vacío por dentro, cerró, regresó al salón, se dejó caer en la butaca y escondió el rostro entre las manos.

En el trayecto de vuelta a Mount Row ninguno de los dos creyó oportuno comentar nada, cada cual rumiando sus impresiones. Sabrina, quien por razones obvias era la más afectada, agradeció que no se entablara conversación porque estaba asimilando todo lo que había salido a la luz, tan ensimismada que, al bajar del carruaje, tropezó y a punto estuvo de caer. Ken no se lo pensó: la tomó en brazos y así entraron en casa, ante la atónita mirada de Lina.

—¿Milady se encuentra mal?

—Dile al señor Tribby que ponga a calentar una tisana, y tú, por favor, prepara un baño.

Los pies de Lina volaron hacia la cocina mientras Ken subía las escaleras. Ya en el cuarto de su esposa, la dejó sentada en el borde de la cama, se quitó capa y chaqueta, se remangó las mangas de la camisa y comenzó a desnudarla. Sabrina, desvalida, se dejaba hacer. La cubrió con la bata, se sentó él y la subió sobre sus rodillas.

—Cariño, tienes que reaccionar.

Ella se pasó el dorso de las manos por las mejillas, le miró y le acarició el mentón.

—¿Podrás perdonarme alguna vez, Ken?

—¿Por odiarme al amenazarte con quitarte a Charleen, haciéndote revivir el pasado? Es cierto que yo lo desconocía, pero nunca debí atemorizarte. No, tesoro; en todo caso, tendría que ser yo quien solicitara tu clemencia por haberme comportado de modo tan arrogante. Amo a Charleen, Sabrina, daría mi vida por ella, pero no fue nuestra hija la razón única que me impulsó a darte un ultimátum para que aceptaras casarte conmigo: te amo también a ti, perderos no era una opción.

Sabrina rodeó el rostro masculino entre sus manos y lo besó.

Tribby pidió permiso para entrar cargado con dos cubos, a quien seguía Eddy acarreando otro más. Tras ellos, Lina, con una bandeja que depositó sobre la mesa situada bajo la ventana, ayudando después a sacar la bañera de bronce del cuarto adyacente, que colocaron frente al fuego de la chimenea para verter el agua en ella.

—Milord, ¿quiere que me encargue de...? —La criada, preocupada por el estado de Sabrina, dejó la frase a medias.

—Yo atenderé a milady, gracias a los tres.

Le pidió entonces a Sabrina que se metiera en la tina donde, poco a poco, se fue relajando, con la cabeza reclinada en el borde y los ojos cerrados. Para Sheringham, asistir a un ritual de

características tan personales como el baño de su esposa le perturbó, pero también le unió más a ella.

Pasado un rato, casi a punto de dormirse dentro del agua caliente, acarició su cabello húmedo y la llamó suavemente para que se desprendiera. La frotó ayudándola a secarse y después ella se sentó en el borde del lecho.

De pronto, los brazos de Sabrina le rodearon, sus pequeñas manos ascendieron por su tórax introduciéndose bajo el chaleco. Él se tensó como la cuerda de un violín y su corazón comenzó a retumbarle con un ritmo acelerado, atrapando con sus manos las otras para que se detuviera. La deseaba, pero pensó que sería mejor dejarla descansar.

—No quiero estar sola esta noche.

—Y yo no tengo intención de dejarte.

Minutos después, arropados ambos en el lecho, Sabrina suspiraba, los ojos cerrados y su mejilla apoyada en el hombro de su esposo.

—Quiero volver a Traveron House —murmuró antes de quedarse dormida.

No les fue posible hacerlo de inmediato porque Sabrina insistió en salir con Lina y Eddy, a fin de conseguir algunas otras prendas de ropa para el chiquillo. Quiso también hablar con Townsend para ultimar algunos detalles de las obras en la escuela, además de necesitar encargarse de colchones, ropa de cama, cortinas y material de estudio para cuando estuviera lista. Por último, quería comprar un regalo para Charleen, un libro para llevarle a lord Lancashire, un manguito para lady Romins... Por supuesto, envió una nota a Julius avisándole de que regresaban y que irían acompañados de Eddy y Pistón.

Todo ese dinamismo no engañaba a Ken, que intuía que tanto ajeteo era un modo como otro cualquiera de relegar la zozobra que el comodoro introdujo en su existencia con su confesión. De manera que se limitó a escoltarla de tienda en tienda convencido de que, tarde o temprano, acabaría aceptando que no podía dejar a Bellamy fuera de su vida ni de la de Charleen. Hubiera cometido errores o no en el pasado, era su padre y el abuelo de la niña. Él, en particular, ya tenía asumido que acabaría emparentándose oficialmente con un hombre que consideraba buena persona.

Partieron de Londres en dos carruajes, uno ocupado por Lina, Eddy y el cachorro; en el otro, ellos dos. Ya de camino, Sabrina, más comunicativa, quiso saber:

—¿Cómo te fue la conversación con el señor Tribby?

—No le ha hecho ninguna gracia tener que plantearse estar a cargo de un montón de sirvientes, pero cumplirá bien su cometido; era mucho más complicado mantener a raya a los soldados y lo hacía —bromeó, ciñéndola un poco más a su costado.

—Pues yo diría que está interesado en Lina. —Asintió ante el gesto de sorpresa de Ken—. No

me mires con esa cara. Los hombres no os dais cuenta de ciertas cosas, pero a tu sargento le gusta la muchacha. Tal vez podríamos darles un empujoncito.

—¿Ahora pretendes emparejarlos? No dejas de maquinarse, ¿eh, tesoro?

—¿Qué tendría de malo? —Se sintió conmovida por las expresiones que utilizaba con ella, cada vez más cariñosas. Metió una mano bajo la capa que lo cubría y jugueteó con los cierres de su chaqueta. No se cansaba de tocarlo, de besarlo, de pasar las noches a su lado, consciente del tiempo perdido y, sobre todo, de que le hiciera sentirse viva. ¿Cómo pudo plantearse la atrocidad de pensar en irse de Londres para escapar de él? ¿Cuántas estupideces había cometido! Imaginar perderlo le encogía el corazón.

Traveron House se materializó frente a ellos y Sabrina ya no tuvo ojos más que para la pequeña figura que corría hacia el coche agitando las manos. Abrió la puerta antes incluso de que el carruaje parase del todo, bajó sin esperar ayuda, hincó una rodilla en tierra y abrió los brazos para recibir a su hija en ellos. La besó en el pelo, en la frente, en las mejillas, la estrechó tanto que ya pugnaba por desasirse...

Sheringham, por su parte, abrazaba a su abuelo y saludaba al señor Falcon y a otros componentes del servicio que salieron a recibirlos.

Charleen aguantó con su madre hasta que apareció correteando Pistón, que, en cuanto se abrió la puerta del otro coche, saltó a tierra para explorar un espacio desconocido.

—¿Es para mí? ¿Me has traído un perrito, mami? —gritó, más que preguntó, entusiasmada.

Eddy, que también descendía del vehículo, prestó inmediata atención a aquella niña de bucles oscuros y arrugó el ceño.

—¡Pistón es mío! —replicó bien alto, para que ella lo escuchase.

—Y tú, ¿quién eres?

—Yo soy Eddy.

—Pues no me gustas, Eddy.

—Tampoco me gustas tú. Y no eres tan bonita como dijo la patrona. —Dicho eso, llamó al cachorro, lo sujetó por la correa y se puso a jugar con él.

Charleen abrió la boca para increparle, pero se volvió cuando oyó que le hablaban a su espalda.

—¿No vas a darme un abrazo, princesa?

Ken la sujetó por la cintura y giró con ella hasta que la niña rompió a reír. Luego, la dejó en el suelo y la pequeña se tomó de su mano, lo miró muy atenta durante unos segundos, con aquellos ojos grandes y vivarachos en los que quiso ver algo de los suyos, y le preguntó a bocajarro:

—Ahora eres mi papá, ¿verdad? ¿Porque te has casado con mami?

—Así es, cariño. ¿Tú quieres que lo sea? —La respuesta de la pequeña podía ser o no satisfactoria, pero a él le importaba más que nada; aguardó conteniendo la respiración, al tiempo que cruzaba una mirada con su abuelo, artífice de haberle desvelado a la niña la verdad.

Charleen acabó por encogerse de hombros antes de poner sus condiciones:

—Vale. Pero si vuelves a dejarte la barba, no me apetece mucho.
Tras ellos, Sabrina y Lancashire se echaron a reír.

A pesar de que su primer encuentro estuvo lejos de resultar acogedor, Charleen y Eddy no tardaron en ir aproximándose. Otro, se hubiera molestado, y hasta ofendido, al ser rectificado en su vocabulario por una cría a la que llevaba varios años y sacaba más de una cabeza. No fue el caso de Eddy. El chiquillo se dio cuenta enseguida de su falta de formación, de sus burdos modales, de dónde había caído y de la oportunidad que la vida le estaba brindando. Se esmeró en aprender cuanto le enseñaba la señorita Taylor, y lo hacía con tanto entusiasmo, que la institutriz estaba encantada con él, aunque a veces le resultaban desesperantes sus agudas respuestas.

—Me gusta saber *d'esos* sitios, pero ¿*p'qué* me sirve si nunca voy a ir?

—«De esos» y «para qué», Eddy. Has de aprender a hablar correctamente si quieres llegar a ser un hombre importante.

—Jack Morrison es importante y no sabe *jografía*.

—Geografía. ¿Y quién es ese caballero?

—*Tié* tres garitos de prostitutas en Whitechapel.

Simone Taylor corría a tapar los oídos a una Charleen que no se perdía palabra de cuanto decía su compañero de clase.

—Tiene. Se dice tiene, Eddy —corregía ella, con las mejillas arreboladas por el bochorno—. Por favor, no utilices ciertas palabras delante de la pequeña.

—¿No le caen a *usté* bien las putas? Pues yo le he oído decir al patrón... a milord, que merecen el mismo respeto que las damas. Conmigo se han *portao* mejor que muchas señoritingas *encopetás*.

—¡Señor, Señor!

La institutriz suspiraba, se armaba de paciencia y se iba a otro tema para no entrar en terreno pantanoso. Se alteraba con aquellas porfias, pero, a la vez, reconocía que el chiquillo ponía ante ella aspectos de la vida que le eran desconocidos.

—Es un muchacho muy inteligente, milord —informó una de las tardes a Ken, interesado por su actitud en las clases.

Eddy pidió que le dejaran seguir ocupando el cuarto que compartió a su llegada con uno de los pinches de cocina, afanándose en ayudar en lo que fuera menester cuando no tenía que asistir a las lecciones de la señorita Taylor. Y en sus ratos libres no tardó en acompañar a Charleen en sus

juegos. Secundaba las travesuras de la chiquilla, a la que empezó a llamar «pelusa» sin que a ella le importara, e incluso se echaba las culpas de alguna de ellas para que no la reprendieran. Entre ambos enseñaron a Pistón a hacer piruetas que arrancaban las sonrisas de todos. Pero recordando otros tiempos, Eddy también volvía locos a los componentes del servicio en pleno, llevándose objetos que luego, mientras cenaban en la cocina, les devolvía con el consiguiente pitorreo y buen humor, práctica de la que se libraron pocos: el reloj al mayordomo, un alfiler al señor Kelly, una peineta a Lina... Decía, el muy tunante, que no quería perder la única habilidad que poseía.

Por unas cosas y otras, todos le adoraban. Charleen no le dejaba ni a sol ni a sombra, convirtiéndole en su héroe, y Ken comenzó a incorporarlo a las excursiones que hacía con su hija a la cabaña del bosque.

Las obras de la casa-escuela se retrasaron a causa de las protestas de los obreros de la construcción, que pedían, al igual que otros gremios, mejoras en el ámbito laboral. Los abusos de los patronos, que pagaban poco y exigían que se cumplieran jornadas extenuantes, habían desembocado en alborotos. Unidos esos a la proliferación de panfletos de denuncia que, cada dos por tres, continuaban apareciendo por todo Londres proclamando la precariedad que sufrían las clases más bajas, mantenían ocupada a la policía e inquietos a los ciudadanos.

En otro orden de cosas, Sabrina y Ken habían dejado de lado la compra de Firefly Manor. Se llevaron a Charleen a visitar la propiedad tan pronto recibieron carta de Townsend, que les hacía saber que el propietario, William Vernon, actual lord Waught, deseaba ultimar detalles sobre la venta. Y habrían cerrado el trato de no ser porque la pequeña llamó la atención de Ken tirándole de la capa.

—No quiero que vivamos aquí —dijo muy bajito, pretendiendo no ser escuchada por aquel hombre grueso, serio y barbudo, que le cayó mal desde el primer momento—. No quiero dejar al abuelo, se pondrá muy triste.

—Imagino que nos reunimos aquí para llegar a un acuerdo, no para hacer caso a las tonterías de una mocosa, lord Sheringham —reprochó con poco tino el dueño de Firefly.

Ken cargó a la niña en brazos, miró de arriba abajo al sujeto y concluyó:

—Mi hija no dice tonterías, lord Waught. Y si ella no quiere vivir aquí, no tenemos nada más que hablar.

Sabrina se lo habría comido a besos en cuanto subieron al carruaje de no ser por la presencia de su hija. Entendía la renuencia de Charleen a abandonar a Julius y Traveron House porque también a ella le costaba imaginarse lejos de allí. En realidad, aceptó la proposición de Ken porque era lógico que él quisiera disponer de casa propia, pero, en el fondo, se alegraba de que la operación se hubiera frustrado. Muy por encima de todo, no olvidaría nunca que hubiera antepuesto el deseo de la pequeña al suyo propio.

—Te amo, Ken.

—Aunque me lo repitieras a cada minuto no me cansaría de seguir escuchándolo, mi vida.

A esas alturas era ya inevitable que lo besara, porque así se lo pedía su alma.

—¡Puaj! —Oyeron que exclamaba la pequeña, y se echaron a reír.

Unos días después, ya de tarde, Colin Sayer se presentó en Traveron House. No había vuelto por allí desde su encontronazo con Ken, pero tenía algo importante que comunicar a todos, y así lo hizo durante la cena:

—Me marcho a Virginia. Aquí poco tengo que hacer y ha llegado a mis oídos que se trata de una tierra próspera donde no es difícil abrirse camino. Así pues, embarcaré dentro de dos semanas en la corbeta *Capricho*.

A Sabrina, por más que Sayer nunca hubiera sido santo de su devoción, no le resultó indiferente la noticia. Sabía que, en el fondo, a Julius le dolería porque, para bien o para mal, perdía a alguien de su sangre. Las discusiones que mantuvo con él siempre se guiaron por el deseo de que se convirtiera en un hombre de provecho. Incluso Ken, pensando en su abuelo, intentó que el joven lo madurara bien antes de proceder, ofreciéndose a ayudarlo si permanecía en Inglaterra. Pero Colin ya había tomado una determinación y, acabada la velada, pidió a Sabrina que le concediera unos minutos.

A solas ambos en la biblioteca, el joven le hizo entrega de una caja de mediano tamaño envuelta en papel rojo y ceñida por un lazo. La abrió y se vio gratamente sorprendida ante un finísimo chal blanco de elaborada puntilla.

—Me han asegurado que fue confeccionado en Brujas.

—Es precioso, Colin, pero...

—No creo que a Ken le importe que te lo pongas. Me gustaría creer que, cada vez que lo uses, te acordarás de mí.

—Y a mí me gustaría no tener que recordarte, sino que siguieras con nosotros. ¿Lo has pensado bien? Aquí está tu familia. Tu tío te quiere, Ken ya ha olvidado vuestras diferencias y Virginia queda muy lejos.

—Estoy decidido a empezar de cero; en Londres volvería a caer en el juego y no quiero coquetear con la cárcel a causa de las deudas. Estoy seguro de que a tu lado hubiera conseguido ser otro hombre, pero, por desgracia para mí, Ken tenía más argumentos que yo para llevarte al altar.

—Colin...

—Me marcho al rayar el alba, así que, despedámonos ahora. —Se acercó a ella, estiró la mano y recolocó uno de los rizos que se le habían escapado del recogido—. ¿Puedo pedirte un último favor, Sabrina?

Ella imaginó de qué se trataba, lo veía en sus ojos. Asintió y aceptó un liviano beso de Sayer en su mejilla. Un beso fraternal que, de alguna manera, consiguió emocionarla.

Ya en su habitación, recostada su cabeza en el pecho de su esposo, somnolienta después de haber hecho el amor, no le ocultó a su marido que sentía la marcha de su primo, en especial por Julius. Ken la rodeó con uno de sus brazos, la besó en la coronilla y le dijo que, aunque nunca estuvo muy unido a Colin, hubiera preferido que se quedara para no contrariar a su abuelo.

—Ken... ¿Qué ocurrió realmente entre tu padre y tú? Nunca hemos hablado de ello.

No era un tema que le apeteciera recordar ni esperaba que Sabrina se lo planteara. De momento, ese súbito interés le desconcertó, pero entendió que su esposa tenía todo el derecho del mundo a saber las circunstancias por las que renegó de su padre y por las que rehusaba utilizar un título que le correspondía. Dejó a un lado los escrúpulos y se sinceró:

—Fue el causante del suicidio de mi madre. Era un ser execrable, un sádico que disfrutaba atormentándonos. Cualquier excusa era válida para humillarla y mortificarla, y lo hacía estando yo presente, sabedor de que me rebelaría y la defendería. Entonces cargaba contra mí y me propinaba tales palizas que, en ocasiones, me pasaba días en cama sin poder moverme.

—Sé por tu abuelo que os odiabais, pero no entró en muchos detalles.

—El viejo nunca supo lo que sucedía en realidad. Sabía que él tenía un carácter agrio, a veces violento, pero jamás llegó a conocer lo que de verdad ocurría en casa. Yo nunca se lo conté. No se lo conté a nadie, Sabrina, porque me amenazó con estrangular a mi madre si lo hacía. Era capaz de eso y de mucho más, y por ello guardé silencio y continué soportando su desprecio y su brutalidad. Ni estaba desarrollado del todo ni tenía músculos suficientes para enfrentarme abiertamente con él. Era apenas un muchacho, de otro modo sé que lo hubiera matado —afirmó rotundo, sin un ápice de duda.

Sabrina trataba de asimilar lo que oía, unos actos tan dolorosos y perversos que ningún hijo los debería sufrir jamás. Sobraban las palabras y habló con los hechos, besando aquí y allá sobre el pecho masculino, incorporándose y llegando hasta sus labios.

Ken reaccionó devorando su boca y aplicando sus manos al cuerpo que cubrían las sábanas.

—Ya que hemos entrado en el terreno de las confidencias, mi amor, también yo quiero saber algo: ¿por qué entraste aquella noche lejana en mi cuarto?

Ella se ruborizó, pero no dejó de mirarle a los ojos.

—Me enamoré la primera vez que apareciste por la posada. Me quedaba observándote como una mema desde el piso de arriba, deseando que te fijaras en mí, que alzases la vista y me dedicaras una mirada, solo una mirada, Ken. No lo hiciste, claro, ni siquiera reparaste en mí. Pero os escuché hablar de que te unías al ejército para luchar contra Napoleón... Temí no volver a verte nunca. Cuando me colé en tu cuarto solo pretendía robarte algunos besos que me sirvieran para soportar tu ausencia. Pero la pasión juega con las reglas que ella misma impone. Te aseguro que no tenía ninguna intención de acabar perdiendo la virginidad en tu cama, fue una locura de la que no supe escapar.

Ken la tomó de la cintura para colocarla sobre él y ella enarcó las cejas, burlona, consciente de la excitación de que hacía gala.

—¡Bendita locura, milady! —murmuró guasón, atrapando sus nalgas con todo descaro para masajearlas a placer—. Bendita locura...

Diez días después

—¿Puedo ayudarle, mi teniente?

—Prefiero acabarlo solo, pero se lo agradezco.

Le agradaba tener a Tribby a su lado.

El señor Kelly había accedido, tras un accidente sin importancia, aunque dada su edad fue motivo de preocupación en la casa, a retirarse de la vida activa. Le echarían de menos, sin duda, pero, tras tantos años de servicio intachable, se había ganado una merecida jubilación. Su sobrina, que regentaba una tienda de sombreros en Cardiff, llevaba tiempo instándole para que se fuera a vivir con ella, lo que al final aceptó. Por su parte, Lancashire quiso retribuirle con una generosa cantidad para que no pasara privaciones.

Propuso, pues, a Tribby que se trasladase a Traveron House para cubrir el puesto de ayuda de cámara de su abuelo y, por supuesto, suyo; no solo no puso impedimento alguno, sino que la nueva oferta le satisfizo. Y su llegada supuso todo un acontecimiento para Charleen, que de inmediato quiso identificarlo con un corsario debido al parche del ojo.

Recolocó el hatillo que llevaba debajo del brazo y salió de la casa para dirigirse hacia la cabaña junto a la laguna. Pretendía dar la sorpresa a la niña antes de que el agua se convirtiera en una pista de patinaje. No había vuelto a nevar y, de momento, el tiempo estaba más suave.

Mientras caminaba, visualizó la «temible nave pirata», como a buen seguro la iba a llamar su hija, y esbozó una sonrisa. La verdad era que de temible tenía poco y de nave menos, apenas contaba con cien pulgadas de largo, lo justo para que pudieran sentarse la niña y Eddy. Pero tomó buena nota de las indicaciones de su suegro para crear el armazón, dado que, desde hacía una semana, estaba más tiempo en Traveron House que en su casa de la ciudad. Por fortuna, Sabrina supo dejar pasar un tiempo prudente y, finalmente, lo invitó a conocer a su nieta. Bellamy no solo aceptó, sino que se presentó en la casa con la humildad de un advenedizo, pero con la ilusión de un adolescente. La relación entre ambos iba despacio, por descontado, con cierta precaución por una y otra parte, a fin de cuentas, hasta hacía solo unos días ni siquiera sabían lo que les unía; por suerte, a cada minuto que pasaba su proximidad se hacía más estrecha. Para él no había duda de que Bellamy acabaría por ganarse el total cariño de su esposa porque, si algo tenía el comodoro, era tenacidad.

Charleen, desde luego, acogió con algarabía el hecho de saber que tenía un abuelo más. No creía Ken que fuera a olvidar los instantes que siguieron al momento en que la pequeña supo quién era aquel hombre desconocido al que su madre abrazó, y al que después pidió que le diera un beso. Ella torció un poco la cabeza, se lo quedó mirando con gran atención y le preguntó con la resuelta espontaneidad de sus pocos años:

—¿También tú me vas a traer regalos, entonces?

Bellamy se echó a reír mientras se ponía en cuclillas y la abrazaba, sucumbiendo a una emoción que le empezaba a empañar los ojos.

—Claro que sí, todos los que me pidas —respondió.

Charleen, con toda inocencia, negó con la cabeza, haciendo que ondearan sus bucles oscuros.

—Me conformo con una espada para pelear con Eddy.

Y es que su hija cada vez se distanciaba más de entretenerse con muñecas y vestiditos, para inclinarse por los juegos de corte masculino. De ahí que hubiera decidido construirle la barca.

Sin ningún ánimo de presunción, se vanagloriaba por el trabajo realizado con sus propias manos. Había tenido ayuda, desde luego. Tribby le echó una mano para cortar los tablones y dar forma al bote, pero fue él quien los lijó hasta despellejarse los dedos, los calafateó y luego lo pintó: el casco de rojo, el palo mayor y los remos en blanco, copiando una antigua ilustración que encontró en un libro de náutica. Mirna y Lina utilizaron una vieja capa negra para coser la bandera y bordar en ella la calavera y las tibias con lana blanca. Incluso Eddy, entusiasmado como ninguno por haber sido incluido en el secreto, consiguió, solo Dios sabía cómo, unas pequeñas bolas de cristal que cosieron alrededor del cuadrante. Hasta Walter Tribby, poco dado a los halagos, elogió el trabajo una vez terminado.

—Va a tener razón Sabrina, al sargento le ha alcanzado Cupido con sus flechas —dijo hablando consigo mismo.

Entendía muy bien la causa por la que Tribby no se opusiera a trasladarse a la finca, acordándose del tono melocotón que adquirieron las mejillas de Lina al oír las alabanzas de este a su costura.

Fue al empujar la puerta de la cabaña cuando creyó escuchar un sonido que asimiló con el de una rama al troncharse. Miró alrededor, sin observar nada extraño y, pensando que pudiera tratarse de algún conejo u otro animalillo, acabó por entrar. Los postigos se encontraban cerrados y el lugar estaba impregnado de un intenso olor a brea, así que dejó el bulto que llevaba y abrió una de las ventanas, por la que se coló una ráfaga de aire frío. Encendió un par de candiles, dejó la capa sobre una silla, echó algunos troncos a la chimenea y prendió fuego. Buscó el bote de pintura blanca y un pincel, se arrodilló en el suelo y comenzó a escribir el nombre: *Jumping Frog*, a imitación del que capitaneaba Malafé.

Absorto en la tarea, no fue consciente de estar siendo observado a través de la ventana abierta, aplicándose a la labor ensimismado, hasta que una voz conocida, a su espalda, le interrumpió. Tenso y en guardia, se volvió.

—Sigue de rodillas, Ken, si no quieres que acabe contigo antes de tiempo.

—Creo que ya va siendo hora de retirarme.

El comodoro había estado jugando durante la última hora con Julius. Desde que empezó a acudir a Traveron House fue inevitable que la familiaridad con el conde se acrecentara, hasta el punto de que Lancashire terminara por convencerle para echar una partida de damas, juego al que era bastante aficionado. Bellamy ganaba siempre, tal vez por sus dotes de estrategia militar, pero Julius no se amedrentaba e insistía en retarlo. Desde la marcha de su ayuda de cámara, con quien a veces jugaba hasta altas horas de la noche, no encontraba a nadie como oponente. El comodoro vino a suponer, por lo tanto, el clavo al que agarrarse para seguir jugando.

—Solo una partida más —insistió.

—Es tarde.

—¡Vamos, Bellamy! ¿Qué prisa tiene? ¿Acaso le espera alguna dama?

—Ya sabe que no.

—Entonces, coloque sus fichas y echemos otra partida antes de la cena, a la que, por supuesto, se quedará también. Hay habitaciones de sobra, de manera que puede pasar aquí la noche. Así tendrá la oportunidad de desayunar con Charleen y Sabrina; tiene que recuperar el tiempo perdido.

—De aceptar la amable y generosa oferta que me hace... para que disfrute de ellas —ironizó—, me veo moviendo fichas hasta altas horas. No me engaña, amigo mío.

Julius echó mano del buen humor y le instó a seguir.

—Vamos, vuelva a sentarse y empecemos; en esta partida pretendo tomarme la revancha y ganar.

Bellamy claudicó: a una invitación semejante era difícil decir que no porque, de fondo, estaban su hija y su nieta, con las que, ciertamente, quería pasar el mayor tiempo posible. Se sentó, pues, y fue colocando sus veinte fichas negras en el tablero.

Desde la entrada llegaba hasta ambos el bullicio y las exclamaciones de Charleen que, entretanto, imitaba a Eddy: sentada de medio lado sobre la pulida barandilla de la escalera, se deslizaba a gran velocidad. De poco servían las regañinas de Sabrina, de la institutriz o de la propia Mirna, que cada dos por tres les castigaba sin postre; la energía del chiquillo no tenía freno, lo arrasaba todo, y la pequeña seguía sus pasos en cada trastada.

Pero aquella tarde, la mala fortuna hizo que Charleen calculase mal a la hora de saltar al suelo, antes de chocar contra el pomo de remate de la escalera. Sus pies no se apoyaron bien en el último escalón, se torció uno de sus tobillos y cayó de cabeza. Lina, que atravesaba el *hall* llevando unos bultos, lanzó un grito, los dejó en el suelo y echó a correr hacia la niña. A su petición de ayuda acudieron en tropel Julius, Bellamy, la propia Sabrina y los criados que se encontraban cerca.

Charleen, inerte y pálida, no reaccionaba a la llamada de su madre.

—Abre los ojos, tesoro —suplicaba ella, aterrada, abrazando el pequeño cuerpo de la niña contra su pecho y dándole palmadas en la cara—. ¡Despierta, cariño, despierta! —gritó desesperada, mirando el corte que presentaba la chiquilla en la frente, que estaba dejando un rastro de sangre en su rostro—. ¡Que alguien traiga agua, por amor de Dios!

Fue Bellamy quien primero reaccionó y salió a escape hacia las cocinas, momento en que la niña abrió los ojos y se llevó la mano a la cabeza con una mueca de dolor, aunque de sus labios no salió ni una queja. Sabrina la abrazó más fuerte, si eso cabía, dando gracias al cielo. Por ventura, todo parecía indicar que se trataba solo de un buen susto, nada preocupante, a pesar de lo cual no estaría de más que un médico la examinara.

—¿Dónde está Ken? —preguntó, ya recompuesta del sobresalto.

—Yo le traigo a milord, patrona. —Se ofreció Eddy, a quien la culpa le había dejado trastornado durante unos segundos; de no haberse deslizado él por la barandilla, Charleen tampoco lo hubiera hecho.

Para nada se preocupó de protegerse contra el frío. Salió al exterior sin más, porque todo su afán estaba en llegar a Ken. Rachas de aire helado lo golpearon, pero ni siquiera lo notó, emprendiendo una alocada carrera hacia el bosque; avanzó sin mirar dónde pisaba, expuesto a romperse la crisma, con lágrimas de pesar que se le iban secando en el rostro.

Apenas tardó unos minutos en llegar a la cabaña, de cuya chimenea salía el humo del hogar. Y estaba a punto de alcanzar la puerta cuando a sus oídos llegó el vozarrón intimidador de su patrón:

—Si le pones una mano encima, Colin, ¡juro por Dios que eres hombre muerto!

La presencia de su primo, inesperada y sorpresiva, apuntándole con una pistola, primero lo confundió y luego lo puso en guardia.

—¿Qué significa esto? —preguntó poniéndose en pie, sus ojos fijos en el arma.

—Empuja hacia mí esos trastos, por favor —ordenó Colin, que señaló la cuchilla curva y la azuela que estaban en el suelo, junto a la barca.

Ken así lo hizo: de sendas patadas las lanzó hacia Sayer que, a su vez, también con el pie, las envió al otro lado de la cabaña. Poco podían hacer dos simples herramientas de carpintero frente a su pistola, pero se entendía que no quisiera correr riesgos y las pusiera fuera de su alcance.

—¿Y bien? ¿Vas a explicarte de una condenada vez?

A Colin le bailó una sonrisa vengativa en los labios. Disfrutaba teniéndolo a su merced y no trataba de disimularlo; muy al contrario, quería que él se diera cuenta.

—¿Cómo te lo contaría para que lo entendieses? —Casi hablaba consigo mismo, sin mirarlo de frente, aunque, al mismo tiempo, pendiente por completo de él. Se movió un poco hacia un lado, mirando la barca, como si tuviera un interés especial en ella—. Una pena que no vayas a acabarla, te ha quedado bonita. Bien, supongo que lo mejor es ir directo al grano, ¿verdad? Pues verás, Ken: vas a sufrir un lamentable accidente que te va a costar la vida y, tal infortunio, a mí, tu doliente y consternado primo, me hará replantear la decisión de marcharme de Inglaterra. Porque me tendré que dedicar a consolar a la hermosa vizcondesa viuda de Maveric.

A Ken se le erizó el vello por la amenaza de muerte y la maldad con que se la anunciaba, cuyo fin no era otro que conseguir a Sabrina. Él había sido testigo de cómo la rondaba, pero nunca imaginó que pudiera maquinar algo así. Todas sus buenas palabras de que se marchaba de Inglaterra, todo su aparente arrepentimiento por su conducta anterior... Una simple comedia para engañarlos. Ante él, en ese instante, se quitaba la máscara. Un latigazo de ira lo cegó hasta el punto de dar un paso hacia él, con desprecio del riesgo que asumía por el arma que le apuntaba.

—Si le pones una mano encima, Colin, ¡juro por Dios que eres hombre muerto!

En el exterior, Eddy les observó a través de la ventana. Empezó a temblar y no precisamente de frío. No se podía creer que quien obligaba a su patrón a vocear de ese modo era su propio primo, pero sí tenía clara su situación de extremo peligro. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue ir en busca de ayuda, pero de inmediato desechó la idea porque, cuando quisiera regresar con el

señor Tribby, Sheringham podría estar ya muerto. Sin embargo, algo tenía que hacer. Pero ¿qué? ¿Cómo podía ayudarlo si ni siquiera tenía la navaja de mango de hueso que le afanase a un señoritingo borracho? Mirna se encargó de quitársela nada más llegar a Traveron House. Incluso, de haberla tenido consigo, ¿qué iba a conseguir un niño frente a un adulto con un arma de fuego?

Estaba encogido por el miedo y la desazón, en el más absoluto silencio, aguantando hasta la respiración para no delatar su presencia. Atisbó de nuevo el interior, y lo que escuchó le puso la piel de gallina.

—Así que ese es tu plan: matarme.

—No es nada personal, es simple supervivencia. Es una forma de enmendar los errores de nuestros antepasados. ¿De verdad os pensasteis que iba a largarme al otro lado del mundo, si puedo obtener aquí todo cuanto deseo? ¡Todo lo que me corresponde, a decir verdad! Mi madre debería haber heredado la mitad de las propiedades y el dinero de los Baker, sin embargo, hubo de conformarse con las migajas. —Fue elevando la voz, sofocado su rostro por el énfasis con que defendía su argumento.

—No creo que puedas culparnos de eso; así está hecha la ley.

—Sí, claro. Una ley que te ha beneficiado a ti, dejándome a mí en la cuneta. Solo porque llevas el apellido Baker —recalcó, cada vez más enconado—. Yo solo he recibido limosnas por las que, además, debo estar agradecido. ¡Y no las quiero! ¡Eso se ha terminado! ¡Se acabó besar las botas de mi condenado tío! Voy a quedarme con el dinero de la familia, con Traveron House... y con tu esposa.

—Colin, piensa lo que dices...

—Sabrina es oro puro y me gusta, lo sabes bien: una hermosa mujer que calentará mi cama y que tendrá a su disposición una gran fortuna. Porque a la tuya, que heredará como viuda, ha de sumarse la del viejo cuando se vaya al infierno, que ya me encargaré yo de que sea más pronto que tarde. Y, por si fuera poco, la de su reencontrado padre, que tampoco es nada despreciable.

—Estás loco. Pero ¿tú crees que con matarme se acaba todo? Sabes que investigarán, siempre quedan cabos sueltos y todos apuntarán a ti. Te espera la horca, Colin, porque al final te hallarán culpable. Además, estoy seguro de que Sabrina no aceptará nunca unirse a ti —afirmó Ken poniendo el acento en la última frase, conteniéndose para no lanzarse contra él.

Necesitaba distraerlo, que siguiera hablando hasta ver si hallaba una rendija que le ofreciera algún margen de maniobra. No se le había pasado por alto la clase de pistola que esgrimía: era un modelo antiguo, aunque no por ello menos efectivo, del tipo de arma provista de una piedra de sílex que accionaba el martillo para producir la chispa que encendía la pólvora. Tenía el inconveniente de que solo podía efectuarse un disparo, requería una nueva carga de munición antes de volver a ser utilizada. Solía formar parte de la dotación de autodefensa de ciertos cuerpos militares, a la que se acompañaba del correspondiente sable o cuchillo. Era de alcance corto, pero, en un espacio tan reducido como la cabaña, la probabilidad de acertarle de pleno era elevadísima. Contando con la posibilidad de que errara el disparo, Colin carecería de tiempo

material para introducir la munición, consistente en el proyectil, la pólvora y el taco de papel, antes de que él le cayera encima.

«Solo puedes hacer un disparo, necio», se decía Sheringham, sopesando un ataque directo. Siempre que no le acertara, o la bala no alcanzase alguna parte vital de su cuerpo, reuniría el coraje suficiente como para derribar a su primo y alcanzar la cuchilla curva. Con esa esperanza, fugaz, difusa y muy arriesgada, dio un paso adelante.

—¡¡No te muevas!! —gritó Sayer, que retrocedió a su vez—. No me obligues a dispararte; no es eso lo que tengo pensado, prefiero que quedes inconsciente y que no te enteres de nada.

—¿Es esa la descripción del procedimiento con el que piensas acabar conmigo? Vamos, instrúyeme, Colin. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Si tú lo prefieres, que así sea. Te golpearás en la cabeza por accidente, volcarás uno de los quinqués en la caída y se prenderá fuego. Para cuando quieran percatarse de lo que sucede, serás historia. Ahora, por favor, date la vuelta.

—No pienso facilitarte las cosas. Tendrás que dispararme.

—¡Date la vuelta!

Eddy no esperó más, no podía hacerlo. En su cuerpo de niño se encerraba un cerebro acostumbrado a la acción de la calle, a la supervivencia, en la que había que arriesgar, incluso a costa de la propia integridad. Porque tanto si su patrón accedía a la imposición de quien le encañonaba, como si quedaba inconsciente, iba a morir. Rodeó la cabaña, empujó la puerta con todas sus fuerzas y entró en tromba, gritando como un poseso, la cabeza metida entre los hombros a modo de ariete.

Ken dio un respingo y Colin se volvió, alertado por la irrupción, dividiendo su atención y por completo desnortado por una aparición tan súbita e inesperada. Antes de poder evitarlo, la cabeza de Eddy impactó en su estómago. Reaccionó Sayer, medio tambaleándose, ahogado por el golpe, atizando al crío sin miramientos con el cañón del arma, que abrió una brecha en su mejilla izquierda y lo lanzó contra la pared.

Fueron apenas tres segundos, pero suficientes para que Ken aprovechara para cargar con saña, obcecado por un arrebato de violencia, tanto por él, que liberaba así la carga emocional de saberse a expensas de un asesino, como por el niño; su temeraria acción, probablemente, le había salvado la vida. En la embestida, Sayer tuvo que retroceder, Ken se aferró a su mano armada y la aplastó contra la pared hasta que la soltó. Después, no tuvo compasión: sus puños se cebaron en su rostro, en su tórax, una y otra vez, sin descanso.

Trataba Colin de mantener el equilibrio en medio de la andanada de golpes, cubriéndose y soltando también sus puños, defendiéndose como podía. Pero Sheringham estaba fuera de sí, era un vendaval imparable que estaba convirtiendo su cara en la de un eccehomo. Quiso buscar apoyo en la repisa de la chimenea para tratar de sobreponerse. Calculó mal: su cabeza colisionó con estrépito contra la piedra y su mano se llevó por delante uno de los quinqués, que se hizo añicos al caer. Se expandió el aceite, que prendió de inmediato y alcanzó las virutas y la madera. En

segundos, con los dos hombres aún enzarzados, las llamas no dieron tregua, prendieron allá por donde se extendían. La cabaña no tardó en llenarse de humo.

Un gancho postrero de Ken derribó a su primo. Colin cayó sobre la barca, pasto ya del fuego. No se preocupó de él, su prioridad era Eddy. Tosiendo por el humo cargó con él en brazos y salió al exterior. Solo pudo dar unos pasos antes de dejarse caer de rodillas, medio ahogado, inhalando aire fresco, agotado por la pelea. Se volvió ante el estruendo de cristales que explotaban. La cabaña se estaba convirtiendo en una bola de fuego.

Por paradójico que pareciera, Sayer iba a encontrar la muerte del mismo modo en que lo planease para él.

Tenían que largarse de allí. Pero no pudo hacerlo. Colin estaba dentro de aquella pira.

«¿Vas a ser capaz de abandonarlo a su suerte?», se preguntó.

Dejó a Eddy en el suelo y corrió hacia el interior.

Medio ahogado, con los ojos casi cegados por el humo, salió poco después arrastrando por las muñecas el cuerpo inerte de Sayer.

Tan pronto lo soltó, se encontró con los brazos de Eddy que rodearon sus piernas. El crío temblaba y lloraba en silencio. Se quitó la chaqueta, se la colocó sobre los hombros y, poniéndose de hinojos ante él, restañó la sangre que manaba de su mejilla con el puño de su camisa.

—Te has portado como un valiente —dijo, acariciándole la cabeza—, pero también como un loco.

Eddy, sin parar de llorar, se abrazó a su cuello.

—Creí que lo iba a matar, patrón —confesó entre hipidos—. Y yo no quiero volver a quedarme solo.

A Ken se le encogió el corazón. Echó una mirada al cuerpo de Colin, que seguía desmayado, con parte de la chaqueta chamuscada, sin lograr que la ira que lo embargaba se fuera diluyendo. Iba a encargarse de que sobre aquel malnacido cayera todo el peso de la ley, no movería ni un dedo para librarlo de la horca. Estrechó contra sí el convulso cuerpo del niño y le aseguró:

—Nunca volverás a estar solo, Eddy. Te lo prometo.

Epílogo

A medida que se aproximaban a la mansión de Hatfield Manor esta se tornaba más espectacular. Una estructura de planta alargada y ladrillo rojo, con fachada de estilo entre clásico y georgiano, con puerta de acceso central y simetría en los ventanales a ambos lados y en los pisos superiores, a cuyos extremos se erigían dos torres cuadradas coronadas por sendos mástiles, en los que ondeaba la enseña del ducado. Extensos jardines de elaborada ornamentación vegetal escoltados por pasillos internos daban la bienvenida al visitante, que se adentraba en la propiedad por un largo camino principal, profusamente alumbrado por pebeteros de aceite ardiente que expandían un delicioso aroma a sándalo.

A su llegada, ya había aparcados una docena de carruajes y Sabrina, instintivamente, bien por el encanto del lugar o bien por su encaje en sociedad, al que aún no se había adaptado del todo, oprimió un poco la mano de Ken.

En cuanto el coche paró, se abrió la puerta y un criado de librea desplegó la escalerilla correspondiente, tendiéndole luego la mano para ayudarla a bajar. Después, tomada del brazo de Ken, subió la escalinata que llevaba a la entrada principal, en donde otro lacayo se hizo cargo de sus capas y sombreros.

Fue entonces cuando Ken, recreando su vista, observó la figura de su esposa desde la coronilla a los escarpines, y tuvo conciencia real de lo espléndida que lucía con su atuendo: un vestido de seda marfil con escote cuadrado, mangas abullonadas y una ristra de perlas en la cintura y en el bajo. Lina, por otra parte, se había superado con el peinado, recogiendo sus negros cabellos en un moño alto que dejaba algunos mechones sueltos, lo que resaltaba la esbeltez de su cuello, favorecido por el brillo de unos pendientes y una gargantilla de perlas peregrinas.

A ella le gustó el brillo de aquellos ojos que le decían, sin palabras, que le gustaba lo que veía. Desvió la mirada de la de su esposo con una sonrisa complacida, para fijarse en el salón. Los presentes se congregaban en pequeños grupos alrededor de un amplio espacio acotado para el baile, pero sin pisar en su interior. Y la razón era que el suelo estaba maravillosamente adornado de exóticos pájaros pintados con tiza. En ocasiones, se contrataba a artistas para realizar algún tipo de dibujo sobre la pulida tarima, a fin de evitar que los bailarines resbalasen en medio de una danza. Los invitados solían llegar un poco antes de que comenzara el baile para poder admirar el trabajo. Otras veces, sin embargo, se colocaban pequeños recipientes con polvo de tiza junto a los

salones de baile, a fin de que los participantes, en especial si las piezas eran muy movidas, lo extendiesen en las suelas de los zapatos.

Ken entregó la tarjeta de invitación al lacayo que se encontraba en la entrada del salón, le susurró algo y esperó a que fueran anunciados.

—¡Lord y lady Maveric!

Los murmullos bajaron de intensidad hasta silenciarse. Sabrina, asombrada, sin esperarse aquello, miró a su esposo.

—No quiero que renuncies a lo que te pertenece por derecho —declaró.

Ella acercó la mano derecha a su brazo para darle un cariñoso apretón.

—Ennoblecera el título que deshonró tu padre, mi amor.

—Y tú te pareces al tuyo mucho más de lo que imaginas; el conde me dijo algo muy similar.

No pudieron seguir hablando porque los anfitriones se acercaron a ellos y Ken tuvo que encargarse de las obligadas presentaciones. A Sabrina le impresionó la estampa del duque, un hombre apuesto donde los hubiera; la duquesa, muy hermosa, rubia platino y de grandes e inteligentes ojos azul claro, competía con él en elegancia.

—Excelencias...

Hatfield observó con interés a la joven que les hacía una estudiada reverencia.

—Nuestra enhorabuena a los dos por el enlace —expresó en su nombre y en el de su esposa.

—Permítame, lady Maveric, hay algunos amigos esperando conocerla —pidió la duquesa, llevándose a Sabrina consigo.

Ken no pudo remediar sentir que su pecho se expandía de orgullo al observarla alejarse. Sabrina caminaba como si no tocara el suelo, como si flotara, dejando tras ella un primoroso aroma a lavanda.

—Así que, por fin, has recobrado la cordura y rescatado tu título; eso te honra —comentó Hatfield. Pero Ken no atendía, su interés se centraba en Sabrina—. Maveric, por más que seas un recién casado, debo recordarte que es poco elegante comerse a la mujer de uno con los ojos en público —bromeó, aunque él mismo seguía con fervor los pasos de la suya.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo, ¿no cree, excelencia? —ironizó Ken al advertirlo.

Antes de que el duque se pudiera dar por aludido, su hermano menor y el vizconde de Wickford llegaron hasta ellos, oportunidad que aprovechó él para excusarse e ir a atender a otros invitados.

—¡Cuánto tiempo sin saber de ti! —saludó Jason Rowland, estrechando la mano de Ken—. Te haces de rogar.

—Tienes un montón de cosas que contarnos, ¿o no? —intervino Alan Chambers, intercambiando otro apretón de manos.

—¿De veras?

—Veamos: una boda sorpresiva, una heredera por completo desconocida, el encarcelamiento de tu primo, tu intervención para librarlo de la horca a cambio de la deportación... —enumeró Jason—. ¿Sigo? Has estado desaparecido, pero no te ha importado contribuir a la ola de rumores,

cuando no de escándalos, con los que, como bien supones, se ha nutrido esta nuestra sociedad y su mundillo; cosa que seguirá haciendo durante un buen período todavía.

—¿Quién fue a hablar! No creo que sea yo solo el centro de todos los cotilleos. ¿O acaso, querido Wickford, ya se ha olvidado la flor y nata de Londres de tu repentino viaje a Escocia?

En otro extremo del salón, entretanto, Sabrina estaba siendo presentada a unos y otros. Se distrajo un instante al ver a los dos caballeros que se acercaban a saludar a su esposo y se perdían después con él tras una amplia puerta doble. Lady Liliana, la hija mayor de los Hatfield, siguió la línea invisible de su mirada, se hizo con un par de copas de champán de la bandeja de un camarero, se aproximó a ella y le aseguró sin reparo alguno:

—Cualquiera de ellos mataría por los otros dos.

—¿Disculpe? —respondió desconcertada y, aun así, aceptó la copa que se le ofrecía.

—Soy Lili Chambers. —Se presentó. A Sabrina no le cupo duda, era una versión en joven de la duquesa—. Decía que su esposo está en buenas manos, los tres se conocen desde hace muchos años. ¿Puedo tutearle? —La vizcondesa asintió—. Me interesa saber cuánto de verdad hay en que vas a poner en marcha una casa-escuela para huérfanos.

—De no ser por problemas de última hora con los operarios, ya debería estar funcionando.

—¿Te parece que hablemos de ello? Pero antes, ven, quiero que conozcas a dos buenas amigas, Barbara y Nicole, quienes, a buen seguro, estarán encantadas de colaborar en tu encomiable labor.

Sabrina intimó con rapidez con las tres jóvenes; de carácter extrovertido, con ideas que sintonizaban con las suyas y a través de las cuales pudo comprobar que, en efecto, estaban dispuestas a ofrecerle su ayuda en cuanto la necesitara.

Más tarde, le tocó bailar con cuanto caballero se lo pidió, y hasta bebió un poquito más de lo prudente.

Cerca de la medianoche, Ken pudo evadirse del grupo de conocidos que lo monopolizaban e ir a rescatarla, ya que, para entonces, estaba siendo la rehén de sus amigos, Maine y Wickford. Se integraron entre los bailarines para seguir los compases de un vals y él curioseó:

—¿De qué has charlado tanto tiempo con esos dos?

—Me han contado anécdotas de vuestra juventud, algunas muy jugosas... —Se echó a reír, todavía divertida por su ingenio.

—¡Válgame Dios! Me habrán dejado en mal lugar, seguro. ¿Y con lady Liliana?

—De la escuela. Me ha parecido una joven muy interesante.

—A propósito de esa cuestión, cariño, creo que deberías tomarte un descanso; faltan un par de semanas, al menos, para que puedas abrirla. Ya sé que los niños te preocupan y son importantes para ti, pero...

—También a propósito, cariño —remedó ella sus palabras, entre giro y giro, sonriente, anhelando que acabara la pieza y poder escabullirse con él a cualquier rincón para besarlo a placer—, me encanta que hayas decidido ser el tutor legal de Eddy. Y ahora, ¿qué decías de tomarnos un descanso?

—Una semana fuera de Londres. Solo una semana; estaríamos de vuelta para la apertura de la escuela. ¿Qué me dices? Tú y yo solos. Paseos, lectura, cenas a la luz de las velas... Y cama. —Le guiñó un ojo con vis cómica.

En el semblante de Sabrina brilló también un humor lascivo que exteriorizó con una carcajada. Ken era un auténtico bribón, pero ella lo amaba más que a su vida. Soñaba con poder besar cada noche, antes de dormirse, ese rostro noble, y quería que sus ojos fuesen lo primero que viera al despertar cada amanecer, así, hasta envejecer a su lado.

—¿Charleen y Eddy...?

—No creo que entre los mimos de mi abuelo y de tu padre, y las atenciones permanentes de Virginia, de Lina y del coro de sirvientes, nos echen en falta durante unos días. Quiero tenerte para mí solo.

—¿Crees que acabarán por casarse?

—¿El viejo y lady Romins? Es posible, ya veremos. Bien, ¿nos escapamos, entonces?

—Contigo me iría al fin del mundo, ya lo sabes.

—No sería tan lejos, solo está a unas tres horas de Londres. —Ella, con las cejas fruncidas, le instó a explicarse—. Quiero llevarte a un lugar encantado, un mundo casi de fábula: un pequeño valle en el condado de Herfordshire. Pasé una corta estadía allí hace años y no he podido olvidarlo.

—¿Encantado? ¿Acaso lo habitan gnomos o hadas? —bromeó ella, dejándose llevar entre sus brazos.

—No, que yo sepa, aunque tampoco me extrañaría. La magia persiste entre las ruinas romanas, los restos amurallados de un antiguo castillo, un pozo donde las mozas acudían a pedir sus más fervientes deseos... Hasta en el puente medieval. Recuerdo que había un pequeño embarcadero. —Arrugó el entrecejo hurgando en la memoria—. Podríamos alquilar una barca, atravesar el lago y perdernos después en un tupido bosque de abedules, olmos y fresnos.

—Parece realmente un valle de cuento.

—Incluso existe una leyenda que habla de dos amantes...

—Como nosotros.

—No. Nosotros no somos solo amantes, Sabrina. Somos mucho más, pequeña: un solo corazón. Porque el mío ha encontrado su lugar dentro del tuyo, allí se ha refugiado y nunca saldrá de él. Te amo, hechicera.

Los ojos de la joven se humedecieron, henchida su alma de veneración. Hubiera querido estar ya allí, en ese lugar al que él se refería, a solas como pretendía, para demostrarle hasta qué punto le amaba, para entregarse sin reservas, una vez más, como cada noche. Las horas, hasta que la fiesta diera a su fin, se le iban a hacer eternas. Carraspeó, porque la emoción la embargaba al pensar que, al final de un camino tortuoso, el destino la había premiado con un hombre como Kenneth Baker. Lo mereciera o no solo viviría para él, prometiéndose que le amaría por siempre, hasta el final de sus días.

—¿Y cómo dices que se llama ese lugar paradisíaco, milord?

—Minstrel Valley,^[5] querida.

Nota de la autora

Quienes siguen mis historias saben que una de las cosas que más me gusta es introducir personajes reales en ellas. En esta no podía ser menos, así que me gustaría dejaros algunos datos, poca cosa, que os pueden resultar interesantes.

Gebhard Leberecht Blücher, al que nombro cuando hago referencia al tiempo que el protagonista pasa en la guerra contra Napoleón, nació en Rostock en diciembre de 1742 y fue un militar prusiano al que, según se dice, le gustaba bastante apostar, beber y conquistar mujeres. Fue hecho prisionero tras finalizar las batallas de Jena y Auerstaedt. Su gran sentido del patriotismo y su manera de tratar a los que estaban bajo su mando le granjearon el afecto de las tropas.

Otro personaje que aparece en la novela, que baila con Sabrina y que es amigo de lady Romins, es **Charles Sterling**. Consiguió que le nombraran vicealmirante en 1810 y le fue concedida la llave de la ciudad de Londres, recibiendo, además, una espada con la leyenda: «A la valiente y meritoria conducta en la captura del fuerte de Montevideo». Sin embargo, en 1813 le relevaron del cargo con la orden explícita de regresar a Londres, para hacer frente a las denuncias de sobornos por proteger a buques extranjeros. La carta del comisario de Jamaica fue la que dio origen a su caída. Por supuesto, Sterling recurrió, consiguiendo recuperar el título de vicealmirante, pero nunca volvió a ejercer su cargo.

Vuelvo a sacar a **Elizabeth Fry**, pero de ella ya os he hablado en otras novelas. Para las que no sepan nada de esta maravillosa mujer, diré que nació en 1780, en el seno de una familia cuáquera, y fue una reformadora de las prisiones inglesas, a fin de que el trato de los reclusos fuera más humano; incluso abrió una escuela para escolarizar a los niños que estaban allí con sus madres encarceladas.

Para estar un poco al tanto de los precios que pagan nuestros protagonistas de la época, he intentado tomar nota de las **monedas** que se utilizaban; tan lioso como en la actualidad. Existían de 1 libra (o soberano) que son 20 chelines, que equivalen a 240 peniques. Había de medio soberano, 2 soberanos y 5 soberanos (aunque estas era raro verlas). Al inicio del siglo XIX aún se acuñaban las guineas y medias guineas (1 guinea eran 21 chelines). Y estaban en uso monedas de 5 chelines, 1 chelín, 1 florín, 2 florines y hasta medio chelín, un tercio de chelín y un cuarto de chelín.

He incluido en la novela un juego que me parece fascinante: el **miriorama**. Es un juguete que consiste en una serie de tarjetas pintadas (de ocho a dieciocho), y en cada una de ellas hay un

fragmento de un paisaje. Lo curioso es que están pintadas de tal modo que se pueden colocar de variadas maneras y formar miles de paisajes distintos. Los primeros mirioramas conocidos parece ser que aparecieron en Leipzig, Alemania, así que me venía estupendamente para que nuestro protagonista se lo regalase a Charleen. Me he tomado la libertad de adelantar la fecha de aparición de este juego unos años, para adecuarlo a la novela. Podéis conocer más sobre el miriorama y ver la ilustración en mi artículo de juguetes, colgado en mi blog y en mi página de autora de Facebook.

Por si a alguien le extraña el nombre de **Pistón**, por asociarlo al motor, inventado en época posterior, he de explicar que hace referencia a la cápsula fulminante concebida para las armas surgidas a principios del siglo XIX. Además, es un guiño a mi suegra, que tuvo un perrito con ese nombre cuando era niña.

Bueno, eso es todo. Espero que esta trilogía os haya hecho pasar unos buenos ratos, que os hayáis identificado con Babs, Nicole y Sabrina como mujeres fuertes que son, y que estéis enamoradas de Alan, Jason y Kenneth. Cada una y cada uno, a su manera, han intentado que disfrutéis. Yo solo puedo daros las gracias por haberme acompañado en cada una de sus aventuras. Espero veros en la siguiente novela. Os quiero; aunque ya lo sabéis, no me cansaré de repetirlo.

Podéis seguirme en mi blog:

<http://nieveshidalgo.blogspot.com/>

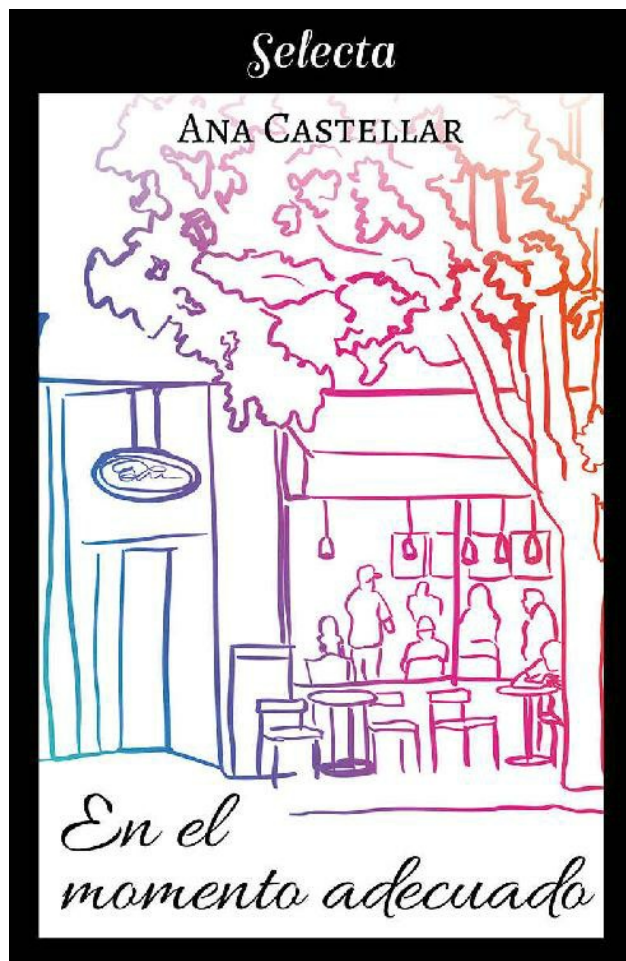
Y en las redes sociales:

FB: <https://www.facebook.com/escritoranieveshidalgo/>

Twitter: Nieves Hidalgo @Orgullosaj0n

Mi correo (nhidalgodelacalle@hotmail.es) está siempre abierto para vosotras; prometo contestar lo antes posible.

Si te ha gustado
Días de ira, noches de pasión
te recomendamos comenzar a leer
En el momento adecuado
de Ana Castellar



Capítulo 1

—Y a a casa a descansar, eh.

Covadonga se giró y miró a su alrededor, él sonrió al verla sorprendida.

—Sí, por fin se ha acabado el día —le respondió ella sonriente—. Buenas noches —le dijo después de un breve instante mirándose a los ojos.

—Buenas noches —le respondió Félix y la observó mientras se alejaba. Se repetía buenas noches y sonreía al recordar su actitud al saludarla. Miraba su reloj, apenas eran las ocho y veinte de la tarde y para ella ya era de noche. Terminó su cigarrillo y entró al bar. Veía a aquella mujer todos los días bajar por aquella empinada calle, a veces más rápido otras más despacio, como cargando con el peso del mundo sobre su espalda. No sabía su nombre, no hacía mucho que estaba en el barrio, pero se preocupaba si no la veía regresar a casa a la hora que siempre solía pasar. Se conocía la rutina de aquella calle y de sus gentes. Desde la primera vez que la vio, se fijó en ella, era diferente, ella miraba por donde caminaba, no iba pegada al móvil como la mayoría de la gente y la mayoría de las veces prefería mojarse a abrir el paraguas. Y aquella tarde, sin saber por qué, tuvo la necesidad de hablarle, de hacerle saber que él estaba allí.

Covadonga entraba en casa con el sofoco de aquella pequeña conversación, ni siquiera sabía si lo podía llamar conversación. Se había fijado en él desde que se había mudado a aquella zona. Lo observaba discretamente todas las tardes cuando regresaba del trabajo y lo veía apoyado en la barra o en una mesa del fondo con un montón de papeles a su alrededor. Alguna vez sus miradas se habían cruzado y su corazón se había vuelto loco, tanto que durante unos segundos se le olvidaba cómo caminar. Y, cuando llegaba a casa, pensaba en él toda la noche y fantaseaba con una relación: cómo se hablarían, cómo serían sus besos. Y ahora él le había hablado. El hombre que le quitaba el sueño porque los ocupaba, le había hablado y le había sonreído. Covadonga no podía evitar sonreír. “Solo ha sido amable”, se repitió. O no se decía, se reía con su discusión interior, se sentía como si tuviese en sus hombros un angelito bueno y otro malo discutiendo sobre si ilusionarse con aquel chico u olvidarlo y no darle más importancia. Decidió prepararse algo de cena y ver alguna película e intentar olvidarse de sus ojos verdes. Por fin sabía de qué color eran sus ojos, los había mirado durante un instante, suficiente para no poder dejar de pensar en ellos.

Al día siguiente Covadonga estuvo más tiempo frente al armario pensando en qué ropa ponerse. Tenía que volver a pasar por enfrente del bar, sí o sí de camino al trabajo, tomar cualquier otro camino solo le haría andar más del doble y tener que salir mucho antes de casa y por ahora no escogería esa opción. Según se acercaba empezó a caminar más rápido, no fue capaz de mirar hacia dentro. Respiró hondo. Cuando lo dejó atrás, seguía con su discusión interior, pero esta vez sobre si quería volver a verlo e interactuar o prefería no volver a encontrárselo. Por ahora había superado esa vez, solo le quedaba la de vuelta a casa ese día.

Su turno acabó pronto para ella; era la primera vez que se le hacía tan corto. Se arregló un poco en el baño antes de salir; era la primera vez que lo hacía en el tiempo que llevaba trabajando allí. Normalmente cogía su bolso nada más que daba la hora y salía rápidamente para casa. Unas

compañeras le preguntaron sobre ese cambio y si se debía a un chico. Covadonga intentaba quitarle importancia mientras no podía evitar sonreír. Bromearon durante un rato y una de ellas la maquilló. “Tienes que sentirte segura cuando veas a ese chico”, le dijo. “Y el maquillaje siempre ayuda”, le dijo otra de las compañeras.

Covadonga empezó a bajar la calle y su corazón comenzó a latir más fuerte cuando lo distinguió en la puerta del bar conversando con otra persona. Según se iba acercando, su corazón latía más rápido. Se sentía aliviada viéndolo hablar con otra persona, así no se fijaría en ella. Dudaba si decirle un hola, un hasta luego, un hasta mañana o un simple gesto con la cabeza. La persona con la que hablaba lo abrazó y se fue calle abajo. Él se quedó unos segundos mirando el suelo, tiró la colilla y se giró para entrar en el bar. Covadonga había reducido su paso rezando en aquel momento que no la viera. Él levantó la vista del suelo, la vio y sonrió. “Tiene una sonrisa perfecta”, pensó Covadonga. Esperó en la puerta del bar a que llegara. Covadonga intentaba sonreír sin parecer nerviosa y caminar más rápido para que el encuentro se produjera y fuese lo más breve posible.

—Pasa, te invito a tomar lo que quieras. —Covadonga se quedó sin saber qué hacer unos segundos. Miró la puerta abierta, lo miró a él sonriente sujetándola y entró.

—¿Qué te apetece?

—No lo sé, algo caliente, hoy hace frío.

—¿Un café? Te va a quitar el sueño. ¿Estás segura?

—Sí, un café. —Félix le preparó el café. Covadonga se quitó el abrigo y lo colocó encima de un taburete. El bar estaba vacío a esas horas, solo estaban ellos dos.

—Mi nombre es Félix —le dijo mientras le acercaba el café.

—Covadonga.

—Encantado de que por fin nos pongamos nombre, Covadonga. Espero que te guste el café, estoy probando varios a ver cuál me gusta más. ¿Qué tal el día?

—Bien, cansador como siempre. Hay gente maja y gente odiosa, pero bueno, tú ya lo debes saber, también trabajas de cara al público. Yo trabajo de dependienta en una tienda de Uría. Y acabo un poco saturada, pero no me puedo quejar, tengo trabajo en estos tiempos. —Covadonga se quedó en silencio dando vueltas a la cucharilla sorprendida por todo lo que le acababa de decir a un extraño. Intentaba recordar sus palabras, repasar si había dicho alguna tontería.

—Tener trabajo y que te dé para vivir es un lujo hoy en día. ¿Te gusta el café?

—Sí, está muy bueno. —La llegada de sus dos camareros interrumpió la breve conversación. Félix miró el reloj sorprendido al verlos allí, después se acercó a darles algunas indicaciones y volvió al lado de Covadonga, esta vez se sentó en un taburete a su lado. Miró a su alrededor.

—Parece que no, pero en un rato se llenará, así da un poco de miedo. —Covadonga sonrió, eso mismo había pensado ella al entrar en aquel sitio oscuro y vacío, daba bastante miedo.

—Gracias por el café, me voy a ir ya. —La ponía nerviosa tenerlo tan cerca, no quería quedarse ensimismada mirándolo a los ojos, pensaría que estaba loca. Lo tenía tan cerca que

podía sentir su olor, olor a limpio, nada que ver con esa gente que se cruzaba por la calle a esas horas que olían como si no se hubieran duchado en días. Olía tan bien, se decía Covadonga.

—Te dejo ir, pero mañana te espero y te daré otro café nuevo, probaremos los dos y decidiremos cuál está más bueno. ¿Aceptas mi invitación? —Los dos se miraron unos minutos.

—Sí, acepto tu invitación. Hasta mañana. —Covadonga se apresuraba en ponerse el abrigo y coger su bolso. Cuando se alejó unos pocos pasos, escuchó la voz de Félix.

—Buenas noches, Covadonga.

—Buenas noches, Félix. —Covadonga lo vio sonreír y ella salió del bar con una sonrisa. Félix se quedó mirando sentado en el taburete cómo desaparecía del bar y volvía a ser un sitio triste.

—¿Quién es? —le pregunto una de las camareras.

—Una amiga —le respondió brevemente Félix. Se levantó triste de aquel taburete y caminó hasta su despacho. Ahora se sentía culpable de aquellos minutos de lo que para él habían sido unos instantes de algo parecido a la felicidad. Tenerla tan cerca, ver sus ojos que parecían de color caramelo, dulces, tiernos. Sentir cómo se sonrojaba cuando él se sentó cerca. Hacía mucho tiempo que no sentía nada igual.

Covadonga, en su casa, pensaba en él y en que no podría dormir esa noche. Cogió su móvil y buscó su chat de hermanos, hacía muchísimos meses que no lo había utilizado. Ni siquiera sabía si seguirían teniendo esos números de móvil. Se puso a escribir varias veces y otras tantas lo borraba. Quería contarles lo que le pasaba, pero su relación no era buena en aquel momento, llevaban meses sin hablarse, pero ahora tenía la necesidad de contarles lo nuevo que había en su vida. Volvió a intentarlo, escribió y les contó que ahora vivía sola en un pequeño apartamento que le encantaba, tenía trabajo de dependienta y había conocido a un chico y no podía dejar de sonreír cuando pensaba en él. Después de escribir, salió del chat y dejó el móvil sobre la cama, se prometió no mirar si lo habían leído o no, iba a esperar a que el móvil sonase para mirarlo. En unos minutos que le parecieron eternos, su móvil sonó: Juan y Almudena le habían contestado. Le preguntaban por su piso y la felicitaban por haber logrado salir de casa de su madre, por su nuevo trabajo y Juan le pedía que tuviera cuidado con ese chico del que le hablaba. Aquella noche estuvieron hablando hasta altas horas de la madrugada poniéndose al día con sus vidas. Covadonga era la pequeña de tres hermanos. Sus vidas no habían sido fáciles, pero siempre se habían tenido los tres. Su relación cambió cuando Juan decidió irse de casa. Hasta ese momento vivían con su madre, una mujer controladora que había sufrido el abandono de su marido después de una mala vida a su lado y que controlaba a sus hijos para que no la abandonasen. Utilizaba para ello los mismos métodos que había utilizado su marido, les hizo creer que no valían nada y ellos desde pequeños se lo creyeron. Les metió en la cabeza ideas que arrastrarían toda su vida y miedos que les impedirían avanzar. Juan decidió irse cuando se enteró del embarazo de su novia, apenas llevaban dos meses cuando ella se quedó embarazada, pero Juan tenía claro que no la iba a abandonar y que se iba a hacer responsable de su hijo. Estaba enamorado de ella y sabía que sería la mujer de su vida, por ella estaba dispuesto a cambiar su vida, algo que no le había sucedido

hasta ese momento. Aquella fue una puerta abierta en su vida que le dio el valor para avanzar. Su madre los invitó a quedarse con ella, los ayudaría con el cuidado de su hijo. Pero Juan se estremecía al pensar que su hijo pudiese vivir en ese ambiente de miedos y tristeza. Juan, sin avisar, cogió sus pocas cosas y se fue, sabía que sería un golpe muy duro para sus hermanas, pero en varios WhatsApp les pedía que lo entendieran, tenía que salir de allí y ellas tendrían que hacerlo también sin esperar a que alguien les abriera los ojos o les tendiera la mano para ello; él había tenido mucha suerte al encontrar a Belén para tomar esa decisión. También les pedía que no le dijese nada a su madre de dónde estaba él cuando se lo contasen, todavía no tenía muy claro dónde irían, pero no querían tener la presión de que ella apareciera. Covadonga y Almudena se sintieron abandonadas con la marcha tan repentina de Juan, tenían la esperanza de irse con él, incluso habían hablado entre ellas de esa posibilidad y de lo que podrían hacer, de cómo sería empezar una nueva vida. Pero no fue así, Juan empezó su camino solo sin preocuparse por ellas y de lo que les esperaba. Covadonga apenas acababa de cumplir los 20 y, aunque era mayor de edad, no se sentía así, se sentía una niña desvalida y sola. Juan no volvió a mandar ningún mensaje y no respondió a sus llamadas, de un día para otro cortó todo contacto con ellas. Entre Almudena y Covadonga empezó a crearse más distancia. Almudena empezó a buscar más trabajo y a guardar todo lo que podía. Animó a Covadonga a hacer lo mismo, pero ella no encontraba trabajo, siempre recibía un “ya te llamaremos” y su estado de ánimo iba empeorando. Almudena, en apenas un año, se fue de casa, decidió cambiar de ciudad y empezar de cero sin lastres, sin historias pasadas, quiso comenzar una vida donde no tuviese miedo a enamorarse, donde pudiese creer que ella también podía ser amada. Le pidió perdón a Covadonga, por dejarla allí, pero se tenía que ir sola, demostrarse que podía comenzar una vida, que no era una inútil como su madre le había hecho creer desde pequeña. Las llamadas y los mensajes iban desapareciendo. Almudena le pedía que no le hablase más de su madre, no quería saber si estaba triste o si se encontraba mal, solo quería saber de ella y de Juan, de nadie más, eso hizo que Covadonga dejara de enviar mensajes. Covadonga se quedó sola con su madre y su mundo se hizo cada día más pequeño y asfixiante. A veces soñaba con irse de allí, pero pensaba en su madre y le daba pena irse y luego aquella pena se transformaba en ira cuando se veía allí encerrada sin vida. Ella también tenía derecho a ser feliz, a no perder su vida en aquellas paredes. En aquella casa, donde solo había tristeza y malos recuerdos, cada día era más difícil la convivencia. Aquella ira que se iba almacenando en su cuerpo le serviría para seguir buscando trabajo. Consiguió encontrar unos que eran mal pagados con mala gente, pero le ayudaban a ir guardando un poco cada mes sin que su madre se enterase. Después de unos meses, cuando ya estaba a punto de tirar la toalla y dejar de luchar, consiguió una prueba en una tienda de ropa. Después de la entrevista, la encargada, Susana, sintió ganas de ayudarla; ella también se había visto como estaba viendo a Covadonga y le dio una oportunidad. Veía en ella a una mujer con ganas de trabajar y sabía que no la defraudaría si le daba esa oportunidad. Covadonga le dijo que haría todo lo posible por no decepcionarla y que trabajaría muy duro y al día siguiente empezó a trabajar. En unos meses Susana decidió hacerla fija, había

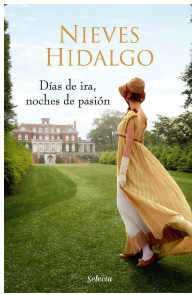
observada cómo había cambiado su forma de trabajar y en aquellos pocos meses había pasado de ser una mujer tímida y que apenas se atrevía a acercarse a los clientes a atenderlos enseguida con amabilidad y paciencia, prestándoles su ayuda y sus consejos cuando se los pedían. Covadonga vio la oportunidad de irse de casa y no la iba a desaprovechar. Alquilaría un pequeño piso no muy lejos del trabajo y empezaría una nueva vida, se sentía más fuerte. Se despidió de su madre con una nota y se fue, no quería vivir escándalos ni amenazas, quería empezar con alegría su nueva vida. Cuando entró en su nuevo piso, comenzó a llorar, habría logrado algo que hacía unos años creía imposible; era la dueña de su vida y lo había conseguido con su trabajo y su esfuerzo.

Su teléfono volvió a sonar: Juan les enviaba una foto de su pequeño Pelayo que ya tenía cinco años y les decía que estaba deseando que lo conociesen. Juan le había hablado de ellas y Pelayo sabía que tenía dos tías que lo querían y que pronto lo conocerían en persona. Les dio la noticia de que estaban esperando otro hijo. Belén estaba embarazada de pocos meses y estaban felices. Juan les dio la dirección para que se apareciesen por allí en cualquier momento y a cualquier hora, serían bien recibidas. Almudena les contó que ella estaba empezando una relación seria con un chico que había conocido en el trabajo, acababan de empezar a vivir juntos y estaba feliz, con ganas de contárselo a ellos, pero no se atrevía a decirles nada después de tanto tiempo sin hablarse. También los invitó a verse, ella estaba más cerca de Covadonga, apenas unos kilómetros de distancia habían sido suficientes para conseguir ser tan feliz como nunca hubiese imaginado que podría ser. Quedó con Covadonga en verse y en tomar un café, ella se acercaría a Oviedo y estarían juntas un rato. Covadonga estaba feliz, aceptó todas las invitaciones y se despidieron.

Aquella noche Covadonga volvió a escribir, buscó su caja con miles de historias inacabadas e intentó avanzar en alguna, descartó muchas, se avergonzó de varias y una la hizo llorar. Encontró su diario que había empezado siendo muy pequeña. Hablaba de los chicos que le gustaban en el colegio, en el instituto, escribía hechizos que había encontrado en las revistas que leía para que el chico que le traía loca se enamorase de ella. Pero era demasiado guapo, leía en su diario, cómo se iba a fijar en ella. Leyó las discusiones de sus padres, las amenazas, los insultos. Cómo se imaginaba la vida si él estuviese muerto, se asustó al leer aquellas palabras, cómo siendo tan joven podía tener esos pensamientos. Leyó cómo imaginaba una vida feliz con amigas, con salidas, con unos padres que se preocupasen por ellos. Covadonga cerró el diario, su realidad había sido muy distinta de aquellos sueños que escribía. Su madre solo había vivido para su padre y ellos no llegaban a personajes secundarios. Limpió las lágrimas de su rostro. Miró el diario, lo abrió y empezó a arrancar las hojas y romperlas en trozos muy pequeños donde iba dejando todo lo que había vivido.

Él quiere desenmascarar a la que creía una tímida. Ella se resiste a contarle su secreto.

¿Qué camino tomar cuando la pasión se interpone? ¿Se puede traicionar al corazón?



Sabrina Klever nunca pensó que, cuando todo le había dado la espalda, el conde de Lancashire la salvaría. Tampoco imaginó que casi seis años después se encontraría, cara a cara, con el último hombre al que hubiera deseado volver a ver: el barón de Sheringham, que acaba de regresar de la guerra contra Napoléon.

El barón de Sheringham ha regresado con el único deseo de olvidar los horrores de la guerra. Lo único que le ha mantenido cuerdo ha sido evocar unos ojos violetas que lo atan a un pasado feliz, antes de conocer la furia de un tiempo de sangre y muerte. Sin embargo, cuando encuentra a Sabrina viviendo en casa de su abuelo y a pesar de la profunda atracción que siente por ella, no está dispuesto a que manejen sus sentimientos. Su misión es otra: desenmascarar a la mujer que pretende quedarse con parte de su patrimonio. Aunque para ello tenga que renunciar a la pasión.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Nieves Hidalgo

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-40-

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 8

[1] Puedes saber qué sucede en *Ódiame de día, ámame de noche*, segunda entrega de la trilogía.

Capítulo 23

[2] El buey llama cornudo al burro.

Capítulo 24

[3] Postre inglés, popular entre los siglos XVI y XIX, hecho a base de leche entera o nata, azúcar y un poquito de vino.

Capítulo 27

[4] Puedes conocer el suceso en *Ódiame de día, ámame de noche*.

Epílogo

[5] Localidad imaginaria en la que se ambientan las maravillosas historias románticas de la serie que lleva ese nombre.

Índice

Días de ira, noches de pasión

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nieves Hidalgo

Créditos

Notas